SALVADOR NAVARRO

EL NIÑO DEL BESO



SALVADOR NAVARRO

EL NIÑO DEL BESO

Copyright © 2023 Salvador Navarro
www.salvador-navarro.com
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798397365246

Cubierta realizada por Javier Caró @javiercaro_fotografo

A todos a quienes les robaron su juventud

PABLO

DESLIZARON EL REGALO bajo mi puerta la noche en la que me incendiaron la librería. Como siempre en mí, no había buena noticia que no se acompañara de la tragedia. El sobre, con letra de imprenta y sin remitente, lo vi junto a la entrada, cuando llevaba la tortilla de aguacate hacia el salón.

Solté sobre la encimera el plato, me limpié las manos con un trapo y fui al sofá del estudio para acomodarme. Intuía que en su interior habría algo precioso.

Los últimos meses, tras el fallecimiento de mi madre, habían supuesto tal baño de cariño que no podía esperar sino noticias buenas.

Lo que no pude imaginar era que no se tratara de una carta, sino de un viaje planificado, hasta el mínimo detalle, al templo japonés de Izumo Taisha. El corazón se me desbordó al pensar en que Yoshio, no podía ser otro, me buscase treinta años después para consolarme con esa sorpresa. En el sobre estaban los billetes de avión a Tokio, el traslado en tren-bala a Okayama, las noches de hotel en la ciudad e incluso los pasajes de autobús hasta Matsue. ¡Por quince días! Tendría el tiempo necesario para realizar la peregrinación de la que me hablaba, como quien narra un cuento de hadas, cuando hacíamos hogueras en Punta Umbría.

¿Cómo le habría tratado la vida?

Mi adolescencia era un tiempo eterno junto a Yoisho, mi despertar al sexo, un beso largo bajo el muelle del Río Tinto, en una noche de verano en la que le confesé, en un español lento, que no podía dejar de pensar en él.

Nos conocimos en el instituto La Rábida, cuando la familia Kimura se trasladó desde Japón para que el padre cerrara un negocio en Huelva. De mente abierta, tras haber cursado estudios de español en Madrid, el padre de Yoisho quiso que la familia saliese una temporada de la comodidad de Tokio para vivir la experiencia de conocer otro país, un lugar del que había quedado prendado. Su compañía, la Nippon Yusen Kaisha, había contratado el montaje de varios buques cargueros con los astilleros de mi ciudad, lo que aprovechó para que su empresa le encargase las negociaciones y el seguimiento de la producción, excusa perfecta para dar un giro al futuro predecible de largas jornadas en un edificio gigantesco frente al Palacio Imperial.

Así apareció Yoisho en mi vida.

Un chaval que se asustó con el beso de su amigo inseparable, con esa mi declaración de amor. Que se volvió huidizo, distante, áspero en su relación conmigo, tras un par de años en los que fuimos uña y carne, en los que yo ejercía un rol protector hacia el bicho raro, menudo, pálido y de ojos achinados, en una ciudad de provincias. Lo integré en casa, le enseñé tacos en español, lo introduje en mi círculo de amigos y me empapé de la cultura japonesa en charlas interminables con su padre, al que admiré hasta el mismo día en el que se despidieron de mí para siempre.

Ahora llegaba esa carta y el estómago me daba un vuelco. Tras media vida, Yoisho volvía a mí. A pedirme disculpas, en forma de regalo, por aquella declaración no correspondida,

tal vez por no encontrar mejor manera de dirigirse a mí, sin enredarse en explicaciones en un español que ya habría olvidado.

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Lara me alertaba, entre gritos, de que la librería estaba ardiendo.

•

Los bomberos habían llegado alertados por un vecino, que aguardaba satisfecho, con bata y babuchas, para aclararme que había sido él quien se había ocupado de avisar.

—Han llegado a los cinco minutos —aclaró—. Lo bueno de tener aquí al lado el Parque de Bomberos —se jactaba.

La reja, de láminas finas que dejaban ver el interior, estaba echada, pero todo el material almacenado fuera de la puerta se hallaba chamuscado, los cristales rotos y temí lo peor. Traté de traer a la cabeza el valor por el que tenía asegurado el material del negocio, sin poder precisar la cantidad de libros que escribí en el documento, seguro que muchos menos de los que había en realidad, ya que, en los últimos años, a partir de la negociación con editoriales, había conseguido meter en depósito más del triple de los ejemplares de inicio, a base de condensar espacios con estanterías que fui colocando las mañanas tranquilas en las que no tenía clubs de lectura.

Con manos temblorosas, busqué las llaves, pero el oficial de bomberos me apartó con cierta brusquedad.

—El candado está inservible, caballero. Lo máximo que puede conseguir es cortarse con un cristal.

Con una radial, rompieron la reja, remataron la rotura de cristales con una maza y abrieron la puerta, sin dejarme entrar hasta reconocer el escenario.

Fue entonces cuando llegó Lara, que me abrazó, sin decir más. Descolocado desde que apareciese el sobre bajo la puerta, me dejé acariciar, incapaz de llorar.

—Esto lo sacamos adelante, Pablo —me dijo, compungida—. Vaya racha, corazón. —Se acordaba de mi madre.

Con cierta fortuna, por la simetría del local, que dividía el espacio en dos, solo se quemó media librería, aunque la parte fundamental, todo el tinglado de la cafetería, se fue al traste.

En cuanto comencé a integrar el destrozo, ya volaban por mi cabeza las posibles soluciones, desde la llamada a los medios de comunicación más cómplices para organizar una recogida de libros, hasta la negociación con las editoriales para rebajar las cantidades en depósito. Quedaba dar parte al seguro y comenzar a hacer cuentas.

—¿Es usted el dueño del local?

—Sí.

El oficial me confirmó entonces que el incendio había sido provocado. Encontraron al menos tres cerillas en el trozo de mármol que separaba la reja de la puerta de entrada. Haber dejado un revistero en ese hueco había servido de mecha.

—Yo, en su caso, llamaría a la policía. Si no lo hace usted, lo haremos nosotros de oficio.

Con Lara agarrada a mi mano, meneé la cabeza. Sería yo quien se ocupase de denunciar el incendio.

•

No quise moverme hasta no ver a Alejandro. Despistado, en su línea, amarró la bici en la farola

del café de Fidel. Dejé que entrase. Lo vi salir. Se colocó las manos como visera para comprobar si la librería estaba ya abierta y me vio. Entonces se dio cuenta del percance.

Casi lo atropellan al atravesar Escuelas Pías a la carrera.

—¡Qué coño es esto, Pablo!

Me abrazó sin abrazarme y se metió en el local. Salió con las manos en la cabeza, la cara blanca, los mofletes colorados, como un atleta que acabase de terminar los cien metros lisos. Sé que le podía la impresión. La imagen, en su dolor, no podía ser más bella. A veces, temía que notara la atracción brutal que me producía la simetría de su rostro.

—Nos hemos quedado sin trabajo, chaval.

—¡Ni de coña! —Su ingenuidad atravesaba cada poro de Alejandro—. Esto lo sacamos adelante, Pablo. ¡Esto no es nada! ¿Has visto que la parte de no ficción está intacta?

—Vaya el cabrón cómo mira por su territorio.

Se rio, sin saber qué tenía que decirse en estos casos.

—¿Ha sido un cortocircuito? —Necesitaba una respuesta clara.

—Los bomberos dicen que no. Mira —Lo acerqué a la puerta, pero ya no estaban allí las pruebas del delito—. Ahí había tres cerillas. Será cosa de niñatos. Eso nos pasa por dejar el revistero entre la reja y la puerta.

—¿Y el seguro?

—Tengo que dar parte ahora. Y a la policía. Tengo la mañana entretenida.

—¿Qué hago yo, Pablo? —Estaba a un instante de llorar—. ¿Dónde tengo que ir? ¿A quién llamo?

—¿Sabes lo que yo haría en tu lugar?

—Dime.

—Vete a tu piso de Londres. Le pides las llaves a tus papis y te largas un mes a empaparte de novedades literarias. El tiempo para que yo ponga esto en orden. Así descansas un poco de tu jefe, que te tengo frito.

—No te lo crees ni tú. Yo estoy aquí contigo hasta el final.

•

La mañana pasó entre reuniones, para las que Lara ofreció el despacho de su hotel, a pocos metros del negocio. La policía levantó acta del incidente, tras facilitarme el cierre provisional del local con cadenas de seguridad. El perito no había tardado en llegar, así como varios periodistas del área de Cultura de medios sevillanos. Todo eso provocó que no tuviera tiempo de pensar, ni en quién había podido querer hacerme daño ni en qué hacer con mi futuro inmediato, cogido con alfileres en lo económico.

—Qué cuajo tienes, Pablete —me decía Lara, ya más serena—. A mí me pasa esto y me tienen que llevar a Urgencias con un ataque de ansiedad.

—Te aseguro que no —respondí—. Cuando ves que no puedes hacer nada, empiezas a pensar en positivo.

Era una práctica habitual en mí, superviviente de episodios desgraciados en los que nunca me permití sucumbir. Propuse a Lara, a sabiendas de su ritmo frenético en el hotel, una comida en La Quinta. Ella, como no podía ser de otra forma, aceptó. Fue allí, delante de un ceviche de gambas rojas, cuando le hablé del regalo que acababa de recibir. Sorprendida, fue pragmática en sus preguntas.

—¿Cómo ha podido averiguar tu pasaporte un tipo que hace treinta años que no te ve?

A mí se me debió de cambiar la expresión, por no haberlo advertido y por el asunto en sí. De pronto, me sentía espiado desde un lejano país por una persona que ya no era sino un desconocido para mí.

—¿Tendrías tú forma de averiguar lo mismo de él si quisieras regalarle un viaje a España? —Lara seguía metiendo el dedo en la llaga.

—Para nada.

Ella supo sacarme de mis diatribas con Amélie Nothomb como anzuelo. Yo había conseguido engancharla a la novelista belga, de la que Lara disfrutaba en sus tiempos muertos al caer la tarde, cuando Andrius aún no había desconectado del trabajo y su hijo no había vuelto a casa todavía.

—La novela que estás leyendo es la del reencuentro con su novio en Japón, ¿verdad? —le pregunté, con maldad.

La Nothomb, hija del embajador belga en Tokio, había vivido hasta su adolescencia allí y volvió, ya famosa, a hacer un *tour* literario al país nipón. Sí, era esa la novela que Lara estaba devorando, pero no quería darme más carrete.

—No, esa la tengo aparcada. —Nos miramos, con sorna. Daba repeluco pensar en las coincidencias—. Ahora estoy con Peplum.

—¿Cómo se llamaba la novela japonesa? —insistí.

—Ni de Eva ni de Adán —susurró Lara.

—La voy a releer y me meteré en la piel de la Nothomb. A ver cómo es eso de reencontrarse con un amante japonés.

•

Me gustaba atravesar por la plaza San Marcos, aunque implicara dar un rodeo camino de la revista, un estudio mínimo donde teníamos que hacer turnos, con apenas tres sillas para los seis socios. Yo era, sin duda, el que menos tiempo pasaba allí, obligado por los horarios del negocio. Ahora, pensaba, tendría tiempo para hacerme con una cuarta silla mientras se solucionase el tema de la librería. Me daba la vida ir por aquel lugar, donde esperaba encontrar a Mateo, perenne en su rol de coordinador.

—¿Cómo está mi Espaguetini? —exclamé nada más entrar por la puerta.

—*Va bene*!

—¿Te veo liado con la bailarina rusa?

—Sí. Ya estoy con la maquetación. En cuanto termine, te lo paso para que corrijas la ortografía. —Me senté en su mesa y dudé si contarle lo del incendio—. Menos mal que no me has cogido cascándomela con una porno —sonrió—. Esta hora de la siesta es muy mala.

—¿No crees que deberíamos traducirla al inglés antes de publicarla, para que esa chica lo lea? —La bailarina había escapado del Bolshoi por su desacuerdo con la invasión de Ucrania y conseguimos hacer una videollamada con ella, instalada ya en Ámsterdam y contratada por una compañía de ballet holandesa. Cada vez lográbamos, a base de poca vergüenza, subir el nivel de los reportajes. El trabajo de diseño con la cubierta y el logo que había realizado Bea daba una imagen espectacular de una revista que, sin embargo, apenas subsistía con pocos suscriptores y alguna publicidad institucional.

—¿Habéis metido mucha tralla?

—¿Tralla?

—Mucho texto al margen de la entrevista…

—Nada. Una pequeña introducción para presentarla. Las fotos que nos ha enviado son maravillosas. Mira qué cuerpecito… —Yo me divertía con la calentura perenne de Mateo—. ¿A ti qué te sucede?

—¿Por qué lo dices?

—Porque has aparecido aquí en horario de librería y tienes la cara blanca.

Explicarle la terrible mañana serviría para poner orden en mi cabeza.

—Han incendiado la librería —confesé.

Mateo se movió en la silla, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Con fuego? —preguntó.

—No, Mateo, con pastel de chocolate.

—Pero ¿se ha quemado toda?

—La mitad —le expliqué—. La policía ha acordonado el sitio para investigar. A ver cuánto me paga el seguro y cuándo puedo reabrir. —Mateo, como buen napolitano, gestionaba con exageración la sorpresa.

—¿Por qué piensan que es provocado? Podría ser una chispa, ¿no?

—Han encontrados varias cerillas. —Hice el gesto de encenderlas, por si el italiano no conocía la palabra—. Entre la reja y la puerta.

—Eso puede ser la camorra, ¿sabes?

—Aquí no hay camorra, quillo. Esto no es el sur de Italia.

—Ya te expliqué que yo salí de allí por patas cuando publiqué cómo funcionaban los comercios de mi barrio. A ver si me han localizado, saben que trabajo contigo…

—¡No te des tanta importancia, Mateo! —conseguí dejarlo callado con mi grito—. Saviano solo hay uno y no eres tú. —Me arrepentí de ser tan duro—. Habrán sido unos cuantos niñatos y la gamberrada se les ha ido de las manos.

•

Ya despidiéndome de Mateo, recibí una llamada de la policía. Me proponían una reunión al día siguiente en la comisaría de la Alameda para reconstruir qué pudo haber pasado durante la madrugada para que el negocio saliese ardiendo.

Reconfortado por la llamada, me escapé calle Alfonso XII arriba, camino del río, para respirar. Pude ver que tenía demasiados mensajes sin responder, pero no quise molestarme en leerlos, para poder calmar ansiedades.

Me metí a saco en el McDonald’s y arramplé con dos hamburguesas con todos sus avíos.

Había algo que me hacía muy feliz, una sensación a psicoanalizar, y es que me iba la marcha de días como ese, una suerte de erotización con lo imprevisto que necesitaba desde hacía algún tiempo, cuando las rutinas empezaban a treparme por las piernas y me planteaba si ya mi vida sería lo que era por entonces, si las gentes con las que trataba serían las definitivas, con un miedo atroz a dar por cerrado el capítulo de las aventuras. Yo no era nadie sin atravesar carruseles de vértigo.

Como en la obra de Ítalo Calvino, en mí había dos almas, la negra y la blanca. Dos partes del mismo vizconde partido en dos por una bomba. La primera de esas almas buscaba marcha bajo las piedras; la segunda, tranquilidad en lo de siempre. El vizconde demediado negro se escondía de todos, nadie lo conocía, salvo yo, al vizconde demediado blanco, en cambio, lo quería todo el mundo. Mi parte blanca era certidumbre, que es la mayor cualidad que puede buscarse en un amigo. Yo me sabía de los dos, secuestrado por los dos, cabrones, que no se

hablaban entre sí.

•

Se me hacía muy fría la casa en tardes así, por lo que tiré de agenda para buscar quien me acogiera. No dudé en pasarme por donde Leo, en cuanto se me vino su imagen a la cabeza. No lo llamé porque lo conocía, se había convertido en alguien tan juicioso que rechazaba dar un sí a la primera. Podía dejar que sonara el teléfono y devolverme la llamada a horas en las que no pudiese complicarle la vida con un plan inmediato.

Me abrió su hija.

—¡Hola, Pablo!

Le di dos besos sin decir palabra, rendido a los pies de esa joven tan dulce que, solo escuchar mi nombre pronunciado por ella, me provocaba un cosquilleo cerebral.

—Pasa…

—¿Y tus padres?

—Mamá está en el salón, papá aún no llegó.

Me tomó la mano y me dejé acompañar.

—¿Cómo van esas oposiciones? —me interesé.

—Aún no me he dado por vencida, que ya es algo.

Carmela me escuchó desde su sofá y gritó.

—¡Pablito!

Cuando entramos en el salón, ya estaba en pie, atusándose la falda para recibirme.

—Pero qué alegría es esta. Anda, ven, siéntate aquí conmigo. Que nos tienes abandonados.

Me senté mientras gesticulaba una expresión de desacuerdo.

—¿Abandonados? No sé si el petardo de tu marido te ha contado las veces que lo he llamado para tomarnos unas cervezas, y siempre tiene una excusa.

—Él te adora.

—No lo dudo.

Carmela, tras pedirle a Lolita que nos trajera algo de beber y unas aceitunas, me explicó lo raro que estaba últimamente su marido. Desde que comenzó a trabajar para el estudio Focus, había ganado en tranquilidad mental, pero se había vuelto más huraño gracias a las rutinas que le quitaban explosividad a su vida de siempre.

—Gana menos dinero, pero vive como un rey. Tiene horarios de funcionario, ¡como yo! Podemos ir a comer a diario a la calle, tiene las tardes libres, duerme como un lirón…

—Pero…

—Pero va arrastrándose por las esquinas. Ni comemos a mediodía en la calle como nos prometimos, ni aprovecha las tardes para nada. Se pasa las horas viendo series de Netflix. ¡Un muermo!

Me sorprendía, aunque no tanto, el devenir de un tipo al que la vida le había sonreído lo suficiente para ser el triunfador que no quería ser. Cuando su estudio remontó hasta cuentas de resultados inimaginables, le entró la angustia de no saber manejar semejante monstruo.

—Y el chiringuito se le vino abajo, qué te voy a contar que tú no sepas, Pablo.

—¿Dónde anda hoy?

—En el gimnasio.

—¿Tu marido en el gimnasio?

—Ya ves. Es tan cagueta que lo amedrento con la idea de que acabe como Enrique. ¡Se estaba poniendo gordo como un sollo!

—Me lo imagino en ropa de deporte y me entra la risa, Carmela.

—Pues no se te ocurra reírte, porque así va a entrar por la puerta en cuanto te escantilles.

•

Con la sensación de no haberlo visto en años, Leo apareció con la figura que hacía presentir el discurso de su mujer. Desaliñado, con kilos de más y un rostro fatigado, que cambió en cuanto me vio sentado junto a Carmela.

—¡Cabrón!

En su expresión no podía encontrarse postureo alguno; Leo era demasiado simple en sus afectos. Evitó el abrazo para no mojarme de sudor.

—Id poniéndome una cerveza, me ducho en un minuto.

Me hizo un resumen menos edulcorado que el de su mujer acerca de su nuevo trabajo, aunque el mar de fondo era el mismo, había dejado atrás una etapa dominada por el estrés, en un hombre que no estaba conformado para ejercer de líder ni llevar el peso de una empresa que, además, necesitaba de un buen gestor en lo económico.

—¡Eché tanto de menos estos últimos años a Enrique! —me confesó, ante el silencio curioso de una Carmela ávida de escuchar de su marido argumentarios que no compartían en su día a día—. A pesar de todo lo que hizo, del dinero que se llevó, lo he echado mucho en falta.

—Lo entiendo —afirmé—. Sé lo que suponía para ti.

—Bueno, chaval, ¿y tú? Te me estás haciendo mayor. —Me tocó la frente—. ¿Y estas entraditas? No vayas a perder esa pelambrera y te pase como a Sansón. —En su frase había emoción—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Pero yo no estaba bien—. Estoy bien. Sigo con mi vida de siempre, ya me conoces. Mi librería, los polvazos en la sauna, mis escapadas por Europa, la puta revista cultural de los cojones, mis amigos…

—Tú no estás bien —sentenció—. ¿Qué te ha pasado? —Carmela se delató con un suspiro—. ¿Tocadete aún por lo de tu madre? —Negué, rotundo—. Venga, suelta, que te conozco, cabrito.

—Alguien ha incendiado la librería. —Leo no movió un músculo de la cara—. Se ha calcinado la mitad, justo la entrada, donde tenía la barra, el café, los baños… —No decía nada, esperaba que yo le contase lo que yo mismo no sabía—. Mañana voy a comisaría, porque la policía tiene claro que ha sido intencionado, había varias cerillas entre la reja y la puerta. —Su silencio me interpelaba—. Pero ya está, todo tiene solución, Leo. Nadie mejor que tú lo sabe. —Se me saltaban unas lágrimas que no quería dejar salir. Él era para mí la representación del hombre bueno, imperfecto, sensato—. No me mires así.

—¿De quién sospechas? —Meneé la cabeza—. ¿Historias de París? —preguntó, en clave, para no delatarnos frente a Carmela.

—¡No lo sé!

•

—Bueno, ponme una cervecita antes de contarme lo que me tengas que contar —propuso Vicen, conocedor ya de la tragedia en la librería.

—Cógela de la nevera. ¡Hay vasos en el congelador! —Me acerqué a mi habitación a cambiarme de ropa—. ¡Ponme otra a mí!

Como se hacía norma en los últimos tiempos, Vicen y yo nos buscábamos una o dos veces por semana, por el puro placer de hacernos compañía. Había llegado a tal punto la mutua complicidad que no nos molestaba si, al hacer sonar el timbre, nos decíamos que en ese momento estábamos liados. Porque los dos somos muy de liarnos, no solo con otros hombres, sino en todo tipo de historias, de cursos de cocina a sesiones encadenadas de series de televisión. Cada uno asumía que el otro no le hubiese invitado, ya tiempo atrás decidimos que no eran necesarias las explicaciones, el día en el que le dije que nunca me enamoraría de él, pero no podría vivir sin sus charlas, incluso sin sus caricias, porque, aunque el sexo no existiera entre nosotros, me encantaba poner la cabeza en sus muslos y que Vicen me la masajeara mientras me contaba anécdotas de los niños de su clase.

—Me he quedado muerta con lo del incendio, Pablo. —A Vicen le gustaba hablar de él en femenino—. ¿No te da miedo dejar la librería así?

—¿Así como, Vicen? —Tomé mi cerveza—. La policía la ha precintado y ha echado la reja.

—Entran ganas de echar más colillas y terminar de quemarla, eso es lo que digo. —Dio un sorbo a su vaso congelado para darme tiempo a reaccionar, pero, como siempre, yo jugaba a los silencios—. Que tú sabes, el desorden llama al desorden, lo sucio a lo sucio…

—Que la terminen de quemar entonces, así me paga el seguro el doble y me puedo escapar por fin de esta ciudad.

—¿Qué te pasa a ti ahora con Sevilla? Si no paras quieto…

—Eso es lo que me pasa, que no me pasa nada.

—Pero ¿qué quieres que te ocurra? ¿Que se te aparezca un ovni? Si no hay día en el que no tengas un plan, querido. —Me hacía gracia la feminidad en sus movimientos—. Ya quisiera mucha gente llevar la vida que tú llevas.

Me senté en mi sofá preferido, crucé las piernas y coloqué la cerveza en el posavasos, para dar así la oportunidad a Vicen de cerrar la conversación sobre el incendio.

—A decir verdad, sí que me ha ocurrido hoy algo muy fuerte.

—Sí, Pablete, no todos los días se nos achicharra el negocio.

—No me refiero a eso.

Vicen soltó la cerveza en la mesa y se sentó frente a mí.

—No me asustes, jodida.

—Hoy me han entregado un regalo maravilloso por debajo de la puerta.

—Ay, cabrona. ¿Qué te pueden regalar por debajo de la puerta? ¿Una alfombra de seda?

Le expliqué acerca del sobre, los billetes de avión, la ruta al santuario. Le recordé mi viaje a Japón con Víctor, hasta llegar a Yoisho y mi enamoramiento de juventud.

—¿El famoso japonesito lleno de alcanfor? Pues es maravilloso, Pablo. Que salga del armario treinta años después y se acuerde de ti.

—¿Famoso? ¿Te había hablado yo de Yoisho?

—Dos o tres veces, como mínimo, no me digas que no te acuerdas. Cuando hice el camino de Santiago con el mamarracho aquel, el de la muela de oro, el de las banderitas de España. —Asentí para que fuera al grano—. Tú me dijiste que querías hacer el peregrinaje de no sé qué…

—De Izumo Taisha.

—De Izumo Taisha, maricón. Eso es. Entonces me hablaste del niño este, que si se cagó

vivo cuando tú lo besaste. Pobre niño, si estaría con la primera comunión recién hecha. Ah, no, que los japos no creen en esas cosas… —le dio, excitado, un trago largo a la cerveza—. ¿Y cómo ha dado contigo ese hombretón? Ay, Pablo, qué nervios.

•

El día amaneció brusco, con una llamada de la aseguradora que me sacó de un sueño profundo. Al despedir a Vicen la noche anterior, decidí, por primera vez en mucho tiempo, no programar la alarma del despertador. Quería dejarme llevar por tiempos animales, de instintos sin caminos que recorrer, pero el pitido del móvil me sacó de estrategias imposibles y recordé que tenía que pasarme por comisaría.

Nos dimos cita media hora más tarde en la puerta del local. El joven perito llegó con el contrato que no supe encontrar y me explicó lo que temía, que el continente asegurado no daba para más que dos mil euros.

—Pero ¿no va a hacer siquiera recuento de los libros quemados?

—Está precintado por la policía, señor Roca.

—Yo le aviso en cuanto me dejen entrar y hacemos un inventario de lo que se ha perdido. —El técnico no hizo sino subir los hombros—. ¿Y de la barra no me dice nada? —Nos asomamos a través del agujero que hizo el fuego en los cristales—. ¿La máquina de café? —Señalé—. Todo estaba incluido en el contrato.

—Me temo que no lo estaba. —Hizo por volver a mostrármelo, y lo rechacé con un gesto estúpido.

Sin ganas de luchar una cifra razonable, di por terminada mi cita con un apretón de manos desganado, empático en el último momento con el papel que hacía jugar la compañía a ese chaval.

—Cuando vuelva a abrirla, me paso por aquí y redactamos un contrato que le convenga más —propuso—. Soy un gran lector y me muero de pena al ver tantos libros quemados. —No distinguía cuánto había de emoción y cuánto de labor comercial.

—No sé si dos mil euros me darán para volver a abrir. —Así lo pensaba—. Será otra librería perdida para Sevilla.

—Voy a darle una vuelta al asunto, señor Roca. A ver qué podemos proponerle.

En un ataque de los míos, pensé en invitarlo a desayunar, pero lo deseché con autoreproches acerca de mi capacidad de enredo con gente desconocida.

—Espero tus noticias —le tuteé—. Estoy en tus manos.

Perdido en mi laberinto, al vizconde negro que había en mí solo le apetecía volver a casa, meterse en la cama y desaparecer. Un resquicio de sentido común me hizo cambiar la dirección de mis pasos. Con suerte, podría compartir desayuno con Lara en el hotel.

La sala de desayunos estaba vacía. La chica de cocina me animó a sentarme.

—Lara anda por aquí, Pablo. Aparecerá en cualquier momento. ¿Te pongo un café?

—Por favor.

•

—Yo no le daría más importancia, Pablo. Tómatelo como unas vacaciones.

Eso era, sin duda, lo que quería escuchar. Además, Lara estaba en lo cierto. Empeñarse en la queja no estaba en mi naturaleza, yo mismo se lo había dicho el día anterior. Las cosas

habían ocurrido así, y no había más que enderezar el rumbo de nuevo. No quise contarle que me había cogido en un período en el que la cuenta bancaria la tenía a cero, porque eso implicaría que Lara tratara de proponerme alguna forma de salida. Ya jugaría yo con la tarjeta de crédito y la de El Corte Inglés para salir del paso hasta poder reabrir la librería.

—No sé qué le voy a proponer a Alejandro, pobre chaval —removí el café, ya frío—. Si algo me motiva a acelerar todo el papeleo y la reforma es no dejarlo tirado a él, que ha metido todos sus ahorros en la fianza de su piso.

—¿Quieres que lo meta aquí?

—Me da miedo perderlo, ¿sabes? —Lara se adelantó hacia mí, apoyó los codos en la mesa y su mandíbula en sus puños—. Es como un pequeño yo, sin malear. Tan vivo, tan frágil, me tiene cautivado con su belleza. ¿Conoces *Muerte en Venecia*? —Ella negó—. Es igual. Divago con toda esta movida.

—Es normal que estés colado por él, Pablo. Son muchas horas juntos, el niño es monísimo y un encanto de persona. No te martirices.

—Creo que no me explico. Sería incapaz de tener algo con él. ¡Le saco veinte años! No, no…, no. Simplemente, me aturde. Tiene un cuerpo precioso y no le han metido veneno en la cabeza, por eso me provoca tantas emociones, porque yo pude ser así, pero a mí me atiborraron de mierda. Ya sabes lo que me gusta una sauna, una cita, un folleteo. ¿Puedo confesarte algo?

—Claro…

—Todas esas movidas de las saunas las cuento por rabia conmigo mismo, porque, en el fondo de mí, ese sexo lo convertí hace tiempo en algo sucio, me adiestré en sentir asco por el cuerpo de un hombre cuando era un adolescente, ¡para curarme! Porque todo lo que me traía era malo. Yo he vomitado después de comerle la polla a un señor casado en un parque de Huelva. ¡Y me alegraba de vomitar, me estaba curando!

—Pablo…

—Me he vuelto un tipo incapaz de amar, Lara. Porque no sé disociar la persona del sexo. Cuando follo, todo es guarro, es malo, es sucio. Me gusta tanto como lo detesto. ¿Me has conocido tú personalmente alguna relación sana con alguien en el tiempo en el que llevamos juntos? —Ella negó con la cabeza—. Por eso veo a Alejandro y me veo a mí, a lo que yo podía haber sido. A veces, pienso si no lo contraté por puro morbo, por tener a ese atleta griego en mi terreno, por poder verlo cada día, aunque no quiera tocarlo.

—No te fustigues más.

—Tienes razón. Perdona por la tabarra.

Lara me tomó la mano.

—¿Quieres que lo contrate aquí mientras se remonta la librería?

La miré con una sonrisa, porque sabía que Lara lo decía de corazón.

—Me va muy bien, Pablito. Lo sabes. El hotel no para de darme alegrías, gracias entre otras cosas a tus consejos de cuidar la web, de colocar el cartelito en las habitaciones para que la puntúen en TripAdvisor, de ceder el salón para actos culturales… Todo eso te lo debo a ti. ¿Es bueno Alejandro en idiomas? —Asentí.

No hubiera aceptado nada para mí mismo, pero sí para ese chaval siempre dispuesto a trabajar con una sonrisa en la boca.

—Tiene un inglés perfecto, puedes ponerlo a prueba. —Lara negó con la cabeza—. Y su francés, muy académico, pero impecable.

—Pues no se diga más. Que se incorpore hoy mismo al turno de tarde.

—Déjame hablarlo con él. Su familia es de dinero y quizá decida irse un tiempo a

Londres. Tiene casa allí.

—Dile que me lleve con él. ¡Nos vamos los tres!

Con emoción contenida, di un beso a Lara y me excusé.

—No te molesto más, tengo mil papeles que hacer. —Yo mismo no me lo creía, apenas tenía el compromiso de pasarme por comisaría en lo que quedaba de mañana—. Le comento a Alejandro y te digo. —Los dos sabíamos que no iba a comentarle nada—. Eres un ángel.

—Pablo.

—¿Qué?

—Gracias por haberte abierto a mí de ese modo. —Vi la emoción en sus ojos—. Siempre estaré aquí, ¿vale? Nunca me asustaré por nada. ¡Por nada! Todos tenemos nuestros fantasmas, pero hemos tenido la suerte de que nadie nos dijera lo que no podíamos ser. —Vino a darme un abrazo, apretado— . Eres una persona muy especial.

•

Caminando por Orfila, dudé entre tirar hacia casa o enfilar hacia la revista, entre lo apetecible y lo conveniente. Entre mi vizconde negro y el blanco. Tenía unas ganas locas de llamar a mi hermana Elena, pero la carga emocional que supondría informarle de que se me había quemado el negocio me dejaría en una situación de vulnerabilidad que ella sabría aprovechar para convencerme de tomar las maletas e irme un tiempo a Bruselas, para mecerme al calorcito de los cuidados de quien no iba a juzgarme, ni presionarme, sino prepararme desayunos abundantes por las mañanas y compartir lecturas conmigo al salir del trabajo. Había días en los que echaba terriblemente de menos no tenerla más cerca, aunque mi mente cartesiana me hacía ver que hubiese sido menos valiente de haber tenido el ala protectora de mi hermana mayor cerca de mí.

En la oficina estaba Bea, con su falda rosa, los pendientes imposibles y las rastas de siempre.

—¿Cómo está mi mosqueona?

Ella dio un salto del susto, con un cruasán a medio comer en la boca.

—¡Pablo!

Por la cara de sorpresa al explicárselo, supe que Mateo no le había contado nada acerca del incendio. El tiempo confirmaba que el italiano era un tipo reservado, bajo esa capa de extroversión que deformaba su verdadero yo.

—¿Y el Espaguetini? —pregunté.

—Ha salido a desayunar y, de paso, se acercará por el Teatro Alameda para entrevistar a la responsable de sala y que le cuente curiosidades del último festival del títere.

—Esas son las cosas que quiere leer la gente, no atiborrarlos de calendarios de actividades.

—¿Eso es un reproche? —reaccionó Bea.

—¡Ya saltó la gata! —reí—. No te lleves todo al terreno personal. Tú eres una máquina entrevistando a artesanos, flamencos, poetas y lo que se te ponga por delante. Podrías ser incluso tú la que fuera al Alameda a entrevistar a esa mujer.

Bea, ya sentada en la mesa, bajó la cabeza al escuchar mis palabras.

—¿Y qué vas a hacer con la librería? No te irás a rendir, ¿no?

Negué con la cabeza. No, yo no era de los que supiesen conjugar en primera persona la palabra rendirse. Sabía bien que saldría de esa, aunque nadie intuyese que podría tener apenas dinero para el próximo mes. Siempre tenía la opción en la retaguardia de vender la casa que

heredé de Víctor. Era un colchón emocional que me permitía arriesgar, a pesar de que no se me pasara por la cabeza deshacerme de ese trozo de vida que me unía a él, en aquellos tiempos en los que todo mi mundo era Víctor y no pensaba que las cosas pudiesen acabar tan mal. Tuvo la generosidad de arreglar todos los papeles para dejarme bien instalado en Sevilla, a su niño, quizá previendo que su futuro se iba a complicar, como así fue.

—No, Bea. No me pienso rendir. Espero reabrir en un mes. —Ella aplaudió, en un gesto exagerado de los suyos—. Así que os daré la tabarra más de la cuenta en los próximos días. Se me pasan mil ideas por la cabeza para darle un empujón a la revista.

—De ti necesitamos ingresos, Pablo. —No me hizo gracia esta afirmación—. De lo demás nos ocupamos nosotros.

—Yo valgo para mucho más que para reunirme con publicitarios, Bea.

—No he querido decir eso.

—No sé lo que has querido decir, pero esta revista nació conmigo, el logo lo diseñé yo y saqué cinco números plagados de artículos y entrevistas sin ayuda alguna.

—Perdóname, hija.

—¿Hija? —Me miró con cara de no entender—. ¿A mí me hablas en femenino?

—Ay, Dios, Pablo. Ahora va a resultar que eres un maricón homófobo.

Me encendí.

—A ti no te he dado la confianza para que me llames así, entre otras cosas porque nadie se dirige a mí en femenino.

—¿Qué eres, plumófobo o qué? Yo tengo amigos que…

—¡Me da igual los amigos que tengas!

—Creo que se te está yendo la olla, Pablo.

•

Algo me hizo acelerar al llegar a casa. Un movimiento extraño de un tipo que retorció el cuerpo me alertó, por lo que di una carrera hasta la verja, a la que encontré los cristales rotos. No quise analizar más y salí a la búsqueda de ese chaval, del que apenas retuve unas deportivas verdes. Tenía a mi favor conocer cada milímetro de esas calles retorcidas. Me asomé a la Plaza de Zurbarán y enfilé por Misericordia. Aposté por que el hombre tirase por Jerónimo Hernández para hacerse invisible entre el gentío de la calle Regina. No supondría, además, que estaba siendo perseguido. Asomaba la cabeza en cada local, cada cafetería, en abacerías y colmados, siempre mirando al suelo a la caza de unos zapatos verdes, que conseguí ver a lo lejos, allá por San Juan de la Palma. Entonces sí me lancé como un gato en busca de su presa. Un tropezón con una silla metálica me delató y, alertado, el tipo empezó a correr como si lo llevase el diablo. Se había quitado el jersey y lucía un tatuaje redondo en el codo derecho, pista valiosísima al comprobar que no podía acortar la distancia con él. Corrimos hasta Castellar, donde le perdí la pista, exhausto. Me asomé, sin resuello, a Espíritu Santo, me metí en la calle Laurel, en Churruca, pero ya no había nada que hacer.

Los destrozos no habían tenido más importancia que el interés en hacer daño. Asustado, tomé el móvil y llamé a Andrés. No lo hice cuando el incendio porque no quería que pensase en una estrategia de acercamiento, tras tantos meses sin vernos. Me cansaba la incapacidad de ese chico majísimo para salir del armario, de hecho, veía reflejado en el policía lo que habría sido de mí de haber permanecido en Huelva pegado a las faldas de mi madre.

—Andrés, quiero contarte algo.

•

En cuanto le abrí la puerta y nos fundimos en el obligado abrazo, le di la oportunidad de hablarme de él. En las escasas ocasiones en las que requiero un favor de alguien a quien estimo, trato de no parecer demasiado interesado, cuestión de puro sentido común, así que, ya sentados, dejé que me contase de sus rutinas, el gimnasio y los planes siempre pospuestos de escapar del nido familiar.

—Nunca me cuentas nada de atracos y asesinatos —bromeé—, con lo interesante que tiene que ser tu vida fuera del gimnasio. —Sus rasgos se habían hecho más marcados desde la última vez que lo vi y, por cuatro movimientos faciales, supe que seguía enganchado de mí—. ¿Te has operado la mandíbula?

Él se la tocó de inmediato, cogido a traición.

—¡Te has operado la mandíbula!

Colorado como un tomate, ya no tenía escapatoria.

—Ha sido un poco de ácido hialurónico, Pablo. ¡No seas cruel!

—Pero si estás para comerte, con ácido o sin ácido.

—Pues ya no me quieres comer.

Me dejé caer en mi propia trampa y caí con gusto. Tenía tan clara mi atracción física hacia ese joven policía nacional como que no quería establecer vínculos emocionales con él, más allá de sexo y cervezas. Antes de darme cuenta, ya me había desabotonado la camisa y, en menos tiempo aún, ya sentía su lengua apestando a tabaco dentro de mi boca.

—¿Cuándo vas a dejar de fumar? —protesté—. Parece que me estuvieran metiendo un cenicero hasta la garganta.

—¿No prefieres que te meta otra cosa hasta la garganta? —Me embrutecía cuando me hablaba así.

Me dejé hacer, sin frenarlo ni decirle, al ritmo que él quiso ir. Debía dejar de disfrutar de su cuerpo con la mirada para contener la excitación, siempre fui más *voyeur* que protagonista. Apagué la luz con el mando para evitar tener que esconder la barriga. Andrés me revoleaba y yo me dejaba revolear.

—Querías contarme algo —afirmó, desnudo y mojado, sobre mí—. ¿Verdad?

—Sí.

No le hablé de Japón hasta que no hube detallado las conversaciones con la policía respecto al incendio. Por su cara vi que encontraba en la historia una forma de hacerse importante para mí, quizá recordando nuestros mejores momentos, coincidentes también con una investigación de la que le hice partícipe. Él se sabía fuerte siendo necesario y sus ojillos lo delataban.

—La misma mañana del incendio ocurrió algo muy fuerte. —Me incorporé—. Recibí un regalo por debajo de la puerta.

•

Con toda la sutileza de la que fui capaz, conseguí que Andrés se fuera a su casa a dormir, no sin antes recordarle las deportivas verdes, el tatuaje en el brazo y las tres cerillas en la puerta de la librería.

Remoloneando en la cama, no sin cierta aprensión al ver los enormes ventanales, tan

accesibles desde el exterior, lamenté no ser más fácil. Un hombre como Andrés era justo lo que necesitaba, de no ser por mi querencia por los príncipes azules, e intelectualmente potentes, que nunca vendrían. Al calor de su cuerpo musculado, sus palabras guarras y la risa infantil, se unía ahora una mandíbula aún más perfecta.

No dudó en encontrar relación entre el vuelo a Japón y el incendio del local. «Producto de un psicópata», razonó. Alguien que me quería y que me odiaba.

Yo le quité la idea de la cabeza, hacía tiempo que no levantaba pasiones de ese tipo. Lo de Japón tal vez sí, porque era una historia que viajaba desde la época en la que las hormonas marcan nuestro destino. Veía difícil, pero no quería descartar, que Yoisho hubiese vuelto a mí tras un largo viaje interior de autorreconocimiento. El daño, en cambio, no sabía quién me lo podía desear con tanta fuerza como para destrozar lo que era, no solo mi pasión, sino mi única fuente de ingresos. La revista, a fin de cuentas, me hacía perder más dinero que ganarlo.

«¿Alguien a quien hayas rechazado?», me preguntó, doblemente interesado en saber si yo jugaba a los corazones rotos.

Esa noche, sudado, con mi piel pegada a la de él, no quise hablarle de Víctor ni de Levallois, ni de todo el historial que me perseguía desde que mi amante apareciera ahorcado en el Lutecia de París.

No descartaba que fuese un injusto ataque de cuentas con quien había amado a un delincuente, pero que coincidiese con ese sobre me mosqueaba, no me cuadraba. Era como si un ángel, un ángel japonés, alertado del peligro inminente que corría, me ofreciera una puerta de salida, una escapada.

Van a por ti, ¡huye!

•

Entremezclé el ruido del timbre con mis pesadillas, el pánico me agarró la garganta cuando escuché aporrear la puerta, hasta que un grito corralero me despertó. Era Reyes.

—Pero ¡¿qué tiene que pasar para que vengas a buscarme?! —Entró con las manos en jarra—. ¡¿Quién tiene que morirse?! —Le di un beso que ella recibió con cara de asco y los ojos cerrados—. Que sabe toda Sevilla que te han incendiado el negocio y yo me tengo que enterar por la Lara, ¡manda huevos!

—Reyes…

—¡Manda huevos!

La frené por los antebrazos, hasta que se me abrazó.

—¿Cómo estás, mi niño? ¿Qué necesitas? —Se despegó de mí—. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Estoy bien, petarda.

—Traigo aquí unos *croissants*. Prepárate un café. —Se sentó en el taburete de la cocina —. ¿Cuánto dinero necesitas?

—No necesito nada, guapetona. —Ella frunció el ceño—. Si me quedara sin blanca, te lo pediría.

—Vamos a ver, chaval. Tengo la ventaja de tomar muuuchas cervezas contigo y de saber que ahorras menos que mi tía Juliana. ¿Te paga el desastre el seguro? —Puse cara de que a medias—. ¿Cuánto costará la obra?

—Costará lo que cueste y lo sacaré para adelante, Reyes.

—¿Te hago una transferencia, o lo prefieres en negro?

—¡Reyes! —Dejó de organizar las tazas con mi grito—. Que tengo dinero para sobrevivir.

Ella me guiñó el ojo en una tregua ficticia, mientras vertía el café ardiendo y buscaba las servilletas.

—Aquí ha habido mamoneo esta noche. Aquí huele a sexo, maricón. —Me delaté con mi sonrisa—. Que te quejas más que hablas y follas más que yo. —Me ofreció mi café, bien cargado, como ella sabía—. ¿Del Grinder o de la sauna?

—Andrés.

—¿El policía macizo?

—El mismo.

—Dios mío, con lo bueno que está. ¿No decías tú que lo mismo le iba la carne y el pescado? ¿Y si nos hacemos un trío? —Paré su discurso acelerado con un gesto—. Que yo recuerde, le habías hecho la cruz con eso de que olía a alcanfor de tanto armario…

—Lo llamé por lo del incendio.

Reyes abrió los ojos.

—Cuéntame.

•

Reyes se emocionó como una cría con el relato que le hice acerca de Yoisho. No era la primera vez que le nombraba al japonés, esas noches de *gin-tonics* en que los dos golfeábamos por los bares del Arenal y ella se interesaba por los conflictos con mi homosexualidad daban mucho juego.

—Pero que sea el Yoisho ese quien se venga a vivir contigo —me dijo—, que no te quiero perder.

—¿Ya me quieres casar con él? —ironicé—. Si no sabemos siquiera quién ha metido el sobre por debajo de la puerta.

—¡Debe de tener un cómplice en Sevilla! —gritó, como una cría, y aplaudió—. Qué ganas tenía yo de una aventura.

Mi amiga pertenecía a mi mismo equipo, al de los desheredados que buscan su lugar en el mundo, al de los que siempre tenemos las antenas puestas para ver más allá de lo que nuestras rutinas nos ofrecen a diario. Como diría mi cuñado Guillaume, «la gente se divide en dos, las que provienen de una familia desestructurada y las que no saben que vienen de una familia desestructurada».

Nosotros éramos de los primeros, conscientes de nuestras raíces, sabedores de que los traumas que arrastrábamos no fueron paranoias creadas por aburrimiento.

No salió para su trabajo hasta que no sacó de mí una promesa de acudir a ella ante la mínima dificultad monetaria, y, aunque tenía clara mi intención de no pedir un euro a nadie, el hecho de saberla ahí me daba un bienestar tremendo, infantil, protegido para jugar mis bazas con la certeza de tener una red por si caía.

No podía quererla más.

Era, además, una mujer larga. Había puesto el dedo en la llaga. Yoisho debía tener un cómplice. El sobre no tenía matasellos y entró por debajo de la puerta. ¿Quién lo había introducido allí? ¿Algún familiar o amigo que estuviera de turismo en Sevilla? Que fuera él mismo no tendría sentido, pues si quería verme, no tenía más que llamar a la puerta.

¿Y si fuera alguien de Huelva?

•

Me asomé a la librería.

Seguía el precinto policial y no había señales de que nadie hubiera intentado hacer más daño. Llamé impaciente al seguro para apremiarles a buscarme una solución. Me pasaron con el chaval que me atendió, quien se mostró presto a resolver la cuestión esa misma mañana.

—¿Se pasa por las oficinas a las doce?

Con el ánimo subido por cómo iba yendo la mañana, siempre que aparecía Reyes la luz entraba en mi vida, decidí pasar por comisaría. Cuando las cosas comienzan a enderezarse, es conveniente ponerse a rebufo, para terminar de desatascar todos los bloqueos. Ya cruzando la Alameda, decidí que no iba a denunciar el ataque infantil que recibió mi edificio; solo conseguiría meter unos papeles más en un dosier que iba a quedar en nada. Así que esperé paciente a que me atendiesen para suplicar que quitaran el precinto.

—Ya me ocupo durante el día de arreglar la reja —me comprometí, con la duda en el cuerpo de cuánto me costaría el arreglo.

—Esta tarde a las cinco hacemos atestado del levantamiento del precinto. Le aconsejo que esté allí con, al menos, un cerrajero y un cristalero. Lo ideal sería que colocase una reja compacta. Pueden volver de nuevo y, esta vez, romper los cristales y tirar un cóctel molotov dentro. —A mí se me debió cambiar la cara—. Poniéndonos en lo peor, quiero decir, al haber sido un incendio provocado.

—¿De eso no tienen duda? —pregunté, a sabiendas yo mismo de que así había sido.

El oficial, un tipo de vuelta de todo, que me crucificaba con su mirada maleada, insistió en preguntarme si imaginaba quién habría podido ser, yo me mantuve en mis trece.

—No tengo ni idea.

Me ocurría como al acostarme cada noche, justo antes de conciliar el sueño, cuando daba un repaso a mis historias y, de golpe, los pensamientos se me hacían una masa viscosa de la que no sabía escapar, cuanto más trataba de recuperar imágenes, más me perdía. Se me iba de la cabeza cada idea, a la que intentaba recuperar sin éxito, hasta quedar dormido. Lo mismo me sucedía desde que Lara me alertó de que la librería estaba ardiendo, que trataba de poner orden en mi mente para saber quién podría andar detrás de las tres cerillas, y todo se removía en una lavadora de conexiones, rostros y períodos de mi vida que me aturullaban hasta pedir salir de ahí con la ansiedad del ahogado.

•

El chico del seguro, maqueado, en su mesa, con una sonrisa de oreja a oreja, me recibió efusivo.

—¡Tengo buenas noticias!

Yo traté de calcular cuánto dinero suponía esa buena noticia, pero lo que tenía que contarme era mejor de lo esperado.

—He movido Roma con Santiago —me dijo—, tirando de una cláusula que usted tenía firmada.

—Puedes hablarme de tú.

Me pidió que tomase asiento.

—¿No recuerda con quién firmó el seguro?

—Con ustedes —respondí, extrañado.

—Me refiero a la persona, un apellido, una cara… —Negué con la cabeza—. Pues tuvo suerte, porque le incluyó un punto en el que nos hacemos responsables de la reparación en caso de incendio o inundación. Así que los dos mil euros los podrá gastar en reponer los libros. —Debió notar el alivio en mis gestos—. Incluso he metido la máquina de café en el lote —sonrió, satisfecho.

Yo me adelanté hacia él, no había nadie en cinco metros a la redonda.

—Se supone que te pagan para que a tu compañía le cuesten lo menos posible los accidentes… —le susurré.

—Estamos hablando de una librería, de que usted… de que tú tienes firmado un seguro importante con tu vivienda del centro de Sevilla, un seguro de vida. —No quise poner cara de no acordarme—. Un cliente VIP.

Me acomodé de nuevo en el asiento y, hasta cinco segundos después, tras procesar toda la información, no saqué la sonrisa de agradecimiento.

—Me has salvado la vida…

—Cristian.

—Me has salvado la vida, Cristian.

Por la forma en la que me miró, temí que me estuviera tirando los trastos. Todo podía cuadrar. Su edad, un ligerísimo amaneramiento, la forma de mirarme. No supe discernir qué hacer en ese momento, aunque me hubiese gustado darle un abrazo e invitarle a una cerveza.

—Eso sí, vamos a cambiar la reja para que sea imposible volver a quemar el negocio con una simple cerilla.

•

Di un toque a Andrius para comer.

El lituano siempre agradecía de forma explosiva mis propuestas. Nunca decía que no. Me apasiona la gente que nunca dice que no. Sabedor de su pasión por el salmorejo, le propuse un paseo hasta el Eslava.

—Aún es pronto, puede que encontremos sitio —comenté.

Andrius entraba en el círculo de aquellos que me producen ternura, y no tengo muchos nombres que se me vengan a la cabeza cuando trabajo esa sensación, la de encontrar en alguien un alma infantil en cuerpo de adulto, personas, como Andrius, que miran con ojos ávidos a los míos, que ríe con carcajadas abiertas, que te cuenta con entusiasmo su trabajo de arquitecto a distancia.

—Me ha dicho Lara lo de la librería —confesó—. ¿Cómo estás?

Con una sonrisa de oreja a oreja, le pasé mi brazo por su hombro para decirle que muy bien. Las noticias del seguro habían quitado la opresión en el pecho que sentí desde el momento en el que Lara me llamó. Quería hablarle del miedo que me causó el ataque del día anterior, como me apetecía también hablarle del viaje a Japón, pero con Andrius tenía siempre una conciencia muy clara de que debía esforzarme en escucharle, darle su sitio, a un hombre que estaba en Sevilla por amor, llegado a nuestro país con una edad en la que no es fácil abrir el abanico de amigos, más en una ciudad acostumbrada a la calle, al cachondeo, a la risa, pero complicada para afianzar amistades duraderas.

—¿Entregaste el proyecto de Manchester? —Me esforzaba por recordar acerca de su mundo.

—Sí. Creo que están contentos con el edificio, pero no con los materiales. Hay muchos

elementos en madera que lo hacen más caro.

—Tienes un español perfecto, mamón. —El enrojeció su rostro blanco y quiso volver a mí—. Olvídate de la librería y cuéntame. ¿Te sacaste el abono de la ópera? —Él afirmó con la cabeza—. ¿Te acompaña Lara o se hace la loca?

—¿Se hace la loca?

—Hacerse la loca es buscar excusas para no ir…

—No. Lara siempre viene. Soy lituano, muy del norte, muy cuadriculado. Le programo yo su propia agenda.

—Qué miedo, Andrius.

—Sí, me lo tengo que relajar.

—Me tengo que relajar, sin el «lo». —Me lo agradeció, con una sonrisa.

Ya en el Eslava, le quise contar lo del regalo a Japón. Sabía que la historia le gustaría y me apetecía conocer su opinión. Un tipo que se fue de su casa tan joven para buscarse la vida en Londres, que se atrevió a dejarlo todo para darse una oportunidad con una mujer que le enviaba señales confusas, un superviviente como Andrius era una buena roca a la que agarrarse.

—¿Lo has buscado por las redes sociales? —me preguntó.

—No recuerdo el apellido, Andrius. —El que se puso colorado fui yo, tal vez porque no había pensado en esa posibilidad—. Además, supongo que escribirá su nombre con el alfabeto de allí.

—Yo tengo un amigo japonés en Londres. Un tipo majo. No parece japonés.

—¿Y eso? ¿Los japoneses no pueden ser majos?

—Yo soy lituano, Pablo. —Asentí—. Si nosotros somos distantes, un japonés es como cuatro lituanos a la vez.

•

Tenía que encontrar el apellido de Yoisho y eso me ponía. De hecho, lo echaba de menos, el retarme a conseguir algo, no tanto por ese algo en sí, sino por lo que significaba ponerme a prueba, salir de mis rutinas; hermosas, sí, pero rutinas que me había creado en los últimos años. Mis tertulias, la revista, las cenas en casa de Lara, los amantes de las saunas, las cervezas con Reyes, los viajes a un París en el que a cada visita me encontraba menos ubicado, más solo.

París era el pasado envuelto en un papel de seda cada día más rasgado, era mi kilómetro cero, la cima de mi montaña, el sexo sin culpa, mi inmortalidad. Ya todo fue cuesta abajo desde que aterricé en Sevilla por huir del horror de la muerte. Hubiera dado cualquier cosa por despedirme de Víctor esa tarde en el Lutecia, sin poder imaginar entonces que él se había reído de mí, abandonado en una ciudad en la que hasta los cafés me los pagaba él.

Yoisho era ese algo borroso que debía conquistar, aunque fuera solo por decirme lo he logrado, sigo vivo, fuerte, cautivador. Mi halo de belleza aún se mantiene y sus ondas llegan hasta Japón, hacia un hombre ya maduro que se revuelve contra su presente para decirme que nunca debió dejarme allí, solo, al valiente amiguillo homosexual que le dio un beso de amor.

Tenía que encontrar su apellido.

•

La tarde se me pasó en casa, tirado, con el recuerdo de otras tardes así, en las que el frío te va calando hasta los huesos por la pereza de no levantarte a coger una manta; esos anocheceres que

llegan lentos, en los que observas avanzar las sombras como un *time lapse*, hasta llegar al espectáculo de comprobar cómo la farola le roba la luz a la tarde. Dejé que no se distinguiera un hilo negro en la noche que se asomaba por la ventana, antes de acercarme a ella, retirar el visillo y pegar el pecho contra el cristal.

Esperé.

Esperé hasta que se encendió la lámpara de la habitación de enfrente.

Había juego.

Despistado, me miré la ropa. Un jersey de cuello vuelto y unos vaqueros. Intenté memorizar qué ropa interior llevaba, suplicando que fueran los bóxers que me permitían jugar con más recursos. Me retiré tras los visillos a la espera de una señal. La luz del dormitorio parpadeó, entonces volví al cristal y me levanté el suéter hasta el ombligo, con el que jugué a quitarme las pelusas, a enredar el vello con mis dedos, a desabrochar el cinturón e introducir la mano poco a poco, hasta que pude confirmar que sí era la tela de la ropa interior que más le ponía.

Mojé la ventana con la lengua, y entonces fijé la vista. Estaba allí. No sé si ella o él, pero allí estaba, agazapada o agazapado, tras el estor de tablillas de madera casi cerrado. Asomaba un dedo que corría de izquierda a derecha solo para mí.

El frío que tenía se fue yendo incluso al quitarme el jersey, envalentonado. Me toqué los pezones hasta ponerlos duros y los refregué lentos para excitarlo, o para excitarla. Me tapé entonces la cabeza con la cortina, lo justo para ver sin ser visto, lo preciso para bajarme los pantalones siendo un anónimo. Estaba hinchado cuando me quedé en ropa interior y alargué el momento, un dedo que se colaba por aquí, un elástico que bajaba hasta mostrarlo todo, sin mostrar nada, una mano que se mete, otra que mueve y ya todo para él.

O para ella.

•

Ya duchado, con la calefacción a tope en el dormitorio y cansado, me tiré en la cama con un pensamiento en la cabeza.

Ir a Huelva.

«Mejor mañana que pasado», pensé. Tenía a mi favor el tiempo libre. No me apetecía pasar por la revista y reencontrar a Bea. Al chaval del seguro le había dejado las llaves, aunque entendí que tardarían unos días en valorar los desperfectos y planear la reparación del local. Quise incluso ponerme alarma, para evitar remoloneos que me llevaran a claudicar. Fue al programarla cuando vi un mensaje de Alejandro.

¿Café mañana donde Fidel?

Me gustaba esa forma suya de poner los interrogantes en su sitio. Me gustaba todo de él, de ese Adonis incapaz de imaginar cuánto me ponía, ese querubín de metro noventa con esa mezcla de potencia intelectual, inocencia y carne fresca de pantalones apretados que me derretía y me hacía recomendarle, día sí y día no, que tenía que comerse el mundo que yo no supe comerme.

¿A las ocho? Salgo luego para Huelva.

No tardó en contestarme.

De acuerdo.

Que ya no se estilaba en las redes sociales. Ni ponía emoticonos, ni simplificaba palabras, lo que me excitaba aún más.

Quizá inquieto por el cierre del negocio, me apetecía llevarle las buenas noticias del seguro y así quitarle inseguridades. Quería, tanto como no quería, que desplegase sus alas. En él me veía a mí con veinte años menos, lo que me provocaba una ternura que rayaba la perversión.

•

—Aquí tienes tu café, jefe.

—Sabes que no me gusta que me llames así. —Alejandro soltó una carcajada—. Que me haces sentirme tu padre.

—Edad tienes…

Le di una colleja que casi le hizo tirar su Cola Cao. Sabía lo friolero que era el chaval, así que no le insistí en que se quitara el chaquetón para desayunar. Cuando llegué allí, pensé que lo que llevó a Alejandro a citarme era su preocupación por perder el empleo, pero pronto sentí que ahí se tramaba otra cosa.

—Pablo…

—No me asustes.

Alejandro soltó una carcajada que resonó en todo el bar, lleno en esa fría mañana.

—Solo quería decirte —carraspeó— que eres muy importante para mí. —Se hizo el silencio propio de las situaciones inesperadas—. Que me da mucho miedo que te plantees cerrar la librería, ¿sabes?

—Vaya…

—No querría perderte, Pablo.

—No vas a perderme, petardo. Ni voy a cerrar la librería, de hecho, el seguro me ha garantizado que… Que me va a echar un cable. Mi única pena es que no tengo ahorros. ¡Nada! Apenas tres mil euros en una tarjeta de crédito. Me sabe mal, sobre todo, por ti, con la fianza recién pagada del piso. Yo sobreviviré, tiraré de la tarjeta de El Corte Inglés para la comida, pediré un préstamo a mi hermana si fuera necesario, pero no te puedo ofrecer nada ahora mismo. ¿Te gustaría trabajar un tiempo en la recepción del hotel? En el de Lara. Ya está hablado con ella. —Él negó con la cabeza—. Te lo puedes pasar en grande. Además, ella paga bien…

—Estoy loco por ti.

Entonces sí se hizo el silencio, el gesto de Alejandro estaba congestionado por la emoción. No supe cómo hacer para mantener la mirada, la cabeza fría, el control de la escena. Por encima de todo, no quería hacer daño, ni defraudar a un chaval que estaba abriéndose en canal delante de mí. Miré, en un gesto instintivo, el reloj. No sabía dónde meter la cabeza.

—Lo siento, no quiero entretenerte. —Le cogí la mano, helada—. Simplemente, me…

—Es precioso lo que acabas de decirme, Alejandro. —Me di cuenta, al hablar, de que yo estaba emocionado hasta las trancas—. A mí también me vuelves loco, lo sabes. Eres muy importante para mí y te quiero mucho. ¡Mucho!

—Tú quieres mucho a mucha gente.

Tenía razón.

—Y eso me vuelve aún más loco —insistía—, que seas una persona tan generosa.

—Si yo te contara, chaval…—Volví a mirar, con los nervios, el reloj.

—Acabo de terminar con mi novio. —Bajó la cabeza—. Llevábamos tiempo mal, ya lo sabes… —Volvió a mirarme—. No podía estar con él y tenerte todo el día en mi cabeza, Pablo. —Temía que fuese a decirme que dejaba el trabajo por no sufrir—. Yo sé que para ti soy un chavalito al que le faltan cuatro hervores —se rio, con esa dentadura enorme que lo iluminaba

todo—. Tienes que irte para Huelva.

—No tengo prisa. —Pensé en hablarle de Yoisho, del viaje a Japón, de mi interés por saber qué había sido de él, pero hubiera sido un trago difícil de asumir por ese jovencito que acababa de derrumbarse frente a mí—. Solo quiero pasar a darle una vuelta a la casa. —Era mentira—. Mi hermana me llamó desde Bruselas para que me ocupara de comprobar si los últimos inquilinos han dejado todo…

—¿Quieres que te acompañe?

Yo negué con la cabeza, ni ya teníamos casa, ni quería tener que organizar un paripé. No se lo merecía.

—Ir a Huelva siempre me trae mucha emoción, Alejandro. No hace mucho que enterramos a mi madre… —Él asintió con la cabeza—. Espero que lo entiendas.

—Claro que sí.

Entonces apartó la mano de entre las mías.

•

Meneé no sé cuántas veces la cabeza en el corto trayecto hasta casa. Mi vizconde demediado negro no dio chance al blanco. Aquí no había nada que negociar ni ilusiones que dosificar. Mi no a Alejandro, a pesar de tenerme engatusado, era un no sin retorno.

No sé si me asustaba más la torpeza o el descaro del chaval, lo que sí sabía era que estaba desorientado respecto a lo que podía esperar de mí. No entraría en su cabeza cómo de entrenada estaba la mía para evitar escenarios que no eran posibles. Toda la atracción del mundo no era suficiente para que yo me plantease una relación seria con él. Mi mente cartesiana rechazaba de frente esa posibilidad. Primero, por egoísmo, no quería entregar los mejores años de mi vida a una inversión sin futuro, con un hombre esplendoroso al que se le abrían las puertas de la vida con todas las armas para triunfar; todo el morbo de espiarlo por entre los libros para verle el culo, toda la seducción que ejercía sobre mí al escucharle moderar las charlas sobre novelas históricas, todo se iría al garete si tuviese que convivir con él. También lo rechazaba por él mismo, por su oportunidad de ser libre, de darse batacazos como el que venía de pegarse con una pareja que nunca me presentó.

¿Hasta qué punto no era una invención suya ese novio que jamás apareció a recogerlo? Era tan torpe que incluso había inventado que estudiaba Bellas Artes, a dos pasos de la librería.

Esa lucha entre su inocencia y mi desconfianza hubiera arrasado con todo.

Yo era maduro como para asumir el disfrutarlo en horario de trabajo y, cada cierto tiempo, a solas en mi ducha.

•

Mi primer impulso fue gritar, pero mi obsesiva contención me hizo maldecir para dentro al cabrón que reventó los cuatro neumáticos de mi coche. Eran machetazos realizados con rabia, lo que me heló el corazón en cuanto pude razonarlo. Paralizado, no supe cómo reaccionar. Si llamar a la policía, a la grúa o como si no hubiese visto nada, para no sufrir.

Opté por lo último.

Salí del garaje en estado de *shock* con el propósito firme de concentrarme en descubrir quién era ese tipo de brazos tatuados que quería destrozarme la vida. Debía encontrar algún resquicio de mi pasado que me llevase a él, o a quien le hubiese encargado ir a por mí.

Siempre he sabido mantener la sangre fría, es uno de los dones que me ha regalado la vida, así que preferí enfilar a pie el camino hasta Santa Justa para tomar el primer tren hacia Huelva. Era mi forma de luchar la batalla. Aunque me estuviese ganando por goleada aquel que sabía a qué jugábamos, el no trastocar mis planes era mi forma de marcar un gol. No podía cambiar las ruedas al coche, eso ya vendría cuando la librería comenzara a generar beneficios. No había prisa, me decía.

Ya en el vagón, traje a mi cabeza a Alejandro. La escena en el bar de Fidel era el contrapunto necesario al ultraje de los neumáticos y quise agarrarme a ella, analizar mi reacción, sus gestos, explicarme a mí qué sentía, qué suponía que sentía él. Una frase se repetía machacona en mi cabeza. Es un chaval.

Visto desde la cuarentena, un joven recién salido de la facultad no era sino un crío. Bello, masculino, ilustrado. Pero un crío. Con voz grave y pelo, poco, en pecho. Pero un crío. Había un filtro en mí que no permitía, ni permitiría, un enganche hacia alguien al que podría doblar la edad.

En todo caso, fue un regalo a mi autoestima, resentida en los últimos años por el parón que, poco a poco, fui dando a mi vida de aventurero sentimental.

•

Llegué a tiempo para encontrar el instituto abierto. Podría hacer veinticinco años desde que lo pisara por última vez. Lo vi más pequeño, pero más cuidado, como si hubiese rejuvenecido al tiempo que yo me iba haciendo mayor. Algo había que se me escapaba, quizá fuese que lo acabaran de pintar o que hubiesen cambiado los marcos de las ventanas, el caso es que lucía bien. Se escuchaba el silencio propio de los días de clase.

Pedí permiso al conserje, con una explicación sencilla:

—Soy un antiguo alumno y tengo cita con la Jefatura de Estudios.

—¿Con Gemma? —preguntó.

—Con Gemma —confirmé.

El espacio interior se me hizo incluso más chico que la fachada. Le expliqué que sabía dónde se encontraba el despacho y supliqué porque estuviera la tal Gemma en su sitio, para no verme dando vueltas por allí.

—¿Perdona? —Una mujer de mediana edad, pequeña y de ropa muy colorida, salió a mi paso.

—Busco a Gemma.

—Está en clase ahora mismo —confirmó—. Soy la directora, ¿puedo ayudarte en algo?

Percibí energía positiva en sus palabras, por lo que tanteé hasta qué punto podría contarle de mi búsqueda de Yoisho.

—Verá, soy un antiguo alumno y vengo a…

—Ven a mi despacho, no hago más que reñir a la gente que se pone a hablar aquí mientras hay clase.

La seguí y cerré la puerta, tal como me pidió.

—¿Y bien?

—Querría ver la orla de mi promoción —afirmé, sin dar más rodeos.

—¿Y eso? —Ella se levantó.

—¿Le cuento la versión corta o la larga?

—Tengo veinte minutos hasta el cambio de clase y estoy hasta el moño de cambiar

horarios a la de Religión, así que soy toda oídos.

—Esta semana recibí un regalo por debajo de la puerta —le resumí, sin prisas, la sorpresa de los billetes de avión, mi declaración de amor a Yoisho, e incluso le hablé del incendio de la librería para salpimentar el relato.

—Así que tienes una librería en Sevilla… ¿Te importa que lo publiquemos en la revista del instituto? Estas son referencias muy buenas para motivar a los alumnos. —Asentí, sin mostrar dudas—. Ahora tenemos chavales de diecisiete nacionalidades diferentes, pero nunca imaginé que aquí hubiera estudiado un niño japonés. Ven, vamos a buscar la orla.

Parecía que el hecho de haberle declarado implícitamente mi homosexualidad suponía tener puntos positivos en esa directora nada al uso.

—¿Cómo sabes que es Yoisho quien te ha enviado la carta?

—¿Quién iba a ser si no? —pregunté y me pregunté—. Su familia es originaria de Okayama, la ciudad de destino de ese viaje. Blanco y en botella, ¿no?

—Verás, yo soy profesora de Matemáticas, aparte de directora, y dar por supuestas las hipótesis es peligroso. La vida da muchas vueltas y cualquiera sabe dónde está ese Yoisho y quién te envía ese regalo. —Tomó el álbum de fotos de mi promoción y se puso las gafas—. ¡Ahí está! —señaló con sus diminutos dedos. ¡Yoisho Rotada!

Me dio un vuelco el corazón al ver su cara repeinada, los mofletes que recordaba, su pequeña bizquera. Sin percatarme, puse mi mano derecha sobre el pecho.

—Es él —confirmé, en voz baja—. Yoshio Rotada. —Vi la emoción en la cara de la directora—. Sé lo que me dice, cualquiera sabe de quién viene ese regalo, pero por eso estoy aquí.

—¿Quieres hacerle una foto a la orla? —me propuso.

—Claro. —No se me había ocurrido—. Estoy muy agradecido por…

—¡La agradecida soy yo! —me interrumpió—. Ojalá me pasaran más cosas así. ¿Dónde estás tú en el álbum? —Yo le señalé con el dedo—. ¿Justo a su lado?

—Éramos inseparables hasta en eso.

•

Le pedí unos minutos para reflexionar, que coincidieron con el cambio de clase. Revisé en el archivador a cada uno de mis compañeros. Parecía que fuese ayer cuando nos abalanzábamos al recreo tras la clase de Lengua. Me concentré en buscar quién podría haber mantenido una relación con Yoisho y pronto di con Jennifer, la Jenny, esa gordita de risa contagiosa que hizo de madre con él cuando me dio el portazo definitivo. Una chavala que, pese a convertirse en inseparable compañía del japonesito, me caía bien. No hacía por rehuirme, me sonreía cuando cruzábamos la mirada, se sabía observada por mí, sabedora de mis celos y mi vergüenza. Se convirtió en obsesión el acercarme a ella, pero yo era un manojo de inseguridades y nunca me atreví.

—¿Qué? —Se me acercó la directora—. ¿Ya has pensado cómo vas a llegar a él?

Le señalé la foto de Jennifer Morales y forcé un tono dramático.

—Ella es la clave —afirmé.

—¿Jennifer Morales? —Asentí— ¿Su amiga mariliendres? —Solté una carcajada y agradecí con un guiño su complicidad—. ¿Quieres que busque la dirección de sus padres sin que nadie se entere? Porque, a ver, a esa casa podrías haber ido con tu amigo el japonés a merendar.

—Pero nunca fui.

—Eso solo lo sabemos tú y yo.

•

Cuando llamé al timbre del apartamento de Jennifer, ya tenía la sensación de llevar tres días en Huelva. Había comido, más bien tragado, una hamburguesa en el Burger King de la Palmera, confuso, feliz y atormentado, a partes iguales. Especialidad de la casa ese disfrutar de las provocaciones de lo imprevisto. Muy en el fondo de toda esta historia, que no había hecho sino empezar, había un componente importante de ego que me daba gasolina. Alguien me había regalado un viaje carísimo a Japón y alguien se la jugaba por hacerme daño. Para bien y para mal, estaba en el centro de la diana de dos personas, o más, que me adoraban y odiaban, que perdían parte de su tiempo en mí.

—Vengo buscando a Jennifer —afirmé, en cuanto un anciano en pijama y andares torpes me abrió la puerta.

—La Jenny estará en su casa. —No era amable ni simpático, yo le importaba un pepino —. ¿Sabes dónde es?

—No, vengo de Sevilla para preguntarle si…

—Llámala al móvil.

—Perdí su número —mentí.

El caballero gesticulaba hartazgo por esos treinta segundos de su vida anodina que le acababa de robar.

—Pues no me acuerdo del número de su casa, está detrás del Parque Moret, por la Orden.

—Así va a ser difícil dar con ella.

—¿Tú quién eres?

—Un compañero de instituto, señor. ¿Es usted su padre? —No me contestó, se limitó a dar un grito—. Siento molestarle.

—Déjate de mariconadas. Mi mujer te dará su número, pero ya sabes que la niña está dislocada con lo del pavo este, así que no le comas mucho la cabeza.

•

Jennifer resultó ser un encanto. Me reconoció, alertada por una llamada de su madre, en cuanto abrió la puerta.

—¡El guaperas del Pablo! —Se arrojó sobre mí entre achuchones—. Pero ¡pasa, hijo! No te quedes ahí como un pasmarote. —Me hizo espacio en un pasillo a oscuras, mientras confirmaba que su obesidad juvenil se había convertido en mórbida con los años—. Tengo la casa patas arriba, pero no me ha dado tiempo a recoger más desde que me llamó mi madre.

—Yo no quería molestar.

—¿Molestar? —Me señaló un asiento en un salón decorado con mal gusto, lleno de colores, vírgenes y abanicos—. Los colecciono desde el instituto. Mira este. —Lo descolgó, y ese simple gesto ya le hizo perder el resuello—. Es del viaje de fin de curso a Mallorca, ¿te acuerdas? —Asentí, sin querer decirle que yo a ese viaje no fui—. ¿Has visto que gorda estoy? —Se sentó en un sofá ajustado a sus dimensiones. Exhaló, con la mano en el pecho—. Perdona, me he puesto nerviosa, Pablo. ¡Qué guapo estás!

—Gracias, Jennifer.

—Huy, Jennifer. Así nada más que me llama mi padre cuando se cabrea conmigo, que es

casi a diario. Me ha dicho mi madre que es él quien te ha abierto la puerta… Es antipático, ¿verdad? —No quise responder—. Pero no tiene mal fondo. Gilipollas, pero buena persona. Al menos a mi madre no le ha levantado nunca la mano, no como a mí. —No me daba cancha, ni para preguntar—. Tengo dos críos, ¿sabes? Bueno, críos… Ya son dos hombrecitos. El grande tiene hasta novia. Más rara que un perro verde. ¿Qué quieres? ¿Una cerveza? ¿Has comido? —Asentí—. Entonces, mejor un café. Lo tengo descafeinado, ¿te importa?

—Me gusta el descafeinado.

—Menos mal, hijo, porque no tengo gran cosa que ofrecerte. Si no te importa, me quedo aquí un rato mientras tú me cuentas, que tengo el corazón hecho un trapo y pierdo la respiración. Ya ves, estoy hecha un hipopótamo. Te habrás hasta asustado al verme, ¿verdad?

—¿Sabes a qué vengo? —Encontré, al fin, el hueco para hablar.

—A preguntar por mi Yoisho —me lanzó, y se quedó, por primera vez, callada.

—¿Cómo te acuerdas de que yo…?

—Tú le diste un beso y él te giró la cara después, ¿o no? —Me quedé frío—. Al Yoisho le perdí la pista antes de tener a los críos, así que, ¡imagínate! Las últimas cartas me vinieron devueltas y nunca más se supo. Qué penita, Dios mío. Hace dos años volví a intentarlo, y nada. Me las devuelven los de Correos.

—¿No tienes un teléfono? —Jennifer meneó la cabeza—. ¿Alguien que pueda tenerlo? —Volvió a negar—. Y por Facebook, ¿no lo podré encontrar?

—Yo lo he intentado, pero como ellos escriben tan raro, pongo Yoisho Rotada y aparecen tres con cara de espanto que parecen de película de miedo. —Se agarró a la mesa para levantarse —. Vamos a ponerle un café al amigo del japonés. — Se giró hacia mí y me lanzó una sonrisa preciosa.

•

No quise, al menos en ese momento, hablarle de las razones de mi búsqueda, pese a la confianza que me despertaba. Verla recogiendo la mesa para colocar los cafés suponía asumir lo mucho que había cambiado la vida desde aquellos tiempos en los que andaba pendiente de esa niña escandalosa que se pasaba las horas hablando con Yoisho en la pista de baloncesto.

Todo eran celos en mí por entonces, porque sabía lo que implicaba ser amigo del japonesito, y a mí me costaba renunciar a ese espacio familiar que me había ganado con el tiempo. Entrar en su casa era un regalo para los sentidos, sobre todo, los olores.

En ese largo viaje que hice con Víctor por Japón, busqué los pastelillos dulces, con apariencia de esponja, que alguna vez me trajeron al volver de su país tras las vacaciones. Fue morderlo, junto al templo de Asakusa, y volver a esa habitación austera con dos grandes cuadros blancos pintados con tinta negra, a su futón en el suelo, a la risa contagiosa de mi amigo, a las miradas furtivas que sé que existieron. ¿O me las inventé?

—¿En qué piensas, cariño? —Jennifer se sentó, por fin, frente a mí.

—Recordaba lo celoso que estaba de ti. —Ella, presumida, sonrió—. De cuando ibas a merendar a su casa, como hacía yo cuando todavía era su amigo. —Me apetecía que me hablara de él, saber qué pensaba Yoisho de mí por entonces—. Pero él no quería nada conmigo.

—Era un niño muy sensible.

—Lo sé. Por eso, tal vez, me enamoré de él.

A Jennifer parecía incomodarle que yo hablara tan claro de mi sexualidad.

—Yo pensé que él era también gay —provoqué.

Ella meneó el descafeinado y mojó una magdalena. Tal vez en una actitud que le honraba, no quería hablar de lo que sabía o intuía de Yoisho.

—¿Él nunca te habló de mí? —Jennifer, en un gesto poco creíble, negó con la cabeza—. ¿Lo llegaste a besar? —Yo iba a por todas. Ella asintió—. ¿Os acostasteis?

—¡Ay, Pablo! Qué preguntas me haces… —Incómoda, se levantó. Fue a la cocina sin saber muy bien para qué y volvió con servilletas que ya había sobre la mesa—. Yo estaba muy colada también por él. Ya sabes, era el patito feo de la clase y él, que era lo más exótico del insti, se fijó en mí. Eso me dio mucha fuerza, no sé si me explico… —Le hice saber que sí—. Yo solo quería estar con él.

—¿Tu sabías que yo os espiaba?

—Sí.

—¿Y Yoisho también? —Ella asintió—. ¿Os llegasteis a acostar? —insistí.

—No.

•

Preferí no meterme por el barrio. Siempre lo hacía al pasar por Huelva, pero no quería remover más nada. Atravesé el Parque Moret, como si fuese ayer cuando nos veníamos a fumar porros junto a la valla, hasta enfilar hacia la estación. Estaba a tiempo de llegar a la cerveza en casa de Lara. Le mandé un mensaje que ella no tardó en responder.

Te esperamos.

Era un bálsamo esa mesa de cocina, esa nevera abriéndose y cerrándose, las aceitunas, el entrar y salir gente, las confidencias. Ese espacio era lo más parecido a un hogar que había tenido en mi vida, aunque me negara a sentimentalizarlo, por miedo a perder de nuevo el paraíso.

Llegué dispuesto a contarlo todo, pero preferí dejarme llevar por las cervezas.

—A Abel se lo rifan —me comentó en cuanto abrimos las latas de mejillones que compré en Santa Justa—. ¡Está en un momento tan bonito! —Lara era tan generosa que incluso su hijo Abel era de todos nosotros—. Me da miedo que se malee con el dinero, está todo el día en la calle y se mueve con chavales que no tienen un duro.

—Si se malea, ya se desmaleará, Lara. Está viviendo una época maravillosa.

—No creas, con esa edad, yo era un trozo de carne con huesos, llena de miedos. —Me observó, a sabiendas de que yo sabía que no era así—. Sí, yo ya era madre y estaba trabajando, pero sufría mucho… ¡No me mires así!

—¿Cómo te miro?

—Como diciendo «eso no te lo crees ni tú».

—Es que no te lo crees ni tú. Con veintipocos años tú ya tenías más cornazos dados que cualquier mujer de cincuenta.

—¡No exageres!

Aún no había bajado Andrius, ni se había acercado Merche, ni andaba Abel por la casa. No sabía si hablar con ella.

—¿Qué te pasa a ti? —me preguntó.

—He pasado el día en Huelva.

—¿A ver a tu padre?

—Ni muerto vuelvo a ver yo a ese monstruo.

—Es tu padre, Pablo. Ya se le ha ido la cabeza, es inofensivo… —Ella misma comprendía lo absurdo de su razonamiento—. Aunque sea para darle un beso. Tú vales mucho

más que él.

No quise que siguiera por ahí.

—Estuve en el instituto para ver la orla de mi promoción.

—El japonesito…

—El japonesito, sí.

•

La llegada de Andrius cortó la explosión que estaba a punto de producirse en mí, una amalgama de frustraciones acumulada desde tanto tiempo atrás que me asustaba no saber contener. Antes que después debería llegar ese momento de abrir compuertas y permitir que el torrente me desbordara para acabar con mis ganas de escapar de mí.

—¿Hasta estas horas andas tú currando? —le pregunté.

—Sí. Me han dado una semana para eliminar todos los elementos de madera del proyecto de Manchester. —Se meneó los cabellos, agotado—. Me estoy volviendo loco con los cálculos de materiales.

—Yo soy un mago del Excel, Andrius. ¡Y estoy libre!

—¡Dale trabajo, amor mío! —gritó Lara—. Que se le despeje un poco la cabeza de tanto Japón.

Le lancé una mirada asesina por irse de la lengua.

—Pero ¡si lo del japonés se lo has contado tú ya a mi lituano! —me recriminó ella.

—Ah —reconocí—, es verdad.

•

Me atraía horrores pasar por donde Virginia, pese a saber que entraba en terrenos de monstruos que me solían devorar. No era demasiado tarde, para ella nunca lo era, en todo caso. Di pasos cortos para un lado, fui por José Gestoso, me arrepentí por Arguijo, retomé cerca de Orfila, di pasos adelante y atrás, hasta encontrarme bajo su ventana, maldita luz encendida.

—¿Con qué crisis venimos hoy?

No quise contestar, pero en mi abrazo comprendió todo. En su casa, aunque me llevara meses sin pisarla, tenía libertad plena de hacer lo que me viniera en gana. Ese era el veneno de Virginia, que no me ponía frenos, ni se asustaba de mí, que no fingía intereses que no fueran ciertos, hacia mí, hacia ella. En nuestras vidas rajadas había tanta interconexión que las charlas muchas veces sobraban.

Me puso La Casa Azul y un vodka con soda, a falta de limón. Se fue a duchar. Yo me tumbé en la alfombra y me adormilé entre sorbos a la copa. A pesar de que no quería hablar de mí, en cuanto llegó, se lo pregunté.

—¿Incendiaste mi librería?

—No —respondió, seca.

Ya para entonces estaban las dos rayas de rigor sobre la tapa del tocadiscos. Los dos sabíamos que no había otro sitio. Ella me pasó el rulito y se colocó tras de mí. Me desabotonó la camisa y se fue a por mis pezones. Sabía que me volvía loco.

Vinieron dos tiritos más, y otros dos.

Qué placer el de no hablar, dejarnos escuchar la discografía completa, en bucle, de La Casa Azul. A cada rato, uno bailaba, descalzo, sobre el parqué. Éramos insoportables, lo

sabíamos, pero el no juzgarnos nos producía un placer casi inmortal. No nos soportábamos y nos necesitábamos.

De pronto, le quise hablar de Yoisho, pero no lo hice. Con Virginia, me ocurría que no quería darle más información de la que ya tenía sobre mí, tal vez porque era una forma de entregarme aún más, tanto que pudiera comerme a pedacitos.

—¿Duermes conmigo?

—Sí —le respondí.

•

—He recibido un regalo —le confesé en cuanto me puso el café por delante.

—¿Qué era eso del incendio de tu librería? —A Virginia le gustaba cambiar el giro de mis relatos, lo que me la hacía insoportable y me abducía al mismo tiempo—. ¿Tostadas con pan sarraceno? —Asentí, sentado en el taburete naranja de tantas noches—. Cuéntame lo que quieras.

—¿Tú estás bien? —No iba a ser ella la única que cambiara los pasos.

—Yo nunca estoy bien, ya lo sabes. —Se sentó frente a mí, con la tostadora en medio de los dos—. Cada día más metida para dentro y más vieja. No me soporto ni yo misma. ¿Cuánto hace que no venías a verme?

Fue antes del verano, muchos meses atrás. Hubo bronca de las gordas. El fantasma de Víctor nos perseguía, algo que no llevábamos bien. Ese día, los dos pensamos que no volveríamos a vernos, a pesar de ser dos especímenes que siempre se buscaban para escapar de sus vidas previsibles.

—Alguien está tratando de hacerme daño, ¿sabes? —Ella colocó dos grandes panes en un plato y me pasó la mantequilla, con sus manos delicadas, aristocráticas, frías. Me tranquilizaba comprobar sus uñas pintadas con exquisitez, prueba de que no se estaba dejando ir—. La policía está investigando quién pudo prender con cerillas a través de la reja el expositor de revistas. —Virginia seguía atenta mi relato, pero sin mirarme—. En la primera persona que pensé fue en ti. —Ella sonrió—. Luego me han venido mil nombres a la mente, pero fuiste tú quien me saltó entonces a la cabeza.

—No te haría nunca daño de forma consciente, Pablo.

—Tú estás como un cencerro, Virginia. Incluso más que yo.

—Pero no te haría una barbaridad así. —Hincó el diente a su tostada. La dejé masticar—. ¿Quiénes más hay en esa lista de pirómanos?

—Gente a la que dejé tirada, compañeros de la revista que no me soportan, amantes despechados, narcotraficantes de la época de Víctor.

—¿Levallois?

—Levallois también, claro que sí. Aunque a ese tipejo no le pongo cara. ¿Has vuelto a saber de él?

—Pensé en llamarlo la última vez que fui a París, pero me arrepentí en el último momento. Me daba pereza pensar en todas las justificaciones que tendríamos que darnos.

—Al final, el seguro va a correr con todos los costes de la reparación. —Observé su reacción, por si se delataba. No hizo el mínimo gesto—. También me han reventado las cuatro ruedas del coche y han intentado hacer algo en mi casa.

—¿Todo esto lo sabe la pasma?

—No.

—¿Cómo te puedo ayudar? —Por fin me mantuvo la mirada.

—Ya me has ayudado, Virginia, al decirme que no fuiste tú.

—¿Y me crees?

—Me temo que sí.

•

El pánico era no saber qué hacer.

Tenía días en blanco por delante y me conocía lo suficiente para saber que eso me podría desestabilizar. El recibimiento de Bea en la revista me disgustó, demasiado, pero prefería no entrar en guerras con un equipo que se lo curraba mucho, mientras yo pasaba por allí de higos a brevas. A la librería le llevaría un tiempo reformarse, mi cuenta corriente estaba congelada y me negaba a desequilibrar mi relación con Lara aceptando un empleo provisional en el hotel, por mucho que ella lo ofreciera de corazón. Era más, el viaje a Japón no aparecía como una meta jugosa por alcanzar, desde el momento en que apenas tenía tres mil euros para sobrevivir el tiempo que tardase en reabrir el negocio. Llevaba mal esa incertidumbre, aunque sabía que ganaría la batalla, no sabía cuál, porque siempre las gané. La mañana se presentaba más fría de lo que mi chaqueta podía soportar, lo que me obligaba a pasar por casa. Pensé entonces en el bar de Fidel. Ya habría pasado la hora dura de los desayunos y ese tipo se había convertido en un bálsamo para mí.

—¡Don Pablo!

—¡Don Fidel!

Salió de la barra a darme un abrazo.

—Siempre me coges hasta arriba de cafés. —Me invitó a sentarme en una banqueta—. ¿Qué ha pasado con el negocio? No quise molestarte ayer. —Sabíamos que hablaba de Alejandro —. ¿Un cortocircuito?

—Eso quisiera yo.

—Un Oporto a estas horas es una delicia —propuso.

—Venga. —Aún no se me había quitado el frío del cuerpo—. Resaca con alcohol se cura.

—Entonces, ¿intencionado?

—Eso parece, Fidel. Alguien que me quiere mal.

—No conozco mejor persona que tú, Pablo.

—Me temo que te equivocas —quise rechazar el halago—. Mi parte negra es enorme y no la sé gestionar.

—Todos la tenemos.

—Verdad. Todos la tenemos. —evité dramatizar—. Pero sí, alguien está intentando asustarme.

Fidel se salió de la barra.

—Ya te conté que yo vengo de un barrio conflictivo. —Se sentó junto a mí—. Si quieres hablar del tema, o quieres que yo me informe de alguien, o que te explique cómo funciona la chusma, ya sabes dónde estoy.

—Gracias. —Sus palabras me producían sosiego, sabía de su pasado complejo y sus orígenes humildes—. ¿Cómo estás tú?

—Contento, Pablo. Contento. Este negocio va como un tiro…, y voy dejando atrás los tiempos difíciles.

—¿Mariola sigue en México?

—Allí sigue. No terminamos de entendernos, así que nos viene bien separarnos por

temporadas.

—¿Sabes que si fueras gay estaría loco por ti? —El Oporto me hacía relajar barreras.

—Y yo por ti.

—Si yo soy un puretón más perdido que el barco del arroz… —Necesitaba que me dieran cariño.

—Tú eres especial, Pablo, y lo sabes. Muero con la gente como tú.

—¿Cómo soy yo?

—No hay ningún cliente que me pregunte cada día, de corazón, cómo me encuentro, y que me escuche, siempre, con las orejas abiertas. ¿Te parece buena definición?

•

Necesitaba a Reyes. Necesitaba enseñarle el culo. Necesitaba que me imitara a Shakira. Que me pusiese hasta arriba de crema, que me quitase las tonterías.

—Pero, mamarracho, ¿tú has cogido cita?

Gestualicé un no con la sonrisa que a ella le desarmaba.

—Enséñame el culo y te cuelo en el gabinete del fondo.

—¿El VIP?

—¡El VIP! Todo para ti. Y con la VIP. —Se señaló como lo haría una coplera—. Para darte el masaje de tu vida. —Solté una carcajada—. Y contigo bocabajo, para no ver esa cara de perrillo asustado con la que vienes.

Le dejé hacer mientras me contaba, con tono bajo, lo feliz que estaba en su nueva casa.

—Es pequeña, con una sola habitación, para que no se me instalen visitas inesperadas. —Yo no hablaba, ni quería hablar—. He montado un dormitorio que lo flipas. Con espejos en el armario empotrado. Soy una guarra. —Di un grito de dolor al sentir sus dedos en las escápulas —. Niño, tú tienes una contractura de espanto. Anda, date la vuelta, que te voy a hacer una sesión de esas que te gustan, de reflexoterapia, para que te quedes ya como un niño chico.

Me hizo darme la vuelta, me dio un pellizco en el pezón y me calentó los pies con una toalla.

—Los tienes helados, cariño.

A mí me apetecía que rastreara entre los dedos, que me descubriera. Necesitaba que me desenmascarase. Reyes era muy larga.

—Yo hablo porque soy una cotorra, Pablete, pero sé de sobra que tú necesitas decirme algo. Lo que pasa es que me acojono, ¿sabes? Cuando te veo llegar así, con la cara desencajada, me pongo en lo peor, y no me atrevo ni a preguntar. ¿Ha habido algún mal rollo con lo del incendio? ¿Quieres dinero? —Yo susurré un largo no—. ¡¡¡Qué es esto!!! —Se levantó de la silla y vino hacia mí. Puso su carilla de papa frente a la mía. ¿Qué es eso?

—¿El qué?

—¡El coño de mi madre! ¿Qué son esos pinchazos?

No podía negar la mayor. Traté de traer una sonrisa.

—Yo también soy muy guarro, ya sabes.

—Que qué es eso.

—Pinchazos.

—Mira, niñato, no soy tonta. ¿Pinchazos de qué?

—Me dejé llevar el otro día en un *chill*.

—¿Qué coño es un *chill*?

—Una fiesta privada de maricones, tú sabes, con sexo, química…

—¿Química es la forma mariquiturcia de llamarle a la heroína?

—No era heroína. —Me descolocó su reacción—. Te inyectan ahí, entre los dedos, para no dejar rastro.

—¿Qué te inyectan? —Puso los brazos en jarra—. ¿Qué tipo de droga?

—Yo iba muy pasado, Reyes. Hace una semana, no recuerdo qué mierda era. Tina, supongo…

—¿Tina Turner? —Nunca la vi tan enfadada.

—Tina… Así le dicen a la metanfetamina. —Tuve que levantarme. Me temía que la reflexoterapia acababa de terminar. Reyes se fue a por su móvil.

—A ver qué cojones me dice Google. Eres carajote, chaval. ¡Carajote! —Yo hice gestos para que no levantase la voz—. Las cabinas están insonorizadas, nadie se va a enterar de que eres un enganchado y un gilipollas.

—Reyes…

—Metanfetamina, estimulante poderoso y sumamente adictivo que afecta al sistema nervioso central… —Dejó de leer—. Tú querías que te viera los pinchazos, ¿verdad?

—No —mentí.

—Tú querías que yo lo viese y que te echase la bronca, porque eres un niño chico que quiere que le riñan. —Su tono variaba entre la guasa y la indignación—. Y en la sesión *chill* esa de los desgraciados, ¿había agujas esterilizadas, o te metiste la mierda de los otros en el cuerpo? —Noté que se aceleraba con su propio razonamiento—. ¿Tú eres consciente de lo mucho que te queremos? —Se acercó a mí y me agarró por el cuello—. Ven para acá, mi niño.

Yo me deshice de ella y me puse a trompicones los pantalones, mientras Reyes, bloqueada, me dejó salir.

•

Ese día me asusté. El corazón se me salía por la boca y no tenía valor para ir a Urgencias, explicar el cóctel químico que me había metido y pedir ayuda. Me volví loco en casa, cerré persianas, apagué el móvil, tomé una manta y me petrifiqué en el sofá.

Cuando la noche cayó, encendí el teléfono y comprobé que no tenía un solo mensaje, lo que acrecentó mi angustia.

Sabía que esa noche de mierda terminó mal. Sé que salí por piernas, que me desnudaron entre varios, que me revolearon, que yo pedía más y, al mismo tiempo, que me dejaran. Supe que la cosa se puso seria cuando me negué a dejarme pinchar por cuarta o quinta vez. Que un tipo de cejas recortadas por la mitad me gritó zorra, que le escupí, que me pegaron, que me escapé. Y que me salvó un taxi que pasaba a esas horas de la mañana por Bustos Tavera.

Querría habérselo contado a Reyes esa misma mañana, quería que descubriese hasta qué punto podría ser depravado, que tirase del hilo y me ayudara a buscar una salida, que me convenciese para salir de ahí.

Lo malo era que no sabía cuál era ese «ahí», porque desconocía dónde estaba ese agujero del que no podía salir, como en una novela de Murakami, al fondo de un pozo de paredes lisas que no me permitían escalarlas. Reyes se asomó esa mañana al agujero, me vio con su carita de papa y me riñó, pero yo me escondí, me mimeticé con el espacio, y ella desapareció.

Esa constante en mi vida que me hacía meterme hacia dentro cuando una mano venía a buscarme, incluso sin saber qué me pasaba, para ofrecerme la luz.

•

Me apetecía ver a Alejandro tanto como no verlo.

Decirle que no tenía dinero para irme a Japón, que una vez estuve perdido de amor por un adolescente que vino desde allí para enredarme en sus ojos finos, con su español cantado a tropezones. Quería estar con él, con Alejandro, para, delante de un café, organizar en un cuadrante las tertulias del mes de la reapertura, organizarnos las lecturas, los lectores, los horarios. No quería, sin embargo, hablar de nada que tuviera que ver con nosotros dos, no quería haber escuchado que me quería, que me deseaba, que veía en mí a alguien importante. No quería. Me apetecía saberlo por mí mismo, a mi manera, y que la historia se mantuviese así hasta el final de los tiempos, no ensuciarla con mis años de más y mis pudores de menos, con esa luz negra que mi coraza no dejaba escapar. Decidí no mirar el teléfono y volver a casa, pero el teléfono sonó, con un número desconocido.

—¿Sí?

Al escuchar su saludo, ya supe que se trataba de la directora del instituto, que me llamaba apurada para decirme que unos meses antes había acudido allí un tipo para preguntar por la dirección de Yoisho. Se lo comentó su jefa de estudios y ella no sabía hasta qué punto tendría que decírmelo.

—Me emociona mucho esta historia, Pablo —me confesó, desde Huelva.

Yo me eché a un lado de la calle, hasta meterme en un portal, para preguntarle por alturas, colores de pelo, vestimenta, expresiones, andares. Su edad.

—Le preguntaré a Gemma —me dijo, apurada—. Yo no lo vi.

¿Qué estaba pasando?

Como si un fantasma se hubiese asomado a mis ganas de revolución de antes de ese regalo envenenado, añoraba ahora el volver a ese punto del tiempo en el que no me pasaba nada. Los cafés en el bar de Fidel, los clubs de lectura matinales, el cachondeo con Reyes al salir del trabajo, mis cervezas nocturnas en la cocina de Lara. Ver a Alejandro como mi empleado y no más, tirar de agenda para echar un polvo, caminar, al cerrar la librería, hasta el río.

Lo otro no existía, las perversiones no. No me pertenecían a mí. Yo era el vizconde demediado y mi parte negra se lo montaba lejos de mí. Se masturbaba para desconocidos desde mi ventana, acudía a casa de Virginia para dejarse sobar a cambio de unas cuantas rayas, se metía en tugurios en busca de orgías cada vez más salvajes.

Esa sombra no era mi pasado, ese tipo no era yo.

•

Aunque lo llevaba evitando desde que vi el sobre bajo la puerta, me decidí a llamar a mi hermana a Bruselas.

El no acudir a ella tenía mucho que ver con mis desequilibrios de siempre, no querer darle ninguna imagen de debilidad que la hiciese preocuparse por mí. Mi temor era derrumbarme, contarle entre carcajadas que mi amor de juventud me había enviado unos billetes de avión para ir a Japón.

No dudaba que ella me animaría a ir, en su continuo come come por hacer que olvidara que un día no estuvo allí, cuando más la necesitaba. Yo acabaría contándole que no tenía apenas tres mil euros en mi Visa e ingresos cero hasta la reapertura de la librería y eso llevaría a que ella

me enviase dinero. Al final, todo se transformaría en aquello que yo no quería.

Fue en ese momento cuando sentí un sudor frío. ¿Y si mi tarjeta estuviese caducada? ¿Y si ni siquiera contase con esos tres mil euros de supervivencia? Busqué en la cartera una Visa que nunca utilizaba, de la que no recordaba ni su color. Lo que me temía ocurrió. Había caducado un mes atrás. Me olvidé de mi hermana y del susum corda. Tendría que acudir a alguien, ¡tenía que pedir ayuda! Pensé en el del seguro, en el banco, en vender la casa. Abrí mi cuenta para ver cuánto me quedaba. Con los nervios, no atinaba a recordar el código. Pulsé con el pulgar y reconoció mis huellas dactilares. Esperé con ansiedad a que el teléfono me dijera con qué miseria tendría que sobrevivir.

¡Tenía cincuenta mil euros!

¡Había recibido una transferencia de cincuenta mil euros!

Definitivamente, me estaba volviendo loco.

•

¡No sabía a quién llamar!

Pasé del más absoluto abatimiento a la euforia en cuestión de segundos. Me daba igual si fuese mi hermana o un narcotraficante quien me hubiese hecho el ingreso. Podría haber sido Virginia, Lara o Reyes, porque las tres tenían la cuenta corriente bien alegre. No se me ocurría nadie más.

Salí corriendo hasta el hotel. Me bastaría con mirar a los ojos a Lara para comprobar si había sido ella.

En todo caso, había algo extraño. Volví a abrir mi cuenta para ver la fecha de ingreso y, efectivamente, la hicieron tras el incendio, lo que me llevaba a la confusión. Era un dinero compasivo tras la tragedia. ¿Y si me lo hubiese enviado Yoisho desde Japón? Para evitar excusas en las que refugiarme y no poder rechazar el viaje. Pero no, demasiado perdonavidas. Sería complicado retomar una relación sana cuando uno de los dos compra la ilusión del otro con transferencias bancarias.

Volví a tomar el móvil. En los detalles tendría que ver una pista de quién era el benefactor desconocido. La cuenta de origen tenía una disposición rarísima. Compuse los nombres en Google para ver de dónde podría venir esa fortuna y, *voilà*, venía de un banco lituano.

Nunca imaginé que Andrius pudiera hacer algo así por mí. Corrí a buscarlo.

•

Abrió la puerta, asustado, tras aporrearla yo con entusiasmo. Lo cogí enfundándose una camiseta, por lo que no pude sustraerme de verle una gran cicatriz en el pecho.

—¡Pablo!

Le di un abrazo que no entendió.

—Perdona por la interrupción, Andrius. —Me metí en el estudio—. ¿Tienes cinco minutos?

Sacó entonces su sonrisa de grandullón, tras repeler el ataque que a su cotidianeidad suponía mi entrada en escena. No sabía por dónde empezar, lo que sí tenía claro era que mi agradecimiento sería infinito y que no le admitiría el dinero. Tan solo, pensaba en esos instantes, tan solo si me insiste le diré que me permita quedarme con unos diez mil euros para aguantar

hasta que la librería se reabra.

Era una hora tonta, así que me ofreció un café, que yo acepté.

—Qué chulo tienes este despachito, joder. —Todo en blanco y madera, nórdico, despejado, así se había montado el lituano su rincón de trabajo en el sur—. Venía a darte las gracias, me ha emocionado mucho. —Me toqué el corazón en un gesto que me trajo a la cabeza la cicatriz en el suyo de un minuto antes—. Pero no lo voy a aceptar.

—¿Cuál cosa no vas a aceptar?

En ese preciso momento, la euforia se vino abajo para dar paso al acaloramiento. No quería no pensar que hubiese otra posibilidad. No quería, desde ese instante, darle pistas acerca de mis razones, que se pudiese sentir incómodo porque yo le transmitiese mis necesidades económicas o la felicidad que me provocaba un regalo que no me había hecho, porque sabía de su alto nivel económico y lo habría metido en un apuro.

—¿Aceptar el qué?

—Es una forma de hablar, Andrius. Lara me dice que hablas muy bien de mí, que le dijiste que lo pasaste en grande el otro día en el Eslava, y eso supone mucho para mí.

—Y para mí, Pablo. Necesito un amigo en Sevilla. —Fue él, entonces, quien, despistado, me buscó para darme un abrazo.

•

Para evitar confusiones, excitado al pensar en mi fortunón en el banco, acudí en busca de lío a la recepción del hotel.

—Está en casa —me dijeron.

Subí los escalones de tres en tres para hablar con Lara. Al adelantarme a Andrius, facilitaría el que ella no viese nada extraño en mi visita a su novio.

—Qué bien haces saliendo del trabajo a estas horas. —Le di un achuchón—. Te estabas volviendo demasiado fatiga.

—Lo sé. —Me apartó con los brazos estirados—. A ver que te vea esa cara. —Hizo morisquetas—. Ya se te va quitando el susto, por lo que veo.

Ella era la segunda sospechosa de habérmelo ingresado, luego no tenía más que dejar pasar el tiempo para que se delatara. Su cara de alegría parecía confirmar que sabía a lo que yo venía, pero no quise meter la pata como con Andrius.

—No sabía que a tu chico lo habían operado del corazón.

—Fue hace mucho, en Londres. Pobrecillo. Ya está medicado de por vida, pero ¡está muy bien! —Puse la cara de querer escucharla que ella conocía en mí—. ¿Te lo ha contado él?

—Le he visto la cicatriz.

—¿Cómo que le has visto la cicatriz? ¿Me está poniendo los cuernos contigo? —Se tapó la boca en un gesto muy suyo—. ¿Has estado con él?

—Sí, echamos un buen rato el otro día en el Eslava y tenía la sensación de haber desaparecido de golpe, sin decírselo, así que me he acercado al estudio para darle un abrazo.

—Esas cosas le emocionan mucho a mi Andrius, está muy solo el pobrecillo en Sevilla…

—Al abrirme la puerta, le vi el costurón.

Lara se sentó en el sofá. La casa estaba a oscuras, con las cortinas echadas. No apetecía encender lámparas.

—El tema del corazón es una cuestión delicada. —Me senté frente a ella—. Es muy aprensivo, pero no quiere asustarme. Sé que se toma a menudo la tensión, que se levanta a mitad

de la noche porque siente palpitaciones, que le preocupa no estar a la altura por la medicación…

—¿A la altura?

Lara, azorada, se tapó la cara. La oscuridad no impedía que yo viera su acaloramiento.

—Tú sabes, está un poco pitopáusico, son los efectos secundarios de…

—Que no se le levanta, vamos…

—A mí me da igual, Pablo. Casi que así estoy más tranquila, pero él sufre pensando que me está haciendo infeliz.

—¿Y no te está haciendo infeliz?

—No.

•

Cuando quise hablarle de mi viaje a Huelva, apareció Merche.

A pesar de los recelos, habíamos conseguido establecer entre la abuela y yo unos códigos no hablados que nos hacían respetarnos. Atentos a no cortarnos la palabra, a no opinar del otro, a guardar las emociones que compartiríamos con Lara de no estar el otro al lado.

Me dio dos besos con olor a vieja.

—¿Cómo está el librero?

—Sin librería —contesté yo.

Por su expresión, supe que no sabía nada, lo que en un principio me mosqueó, porque significaba que Lara no le tenía al tanto de un suceso tan grave.

—¿La has traspasado?

—Se ha incendiado, Merche. —Ella se tapó la boca en un gesto sincero. Dudé si darle más información, pero se la di. Son oportunidades que uno se da para abrir las puertas a quien no te quiere bien—. En verdad, le han metido fuego. —Merche, asidua, a pesar de todo, a mi negocio, no salía de su pasmo—. Habrán sido unos gamberros. Pero el seguro lo cubre todo, es cuestión de semanas que vuelva a abrir.

—Lo siento mucho, Pablo.

Lo decía de corazón. Nos quedamos en silencio, sin saber de qué hablar. Lara, quien solía vencer esos impases con relatos de clientes, ordenaba, en su mundo, los tarros de especias.

—Lara, baja a la tierra —la provoqué—. Siéntate con nosotros. —Ella lo hizo—. Tengo una pregunta que hacerte. —Tenía que ser así, sin más dramas—. ¿Vuestras cuentas las tenéis en un banco español o en uno lituano? —Ella me miró como se mira a un perro verde—. Digo por tema de impuestos y todo eso.

—Vas a tener que dejar de tomar café, Pablo. —La segunda sospechosa estaba descartada —. ¿Tienes dinero bajo el colchón y no sabes qué hacer con él?

•

Como hacía tiempo que no me pasaba, me angustiaba volver a casa. No porque pudiese encontrarme con algún otro destrozo, que también, sino por el simple hecho de no estar a solas. El miedo a mi propia cabeza, a la que conocía demasiado bien, esa que, una vez que echaba a rodar, como una bola de nieve, no había quien pudiese pararla. No quería, por nada del mundo, nuevos desequilibrios que manejar a solas, no más centros de salud ni más pastillas.

Me fui a la sauna.

Aún no había llegado el momento en el que me tomaran allí por un mueble, siempre

había alguien interesante, en lo físico, que se interesaba por mí. Era cuestión de tomar una copa de algo fuerte, quitarme la ropa y esperar una propuesta que vendría.

La mitad de la peña me sonaba, con tres o cuatro ya me lo había montado en el pasado, e incluso aparecía uno por la piscina del que no sabría decir si habíamos follado o no. Un chaval de treinta años, con tatuajes en el brazo, me recordó al tipo de las zapatillas verdes. No era él, no tenía nada que ver su dibujo en el codo, pero me trajo a la mente esa carrera por las calles de la Encarnación. ¿Quién podría quererme tan mal?

—Hola, guapo.

Un tipo hermoso, en el más físico sentido de la palabra, se sentó a mi lado. Me pasó una copa.

—Era vodka con limón, ¿verdad?

Me incorporé con una sonrisa. Acababa de alegrarme la noche.

•

Tardamos en meternos en la cabina. De hecho, una vez dentro, le pedí que nos fuéramos a casa.

—Estaremos más cómodos —insistí.

Suele ocurrirme que en las épocas más confusas me refugio en el sexo salvaje, una manera de taparme los oídos para no escuchar lo que me hierve por dentro. Buscaba cuerpos bonitos y mentes simples que no me hicieran hablar, entrar en conversaciones dilatadas era directamente proporcional al descenso de mi libido. Me adentraba entonces en el bucle maldito de la frustración, porque mi cuerpo pedía sexo deshumanizado, en el que cuanto menos supiera de aquellos que me acompañaban en la aventura, mejor, para entrar a continuación en la desesperante sensación de lo sucio, aquella que me atacaba cuando tenía sexo a escondidas en los parques de Huelva con desconocidos. Esa suciedad era la que me provocaba el ruido interior de desencanto y buscaba apagarlo con más cuerpos hermosos, más mentes secas, menos charlas incómodas.

Salir de esos embolados personales me costaba muchas pastillas, que afectaban a mi vida soleada del otro lado del vizconde, porque la medicación que aplicaba a mi mitad negra también se comía a mi parte blanca, que se volvía perezosa, arisca, huidiza, hasta el punto de que aquellos que convivían con mi lado luminoso comenzaban a preocuparse por mí.

Yo no podía perder ese terreno ganado, a las personas que me daban la vida, pero, al mismo tiempo, no quería exponerme a compartir con ellos mi mundo perverso, no quería asustarlos, que pensaran que yo no era sino un desequilibrado que, antes o después, dejaría de ser alguien de confianza.

Perder la confianza de los míos era la principal amenaza, era reducir mi vizconde bueno para agrandar al vizconde malo. Al ser consciente del peligro, forzaba al primero a ser mejor, más atento, más brillante, un amigo más fiel aún, y esa lucha por combatir mi lado negro, siendo brillante en mi otro yo, acababa por ser agotadora.

—¿Eres sevillano? —me preguntó el guapísimo chaval del vodka con limón en cuanto se tiró en el sofá.

—¡Qué más da de dónde sea! —le respondí, con una sonrisa alcohólica—. Aquí hemos venido a follar.

Entonces lo desnudaba para ver si la mercancía era de suficiente calidad para comérmelo entero después.

—Por cierto —me dijo entre jadeos—. Soy Iñaki. —No le dejaba tocarme, toda la

iniciativa la llevaba yo—. ¿Cómo te llamas tú?

—¡Qué importa eso!

•

Iñaki se fue espantado. Él quería quedarse a dormir y yo no le dejé ni ducharse, ansioso por volver al paraíso de mi soledad, aunque esta me atacara con los demonios de la incertidumbre.

No saber qué podía hacer al día siguiente me impedía dormir y, al no conciliar el sueño, se me venían a la cabeza las llantas del coche reventadas, los libros ardiendo, los cincuenta mil euros de la cuenta, el viaje a Japón y la declaración de amor de Alejandro.

Esa noche ideé desvincularme de la revista, hablar con mis socios y acordar una salida. Solo por negociar el cambio de dominio y la documentación a mi nombre conseguiría alguna entrada de dinero con la que subsistir sin lanzarme al ominoso gesto de tocar esos cincuenta mil pavos que no eran míos. Antes o después, aparecería el anónimo benefactor, y yo quería tener la dignidad de devolverle completo el fajo de billetes.

¿Por qué no lo hacía ya? ¿Por qué no reenviaba la transferencia a esa cuenta lituana de donde salió? ¿Qué me lo impedía si no era la inseguridad de qué iba a ser de mí?

Me estaba volviendo loco.

Traté de quedarme dormido con técnicas de respiración que utilizaba la armada norteamericana y conseguí caer rendido cuando pensé en consultar con Leo, mi querido Leo, cómo hacer para matar al vizconde negro de una vez por todas.

•

A Leo lo encontré en la cafetería más cercana a su estudio. No fue casualidad, sino Carmela, quien me dio esa información.

—Es un animal de costumbres, ya lo conoces. Así que pásate por allí a las diez y media.

Lo vi más guapetón que la última vez y sin la vestimenta casposa que utilizaba no mucho tiempo atrás.

—¿Y ese cañón de tío?

—¡Pablo!

El abrazo fue proporcional a la sorpresa. Hubo algo, su imagen con el café, la ropa desenfadada, incluso sus kilos de menos con respecto a lo que recordaba, que me provocaron una inmensa ternura.

—¿Has venido a buscarme? —Asentí—. ¿Pasa algo? —Le negué, con poco convencimiento—. Siéntate aquí. ¿Sigues tomando café solo? —Necesitaba un recibimiento así —. ¿Con un *croissant* tostado y mantequilla?

—Sí.

Él miró la hora en el móvil con disimulo. Me conocía como para saber que mi visita merecía toda su atención. Así que me propuso cambiar su mañana, de modo que nos paseáramos por las obras que manejaban en el centro de la ciudad.

—Doy un toque a mi equipo y ya estoy a tope contigo. —No tardó ni diez segundos y, por la forma de explicarse con quien fuese de su oficina, comprendí que seguía siendo el seductor de siempre—. Quien dice visitar las obras, dice echar la mañana con calma. A mí me viene de perlas desconectar de vez en cuando.

—¿Curráis los sábados?

—Uno al mes. Tema de convenio. Apenas somos cuatro gatos los que estamos hoy de guardia.

—¡Qué putada!

—Para nada, Pablo. No tengo motivos de queja. Vivo una vida fácil. ¡Ningún problema!

—¿Cómo va tu tío Gerardo? —le pregunté, con el miedo a que hubiera fallecido.

—Sigue igual el cabrón. —Se le emocionaba la mirada como entonces—. Hay días de mucho frío en los que se me hace un nudo en el estómago sabiéndolo allí solo, en el campo, pero es cabezón el hombre. —No quiso seguir por ahí—. ¿Nos vamos? —Leo sabía que yo le necesitaba, y él me abría todas sus puertas.

•

—Así que las cuatro llantas…

—Sí.

Puso en pie la historia del incendio y se disculpó por no haberme llamado para interesarse por mí.

—No me lo tomes en cuenta, Pablito, porque no tengo excusas. —Me gustaba de él que fuese un hombre que mirase a los ojos—. Cuando uno entra en una espiral de rutinas, todo le viene grande. —Entendía que era así, no había maldad en él—. De hecho, lo mejor que has podido hacer es buscarme en horas de trabajo, es el único momento del día en el que estoy activo.

Leo era un reflejo de mis miedos, que se personificaban en él, por ser un tipo de fondo inquieto amante de lo vivo, que no había pasado por su mundo de perfil, al que los años, con sus particulares arenas movedizas, lo iba inmovilizando, sin apenas percibirlo, en el terrible, para mí, universo de lo esperado, del conformismo de los días vagamente felices.

—Yo no quiero días felices, ¿entiendes? —Él me entendía con su sonrisa—. Yo no quiero recibir ese beso somnífero que te hace bajar los brazos.

—Se está bien así, ¿sabes? Lo comprobarás con diez años más. Que lo que más feliz te hace es agarrarte a tu pareja por las noches y quedarte dormido poco a poco. —Yo lo escuchaba atento, no por otro motivo, sino por saber que él estaba en mi misma longitud de onda, con el

fango inmovilizante hasta las rodillas, pero con la sintonía de dos personas que algún día vieron la vida con ojos grandes—. Quizá sea cuando asumes la realidad de que la vida no tiene sentido. —Sabía que tenía gran parte de razón, pero no quería interrumpirlo—. Es duro y liberador a la vez, ¿sabes? Darte cuenta, definitivamente, de que no hay que apagar ningún fuego en ningún lado.

—A mí esto de Japón me viene bien, porque ya estaba de fango hasta los tobillos. —Leo se rio—. Y con lo del incendio me he levantado dos centímetros del suelo. —Soltó una de esas carcajadas en él que yo añoraba—. Ahora estoy más perdido que el barco del arroz, pero soy feliz de saber que la vida aún me guarda sustos así.

—Te va la marcha.

—¡Mucho! No te imaginas lo peliculero que puedo llegar a ser.

•

Sin apenas visitar más que una obra en la calle Guadalquivir, y de bien lejos, pasamos a tomar una cerveza en el Manolo León. El disfrute de esa mañana regalada junto a él nos hacía mucho bien, no había que andar con muchos rodeos. Detesto los falsos discursos que escapan de definir los sentimientos tal como ellos son y en esa mañana había mucho de sanación para los dos.

—¿Qué puedo hacer para que no te hundas tan rápido en el fango?

—A lo mejor quiero hundirme, Pablo. —Pidió dos cervezas, el mediodía prometía—. Haz por aparecer de vez en cuando, así me sacas un rato del barro y me pones al tanto de cómo va el mundo.

—¿Y si me voy a Japón?

—Será porque te hará feliz. —Puse cara de puchero—. Que sí, mamarracho, que te echaré mucho de menos. —Dio un sorbo largo a su cerveza, pero sabía que yo le ganaba siempre el duelo de los silencios—. Pero si nos hemos llevado meses sin vernos, no te me pongas mimoso.

Le di un abrazo de oso de los míos.

—Me encantas, Leo.

Él, mucho más maduro en las emociones que cuando lo conocí, me tomó en sus brazos. Seguro porque sabía que yo no daba abrazos gratis, conocedor de mis valores, mis miedos y mi fuerza.

—Bueno… —Me despegó de él como se deshace uno de un niño coscón—. Vamos a reírnos hablando de Japón, que lo del incendio nos va a hacer beber más de la cuenta.

—No imaginas cómo me pone pensar en el reencuentro con Yoisho —le confesé—. Ese momento en el aeropuerto en el que me lo encuentre treinta años más tarde. Me dará igual si se ha convertido en un puretón con joroba y cien kilos, yo me lo comeré a besos.

—Eso no te lo crees ni tú, Pablito. —Tenía razón—. No te he visto en mi vida con un tío que no sea un cañón.

—Qué cabrón eres.

—Si te encuentras a un tipo así, pasaréis unos días divertidísimos y punto. Te vuelves a España y nos organizamos unas cuantas mañanitas de estas para que me cuentes todas las aventuras que te habrás corrido por ahí. Porque tú no te vienes de allí sin recorrerte las saunas de Tokio, ni probar alguna droga de diseño, o sin haber conocido a una galerista de arte humano-vegetal-cuántico. —Yo no podía dejar de reírme—. ¿A quién quieres engañar?

—¿Otra cerveza?

—Venga.

•

Ya con la quinta, quisimos ponernos serios. Era el mejor momento para hacerlo, con las defensas bajas es cuando se analizan las cosas sin frenos innecesarios.

—¿Cuánto hace que no ves a tu hermana Elena?

—¡Ya vale de hablar de mí! —protesté—. A ver, tu Carmela. Ponme al tanto.

Él se acomodó en el taburete y temí lo peor.

—Pues creo que tiene algún rollo por ahí, ahora que estamos mejor que nunca. —Se rio con mi cara de asombro—. Yo ya estoy a otra cosa, Pablo, y quiero lo mejor para ella. Si encuentra fuera de casa lo que necesita, mejor que mejor. Con que yo no me entere… —Yo no sabía hasta qué punto estaba hablando en serio—. Digamos que no quiero detalles.

—¿Estás de coña? —Leo negó con la cabeza, incómodo por haberse ido de la lengua—. ¿Qué te hace pensar eso? ¿Le has mirado el móvil? —Volvió a negar—. ¿La has visto con alguien?

—¡No!

Hice uno de mis silencios prolongados, que Leo aprovechó para ordenar sus argumentos.

—Te lo resumo en dos frases: no me pide sexo y la veo feliz.

—¿Desde cuándo?

—Meses.

—Cabrón —protesté—. ¿Y tú te has vuelto de piedra?

—He perdido el deseo. Así de crudo. Tenemos nuestros rolletes, yo me dejo llevar cuando ella me mete mano por debajo del pijama, pero la mayoría de las veces me hago el dormido.

—¡Estamos buenos!

—¿Estamos?

—Vengo de ver a una amiga que tiene a un novio al que no se le levanta, pero este tipo tiene problemas de corazón y está muy medicado.

Leo confesó entonces que él también estaba preocupado, que se hizo pruebas de próstata, análisis de sangre, pero que todo estaba en su sitio.

—¿Te agobias? —pregunté, poniendo en valor su generosidad conmigo.

—A ratos. Mi miedo es perderla, Pablo.

—Que salga del fango y se vaya, ¿no? —provoqué.

—¡Dale con el fango!

—Habla con ella. Sois vuestros mejores amigos.

—Lo hemos hecho, chaval. —Me gustaba que me llamara así—. Y ella me dice que no me preocupe por nada. Que nunca ha sido tan feliz.

—Y eso te mosquea, claro…

—Un montón.

•

Llegué a casa contento de cervezas. Puse cuidado en ver, conforme me acercaba, que todo estaba en su sitio. Ya por las Setas miraba todos los pies a la búsqueda de zapatillas verdes. No había señales de destrozos, ni la casa ofrecía olores extraños en la oscuridad. Mantenía un dulce

silencio.

Un timbrazo del móvil me hizo dar un salto. Era un número desconocido que me provocó un susto imprevisto.

—¿Sí?

Una mujer joven de voz aguda me preguntaba con quién hablaba.

—Perdone, es usted quien me llama —respondí, tratando de no subir la voz.

—Soy la hermana de Arturo —se excusó.

—¿Y quién es Arturo?

Con cierto nervio, me explicó que era su hermano y que la policía había conseguido descubrir que la última llamada antes de desaparecer me la hizo a mí.

—¿A mí?

Le pedí el teléfono, que tecleé con temblor mientras mantenía la llamada con el manos libres. ¡Era Mauro!

—¡Es Mauro! —exclamé.

Ella no entendió el cambio de nombre, pero tampoco transmitió demasiada sorpresa. Me propuso de inmediato vernos. Esa misma tarde.

—¿Cómo te va por Ópera? —me preguntó.

—Perdona, pero vivo en Sevilla.

Un silencio pensativo se hizo áspero al otro lado del teléfono. Cuando cinco segundos después me solicitó vernos en Santa Justa, esa misma noche, comprendí que el asunto era grave.

•

No pude dormir la siesta. El elixir de la cerveza perdió la batalla contra la hermana de Arturo, un peruano tan guapísimo como liante que aparecía y desaparecía de mi vida sin orden ni concierto, que me alegraba días inesperados con una sonrisa de las que no se compran. Guarro en la cama, embaucador y mentiroso, algo más joven que yo, ese tipo era un ejemplar precioso de todo aquello que me daba vida, porque no exigía compromisos ni manifestaba amor. Me daba lo que yo creía necesitar sin pedir nada a cambio. No lo echaba nunca de menos, pero cuando aparecía, me daba la vida.

Busqué en el móvil cuál fue el día de su última llamada. Hacía una semana. Era normal que la familia estuviese preocupada. Fue a las dos de la tarde. Traté de traer a la mente ese momento. Fui a mis mensajes, miré mi agenda y traté de recolocarme, hasta que di con el instante preciso de la llamada en mi cabeza. Yo cerraba la librería y él me dijo que estaba recién llegado a Sevilla. Me invitaba a comer.

Nos dimos cita en Cañabota, lugar complicado de reservar, por lo que entendí que esa comida estaba programada desde hacía tiempo y yo no era sino un segundo plato tras algún plantón que el hermoso Arturo habría sufrido.

Nos reímos mucho, bebimos más. Llamé a Alejandro para que se hiciera cargo del negocio durante la tarde y nos fuimos a la sauna. Arturo me hablaba de mil cosas y de ninguna. Todo era interesante, divertido y falso. Nos metíamos mano como adolescentes, entre risas. Hasta que aparecieron dos caballeros de buen ver y nos enredaron.

Se me hizo entonces un nudo en la garganta. ¡Arturo estaba conmigo el día en el que me dejé pinchar la mierda aquella entre los dedos de los pies! Con cierta habilidad instintiva para olvidar momentos negros, me olvidé por completo de él esa noche en la que salí escopetado de allí. Cerraba los ojos, trataba de forzar la memoria. Aparecía, sí, su risa escandalosa, las palabras

bordes, los besos con sabor a tabaco. Me aterrorizó pensar en que no hubiese salido vivo de allí, y me acordé de Reyes.

•

—Nos fuimos a casa de estos señores.

—¿Señores? —se sorprendió la hermana de Arturo, con su maleta a cuestas y un par de bolsas de Max Mara—. ¿Qué edad tendrían?

—La tuya, más o menos. —Ella se tapó la boca, ruborizada, y yo me alegré de haberle sacado una sonrisa—. Iban muy trajeados, por eso te hablo de señores.

Hice una pausa para confirmar qué sabía ella de la sexualidad de su hermano.

—Arturo lleva una vida loca en Madrid. Nos vinimos del Perú porque mi padre le encomendó ocuparse de sus almacenes aquí en Europa, por sacarlo un poco de Arequipa. Había caído en una gran depresión y mis padres me pidieron acompañarlo. Es un hombre bueno, pero inestable.

—¿Inestable?

Ella se reacomodó. Pensé, en ese momento, que debería haberle llevado a otro lugar alejado del bullicio de la cafetería de la estación.

—¿Hasta dónde sabes de él? —me preguntó.

—¿Hasta dónde sabes tú? —contrataqué. No quería sacar del armario a nadie sin su permiso.

—Sé que es un golfo y un embaucador, pero no es mal tipo, como dicen ustedes acá.

La veía despreocupada, al menos para estar buscando a un hermano desaparecido. Sus gestos no se acompasaban con la gravedad de la situación, del hecho que agarrase un AVE sobre la marcha para verme.

—No es la primera vez que desaparece, Pablo. —Me di cuenta de que no recordaba su nombre—. Pero ya son demasiados días, ¿entiendes? —No se le escapaba una sola ese—. Lo vi muy alterado últimamente. Él siempre ha confiado en mí, pero cada vez que le preguntaba, se hacía el loco.

—¿Confió en ti para contarte su sexualidad?

—No.

—Pero tú la imaginabas, ¿no? —insistí.

—¿Te acostaste con él? —No me miró a los ojos al preguntármelo, lo que no me gustó—. Perdona.

De pronto, todo me pareció surrealista, falso, impostado. Me dio la impresión de que la escena formaba parte del juego de Japón, de la matraca del incendio, del regalo de los cincuenta mil. Miré su solapa por ver si había algún micro. Giré la cabeza en redondo por si cazaba a alguien espiando.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Graciela —respondió, extrañada—. Graciela Satrín.

—Virreina de Arequipa y el Machu Pichu.

Ella se quedó de piedra, molesta, desarbolada. No protestó ni me insultó, mantuvo el tipo.

—Perdona, Graciela. Me resulta muy raro todo esto. —Ella se atusó la falda—. Buscaba la cámara oculta —solté una sonrisa infantil, de las de último recurso cuando amanece en la sauna y no tengo con quien follar.

Ella se hizo la loca y siguió a lo suyo.

—Así que fuisteis a casa de esos señores. —Miraba al suelo—. ¿Y qué ocurrió?

•

Le conté lo que pasó porque lo estuve reordenando en la larga espera tirado en el sofá de mi salón, pero se lo narré endulzado, sin explicarle lo que era un *chill*, ni los pinchazos de metanfetamina, ni mucho menos la brutalidad de esas orgías.

—A mí no me gusta hablar de todo esto —aclaré—, porque es parte de mi intimidad.

—Entiendo… —Estaba en *shock*.

—Llevo toda la tarde dando vueltas a ese día. Sé que, tras comer, pasamos por casa, que se duchó y se cambió de ropa antes de irnos a la sauna. Él solía quedarse conmigo cuando bajaba a Sevilla.

—¿Tú y él…?

—No éramos novios. Nunca lo fuimos. —Ella parecía azorada—. Y sí, teníamos sexo. Pero no te preocupes por mí. Estoy muy sano. —Graciela manoteó en el aire una disculpa—. Si sospechas que es gay y tiene confianza en ti, ¿por qué no se lo preguntas? A lo mejor puede que incluso le ayudes.

—Es su vida, Pablo, yo no voy diciendo a nadie que soy heterosexual.

Me agredió en el alma con ese argumento retorcido y gestualicé mi disgusto.

—Será porque un heterosexual no tiene que esconderse para dar un beso, ni tiene que tomar un AVE a Sevilla para meterse en una sauna a buscar sexo con un desconocido.

—Pablo… —Juntó las manos como una beata.

—Pues esa noche terminó mal. Yo bebí más de la cuenta. —No quise explicarle lo que me metí en el cuerpo—. Salí por piernas de allí. Ya no vi más a tu hermano.

—Pero tendría el equipaje en tu casa, ¿no?

—No. Llevaba apenas un maletín para montarse en el primer tren de vuelta a Madrid.

—¿Y desde entonces…?

Yo me levanté para pagar.

—Desde entonces no sé nada de él.

•

Llegué exhausto a casa tras acompañar a Graciela en taxi al hotel Inglaterra.

Camino de la ducha, me reproché haber dejado tantas preguntas por hacer. No aprovechar para descartar cualquier tipo de conexión con el incendio o investigar a qué se dedicaba realmente Mauro, o más bien Arturo. En algún lugar inaccesible de mi cerebro martilleaba un resquemor cuando trataba de cerrar el historial de esa noche en casa de los famosos señores, me costaba trabajo poner en pie sus caras, los nombres, la dirección de ese inmenso apartamento del que apenas recordaba los ojos desencajados del chaval que me convenció para pincharme entre los dedos de los pies.

—Ahí no deja señal —me insistía, entre risas.

Recordé entonces la bronca de Reyes en el gabinete y quise agarrarme a eso, a haber sido descubierto en mis vergüenzas por la tía de mente más abierta con la que me había cruzado en Sevilla. Me propuse verla al día siguiente y abrirme a pecho descubierto con ella, sin dejar nada en el tintero, hacerla partícipe de todas mis angustias, y que me preguntase lo que quisiese, desde

el principio de los tiempos. Necesitaba desesperadamente su mano, que me guiara, que me cuidara.

Salí de la ducha sin secarme solo por tomar el móvil para enviarle un corazón.

•

Lo primero que hice al despertarme, aún de noche, fue mirar el móvil, vacío de mensajes.

Mis días estaban siendo tan movidos que esa ducha de realidad me provocó un cierto bajón, enredado en mis ansias de señales que no venían. ¿Qué pasaría si desapareciese durante horas, si me refugiase con las cortinas echadas en mi salón? ¿Quién sería la primera persona que viniese a rescatarme si yo conseguía desconectar del mundo?

¿A quién le interesaba mi historia japonesa?

Hubiera sido una buena estrategia la de esconderme, aunque ganaba la excitación que me comía por dentro. Tenía todo el tiempo del mundo, cincuenta mil euros en la cartera y un más que excitante viaje a Japón en pocos días; debía dejarme llevar por todo lo bueno que me estaba ocurriendo para traer a mí vibraciones de las buenas, porque las malas ya se estaban solucionando con el ángel que me apareció en la compañía de seguros.

¿Y si me plantaba en Bruselas para ver a mi hermana?

Eso implicaría empezar a tirar de billetera, sin saber qué derecho tenía a gastarme un dinero llovido del cielo que, con seguridad, requeriría de una contraprestación por mi parte. Se me pasaba por la cabeza la imagen de la hermana de Arturo, y la apartaba; la directora del Rábida, y miraba para otro lado. Buscaba una taza en el lavavajillas mientras rechazaba pensar en el chaval de las zapatillas verdes, colocaba la cápsula en la Nespresso con todo el esfuerzo de apartar la declaración de amor de Alejandro. El día se me presentaba virgen, todo para mí, tan radiante que no sabía por dónde empezar.

Decidí comprar *croissants* para Reyes.

•

Sabía que, en esa época de primavera, Reyes abría el local la mañana de los domingos, así que me senté en el hueco de la ventana de su negocio, con los pasteles calentitos y el ánimo subido. Ya por el taconeo que venía desde José Gestoso supe que era ella, y un cosquilleo me subió por la barriga.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó, sorprendida, sin acercarse a darme un beso, sin apenas mirarme.

—Traigo *croissants* de Santa Gloria.

—Ya he desayunado. —Empujó la reja hacia arriba y pareció molestarle que yo la ayudase—. ¿Qué quieres? No tengo un hueco en toda la mañana.

No entendía nada, cuando la había elegido a ella por no encontrar a nadie en mi cabeza con más luz, así que puse una sutil cara de puchero que Reyes no quiso ver. Dejé que organizase todo y fui preparándole un café fuerte de los que a ella le gustaban, saqué uno de los platos para poner la bollería y rebusqué por todos lados.

—¿No tienes servilletas?

Se acercó hacia la entrada, colocó los brazos en jarra y el grito en el cielo.

—¡Ya he desayunado!

—Yo no… —contesté, con calma. No quería entrar en su juego infantil. Ni pretendía

preguntarle qué le pasaba conmigo. Lo que tuviera que decirme ya me lo diría.

—No sé si sabes que yo tenía un hermano que se llamaba Juan. —Le dio un bocado al *croissant*—. Juanillo. El pequeño. ¿Tú sabes lo que es encontrarte a un hermano pequeño en el baño con una jeringuilla colgando del brazo y el corazón reventado?

—No lo sabía, Reyes. —El pésame venía implícito en mi azoramiento.

—Será que yo no voy contando mis mierdas al primero que me cruzo por la acera. —Se hizo un silencio duro—. A mí se me ha caído un mito abajo contigo.

—Qué exagerada eres, joder.

—Eres guapo, tienes un culo de miedo, un negocio que te encanta, te tiras a todos los tíos que se te antojan, tus amigos matan por ti. ¡Y tú te metes con una jeringa mierda por los pies!

—Fue una noche loca, Reyes. No soy un delincuente.

—¡Tú eres gilipollas! Perdona que te diga. Yo no quiero amigos así. Si algo tengo claro es que no quiero drogadictos en mi vida. ¿Me explico?

—¿Crees que soy un drogadicto?

—¡Sí!

Recogí la bandeja de pasteles y salí de allí sin montar ningún número. No quería herirla diciendo cosas que no sentía.

•

Alejandro me llamó cuando estaba a diez metros de la librería. Habían empezado a sacar todo el material quemado como preparativo para la obra y allí me disponía a pasar un rato, para ayudar en lo que hiciera falta.

—Estoy liado, Alejandro.

Era demasiado tarde, él ya me había visto desde la cafetería de Fidel, así que en menos de un minuto lo tenía a mi lado, mientras entrábamos por vez primera en el local tras el incendio. El olor a quemado se unía a la humedad de esos días. El encargado del desmontaje se mostró afable y me dio la palabra, sin yo pedírselo, de que los libros salvados estaban a buen recaudo. Lo cierto es que podría sacar novelas de tres en tres que yo no me enteraría, el último inventario no lo hicimos sino casi medio año atrás.

—No exageres —me corrigió Alejandro—. Fue a finales de noviembre.

Venía con una sonrisa estudiada que a mí me apuraba corresponder, a pesar de las facilidades que me daba para volver a ser quien yo era con él antes de su declaración de amor.

—Simplemente, me asusté —me prometió—. Temía que con toda esta movida tirases la toalla y te perdiera para siempre. A ti, a mi trabajo… Me puse muy nervioso, Pablo.

Acepté el discurso, pero no me lo creí. Era un halago envenenado que un joven de su porte, bello como pocos, culto como pocos, se entregase de esa forma a mí, incluso para decirme que no se estaba entregando a mí. Temía esa reacción humana de querer entonces lo que no quería antes. Querer que me quisiera, aun como amor platónico en quien pensara cuando se lo montase con su chico.

—¿Sigues con el niño aquel?

—¿El de Bellas Artes? No. Seguimos viéndonos. —Era ambiguo en sus respuestas—. Ya te dije que no había amor. —Aprovechaba mi falta de memoria—. Pero nos lo hemos pasado muy bien. ¡Es bueno en la cama el cabrón! —Usaba expresiones que nunca utilizó conmigo—. Traes mala cara, Pablo. ¿Te puedo invitar a un café?

Me acababa de traer a la cabeza la bronca de Reyes y admití que sí, que me apetecía un

café. No sabía si le hablaría de eso o de lo otro, pero me haría bien recuperar con mi Alejandrito de siempre los desayunos de cada día. Era un buen chaval.

•

—¿Te has drogado alguna vez? —Entré a saco en cuanto Fidel nos puso las tostadas por delante.

—¡No! —gritó Alejandro, tajante, sin imaginar que lo que yo quería era obtener un sí, para sentirme menos culpable a ojos de Reyes.

Me apeteció contarle de mí, tirar por los suelos la imagen idealizada que se había formado de mí, aunque me di cuenta, en cuanto le hablé de mis primeros porros de marihuana, en el Parque Moret, que estaba consiguiendo el efecto contrario.

—La primera raya me la tomé en Puerto Banús. Ya cuando llegué a París, sin un duro, no podía dejar de tomarlas.

—Cómo envidio esos años tuyos en Francia. —Apoyó la mandíbula en sus puños, sus codos en la mesa, su mirada en mí—. Lo que yo hubiera dado por estudiar literatura en Oxford.

—No imaginas tú lo que yo hubiera dado por no haber tenido que escapar. —Alejandro me invitó con mi silencio, pero yo no quería seguir, dar la murga de nuevo con mis desajustes emocionales—. Sin embargo, acabé en París, y me junté con lo peor de cada familia. —Me reí al recordar a la golfa de Muriel—. Es lo que nos pasa a los desheredados, que nos olemos.

Pasé el desayuno dibujándole en una servilleta todos los tugurios en los que viví, tras pintar con mermelada de fresa, en mi plato, el círculo que representaba la ciudad. Tracé el Sena con mantequilla y le situé, con migas de pan, el barrio chino del distrito XX, donde pasé más frío que un perro chico en una habitación lúgubre.

—Me iba a los cafés para coger algo de calor. —Tardes enteras leyendo novelas de Anna Gavalda—. En el baño común no había agua caliente la mitad de los días. A veces, me levantaba a las cuatro de la mañana para aprovechar el termo y me quedaba allí hasta que me abrasaba la piel. —La mirada era tan de admiración como libidinosa—. Aprendí a ser un hombre allí. —Más hablaba, más me arrepentía.

—Creo que sé quién te ha incendiado la librería —se atrevió a decir en cuanto hice un hueco en mi relato—. No puedo asegurarlo, él lo niega, no tengo pruebas, pero por cuatro cosas que…

—¡¿Quién?!

—Mi exnovio —sentenció, tajante—. Un día antes cogió una buena papa. Bueno, la cogimos los dos. Él me vino a contar que si la vida da muchas vueltas, que si apenas estamos empezando a conocer mundo… Ya imaginas, un colgado de Bellas Artes. —Me quedaba boquiabierto frente a la belleza de Alejandro. Su piel lechosa, los ojos grises, el bigote incipiente, esos dientes alineados con ese hueco en el medio en el que no veía el momento de meter la lengua—. Me dijo que quería seguir conmigo, pero que no estaba enamorado de mí.

Ya pude adivinar lo que venía, miré el plato de París y me fui al otro extremo, cerca de la Porte de la Chapelle, donde un ruso musculado de dos metros me confirmó que solo me quería para follar.

—Entonces yo le confesé que yo sí estaba enamorado, pero no de él.

No quería seguir escuchando.

—Sino de ti.

•

Alejandro me acarició la rodilla y yo vi que Fidel vio que yo no lo quise ver mirando.

Le dejé tocar, me excitó sentirlo, tanto como claro tenía que no iba a llegar más allá. Incluso me sabía bien jugar a establecer esas fronteras en las que dejaría siempre al otro lado la tentación de un Alejandro prohibido, una figura de porcelana que agrandaba la confianza en mí. Saberlo allí, al otro lado del cristal, me suponía un bienestar enorme. Podría tocarme pensando en él; imaginar una vejez tranquila, teniéndolo a mi lado; organizar cenas en casa, con él de pinche, sin más, por el placer de sentirme querido sin maldades.

La confesión acerca del friki de su exnovio me pareció tan inocente como inverosímil. Alejandro vivía en los mundos de Yupi y era difícil imaginar que un chaval pudiese lanzarse a cometer un delito grave por unos celos tontos hacia un jovencillo con el que apenas llevaba unos meses y del que decía no sentirse enamorado. Alejandro, en cambio, era capaz de montar, con total sinceridad, esa historia de venganzas con la que poder aproximarse a mí en carne viva.

Cambiaba su versión según le convenía. Si unos días atrás, había acabado con su novio tras el incendio, ese día tocaba confesar que había sido justo antes, para así dar veracidad a su recién estrenada teoría.

Una imagen pasó entonces por mi cabeza.

—¿Tu novio tenía tatuajes?

—Mi ex —aclaró Alejandro, sin imaginar por dónde iban mis pesquisas—. Sí, tiene algún tatuaje —dejó de rozarme la rodilla—. ¿Por qué?

—¿Dónde los tiene? —insistí.

—En la ingle —sonrío, con pretendida malicia—, y en los brazos.

—¿Dónde en los brazos? —Empecé a dudar de todo.

—Aquí. —Se señaló el hombro—. Hasta más o menos aquí. —Indicó su antebrazo.

—¿Y en el codo?

—Pues igual le llega al codo.

—¿Qué tipo de dibujos? —quise calmar el juego—. ¿Temas de cristos y vírgenes?

—¡Qué va! Más bien guarradas. Tíos de esos del tipo Tom de Finlandia.

No podía imaginarme a Alejandro con un chaval así, lo que me hacía pensar en lo mucho que yo había cambiado de mentalidad desde mis años malos en Huelva.

—¿Podía tener un círculo en el codo? ¿Una parte sin hacer?

—¿Te ponen mucho los tatuajes, Pablo? —No le quise responder sino con una sonrisa, arma letal en mí respecto a él—. El codo suele ser de lo más doloroso al meterle la aguja, así que eso solo se lo dejan sin hacer los cobardicas, y este capullo era de todo menos cagueta.

—¿Eso es un no?

—Sí. Eso es un no.

No. No tenía un tatuaje circular en el codo. La inquietud, en cualquier caso, había estallado. ¿Qué había visto y qué no en ese chico al correr? Podía tratarse de un enfermo mental obsesionado con su chico, capaz de cualquier cosa por retenerlo. Miraba los ojos grises de Alejandro, que trataban de descifrar los míos, y me planteaba qué tendría que ocurrirme a mí con alguien para provocar un incendio.

—Yo era más guapo que tú —le provoqué.

Él se reacomodó en la silla, divertido y expectante. Había conseguido hacer de mi mañana una charla larga, en la que incluso se había permitido juguetear con mi rodilla. Los dos sabíamos que él se estaba poniendo a prueba y no lo hacía nada mal.

—Y mira que tú eres la leche —continué, sin saber bien dónde quería llegar—. A mí me

salvó mi belleza, ¿sabes? —Era cierto, al menos, era cierto en mi cabeza, que es a fin de cuentas la poseedora de la única verdad—. Yo me convertí en un perro callejero y mi belleza me salvó. —Indiqué a Fidel, pendiente en todo momento de nosotros, que nos trajera otro par de cafés. Mi papel de padre me permitía el lujo de decidir lo que quería Alejandro sin preguntar—. Así acabé en Marbella al día siguiente de que mis padres me echaran de casa por maricón.

•

Es quizá en Marbella cuando empezó a construirse el Pablo más descreído. Al que menos cariño le tengo, pero ese que me salvó.

Mi cuerpo, más que mi mente, se puso en modo supervivencia. Toda red de apoyo había caído y no me tenía más que a mí, así que decidí que esa aventura, porque a partir de ahí bauticé mi vida como aventura, iba a saber ganarla.

El modo supervivencia consistía en no quejarse, había que tirar hacia delante sí o sí, no valían paños calientes. Mis mariconeos por el Parque Moret me habían confirmado algo, yo era un animal bien cotizado. Sin querer reconocerlo, porque no tenía tarifas, me había convertido en un chapero de alto *standing* en una ciudad como Huelva. Por pura regla de tres, en Marbella lo debía petar. Solo debía encontrar el sitio y el momento en el que hacerme ver. Tenía dinero para una semana de pensión y nada que perder. Ya por entonces, con dieciocho años, comencé a saber lo que era vivir sin más futuro que unos días por delante.

Me alojé en un hostal de mala muerte en San Pedro de Alcántara, del que salía cada noche para patearme la trasera de la calle principal de Puerto Banús. Que hiciera ya calor al caer la tarde facilitaba mi indumentaria, tras salir sin una miserable maleta de mi casa. Me bastó gastarme doscientos preciosos euros en Zara para conseguir todo un conjunto de combinaciones provocativas con las que pavonearme entre las putas del lugar.

Solo quería información.

Quién era quién, dónde se movía la pasta, cuáles eran las reglas. En menos de dos días, ya me había adoptado Almudena, la Porrona, una asturiana de carácter con un historial terrorífico en su mochila. Ella vio en mí el coraje con el que ella llegó a ese teatro de los espantos que era Puerto Banús y me cubrió las espaldas. La noche en la que la conocí, ya empecé a currar en la barra del Joys y, en dos semanas, me hice con las llaves de un estudio diminuto junto al casino de Marbella.

Ya tenía lo básico conquistado. Tocaba entonces buscar a quien me sacara de allí.

•

No quise contarle a Alejandro que mis pretensiones al instalarme en Marbella fueran otras que las de labrarme un futuro allí, pero sí entendió que fue gracias a mi arrojo por lo que pude hacerme un hueco con rapidez.

—¿Tan importante era el físico para trabajar en un bar de putas?

—No era un bar de putas, Alejandro. —Fidel llegó con los cafés al tiempo que yo pronunciaba la frase, y se carcajeó—. No te asustes. —Él me dio dos palmadas en el hombro y se volvió a la barra—. No sé qué pensará Fidel que te estoy contando. —Enrojecí, en esa mezcla explosiva de los dos medios vizcondes que habitaban en mí.

—Me decías que no era un bar de…

—Era un bar con putas. Putas de buen ver, Alejandro. No creas. Putas que cogían a

señores ingleses y se los llevaban a la cama sin hablarles de precios ni condiciones. Eso venía después. Tan ideal para ellos como vomitivo para ellas. Un juego en el que nadie se enteraba de lo que no se quería enterar.

Entendí en la mirada de Alejandro que, de seguir el relato, iba a introducirme en terrenos de los que no sabría escapar. Hablarle de Olivier suponía confesarle una parte de mí, interesada y destructiva, que no quería enseñar. No tanto por romper el enamoramiento de él hacia mí, sino por puro respeto hacia el Pablo que yo era ya, tan lejano de aquel que un día perdió los escrúpulos cuando entró en modo supervivencia. Di un sorbo largo al café y me acordé de Reyes. Miré la hora en el móvil para facilitar la escena.

—¡Me tengo que ir!

—¿Me dejas así?

A esa hora, ninguno teníamos nada que hacer, porque era tiempo de atender clientes en la librería. Los dos disfrutábamos, sin apreciarlo, de esos ratos regalados que nos había ofrecido el incendio. Me inventé una cita que no tenía y no supe hasta qué punto la perspicacia de Alejandro me descubrió.

—Por cierto. —Me detuve, con mis manos en sus brazos, fuertes, tras darle dos besos—. ¿Tu ex usaba deportivas verdes?

—Sí. De todos los colores. Era muy zapas.

—Me largo, chaval. —Salí como un suspiro, con Alejandro tieso como un pasmarote, más colgado de mí que nunca.

Yo sabía cuándo había encuentros en los que conseguía enamorar. Ese, el menos apropiado, fue uno de ellos.

•

Me negaba no solo a buscar a Reyes, sino incluso a llamarla. Su reacción excesiva me caló hondo, me molestó en lo más profundo. Tenía razón en su despecho, pero era injusta en las formas. Entendía que no quería oír hablar de drogas, lo que no asumía, yo, es que me tratara por igual que a un tipo enganchado, lo más seguro un delincuente, que a mí, un empresario centrado, buen amigo desde hacía años, fiable, leal.

Camino de la revista, a la que acudí más por miedo a que Alejandro me siguiera que por tener nada que hacer, pensé en qué medida la reacción de Reyes no era sino un grito de socorro. Suele ocurrir que a la gente luminosa le cuesta horrores decir que se hunde por dentro. Yo era así y no sabía hasta qué punto Reyes podía serlo. No me apetecía, en todo caso, pasar ningún examen con ella. Ni lo necesitaba ni lo merecía. Ya se reconducirían las cosas cuando ella razonase que no había sido justa conmigo, o cuando nos cruzáramos en el hotel con Lara y nos dijésemos, con la mirada, qué tontos hemos sido.

No había nadie en la revista. Que fuera domingo no implicaba que nadie se pasara por allí. Me senté en la mesa del Espaguetini, el único que tenía el ordenador sin contraseña. Jugueteé con sus últimas búsquedas de Google, casi todas portales de citas o páginas porno, e introduje el nombre de la ciudad de Yoisho que encontré en su expediente académico. Tenía guardada una foto de su antigua dirección en el móvil, que hice mientras la directora hacía la vista gorda. Okayama. Una ciudad del tamaño de Sevilla con acceso al mar, aunque tuve que ampliar el mapa para asegurarme, al estar su costa rodeada de islas que me hacían dudar si sus playas daban a un lago o era realmente mar abierto.

La ubicación de su calle era difícil de encontrar. Creí leer que estaba en un segundo piso

a dos bloques al norte de la estación principal de tren. Me pareció una forma extraña de indicarlo, pero tal vez era así como en Japón se organizaban los envíos de correos, como una suerte de yincana. Metí el muñequito de Google en el mapa y comencé a pasearme las calles que debían estar cercanas a las de la infancia de Yoisho. Incluso puede que paseara por las mismas y que en alguno de esos bloques estuviese su portal. No era un lugar bonito. Al jugar con el ratón, desplazaba la mirada hacia lo alto de los edificios y me encontraba con madejas desordenadas de cables poco propias de un país tan organizado, aunque pronto me vinieron a la cabeza las imágenes grabadas de mi viaje con Víctor muchos años atrás. Busqué el camino más corto que podría tomar Yoisho para llegar al mar en sus años de adolescencia, cuando ya estaba de vuelta de su etapa española. Cogía lejos. Así que me llevé el muñequito, como si tirase de los brazos de mi amigo, hacia el río, donde encontré un parque cercano, y en el parque un castillo. Un castillo grande de tejados de pizarra y remates dorados. Le hacía frente una rotonda de arena con bancos de madera a su alrededor. Me vi allí en unos días, sentado junto a él. Yo le agradecería el viaje. Lo vería como entonces, con esa mirada suya penetrante y esos silencios de los que tanto aprendí. Le preguntaría qué fue de todos esos años y él me lo explicaría con un español ya olvidado; mientras, yo observaría con disimulo su pelo canoso, las patas de gallo y ese bizqueo al mirarme que me volvía loco. Entonces, él se me acercaría para devolverme el beso treinta años después.

—Pero ¡bueno!

Di un salto hacia atrás.

—¿Y este atraco a mano armada? —Mateo me agarró los hombros por detrás—. ¿Me vas a quitar el puesto?

•

A Mateo le puse al día de todo sin ponerle al día de nada. No me apetecía abrirme de nuevo en canal.

—Muero por una cerveza —le propuse, sabiendo que me iba a decir que sí.

Priorizamos la calidad a la estética, con lo que nos plantamos en el Patio de San Eloy de la Alameda justo cuando acababan de montar las mesas del exterior. Allí, la Cruzcampo la sirven helada en vasos de sidra, y eso es un lujo baratísimo cuando se tiene sed y ganas de olvidar.

Como no recordaba qué le había contado y qué no, preferí que fuese él quien tomase el mando de la conversación. Salido como un perro, era imposible cruzar dos frases con él que no hablasen de sexo, así que me dejé llevar por sus últimas aventuras, todas guarrísimas, pero cargadas de sentimiento. Así era él. Caía rendido con la misma facilidad que olvidaba el nombre de la chica de la que te hablaba con entusiasmo unos días antes.

Me gustaba juntarme con gente así, rara, vital y desubicada, porque me hacía sentirme menos extraño que si mis amigos fueran arquetipos de vidas coherentes que me recordasen a cada momento mi lugar en el mundo.

Me preguntó por el incendio con cierto miedo, como si hubiera alguna posibilidad de que ese ataque fuese contra él. Aprensivo y paranoico, se reía cuando yo le contaba que lo había provocado el novio celoso de un amante, en una mentira improvisada en la que convertía a Alejandro en protagonista y daba por cierta su teoría del chico de los tatuajes.

Cierto que, con el burbujeo de las cañas en mi cabeza, asumí como veraz esa versión del incendio. Me venía muy bien, porque lo desconectaba del regalo japonés y eso lo purificaba, por mucho que hubiese un Pepito Grillo en mi cabeza que dijese que no, que no era posible una

casualidad tan grande como para que saliera ardiendo la librería en el mismo instante en el que recibí el sobre bajo la puerta.

—¿Cuál es la barbaridad más grande que has hecho en tu vida, Mateo?

Él no se lo pensó.

—Follar con mi hermana.

Todo era follar en él. Sonrió con cara de gamberro esperando mi reacción, que no vino, porque yo quería que fuese él quien me contase algo que no me iba a asustar. En cuanto se lanzó, comprendí que, si él era golfo, su hermana no le iba a la zaga.

—Ahora vive en una comuna en Lampedusa, la tía es un pedazo de pan. —Se le caía la baba hablando de ella—. Es el contacto de todas las ONG de salvamento marítimo que rescatan náufragos de Libia. Sabe todas las puertas a las que hay que llamar, tiene a media población entregada y, entre rescate y rescate, se le pasan los días fumando hachís. —Se incorporó, para susurrarme—. Creo que es medio traficante allí. Lo que no se fuma, lo vende.

Me apetecía viajar a Lampedusa, pasar una época allí, con la hermana tunanta. Vivir sin horarios, conocer náufragos, liarla parda por las noches y tener sexo con árabes, con negros, besar a desconocidos y acariciarlos hasta hacerlos dormir.

—¿Tú crees que la maldición es el sexo?

Mateo me miró con cara rara.

—¿Maldición?

Siempre lo había pensado. Para mí, la maldición era el sexo. Era el centro de mis desórdenes, la causa de mis desequilibrios, el origen de mi vida extraña, todo se justificaba ahí, en lo animal. Yo había luchado contra él, sí, contra el sexo, porque fue él quien me expulsó de casa, de los brazos de Yoisho, de la vida normal. Aprendí a dibujarlo con trazos marrones, a emparentarlo con los cuerpos feos de los viejos del Parque Moret, a vestirlo de malos olores, de jadeos desagradables, de vergüenza interior, de prisa, de asco, de amenazas. El sexo era un patético puretón gilipollas meneándosela tras un árbol, gritando, con un billete en la mano, que fuese corriendo hacia él.

—Algo de razón puedes tener —confesó Mateo, sin prisa por compartir su reflexión. La última nube se había ido y el mediodía había pasado a ser exquisito, la temperatura perfecta, el alcohol en su punto justo de desborde—. Desde el día en el que follé con Paola, mi hermana la *hippy*, ya no nos volvimos a ver. Nunca.

—Pero estáis en contacto, ¿no?

Él asintió, en silencio, seguro que traumatizado por esa escena de su pasado.

—No te comas la olla, tío. —Quería que no tuviese dudas de mí—. Seguro que fue maravilloso. —Mateo, sensible como él solo, me sonrió—. El sexo es la maldición, pero es hermoso.

•

Mateo me dejó en la puerta de casa.

No haber comido nada acentuaba la borrachera de cerveza y me hacía temer por una tarde de bajón. Ya que contra lo segundo no tenía muchas armas, decidí llamar a Vicen para que se viniera a pasarla conmigo.

Llegó con el arsenal de preguntas preparadas, que si el incendio, que si el policía, que si Yoisho, que si la cuenta bancaria.

—Te he llamado para no pensar en eso —le dije—. ¿Por qué no me haces algo de cenar?

Él me miró con esos ojos gamberros que no envejecían y me ordenó que me duchase.

—¡No puedo con mi cuerpo, Vicen!

—¡A la ducha, maricón! —Y empezó a quitarme la ropa—. Ya que no puedo follar contigo, al menos, que te vea en bolas y pueda cogerte los huevos. Ay, cabrón, qué barriguita me estás echando. —Yo, entre risas y con la lengua pastosa, me dejé hacer—. No te confíes tú mucho, que ese cuerpazo que Dios te ha dado no va a durarte de por vida. —Encendió la ducha y me metió de un empujón.

—¡¡¡Aaah!!!

—Ay, cariño. Está helada, ¿verdad? —Metió la mano—. Uy, qué fría, coño.

Le dejé enjabonarme hasta que vi que se bajaba la cremallera.

—Sal de aquí, Vicen.

Él suplicó con carcajadas, hasta que conseguí sacarlo del baño. Me metí bajo el agua, ardiendo, hasta que se acabó el termo. Luego nos fuimos a Carrefour Exprés para comprar para la cena. Proponía alcachofas con jamón y secreto ibérico, a lo que yo hice las fiestas que correspondían. Ya en el súper, me llamó Andrés, para interesarse por las últimas novedades, con lo que metimos una bandeja más de carne.

—A mí me pone mucho ese niño, Pablo —comentó Vicen—. ¿Tú crees que si le ponemos hasta arriba de tinto del bueno tengo posibilidades?

—Ni con cinco litros de Vega Sicilia —le respondí, y con la respuesta vino el arrepentimiento de mi crueldad. Vicen es de las personas que se toman la vida como un chiste, hasta que pasan al extremo contrario de la tragedia.

Pagué la compra y no hablamos hasta llegar a casa, con un diálogo de ordeno y mando por su parte para tenerme como pinche hasta la aparición del policía.

—¿No quieres que te cuente cómo va el tema de la librería?

—No —respondió, firme—. Ya me enteraré cuando se lo cuentes al niñato.

—No te pongas tan tremendo, Vicen. Ya te he pedido perdón.

—Córtales bien el culo a las alcachofas, maricón.

•

Que estuvieran los dos juntos quitó intensidad al relato. Ni quise entrar en detalles sobre mis sospechas acerca del chaval de los tatuajes, ni me apetecía pedirles opinión respecto a mi pelea con Reyes, así que los dejé hablar.

Entre Vicen y Andrés se estableció un diálogo delicioso de seducción, pero no entre ellos, sino hacia mí. Se hablaban, los tres lo sabíamos, con los ojos puestos en el anfitrión de la cena. Andrés, por parecer menos lerdo; Vicen, por demostrar su intelecto. «Yo, con tiempo, me llevo a la cama a Brad Pitt», era una frase habitual en él. Una reflexión que yo compartía, porque no hay nada más hermoso que la belleza interior.

A mí, lejos de ser Brad Pitt, nunca me hubiese llevado a la cama, pero no por otra cosa, sino por algo que me molestaba de mí, no de él, que no era más que su pluma. Mi relación con el amaneramiento era un tema tabú en mi subconsciente, y en el consciente también. Me impactó tanto una frase seca que me lanzó mi padre de pequeño que durante toda mi vida no he hecho sino luchar por quitar cualquier atisbo de feminidad en mí.

—*¡Deja de pronunciar las eses como si fueras una niña!* —me gritó.

Íbamos en coche a Sevilla para pasar el fin de semana con la abuela, y yo estaba asomado entre los sillones de mis padres. No sé de qué les hablaba, sí sé que era de algo divertido, lo que

hizo que el choque fuese aún mayor al escuchar el grito de mi padre. Yo me eché hacia atrás y fui consciente de demasiadas certidumbres al mismo tiempo, aunque por entonces no las supiese descifrar, porque al callarme y tirarme hacia atrás no hizo mi madre el mínimo gesto por consolarme, ni siquiera una caricia por debajo, a escondidas de mi padre. Hubiera bastado con un pellizco en el dedo gordo de mi pie. Nada. Ni mi hermana dejó de mirar por la ventanilla el paisaje de árboles de entrada al Aljarafe. Entendí, sin comprenderlo, que había algo gordo, muy gordo, que había caído sobre mí. Una condena.

Me llevé semanas obsesionado con el tema. Encerrado en el baño, me colocaba frente al espejo y pronunciaba frases con muchas eses. Cambiaba el gesto, con cara de enfado, para que me saliera una voz más masculina. No sabía si lo conseguía. ¡Yo era apenas un crío de ocho años!

Los fines de semana en los que mi hermana Elena se iba a la casa de campo de mis tíos, yo entraba en su habitación para tomar prestado su radiocasete. Colocaba una cinta virgen y tomaba el ABC de mi padre. Entonces, con la luz de mi cuarto apagada y apenas la iluminación de la lámpara de mi mesita de noche, leía noticias en voz alta. Noticias que grababa en cintas vírgenes. Cintas que luego escuchaba para identificar mi voz, que sonaba como la de un desconocido, que sonaba infantil, que sonaba femenina, que provocaba en mí un terror frío, al confirmar que no me había liberado aún de la maldición. Mis eses seguían siendo de niña. Me ponía bolis en la boca para forzar, trataba de hablar despacio, cambiaba la posición de la mandíbula. Hasta que volvía a grabarme la voz una semana después. Poco a poco fui modulando los sonidos para conseguir entrar en el mundo de los niños normales, aquellos a los que los padres no reñían, avergonzados, por escucharlos hablar como muñecas de papel maché.

Fue ahí cuando empecé a meterme hacia dentro, a no contar cosas con la alegría natural que luego supe que tengo, a temer un nuevo comentario agresivo hacia lo que yo era, sin saber muy bien qué era yo ni qué sentían por mí.

—Maricón, que si está rico.

Vicen me señalaba el secreto ibérico.

—Te has pasado con la pimienta, cabrito.

•

Ni Vicen se acostó con Andrés, ni este se acostó conmigo. La noche se había enfriado con mi desconexión. Fui bien consciente de que a ellos no les unía nada más que yo, y yo no estaba esa noche allí. Me vino muy bien su compañía, las payasadas de Vicen, la inocencia del policía queriendo ser lo que yo hubiese querido que fuera, los chupitos al terminar. Todo me vino bien, pero yo no estaba allí.

Andrés no tuvo la picardía para encontrar el método de quedarse, tal vez la noche que más me apetecía no dormir solo. Vicen, muy vivo, lo engatusó para acompañarlo a su casa, y él no supo decir que no. Se llevaron la basura y yo me puse a lavar las copas y el cenicero con las infinitas colillas de los cigarros de Andrés, para evitar una mañana resacosa con olor a humo y alcohol. Alterado, volví a darme una ducha para facilitarme el dormir.

Ya desnudo, era muy tarde, me asomé a unas ventanas ya algo empañadas por el rocío de la noche. La luz del vecino, o la vecina, estaba encendida. Quien fuera que fuese me vio. Yo, desnudo y fácil, me restregué por el cristal, a la espera de señales del otro lado de Conde de Ybarra. Señales que llegaron con las intermitencias habituales de la lámpara de pie. Me toqué para él, o para ella, a cara descubierta. Fui a por mis pezones, me comí poco a poco los dedos,

aplasté mi perversión contra la ventana, caliente como nunca, dispuesto a todo, hasta que saltó al otro lado de la ventana un *flash*.

¡Me acababan de fotografiar!

Cerré la cortina y me cubrí con la toalla, aterido de pronto, congelado. Volví a asomarme y ya todo estaba a oscuras. Tiritando, busqué la ropa, me vestí, tomé las llaves, busqué los zapatos, abrí la cancela, crucé la calle. Eran las cuatro de la mañana y tenía frente a mí más botones de los previstos. Había seis primeros pisos. Me derrumbé.

•

Conseguí despertarme tarde y sin rencor.

La mañana se presentaba espléndida, y yo también. El vizconde demediado blanco había matado al negro durante la noche, con lo que el desayuno fue una orquesta de pellizcos en el estómago de tantas cosas por hacer.

Sin admitirlo, integraba que iría a Japón. Quedaban pocos días y no veía el momento de sentarme en una biblioteca pública, a salvo del mundo, para empaparme de las rutas sintoístas entre montes, de recetas de ramen y claves para moverme en los tugurios de la ciudad.

Soy muy de tugurios.

No sé hasta qué punto el haberme quedado sin un hogar de referencia con dieciocho años hace que sea tan callejero, ávido siempre de entrar en locales con música y alcohol donde me acojan con una sonrisa. Recordaba mis días en Tokio con Víctor, esos karaokes en pisos altísimos donde salíamos a cantar por Julio Iglesias cogidos de la mano. Nos daban igual las miradas, los cuchicheos. Estábamos al otro lado del mundo y nada nos iba a coartar.

Apunté en un papel de cocina el número 300. Debía de ser un bar por Ginza, en el que te sellaban la mano al entrar como en las fiestas de fin de curso de bachillerato. No olvidaré esa cerveza y las explicaciones de Víctor acerca de las claves para entender un partido de béisbol. Aún recuerdo algunas. Llevábamos muchas Sapporos encima y algún que otro *gin-tonic*. Yo no podía ser más feliz.

—Voy a dejar a Virginia —me dijo.

Y yo le creí. Porque era sincero, aunque mintiese. Víctor siempre era de verdad, lo que ocurría es que su verdad cambiaba como cambia el tiempo. No dudo de sus abrazos de esa noche, ni de que yo fuera para él lo más importante que le había pasado.

—Me das la vida.

El único problema es que había mucha gente que era lo más importante que le había pasado, y a mí casi que me gustaba ser uno más del harem. Su encanto residía ahí, en hacerte sentir el más afortunado del mundo a su lado, a sabiendas de que todo se volvía de cartón piedra antes o después. Esa era mi condena, haber aceptado ser uno más, no ponerme en valor, integrar, durante los mejores años de mi juventud, que ser el amante de un tipo adinerado era lo máximo que podía merecer. Un tipo como Víctor, arrollador, que me daba lo que necesitara, y lo que no también, siempre que no saliera de mi jaula dorada, siempre que no dijera quién era para él, siempre que folláramos con las luces apagadas para no recordar que él también era lo que no quería ser.

Ese trágico final se preveía. Yo así lo vi, no tanto Virginia. Tal vez por eso ella seguía encerrada en su torre de marfil dilapidando su fortuna en cocaína. Tenía que llamarla. Hacerla salir de casa. No podía volver a visitarla si quería evitar magulladuras que seguro vendrían si no estaba atento a mantener la distancia necesaria.

Sonó el teléfono.

—¿Sí?

Era Mariángeles, la directora del Rábida. Se interesaba por saber de mí.

—¿Sabes ya quién pudo ser el chico que vino preguntando por tu japonesito? —me preguntó.

Su interés me provocó un cosquilleo adolescente. No. No tenía ni idea de quién podría tratarse.

—Creo que no me ganaría la vida de detective —le dije.

Se hizo un silencio propio de dos personas que no quieren cortar la comunicación.

—¿Cómo va la librería?

No recordaba haberle hablado del incendio, pero desde ese momento supe que esa mujer era candidata a ser una persona importante en mi vida. Soy pescador de gente así. Quedé en llamarla en cuanto tuviera noticias y se me ocurrieron mil motivos para volver a Huelva e invitarla a comer. Tenía cincuenta mil euros en la cartera y muchas ganas de enredar.

Cuando quise ir a la ducha, sonó la puerta. Golpe de nudillos. Presentí lo peor, sobre todo, al escuchar los pisotones a la carrera de alguien bajando las escaleras.

De nuevo, habían dejado un sobre bajo la puerta. Me toqué el corazón. Sé que debí asomarme a la ventana, por ver si cazaba a alguien saliendo del portal, pero quedé paralizado, hasta cierto punto feliz. Alguien estaba jugando conmigo y me gustaba el juego. Mucho. Todo me daba igual. Quería más madera.

Olí el sobre antes de abrirlo y ya supe qué había dentro. Una foto recién revelada. Era yo, sí, desnudo, excitado, de noche, tocándome los pezones, con la barriga apoyada contra el cristal.

•

No quise llamar a la policía ni perder los nervios.

Decidí que ese iba a ser un día más. El que fuera, quien fuera, estaba asomado a la ventana, a la calle, a cualquier esquina para verme perder los nervios. Quien fuese quería de mí una señal de desesperación, una súplica para aumentar la apuesta.

Yo iba a ser más inteligente. Primero, porque me iba la marcha; segundo, por destrozar un juego que aún no sabía cuál era. Lo que sí tuve claro en ese momento es que iba a hacer lo contrario de lo que se esperase de mí. Buscaban al vizconde negro y se iban a topar con el blanco. Flirteaban con mi terror y sacarían mi sonrisa. No iba a permitir que me desestabilizaran.

Tendría cuidado, eso sí, de mi seguridad personal. Que publicaran esa foto o amenazaran con hacerlo me traía al pairo, nunca fui una persona pudorosa ni había en el mundo quien me importase tanto como para sentir pánico por verme retratado así. Qué más daba. Mi vida era mucho más grande.

De hecho, pensé, esa misma noche volvería a desnudarme. Para ella o para él. Desarbolar a quien me amenazaba, hacer trizas sus chantajes, reírme en su cara meneándola sin complejos hasta sentir de nuevo el *flash*. Que se cansara de enviarme sobres bajo la puerta.

•

La ducha me sacó de mi letargo.

Saqué un billete a Bruselas esa misma mañana, con la suerte de que por la tarde había plazas en un vuelo de Ryanair a Charleroi. Hasta que no estuve en mi asiento, no envié un

mensaje a mi hermana.

Como en una película de James Bond, hice un cambio de taxi a mitad de camino. Qué me gustaba ese novelerío.

Sentí un hormigueo cerebral al despegar, con la sensación gamberra de haber dejado todo a medio hacer, sin saber bien qué era el todo ni lo que estaba por hacer. Mi vida se había vuelto caótica en una mañana de primavera, y yo andaba volando hacia Bruselas.

Sabía que Elena estaría esperándome en Charleroi. Nuestra relación había derrapado tantas veces en el pasado que ninguno de los dos podíamos permitir fallarnos. Más aún ella, la figura inexistente en mis años de desolación, aquellos en los que desaparecí, esos en los que ella no me buscó.

Nuestra diferencia de edad era importante para la época, más de cinco años, su carácter no era maternal, sino distante, pero no conmigo, sino con el mundo. Ella fue la primera en darse cuenta de en qué familia vivía y tuvo claro que debía quitarse de en medio. Cuando consiguió la beca para sus estudios en Montpellier, yo ya supe que no volvería, no solo a la casa paterna, sino a Huelva. Mi madre, manipuladora, no le contó sino medias verdades interesadas acerca de mí, de modo que ella no se preocupó en buscarme, porque en ningún momento mi madre le dijo que yo hubiera desaparecido. Todo eran broncas menores, castigos y cabreos. No había más, le decía a mi hermana.

Tuve que llamarla yo.

Una tarde helada de invierno en el barrio chino de París se me cayó el mundo encima. No tenía para pagar la renta de mi habitación, Olivier había desaparecido y perdí el trabajo en el Brioche Dorée de Grands Boulevards. Todo como el día del incendio. De golpe. Mi destino parece caracterizarse por las mismas fantasmadas que las de su protagonista, para hacer de mi recorrido vital un permanente diente de sierra del que quiero salir, pero en el que me sé manejar.

Ella se asustó. Lo supe. Entonces, todos los reproches viajaron de mi hermana hacia sí misma, por no haber forzado a nuestra madre a que me pusiera al teléfono, por no haberlo pedido ella.

—¿Qué necesitas, Pablo?

De Elena no salían palabras cariñosas porque en mi casa no se habían escuchado nunca. Me preguntó si tenía dinero para un billete de tren a Montpellier y le mentí diciéndole que sí. No quería caer tan bajo. Aún tenía dos o tres conocidos de los que tirar para conseguir, al menos, eso.

Ella me recibió con un abrazo frío que no me reconfortó. Yo era un perro herido con una mochila como toda propiedad. Tan avergonzado como esperanzado, quería en todo momento mostrarle lo bueno que había en mí.

•

En el tren a Montpellier, preparé todas las escenas posibles. En cada una de ellas aspiraba al consuelo, a la comprensión, a la caricia. Tenía, al fin, la posibilidad de dar mi versión de los hechos, de explicarle a mi hermana por qué con dieciocho años tuve necesidad de decir en casa que era maricón. Así, maricón. Por mucho que tratara de endulzar la palabra y les hablara de homosexualidad, supe, desde el momento en que comencé mi confesión, que mis padres no verían sino a un maricón.

Elena, superada por la situación, no hizo preguntas en el autobús hasta su piso compartido de estudiante. Me calentó una sopa, me habló de un posible puesto en la UNESCO,

de las cuatro cosas imprescindibles que debía visitar al día siguiente en la ciudad y me enseñó la casa.

—*Mi compa de piso es bollera* —me dijo, al asomarnos a su habitación vacía—. *Ya te darás cuenta en el momento que la veas. Solo le falta rascarse los huevos*. —Imitó el gesto, y yo caí despavorido en la más absoluta desolación—. *Pero no es mala tía. Seca, como buena lesbiana, pero no me da problemas. Mientras no traiga gente así a casa…*

Supe, en ese momento, que mi madre no le había contado nada de mí. La vergüenza hacia mí era tan tremenda que ni siquiera a su hija le había confesado que tenía un hermano homosexual. Todos mis discursos se fueron al garete. En un segundo, retrocedí años de aceptación trabajados con mucho miedo. De pronto, la persona que yo veía como refugio, el primer eslabón familiar, al que pretendía agarrarme para no caer, se mostraba también como un vampiro en una película de Drácula.

—*Necesito ir al baño* —supliqué.

•

Elena apareció nada más abrirse la puerta de salidas.

Su abrazo sí fue el que nos merecíamos, no aquel frío reencuentro de veinte años atrás en la estación de tren de Montpellier. Incluso creí ver humedad en sus ojos de colores. Miré por si venía con su chico.

—Guillaume está hoy de guardia.

Me tomó la mano hasta el aparcamiento, mientras con un tono eufórico me hablaba de los sitios que había reservado en el tiempo en el que estuvo esperando el aterrizaje del vuelo.

—¿Hasta cuándo te quedas? —me preguntó, ya en el coche, antes de arrancar.

—No lo sé, Elena. —Puse cara de cordero degollado—. Espero que tú me ayudes a decidirlo. Tengo mucho que contarte.

—Miedo me das.

Por fin, conocí su nuevo piso de la *rue* Saint-Pierre. Llevaba años echándome en cara, con razón, que fuese tanto a París sin pasarme por su casa. Suele ocurrir con las cosas que tenemos tan a mano, que de saberlas ahí nos olvidamos de ellas.

Bruselas era una ciudad que me gustaba tanto como me repelía. El ambiente cosmopolita compensaba el tiempo de perros y, aun así, me podía la pereza. Además, no me apetecía visitarla para un fin de semana, yo quería estar allí un tiempo, disfrutar de Elena y del buenazo de Guillaume, lo que dificultaba que nos pusiéramos de acuerdo, por mis horarios en la librería y las escapadas que ellos se pegaban cada dos por tres. Eran una pareja feliz. Guillaume le aportaba a ella ese toque de ternura que no llegamos a conocer en casa. Tranquilo hasta el extremo, él la dejaba hacer y deshacer, en su papel de roca fuerte donde mi hermana, experta en cambiar de trabajos, casas y amigos, sabía que podía agarrarse. Psiquiatra de los servicios sociales del ayuntamiento, mi cuñado lidiaba con situaciones tan límites que no había terreno en el que se manejase con incomodidad.

—Está pensando pasarse a la privada —me comentó, ya con una copa de vino en la cocina—. Está amargado con la burocracia bruselense. Tienen despistados a los más vulnerables con tantos cambios de consultas, de condiciones para los ingresos, de falta de plazas… Se me está haciendo mayor el Guillaumecito.

—Es una joya —afirmé.

—Lo es.

—Tengo ganas de hablar con él —confesé—. Me transmite mucha calma, ¿sabes? —Elena asintió, porque lo sabía, sabía que yo veía en Guillaume alguien de un atractivo brutal en lo emocional—. Llevo unos días locos y necesito verme con sus ojos.

Elena sacó unos quesos, apretó la calefacción y me colocó un taburete alto frente a ella.

—Hazme un resumen de esos días locos.

•

No sé si por no preocuparme, pero Elena se agarró a Yoisho cuando hube terminado de contarle acerca de mis aventuras agridulces. Quizá por dormir en la misma cama que Guillaume, no se escandalizó con nada, ni siquiera cuando le hablé de las fotos desde el otro lado de la ventana.

—Anda, hijo, que lo que no te pase a ti…

Sí, me quitaba importancia y lo hacía sin maldad. Justo lo que yo necesitaba, que me recordaran que yo no era sino un peliculero en busca siempre de gasolina para mi trasto espacial.

Ese trasto espacial atravesaba turbulencias y me venía bien el pragmatismo de una hermana, la única que tengo, la seca, coherente y austera Elena. Necesitaba una reprimenda maternal, que me quitase las tonterías y devolviese al terreno de lo real, a la contabilidad de mis libros y las cenas con los amigos.

Yo sabía, sé, que ella me admira. Admira en mí el hombre en el que me he convertido a pesar de mi orfandad emocional. El no caer.

Si bien en Montpellier me metí en mi caparazón, años después vino el gran arreón. Ya habían pasado los tiempos de miseria en París, Víctor estaba en mi vida y me sentí fuerte para trasladarme a su primera casa bruselense y soltar como un vómito todo lo que llevaba dentro. Lo hice con una pasión furibunda, en la que le hice ver todo el daño que me había hecho su indiferencia, haber pasado tanto tiempo sin preocuparse por mí, a sabiendas de cómo se las gastaban mis padres conmigo. Le grité la rabia de su comentario homófobo hacia su compañera de piso. La llamé carca, egoísta, mala hermana, facha, cruel y mil adjetivos más, hasta que me abrazó.

—Siempre recuerdo ese abrazo cuando todo me va mal.

Elena bajó la cabeza.

—Ahora estoy bien —la tranquilicé—. Lo de estos días no son más que chorradas.

Estábamos ya un poco borrachos. Me di cuenta, una vez más, de cuánto la quería. No por ser como era ni por nuestros abrazos pasados, sino por ser carne de mi carne. Tan surrealista y mágico como eso. La quería por ser parte de mí.

Sonó la cerradura. Era Guillaume.

•

—Así que vienes a divertirte —repitió, Guillaume, tras su efusivo recibimiento.

—A olvidarme del mundo por unos días —confirmé.

—¿Me dejas que te lo secuestre un rato? —preguntó a mi hermana—. Quiero darme un paseo con él y que me cuente. —Flipaba con su perfecto español—. Que cuando habláis tan rápido entre los dos, no me entero de nada. —Me guiñó un ojo—. ¿Te parece, amor?

Elena, narcotizada por el tinto, le dijo sí con un beso. Al ver la escena, una potente idea se instaló de pronto en mi cabeza. Todo mi viaje a Bruselas no había sido sino una búsqueda inconsciente de ese paseo con Guillaume. No sé si por su labor de psiquiatra, por su fuerte

empatía o por su carácter reparador, ya tenía en la mochila varios paseos similares que me hicieron mucho bien. Charlas que no consistían en detallar un listado de reproches propios y ajenos, ni siquiera en trazar un repaso a mis últimos tiempos, eran conversaciones en mayúsculas, las de escuchar sin juzgar, al tiempo que redireccionaba el tiro a través de preguntas lógicas, hasta llegar a ese punto de mí en el que volvía a encontrarme conmigo mismo, en esa pequeña isla donde un día me dejé.

—¿Paseo por el parque, o cerveceo?

—¿Cerveceo? —pregunté— ¿De dónde sacas esas palabras, Guillaume?

—Siempre olvidas que estudié dos años en Salamanca.

Elegimos parque con prorroga en un *pub* cercano a la casa.

—Allí ya podremos invitar a mi santa señora.

—Ja, ja, ja.

Esa zona de Bruselas no la conocía, aunque estaba claro que no era un barrio deprimido. En apenas dos minutos nos plantamos en el parque Alberto II.

—¿Es el rey actual? —pregunté.

—Sí.

—Joder, ¿y ya tiene un parque?

Él, perspicaz, me recordó no sé cuántos hoteles, calles y paseos españoles con los nombres de Juan Carlos, Sofía y Felipe.

—¿Qué te ha traído tan de golpe aquí?

—No lo sé. Depende de cuántas cervezas me tome te diré una cosa u otra, y todas serían mentira.

—O verdad.

—Tal vez. —Tenía razón—. Bajo mi capa de tipo resuelto late un niño desamparado. —Sabía que no me iba a interrumpir—. La última teoría me ha surgido cuando mi hermana te ha dado un beso para decir que nos dejaba salir a dar este paseo. Ha sido un clic que no quiero que tomes como algo raro, pero creo que he venido buscando esta charla contigo. —Guillaume me acarició el cabello, sin pudores, como lo hacen los tíos que no tienen nada que esconder—. Te mentiría si te dijera que he comprado los billetes de avión pensando en ti. Lo hice porque quería estar con mi hermana, lejos de todo, pasar aquí unos días, que me cuidara, ¡que me cuidarais! Sin tener que hablar de nada, ni justificarme por ningún tema. Poder perderme sin más.

—Es muy bonito lo que me has dicho.

—Es sincero. Yo admiro a poca gente en este mundo, pero te admiro a ti.

—¿Por qué?

—Porque eres humilde. Eres la pura expresión de la humildad. Tienes un cerebro privilegiado, un montón de responsabilidad llevando los servicios sociales de una ciudad tan… áspera como esta. Sin embargo, no presumes de ello, ni hablas de ti, ni le traes tu estrés a casa a mi hermana, que es tan estúpida cuando quiere. ¿Qué te da mi hermana?

—Me da certidumbre.

—Parecía que tuvieras preparada la respuesta.

—Ya sabes que yo ese tipo de preguntas me las trabajo mucho. ¡Estoy obligado! No puedo orientar a gente que está perdida si no me conozco a mí mismo. —Sentía cosquilleos de felicidad al escucharlo—. Elena es un poco carca, no es muy sociable y se morirá sin tener ni idea de a qué se quiere dedicar, pero es mi bálsamo. Me quiere de una forma total. Confía a ciegas en mí. Siento hasta cuando estoy a mil kilómetros de ella que está cuidándome desde donde esté.

—Tiene una joya en ti.

Guillaume no quiso entrar por ahí.

—A mí me encanta que vengas, Pablo, porque le haces mucho bien.

•

—Podemos ahorrarnos lo del dinero, la casa y todo lo que necesites, ¿verdad? —Asentí—. Que el seguro se haya hecho cargo de la obra ya es todo un éxito tuyo, hiciste bien en apretarle al perito. —Se paró en medio de los jardines—. ¿Crees que alguien te puede odiar tanto como para hacerte algo así?

—Yo he estado metido en muchos líos, Guillaume. Soy un perro callejero desde que me echaron de casa. Yo sé lo que es dormir en la calle en París, y no solo una vez. Sé lo que es que me violen a punta de navaja. No soy ningún santo. He enamorado a mucha gente porque me convenía y he dejado de querer —lo entrecomillé en el aire— cuando me venía bien. He convivido durante años con un narcotraficante, sin saberlo. O sin quererlo saber. Yo he metido a un tío en un saco de basura y lo he tirado a un canal del Guadalquivir. Te podría incluso enseñar mis pies, que los tengo llenos de pinchazos de una droga que no sé ni quién me la ha inyectado ni para qué sirve.

—Todos tenemos nuestra parte negra.

—¿Tan negra?

—Que sea tan negra en tu caso es porque has vivido intensamente, Pablo. ¿Tú sabes por qué me gusta pasear contigo? —Negué con la cabeza, aturdido—. Porque eres un superviviente, un chavalito al que soltaron a los lobos y no se lo comieron. ¡Te los comiste tú! —Soltamos una carcajada—. Yo estoy harto de trabajar con perdedores, ¿sabes? Harto de tratar con gente que no quiere salir de la calle, que no quiere rehacer su vida, que rechazan hasta un techo cuando mueves medio mundo para conseguirle una habitación social. Estoy harto de gente malherida que no se quiere curar. Ese es mi trabajo. Consolarlos, darles cobijo, aunque no quieran. Hay historias tremendas detrás de cada uno. Tú puedes contarme que has matado al Papa, que no me voy a asustar.

—¿Entiendes que quisiera darme este paseo contigo?

No había nadie en todo el parque que viera nuestro abrazo.

•

En el *pub* decidimos que la mañana siguiente la pasaríamos en Amberes.

—Mañana tengo el día libre —celebró Guillaume.

Hacía tiempo que no pasaba una noche tan divertida, al calor de las cosquillas de mi hermana, tras el paseo sanador con Guillaume.

Entre risas, cuando apenas quedábamos cuatro gatos en el local, me hablaron de su vida sexual, con los pocos pudores de Elena enterrados bajo varias copas de Ballantines. Que yo haya llevado una vida tan al límite se ha convertido, con el tiempo, en una puerta de entrada para que todo el mundo me hable de sus mayores perversiones, al dar por supuesto que no me voy a asustar por nada.

Pero me asusto.

Me nombraron un par de bares donde quedaban para hacer intercambio de parejas, de las veces que hicieron un trío, de lo mucho que les gustaba el porno activo.

—¿Activo?

—Tú sabes —terció Guillaume—. Tratamos de seguirle el ritmo a los actores, así vamos probando nuevas posturas. Aunque vaya batacazos que nos hemos pegado a veces.

Elena me miró.

—¿Estás incómodo?

Negué con la cabeza, pero en la negación comprobaron que sí lo estaba.

•

Amberes estaba radiante esa mañana. Al ver a lo lejos la torre de la catedral, recordé el viaje de iniciación por Europa con mis amiguetes de Marbella, todos unos descastados, con los que desfogamos en cada ciudad que atravesábamos sin hacer apenas caso a monumentos ni paisajes. Todo era fumar en garitos perdidos en los barrios más alternativos que encontrábamos en las guías Espartacus.

A pesar de que me lo pasé bien, sé que no fue así.

El desarraigo que yo traía de serie se acrecentaba en esos países fríos por los que deambulé acompañado de chavales que no eran sino desconocidos con los que me unía el instinto de supervivencia. Tipos a los que me costaba ver a la luz del sol. Desarraigo, también, porque jugaba a no mostrar el menor interés en cada piedra de cada plaza, cuando lo que me hubiera gustado era mandarlos a freír espárragos y pasearme las calles hasta encontrar los lugares donde nacieron mis escritores favoritos. Mi vizconde negro ocultaba de nuevo al blanco, de quien me avergonzaba. Siempre la doble vida, siempre ser el que no era. Recuerdo que paramos el coche en un descampado para mirar un mapa y que entonces vi a lo lejos la inmensa torre de la catedral de Amberes. Quise salir del armario en el que estaba metido con tanto gay. Decirles que a mí lo que me apetecía era dejar que siguieran su ruta y yo me iría andando hacia allá, camino de esa ciudad. Pero no lo hice. Seguimos hacia Ámsterdam y esa torre quedó allí.

—Preciosa, ¿verdad? —me comentó Elena, al verme apoyando la frente en la ventana.

—Es la segunda vez que la veo.

—¿No dijiste que no conocías Amberes?

Guillaume dormía frente a nosotros.

—No la conozco. Apenas vi la torre de la catedral de lejos.

•

Durante la comida, Elena le narró a Guillaume mi historia con Yoisho, hasta llegar al sobre bajo la puerta.

Lo que contaba se lo inventaba, al entrelazar un par de imágenes en su cabeza con las historias que alguna vez le conté. Lo construía de forma graciosa para quitar dramatismo y por liberar culpabilidad. Sabía que ese beso supuso el fogonazo que me desconectó de un futuro tranquilo. Al ser consciente de que ella no supo ver nada de mí por esa época, al narrar mi beso a Yoisho, metía en la coctelera todo lo que no hizo por su hermano, de forma que salía una historia desbaratada en la que ella hablaba de tardes del japonés en casa, sin acordarse de nada, de fines de semana tristes, en los que yo me encerraba en mi cuarto, que nunca vio.

—¿Por qué le envía ahora ese regalo, Guillaume? —Le preguntó.

—Que te responda tu hermano —dijo él.

—Querrá devolverme el beso —sonreí.

•

Salió el tema de mis padres en el tren de vuelta, mientras ordenaba en mi móvil las fotos de la casa de Rubens antes de publicarlas en Instagram.

—¿Has ido a ver a papá?

Le dije que no.

—Ya ha perdido la poca cabeza que le quedaba —me confirmó, sin ánimo de reproche por mi falta de voluntad por verle—. Tenemos la suerte de que allí está la madre de Chari y ella hace por saludarlo cada vez que se pasa por la residencia.

Buscaba alguna muestra de interés en mí que no vendría.

—No sé qué sentido tiene mantenerlo así, vegetal. Una persona que ni siente ni padece.

Quizá quería provocar en mí alguna palabra de desprecio que tampoco vendría.

Solo fui una vez a verlo. Nunca se lo dije. Por entonces, un par de meses atrás, aún me reconocía. A mi madre la habíamos enterrado hacía poco. Fui sin saber por qué. No lo hice por él, ni por mi hermana. Puede que incluso no lo hiciera ni por mí. A lo mejor era el vizconde negro el que me llevaba allí para reírme en su cara de su destino de hombre malo.

En cuanto me llevaron a su habitación, me acogió con cierta ilusión en los ojos.

—*Pablito…*

Pero ya en el salón, en cuanto comencé a darle de comer, empezó a transformarme de Pablito en Pablo, sus cuatro neuronas conectaron con los tiempos más recientes y manoteó el rechazo a la cuchara con un gesto adusto. No insistí. Él giró sin fuerzas su silla para no verme, yo me serví un poco de agua para humedecer mi boca seca, presto a que ocurriera lo que temía que podía ocurrir.

—*Maricón* —susurró…

Yo me fui.

•

Ya en la casa de Bruselas, me disculpé por querer echar un rato a solas.

—¿Os importa si me doy un paseo?

La noche no estaba tan desapacible como el día, así que me lancé a caminar con idea de llegar al centro. Apetecía fotografiar la Grande Place de noche. El medio cuerpo del vizconde negro me pedía investigar las saunas de la capital, el blanco insistía en tirar de mí hacia la plaza.

Sabía que tenía el teléfono plagado de mensajes, tanto como que mi voluntad era férrea en no abrirlos. Ya, en el avión, había desactivado todas las notificaciones y mis fotos de la casa de Rubens en Instagram eran mi forma de decirle a quienes me querían que me había venido a territorio amigo, al calorcito de los cuidados de mi hermana.

Hice propósito de pasar el día siguiente junto a Elena en silencio respecto a mí, no porque tuviera problemas en hablarle de mi mundo, sino por querer saber del suyo. Los que hemos tenido vidas complicadas tendemos a minusvalorar las rutinas de la gente a la que llaman normal. Mi hermana entraba de lleno en esa calificación. Elena era una persona normal. Con mayúsculas. Sus ambiciones, salvo la de ser madre, eran las de una mujer estándar.

Respecto a la maternidad, yo sostenía una teoría que ella rechazaba. Cuando naces de unos padres chungos, no quieres ni oír hablar de tener hijos. Tuvimos la mala suerte de tener unos padres chungos. Mucho. A ella no le hicieron la vida difícil porque era una mujer, insisto,

normal. No había por dónde hacerle cosquillas y ella supo alejarse a tiempo para que no se las encontraran. Sin depender de la inmensa cuenta corriente que amasaron a base de trabajar como si no hubiera un mañana.

Mi padre nunca llevó bien estar uno o dos escalones por debajo de mi madre, notaria. Él, procurador de pleitos menores, batalló toda su vida por demostrar que era tan válido como ella. Mi madre, acomplejada, le dejaba jugar a serlo. Así les fue.

Así nos fue.

•

El viento, frío, me abofeteó a rachas todo el camino hasta llegar, ya de vuelta, a casa. Siempre me dio la vida perderme por calles desconocidas.

Había luz en el salón, donde a Elena, dormida, se le reflejaba un canal de noticias en la cara. La desperté al apagar la tele, lo que me produjo un cosquilleo imprevisto, un *déjà vu* predecible que no podría recordar, ya que hacía una vida que yo no veía a mi hermana despertarse al apagar una televisión. A mí me gustaba quedarme hasta bien tarde viendo películas de miedo mientras Elena, dormida en los primeros minutos, me acompañaba. Me gustaba taparla con la mesa camilla, bajar el volumen cuando había tiroteos, acariciarle los pies para aguantar el sueño. No hacía falta menearla para que se espabilase, bastaba con apagar la tele.

—¿Qué tal, enano? —Hacía siglos que no me llamaba así—. ¿Viste la Grande Place?

Insistió en acompañarme a la habitación, en dejarme un edredón de más, en explicarme cómo subir el estor y los trucos para no quemarme con el agua de la ducha.

—¿Me dejas que me eche un rato a tu lado?

—Claro. —Abrí mi maleta, emocionado hasta las trancas. Me desnudé a sabiendas de que me miraba, y una melancolía infinita me invadió. Éramos los dos niños de entonces jugando a ser adultos. Me metí en la cama, apagué la luz de la mesilla y la miré—. Se te ven los dientes.

—Me los blanqueé —confesó—. Debo parecer una ratita.

Me observaba como se observa la propia vida.

—Flipaste con lo del intercambio de parejas —susurró.

La casa estaba tan silenciosa que parecía oírse el resoplido de Guillaume al dormir, varias habitaciones más allá.

—Hubo un día en el que me di cuenta de que ya no me atraía, ¿sabes? —Yo tragué saliva —. Habíamos dejado de meternos mano, sin querer. Él llegaba tarde de las guardias, yo me quedaba dormida en el salón… Fue Guillaume quien me lo propuso. —Me pareció precioso que mi hermana se abriera así conmigo—. Yo le dije que sí, porque sabía que tenía que decir que sí. La única condición que le puse es que debíamos follar en la misma habitación. Yo quería verlo. —Se tapó hasta arriba con el edredón, como si de repente le entrara la vergüenza—. Encontramos gente guapísima. Unos tiarracos tremebundos. Yo me los tiraba viéndole el culo a Guillaume menearse encima de otra, su espalda, la boca comiéndose otra boca y me ponía caliente como una perra…

Se calló. No sabía hasta qué punto me estaba poniendo a prueba. Cómo de lejos quería llegar para demostrarme que podría hablar de cualquier cosa con ella. Desconocía hasta qué punto yo era importante en esa confesión.

—Yo te quiero mucho, Pablo. No imaginas cuánto te quiero. —Sacó la mano del edredón para acariciarme el pelo—. Cuando la vida se me hace cuesta arriba, pienso en ti y me digo, ¿qué haría mi hermanito en esta situación?

—Elena…

—Se me cae el alma pensando en lo que has sufrido y no haber sabido estar ahí, con ese niño que me acariciaba los pies mientras veía sus películas de miedo.

•

La mañana siguiente fue un regalo solo para mí.

Elena me dejó una nota para explicarme que estarían todo el día fuera. Dejé el móvil sobre la cama y me recorrí el barrio en busca de un buen café. La libertad siempre fue para mí estar fuera de la verja de la rutina, por lo que todo paisaje inexplorado era el paraíso al que me quería escapar. Cuanto más desconocida la gente, mejor, cuanto más despistado, yo, más en mi salsa.

El cuerpo me pedía móvil, lo que agrandaba mi victoria de haberlo sabido dejar en la casa. Me tenía a mí y a Bruselas, sin más, así que me extasié con el café, abandonado a la maravilla que suponía ver la gente pasar. Abstraerme de mí para acompañar al resto como *voyeur* insano. No estaba lejos el día en el que esa acera estaría plagada de personas atareadas de ojos rasgados corriendo de un lado a otro. Sí. No tenía dudas de que cogería ese avión. Solo de pensar en atravesar la puerta del aeropuerto y encontrar al otro lado a Yoisho me suponía un aliciente que no recordaba desde años atrás.

¿Sería capaz de quedarme a vivir allí?

No había nada que me lo impidiera. En los tiempos que corren es plausible el mantener amistades serenas con personas a miles de kilómetros de distancia, por mucho que echase de menos en ese futuro inventado las cervezas en la cocina de Lara.

¿A qué me dedicaría allí?

No sabía hacer nada que no necesitase del lenguaje, por lo que no se me ocurría otra cosa que algún oficio de hostelería en el que mi dominio de tres idiomas pesara en oro.

¿Me veía agarrado a unos horarios en un país sin amigos?

Me costaba trabajo imaginarlo, es más, me aterrorizaba hacerlo, porque si analizase lo que supondría envejecer en un país desconocido, no tomaría ni tan siquiera el avión.

Pagué el café y decidí pasear el tiempo que hiciera falta hasta llegar al Atomium y volver. No hay mayor felicidad que el vagabundeo.

•

Di una pasada rápida a los mensajes del móvil por asegurarme de tener alguno de Reyes, que no apareció.

—Cabezona —me dije.

Jugando con el cajón de las verduras y algo de fiambre, me preparé una pasta de levantar el espíritu, que me comí viendo noticias en un canal americano con un vaso enorme de Coca-Cola con mucho hielo.

La felicidad era eso.

Tenía que llamar a Vicen para que se pasara por casa. Mi preocupación estaba bastante atenuada acerca de lo que podrían querer hacerme, pero era un hecho que había alguien que pretendía pisotearme y mi guarida era el objetivo perfecto.

—Sí, estoy con mi hermana.

Le expliqué sin explicarle que necesitaba escapar, a una persona como Vicen incapaz de

juzgar a nadie.

—¿Sigues teniendo la llave de casa que te dejé?

Me eché una siesta en el sofá con el soniquete del noticiero en la cabeza, hasta que se hizo de noche y Elena me despertó.

•

Guillaume llegó mientras mi hermana se duchaba.

—No soporto el frío de esta ciudad. —Se quitó los guantes y me abrazó.

Me gustaban los apretones sentidos de mi cuñado, su falta de rubor para darme besos en el cuello, su facilidad para mirarme a los ojos. No hay cualidad que me guste más de un hombre heterosexual que el que no se esfuerce en parecerlo.

Me pidió si podía servirle una cerveza, y así darme autoridad para moverme por la casa como si fuera mía.

—Hoy estoy eufórico —me dijo.

Acababa de ganar una lucha de meses para que le dieran las llaves de un pequeño estudio a una señora libanesa que llevaba todo el invierno durmiendo en una tienda de campaña junto al canal de Bruselas.

—¿Sabes por qué me siento especialmente feliz con esta mujer? —Negué con la cabeza, al tiempo que le abría el botellín—. Porque en ningún momento ha dejado de confiar en mí. Yo le prometí que iba a hacer lo que estuviera en mi mano y ella me creyó. —Nos sentamos en el salón, mientras Elena andaba de un lado a otro de la casa—. Esta mujer no sabe que el más agradecido de toda esta historia soy yo, porque ahora vengo aquí y sé que me merezco tomarme una cerveza con mi cuñado. ¡Me la he ganado! —Se reía con los ojillos de un crío—. Esa mujer le da valor a mi trabajo, ¿entiendes?

—¿Cómo se llama ella? —No sé por qué se lo pregunté, pero quería saber todo de esa mujer.

—Se llama Amina. —Guillaume se incorporó—. Se crio en una familia bien de Tiro, una ciudad al sur, pegada ya a Israel. —Afirmé con la cabeza—. Tuvo la mala suerte de nacer en una familia donde la mujer no elige con quién se casa. —No quise interrumpirle—. Una vida de malos tratos, ya te puedes imaginar. La primera vez que la vi le hicimos un examen médico, y estaba destrozada por dentro.

—Estaría aterrorizada. —Recordé mi terror al salir repudiado de casa con una mochila como todo equipaje.

—Ese fue el día en el que le hice la promesa, y a eso se agarró ella.

Elena se nos unió en el sofá, al tanto de lo que hablábamos.

—Hoy podré dormir a pierna suelta sabiendo que ella está en un lugar seguro —celebró Guillaume.

—¿Tenía hijos? —insistí.

—No —contestó mi hermana—. Su marido no era solo un maltratador y tenía veinte años más que ella, sino un homosexual reprimido. Solo le puso la mano encima para machacarla.

Di un sorbo largo a la cerveza para bajar el calor que me subía desde las tripas. Elena me dio un beso en la frente.

—Te traigo otra cerveza, Pablete.

•

—¿Sigues yendo por las noches a tomarte el aperitivo con la del hotel? —me preguntó mi hermana.

—Siempre que puedo. —No quería reconocer que ya no iba con tanta frecuencia—. Lara me insiste a diario, ¡incluso tengo llaves de su casa! —Se me vino a la mente la historia de Amina—. Por si algún día llego antes que ella y no están allí.

—¿Quiénes? —preguntó Guillaume.

—Abel y Andrius. Su hijo y su pareja.

—Andrius es el esloveno, ¿no?

—Lituano. Me recuerda mucho a ti, o tú a él.

—¿Y eso?

—Sois dos tíos buenos. —Era el mejor resumen que podía hacer—. Estáis en el mundo, sois sensibles. Le dais su sitio a vuestras mujeres. Da gusto charlar con vosotros. Andrius es más callado que tú, transmite mucha paz. Tú eres una cotorra…

—¡Cabrón!

—Cuando se lanza, no hay quien lo pare —me apoyó Elena.

—Es arquitecto. —No quise hacer sangre con Guillaume—. Se conocieron en Londres, pero la cosa no funcionó porque Lara aún tenía idea de recuperar al padre de su hijo. —Me encantaba contar su historia, como si la hubiese vivido en primera persona—. Muchos años después, cuando ya se hizo con el hotelito en Sevilla, un día lo llamó. —Embelesados con mi charla, la chimenea estaba encendida y me costaba dejar de mirar la lumbre, como si allí leyera el guion de la vida de Lara—. El caso es que a Andrius esa llamada lo removió por dentro, se compinchó con Abel, el hijo de Lara, y se presentó en Sevilla. ¡Hasta hoy!

Elena aplaudió, con los mofletes colorados. Llevábamos varias cervezas encima.

—¿Quién es más guapo, el Andrius o yo?

—Andrius es impresionante.

Guillaume me tiró un cojín en la cara y derramé media cerveza.

—¿Más impresionante que yo, hijo de puta?

Se me tiró encima y Elena vino detrás. Fue una guerra de cosquillas.

•

Cuando ya Guillaume quedó dormido en el sofá, Elena me preguntó por Leo.

—¿Sigue su prima viviendo aquí?

—Sí —afirmé—. En realidad, es como su hermana. Yo me quedé con ganas de conocerla el tiempo en el que coincidimos aquí los dos.

—Haz por llamarla. —No se me había pasado por la cabeza—. Era pintora, ¿no? —Asentí, mientras calculaba cómo de interesante sería para Leo que yo me metiera en esos líos—. A mí me apetece encontrar gente nueva aquí en Bruselas, Pablo, así que, si quedas con ella, me voy contigo.

Decidí llamar a Leo al día siguiente.

—¿Cómo está él?

Le hice un resumen pausado de su cambio de trabajo, de los kilos que había cogido y de lo mucho que lo quería.

—Tú eres mucho de querer.

—Ja, ja, ja.

—Me encanta tu risa, enano. ¡No la pierdas nunca!

Despertó con infinita delicadeza a Guillaume, para llevarlo a la cama.

—¿Me pones un vasito caliente de leche con miel? —me pidió, tal vez por evitar que me fuese a dormir—. Tengo la garganta cogida.

Me tentó llamar a Leo para preguntarle si veía oportuno que llamase a su prima. Hacía dos horas que habíamos cenado, pero no era demasiado tarde para España. Me decidí por un mensaje al móvil y me fui a preparar la leche. Elena me buscó en la cocina.

—¿Qué te aconseja Leo con lo de Japón?

—Leo es más de escuchar que de opinar. —Mi hermana me sonreía, para darme pie a continuar—. Es un tipo que ve en mí a alguien muy valiente, ¿sabes?

—Lo eres.

—Sí. Lo soy. No te digo que no. Pero Leo lo magnifica, quizá porque llevo la vida que a él le hubiera gustado llevar.

—¿Qué vida es esa?

—Pues ya sabes, no te hagas la loca. Esta de no tener pareja estable, de haber vivido a salto de mata en distintas ciudades, la vida promiscua, drogadicta, inestable.

—¿Tú te ves así?

—¿Cómo me ves tú? —le pregunté.

—Te veo como te ve tu amigo Leo. Como un tipo valiente que sabe exprimir la vida, no como los que nos hemos acomodado desde hace años a no hacer nada que no esté organizado. ¡Mi mayor aventura es ir a la ópera! ¿No es triste eso?

Se terminó la leche y me dio un nuevo beso en la frente.

—Somos muchos los que te admiramos, hermanito.

•

Cuando me levanté, ya tenía en el buzón de voz un mensaje eufórico de Leo animándome a llamar esa misma mañana a su hermana. «Os vais a encantar», insistía.

Lo malo es que había otro de Vicen, del que me temí lo peor.

Han entrado en tu casa. Parece que no se han llevado nada, pero han puesto los cuadros del revés.

¿Los cuadros del revés?

Se me heló la columna al pensar en estar enfrentándome a una secta. Que un grupo de fanáticos hubiera puesto sus ojos en mí. ¿Y si todo fuera casualidad? ¿Y si el viaje a Japón no tenía nada que ver con las agresiones que estaba sufriendo? Traté de pensar en algo que hubiésemos publicado en la revista que actuase como ofensa, o algún club de lectura de la librería en que tratásemos algún tema comprometido. Algún cliente majara, algún lector retorcido.

Me di cuenta de mi nerviosismo al teclear en el móvil a la búsqueda del próximo vuelo directo a Sevilla. Valía un dineral, pero me acordé de los cincuenta mil euros de mi cuenta corriente. Así que me lancé.

No había nadie en la casa. Redacté una nota de amor, sí, de amor.

Y me fui.

•

Cuando llegué a la casa, la encontré precintada por la policía y me enfadé.

Que Vicen presentase una denuncia entraba dentro de lo lógico, lo que no me parecía de recibo es que no me lo hubiera consultado, a sabiendas de las dudas que había compartido con él acerca de mi forma de proceder en toda esta historia. Me salté el precinto y entré. No había nadie.

Vicen, por teléfono y con prisas, estaba en el trabajo, me explicó toda la secuencia. La policía fue rápida en llegar porque había una patrulla en las Setas. Tomaron nota de todo, él no dijo nada del episodio de la librería por respeto a mí, pero en cuanto cruzaron tres llamadas por *walkie*, comprobaron que la identidad del propietario coincidía con la del denunciante del incendio.

—Te van a asediar a preguntas —lamentó.

Dudé si llamar a Andrés, pero la decisión la tomé de inmediato más por él que por mí. Lo hubiera dejado en mal lugar en el caso de que hubiera comenzado alguna gestión, así que le conté todo por el teléfono. Me daba pereza quedar con él. En todo caso, insistió en pasar por casa en cuanto se levantara el precinto.

—¿Qué tengo que hacer para que lo quiten?

—De eso me ocupo yo.

La seguridad en su respuesta me excitó y ahí confirmé lo que siempre había pensado de él, me echaban para atrás sus miedos, no como policía, sino como gay. Asumía, a estas alturas, mi absoluta incapacidad de enamorarme de quien no asumiera su realidad.

Hice caso omiso del precinto, cerré la puerta de la calle y me tiré en el salón. Tenía que explicarle la situación a mi hermana.

•

—¿Qué guiso tenéis hoy?

A Fidel se le cambió la cara.

—Pero, bueno, ¡a qué se debe el honor! —Se acercó a mi esquina de la barra—. ¿Por fin le vas a poner los cuernos a los de La Quinta conmigo?

—Tú sabes, Fidel, parezco muy moderno, pero soy un animal de costumbres.

—Tenemos unos garbanzos con rabo de toro con un puntito picante que te van a entusiasmar.

Me senté con la espalda en la pared del fondo. No me fiaba ni de mi sombra. Si alguien supo que yo estaba en Bruselas para entrar en la casa, era probable que también alguien estuviera viendo cómo iba a disfrutar de los garbanzos con rabo de toro. No me privé de un buen vino ni comí con prisas. Era tarde e hice tiempo para echar un rato con Fidel en cuanto el local se vaciase. Sabía, con certeza, que disfrutaba con mi conversación. No me valen los complejos de quienes se piensan que molestan en todos lados.

Fue suficiente un guiño de ojos para que él viniera con dos cafés y un trozo de tarta.

—Dime qué te parece, es de queso azul y no sabemos si está demasiado fuerte para ponerla en la carta. —Se sentó—. ¿Me puedo tomar el café contigo?

—Lo estaba deseando, chaval.

El silencio duró lo que los dos tardamos en echarle sacarina al café.

—¿En qué marrón estás metido? —me preguntó, con sus ojos fijos en los míos y una sonrisa.

•

La historia de la muerte de su amigo me sobrecogió.

Fue suficiente darnos la oportunidad de hablarnos claro para darnos cuenta de que teníamos un dramón muy similar a nuestras espaldas. No era su novio, pero sí su gran amistad. Su muerte no se catalogó como suicidio, pero sí pretendieron sus matones que lo pareciera.

—El día que murió Roberto, me volví mejor persona —me confesó—. Yo era un camarero de barrio sin más pretensiones que echarme novia y mantener el empleo para comprarme un pequeño estudio por San Diego, pero toda mi lucha por aclarar la muerte de mi amigo me hizo comprender la grandeza del mundo. Así, en plan explosivo —gesticulaba con sus manos la explosión—. Todo lo malo y lo bueno que hay en el ser humano. ¿Sabes qué? —Negué con la cabeza—. Desde entonces, vivo por mí y por él.

—Qué bonito, tío. —Yo arrastraba esos «tíos» como defensa desde la adolescencia, para parecer menos gay.

—Las veces en las que me vengo abajo, pienso en él, que me diría: Fidel, cojones, ponte las pilas, no ves lo afortunado que eres, no ves lo que la gente te necesita, ojalá yo pudiera estar vivo para… —Se le humedecían los ojos.

—Mi problema es que yo a Víctor lo odio. No quiero vivir por él.

Los cocineros echaron la reja, escandalosa, y allí nos quedamos Fidel y yo, escuchando él de mi boca mis años en París junto al hombre que yo creí, durante largo tiempo, que más me amó. Hablarle de él era una forma de hablarle de mí, de mi recorrido hasta esa barra de bar donde un día Víctor me encontró. Esa barra de bar parisina llevaba a otras menos glamurosas, a pisos lúgubres y momentos violentos en los que tuve que avanzar a tropezones por seguir vivo.

—Ejercí de chapero sin querer admitirlo, me acosté con tipos repugnantes para pagar una habitación sin ventana, me rebajé lo más grande por no volver a mi casa de Huelva a pedir ayuda.

Cuando me callaba, solo se oía el ruido de las neveras.

—Ahora alguien viene a por mí y se me aparecen un montón de imágenes borrosas de gente a la que he podido hacer daño.

—¿Qué daño vas a hacer tú, Pablo?

No quise desvelarle mi teoría.

•

Acompañé dando un paseo a Fidel hasta su casa. Con la humildad sana de un tipo orgulloso por lo conseguido, me invitó a subir a un dúplex en la calle Matahacas reformado con un gusto exquisito.

—A Mariola le flipa mezclar estilos.

Me propuso una copa, pero lo vi cansado, así que lo dejé, con un abrazo.

—Ya sabes dónde tienes tu casa —insistió—. Cualquier cosa que se te pase por la cabeza, ya sabes.

Incluso consciente de la sexualidad de Fidel, esa frase de ofrecimiento se me coló como un regalo ambiguo en el que no sabía distinguir las fronteras. Sabía que hablaba de lo mucho que llegó a conocer del mercadeo de droga en los puntos calientes de la ciudad, pero los homosexuales hemos crecido con tan pocos referentes que podemos pasar de ver señales que nos llevan a creer que todo el mundo es de nuestra condición tan pronto como a sentirnos solos en el

mundo.

En todo caso, fue reconfortante la tarde con Fidel. Por lo que implicaba de cambio de escenario, esa cafetería con las rejas echadas podría formar parte de un viaje a las entrañas de Nueva York, y por lo que suponía de abrir esa brecha que los dos reconocíamos desde muchos años de desayunos atrás. Gestos, palabras cogidas en el aire, reacciones, sonrisas que nos delataban como pasajeros del tren de los descarriados.

Yo viajaba en todos. Tan pronto me montaba en el vagón de los drogadictos como en el de los hijos repudiados, de donde pasaba al de los gais atormentados y de ahí al de los amantes traicionados. Ahora tocaba manejarse entre los asientos de los que eran agredidos sin razón. Llevaba toda la vida buscando la estación de donde partían los trenes de la gente normal.

Quizá un lugar inexistente.

•

Estaba a tiempo de comprar algo de chacinas para las cervezas en casa de Lara.

Mi defensa ante lo desconocido era no pensar, y la mejor manera de no hacerlo era mantener una vida social agitada. Estar solo me asustaba, no tanto por quién pudiera aporrear la puerta, que también, sino por tener que enfrentarme a mis propias preguntas. Prefería que fuesen otros, la gente que me quería, quienes me plantearan esas cuestiones y así, entre todos, consensuar respuestas lógicas que en mi cabeza no conseguía organizar.

—¡Hijo mío! Tan pronto estás en Bruselas como en mi casa. —Como era de esperar, Lara me recibió besucona—. Hoy tenemos visita, así que desempolva tu inglés.

Un amigo de la infancia de Andrius andaba de turismo por Sevilla y le habían preparado un aperitivo de recibimiento. Espigado como él, venía con su pareja, una mujer con genética latina que aparentaba diez años más. Tras los saludos correspondientes, tomé una cerveza del frigo, corté el salchichón ibérico y me senté a escuchar. Por lo que podía seguir, ese hombre representaba el anverso de Andrius. El amigo que nunca abandonó el país, ni la familia, ni las tradiciones. En ellos veían, el uno y el otro, cómo hubiesen sido de haber tomado el camino contrario.

Si yo echaba la vista atrás, no sé de quién tiraría para realizar el mismo ejercicio, porque no conservé a ninguno de mis amigos de la adolescencia onubense, y eso decía poco de mí. Decía poco, al menos, del niño que yo era entonces, o de las circunstancias que llevaron a ese chaval a soltar amarras con todo lo que sonara a ese período de mi vida en el que fui profundamente infeliz.

Andrius, exultante con la visita de su colega, gesticulaba como nunca antes lo había visto hacer. Lara, tan sorprendida como yo, basculaba su mirada entre su novio y mis ojos, que le decían sin palabras que me apetecía estar allí con ellos. Los dos sabíamos que éramos familia, ella y yo, del mismo modo que éramos conscientes de lo importante que nos resultaba sentirnos cómodos en esa relación construida a partir de confidencias bien escuchadas.

—¿Estás bien? —Se me acercó.

—Sí, Lara. —Le hice gestos para que me pasara otra cerveza—. Estoy feliz.

•

Llegué reventado a casa, sin haber hablado de nada relevante con Lara. No tocaba.

El tiempo ha moldeado mi carácter tan en positivo que todo lo que sucede es siempre lo

mejor que podía haber ocurrido, de modo que la no charla con Lara era lo que correspondía. Había estado en su casa tan a gusto como si hubiera sido la de mi hermana, y esa sensación de protección era mejor medicina que cualquier conversación.

Cerré con llave por dentro y revisé los seguros de cada ventana. Me reconfortaba, mucho, sentirme querido.

A pesar de los vaivenes, de mis derrapes y las agresiones externas, en mi interior flotaba desde hacía mucho una corriente plácida de bienestar personal que tenía que ver con mi coherencia respecto a mí y los demás. Soy un convencido de que mantener una red fuerte de apoyo emocional es clave para triunfar, entendiendo ese éxito como el de vivir sin comecomes que te arrastren a ser una persona cambiante en función de circunstancias y compañeros de viaje.

Yo me sentía coherente.

No pude preguntarle a Lara acerca de Reyes, pero no me preocupaba en exceso. En lo más íntimo sabía que el enfado de ella no era sino amor por mí. Entendía su cabreo, tampoco me sentía orgulloso de mi flirteo intermitente con las drogas, comprendía que me maldijese, y empatizaba con ella, con su dolor por ese hermano muerto. Yo podría explicarle que mis mamoneos con la cocaína tenían que ver con la diversión y no con la mala vida de su barrio, pero no me lo creería ni yo.

Si yo me metí una raya un día, y luego dos, fue por querer atravesar un charco. Que fuese la Porrona la que me la pusiera por delante no la culpabiliza a ella, por mucho que yo fuera por entonces un imberbe. El que me metiera esa mierda por la nariz tenía que ver conmigo, con romper con todo, con entrar en un reino en el que entendí que ese era el precio a pagar. Quién iba a confiar en mí si yo lanzaba sermones con mi negativa a dejarme engatusar.

Lo grave es que me gustó. Mucho. La cocaína no existiría si no fuese por el placer que te proporciona. Nadie se hace daño adrede. Cada vez que me invitaban, no tardaba ni media hora en hablar de mí, en mostrar mi amor, en decir que sí. A todo. Mi indefensión desaparecía al tiempo que mi confianza en los otros explotaba. Luego venía el bajón, en mi habitación de mala muerte, el arrepentimiento, el asco. Sin embargo, llegaba la noche, quería gustar, necesitaba dinero, anhelaba unas risas y volvía a aceptar.

Hasta que un día, no mucho tiempo después, era yo el que buscaba a los camellos de Puerto Banús para conseguir medio gramo, con ansiedad.

•

La mañana siguiente fue de dejarse ir.

La policía tenía que aparecer, Andrés también.

Tenía muchos mensajes sin responder que irían explotando en llamadas cuanto más tiempo los tuviera en el congelador. A la única persona a la que haría caso sería a Reyes, pero me temía que estaba más enfadada de lo previsto.

Me preparé un café, tomé el portátil y me introduje en la web de la revista. Ya había subido Bea la entrevista a los titiriteros. Las entradas habían bajado la última semana, la agenda semanal no estaba actualizada y había un mensaje de la Taberna de Mato dándose de baja de la publicidad. No quise alterarme. Yo mismo había tenido abandonada las actualizaciones de mis secciones, a pesar de que mis reportajes eran atemporales.

Busqué un papel donde anotar nuevas ideas para aprovechar la mañana y recordé el sobre del regalo japonés, lo que desequilibró mi día desde el mismo momento en el que lo recordé. Llamé a Lara, que se comprometió a buscarlo en su despacho en cuanto llegara al hotel. Miré mi

cuenta corriente y ahí seguía la pasta gansa, apenas disminuida en quinientos euros por los vuelos de Bruselas.

Volví a buscar el sobre amenazante con mi foto desnudo frotándome contra la ventana.

Lara llamó entonces. Sí, tenía los billetes de Japón en su despacho.

—¿Puedes comprobar si hay un símbolo de una rueda en la parte inferior izquierda del sobre de la parte delantera?

—Sí, Pablo. ¿Y eso?

—He recibido otro sobre igual, ya te contaré.

•

Que el vecino de enfrente tuviera relación directa con el regalo del viaje a Japón me parecía maravilloso. Terrorífico también.

Era, además, tan evidente la relación que sabría que más pronto que tarde llegaría a descubrir qué estaba ocurriendo aquí. Imaginaba que esa foto ya estaría en Japón, lo que me producía algo más allá del pudor. Saberme en manos de Yoisho así, guarro y provocador, suponía un salto cualitativo. Si era realmente él quien estaba organizando este festival de las perversiones, me tenía a sus pies. El adolescente por el que yo sufrí mal de amores, sin haber siquiera conocido el sexo, se había convertido en un provocador que buscaba lo peor, o lo mejor, de mí.

Que me buscaba.

No sabía cómo poner en pie toda esa patraña ni adivinaba qué esperaba él de mí. Como Pulgarcito, iba dejando señales cada vez más evidentes para que yo las siguiera. Yo, aturullado, quería seguirlas sin saber.

Tenía todo el día por delante, así que me propuse, a cualquier precio, entrar en el apartamento desde el que se me hizo la foto. Asegurarme de tocar el cristal de la ventana por su interior, arañar las láminas de madera de su estor, situar la lámpara que se hacía intermitente cuando quería más carne de mí.

Duchado, perfumado y con mi camiseta preferida, la que no me hacía barriga, me planté en el portal de enfrente. Llamé a todos los telefonillos para evitarme conflictos. En cuanto alguien preguntó, respondí:

—¡Cartero!

El patio interior era enorme, con estética de corral de vecinos. No me fue difícil encontrar un par de posibles puertas donde estaría la guarida del *voyeur*. O de la mirona. Llamé a la primera. No abrió nadie. Insistí. Nada. Me fui a la siguiente, y allí tuve suerte nada más hacer sonar el timbre. Una chica de rasgos ecuatorianos me abrió.

—¿Señor?

—Hola. —No sabía qué decir, no había previsto ese escenario—. Soy el vecino de arriba y tengo un problema en el baño. ¿No están teniendo humedad?

—No entiendo. —No hacía por dejarme pasar.

—¿No les cae agua del techo en el baño?

—No, señor. Ahorita justo acabo de limpiarlo.

—No es posible. ¿Me deja comprobarlo?

La mujer se apartó y yo me encaminé decidido en una casa a oscuras. Dejé la cocina a la izquierda, pasé el salón a mi derecha y me giré.

—Al fondo del pasillo —me indicó.

Pude ver a un anciano tapado con una manta en el salón. Mis teorías se iban al traste. El resto de puertas estaban cerradas. Abrí la primera que encontré a la derecha, donde calculaba que debía estar mi calle.

—¡Ahí no, señor!

Sí. Era allí. Era la ventana del estor de madera. No había duda.

—El baño está allí. —me indicó, asustada.

—¿Quién vive aquí?

—¡¡¡Aaah!!! —gritó, como una posesa.

—¿Quién anda ahí? —Escuché al anciano al otro lado de la pared.

—Cálmese, soy el vecino de arriba. —La tomé por los brazos y ella se me escabulló—. ¿Quién duerme en esta habitación?

El viejo apareció.

—¿Quién es usted?

—Soy el vecino de enfrente. —No quise mentir más, a ese señor, al verlo de cara, lo reconocí de cruzármelo por la calle—. Esas son mis ventanas —indiqué.

—¿Qué quiere? —La ecuatoriana se refugiaba tras él.

—Alguien está tomándome fotografías desde esta ventana. —Ellos se miraron entre sí—. Mientras estoy desnudo. —Era surrealista la situación—. Y me amenaza con publicarlas.

•

Cuando nos calmamos, gracias a que yo no me moví de mi sitio y esbocé mi mejor sonrisa, el anciano me explicó que esa habitación la alquilaban por horas.

—Un día completo, como mucho —aclaró, incómodo.

Yo le insistí en que había alguien que la alquilaba muy a menudo, aunque me resultaba complicado argumentar mis convicciones sin el riesgo de presentarme como un mirón al que le obsesiona el vecino de enfrente. Él dijo que eran personas que no podían permitirse pagar una habitación de hotel.

—Es un suplemento para mi pensión —afirmó, conciliador.

—¿Tiene los papeles en regla? —Amenacé.

La chica no se despegaba de la pared, atenta a la tensión del viejo.

—Con lo que saco de aquí, pago a mi mujer para que tenga algo con lo que comprar lo básico.

—¿Su mujer?

Él miró hacia atrás para tranquilizarla.

—Mi mujer. —Demostró un cierto aire de inseguridad—. Y, ahora, ¿puede dejarnos tranquilos? —Intuí que no quería admitir que era su empleada de hogar, por si le amenazaba también con el pago de los seguros.

—¿Entienden que hay alguien que me está chantajeando con fotos realizadas desde esta habitación? —Olvidé traer las fotos para hacer mi relato más creíble—. ¿Me entienden?

La mujer asintió, él se mostró impasible. Yo no tuve más remedio que marcharme con el rabo entre las piernas.

•

Al salir a la calle, me encontré a Virginia sentada en mi portal, como en los mejores tiempos

entre ella y yo, cuando París era un dulce que se nos acababa de escapar de las manos.

—¿De dónde sales tú? —preguntó, con una sonrisa y su tono desafiante de siempre.

—Mejor no te lo cuento, porque no te lo ibas a creer.

Nos dimos un beso largo de agarrarnos por los codos.

—Por fin el vampiro ha salido de su cueva. ¡Estás blanca!

—Me gusta estar blanca, ya lo sabes.

Era hora de cervezas. Así que, sin hablarnos, ella me siguió José Gestoso abajo. Queríamos exclusivamente cervezas, de modo que reorienté varias veces los pasos hasta llegar a un rincón sombrío no lejos de la Campana. A la vampiresa no debía darle mucha luz.

Se interesó por mi viaje a Bruselas, inquieta por los días que estuve sin dar señales de vida. Ella, que nunca me llamaba, lo hizo justo el día en el que desconecté el móvil camino de donde mi hermana.

—A ti, ¿quién te vende la farlopa? —No iba con rodeos.

—Yo no compro farlopa, querida. —Era cierto—. Las rayitas solo me las tomo cuando me las preparas tú, eso quedó en París.

—Y una mierda. —Quiso arreglarlo con una sonrisa—. ¿No conoces a Martín? —Ya intrigado, puse cara de que no—. Un tipo guapetón, de pelo muy negro, con un acné mal tratado. Así. —Se puso de perfil—. Con una nariz tipo la mía. De unos veinticinco tacos.

—Que no, Virginia.

Me inquietaba el derrotero de su narración, pero quería que fuese ella quien me llevase donde quisiera.

—Sé que es maricón, por eso te pregunto.

—Los maricones no follamos todos con todos, Virginia.

—Es tu tipo este chico, me recordaba al Víctor de cuando joven.

Me acerqué a por otra cerveza, el mediodía prometía. Virginia no daba puntada sin hilo, por lo que estaba seguro de que no se había presentado en mi casa de no tener algo grave que contarme.

—¿Sabes la foto esta de los tres en la barra de *Les Piétons*? —Asentí—. La que tengo justo sobre la chimenea.

—El tal Martín la vio y me reconoció —intuí.

—Qué largo eres… —Le guiñé un ojo—. Sí. Me dijo que te conocía, no que hubiese follado contigo. Que sabía que eras fiestero, que te gustaban las saunas, que un amante te regaló tu casa de Sevilla…

—Me das miedo.

—Quiso tirarme de la lengua y yo me dejé, porque el tipo me dio mal rollo y quería saber de qué iba. Así que le hablé mal de ti para darle pie.

—Hija de puta, ¿y qué le dijiste?

—Que estaba deseando quitar esa foto de ahí por no verte la cara.

—Muy bueno.

—Él suele traerme gramo y medio cada vez que lo llamo. Es un contacto nuevo, pero que viene recomendado por alguien de la época de nuestro querido Rogelio. Martín nunca falla. Lo llamo, viene, me da un poco de conversación, es muy educado el chaval, y se larga. Me dijo que… tuviera cuidado contigo.

—¿Ese capullo tiene tatuajes en el brazo?

—No lo sé. Siempre viene con el casco de la moto y una chamarra. ¿Quién es?

—Ni idea, Virginia. Pero me asusta. ¿Qué más te dijo de mí?

—Que algún día te iban a reventar la cara.

—¿Él?

—No. Habló en tercera persona del plural.

—¿Tienes su teléfono?

—No te lo voy a dar, como tú comprenderás. Sería meterte en la boca del lobo.

—Déjame al menos ver si lo tengo en mi lista de contactos.

—Trae tu móvil, que lo miro yo.

Dejé a Virginia, con sus largas uñas rojas, bien pintadas, síntoma de período tranquilo en lo emocional, que trasteara en mi teléfono.

—No, no está en tu agenda —me lo devolvió.

—¿Cuándo vas a volver a pedir gramo y medio?

—Ya mismo.

—Déjame estar ese día en tu casa.

—Ni de coña, Pablo. Te quiero demasiado.

•

Temeroso de que Virginia me enredara con sinfonía de ventanas cerradas en su casa, le di un beso y me fui.

Soy torpe cuando los datos me desbordan, imagino como cualquier ser humano con cierto equilibrio emocional, en esos casos el cuerpo me pide sueño para dejar a la mente organizar sus tareas, alejada de mí.

Sabía que en ese Martín estaban todas las respuestas, que era localizable, lo que hacía de bálsamo en esa tarde fresca de nubes grises. No era necesario forzar las cosas, todo iba a venir.

Ya cerca de casa, me llamó Elena, a la que respondí con la alegría de saberla ahí. No quise hacerla partícipe de nada que la preocupase, tanto así que le pedí que me hablase de Guillaume, de cómo iba esa mujer libanesa en su nuevo piso. Les rogué por que bajaran a Sevilla pronto. No le quise responder acerca del viaje a Japón.

—Ya se verá, Elena.

Entraba en la táctica del ya se verá, que no solía funcionar mal. Me duché para bajar las cervezas a los tobillos, al principio con agua fría, para beber a boca llena de la alcachofa. Cerré los ojos y pensé en el monasterio de Izumo Taisha, ir de la mano, cogido de él, entre caminos de arena y colinas verdes, tal como vi en los últimos días por YouTube.

Puse música de EBTG y me tiré en el sofá.

Ya medio adormilado, sonó la puerta con ruido de nudillos. Pensé en Virginia y sus misterios. Dudé si hacerme el muerto, pero la luz interior me delataba. Me acerqué a abrir.

El pecho se me desbordó.

—¡Yoisho!

YOISHO

YO ERA EL PEQUEÑO de tres hijos varones en una familia donde mi madre ejercía la paternidad, porque mi padre era un tipo encantador que no aparecía por casa.

Mis recuerdos más lejanos son de una señora enorme que se quedaba a cuidar de mí, cuando mis dos hermanos ya estaban en el colegio y mis padres pasaban el día fuera, los dos, como empleados de una compañía naviera japonesa.

Envidié de pequeño la complicidad entre mis hermanos, casi seguidos en el tiempo. Todos los juegos eran entre ellos, todas las peleas incluso. Yo no era nadie para ninguno de los dos.

Nací cinco años más tarde que mi hermano Haru, así que, cuando mi padre eligió irse expatriado a España, consiguió dejar bien colocados a los dos, en la universidad de Tokio, mientras arrastraban de mí hacia Huelva.

Yo me hice rápido al español. Al estar rodeado de niños, no tenía más remedio que ponerme las pilas. Un período feliz en el que al fin me sentía el centro de atención de mi familia, con mis dos enemigos fuera de juego. Mi madre, que se convirtió en ama de casa, sufrió mucho el primer año con el distanciamiento, pero mi padre rejuveneció. Dejó atrás los horarios imposibles de la central y se adaptó a las costumbres españolas, que ya conocía de un año pasado como estudiante en Madrid.

Tras un año complicado en lo lectivo, pese a la atención que prestaron los profesores a quien no era sino un regalo exótico para una ciudad provinciana, conseguí adaptarme con facilidad. Al haber ganado tanto en lo personal, con mis hermanos omnipresentes al otro lado del mundo, mi padre más relajado y mi madre esmerándose en mi educación, relacioné rápidamente, y para siempre, los dos países como el ying y el yang. Japón era la cárcel, España la liberación.

•

Ya la primera semana me hice inseparable de mi compañero de pupitre, Pablo. Un niño embobado con mis rasgos que no se apartaba de mí. Quería ayudarme en todo, presentarme a su familia, jugar a las canicas conmigo, charlar en el patio de casa los fines de semana.

Sus padres eran mucho más estrictos que los míos y, me atrevería a decir, no me miraban con buenos ojos. Pablo era tan inocente que me lo llegó a confesar:

—Mi madre me dice que me eche amigos distintos.

Por entonces no lo entendí sino como una muestra primaria de racismo, comprensible en una ciudad como Huelva, a la que todavía no había llegado la multitud de extranjeros que hoy puebla la provincia.

Yo, al menos, era un guiri rico. De familia bien. Igual que él. De hecho, convencí a mi padre, siempre tan dispuesto, para que invitaran un domingo a la familia de Pablo a comer platos

japoneses, convencido de que sería suficiente para que se les quitaran los prejuicios sobre mí.

Sin embargo, la comida fue un desastre. Cerrados en su mundo, ni se sentaron. No querían pescado crudo, ni sake, ni las algas deliciosas que mi madre se hacía traer desde Japón. La dificultad de mi madre con el castellano hizo el resto para que se fueran antes de empezar a comer.

A mí me causó una tremenda frustración, más por Pablo que por mis padres. Su entusiasmo por esa cita fue tan epopéyico como la depresión que le causó, con catorce años, sentirse tan avergonzado, lo que provocó que se uniera más a mí. No había tarde que no pasara por casa, para merendar, estudiar o jugar a la Nintendo.

En cada viaje a Japón, traíamos regalos para él e incluso le escuché decir a mi madre, la estoica, que Pablo había hecho milagros en mí. Agazapado en el pasillo, no entendí la frase hasta muchos años después.

Yo era un niño retraído. Haber nacido sin estar previsto, dejarme tanto tiempo con una vieja que me ignoraba, sentir el rechazo de mis hermanos, todo se entremezcló para construirme un mundo en el que solo podía entrar yo.

Hasta que apareció Pablo.

Él me trataba como nunca más nadie me trató en la vida. Excedía los límites de la amistad, incluso del amor. Tenía devoción por mí, me cuidaba, corregía mi español, me proponía excursiones, hacía por presentarme gente.

Cuando yo ya vivía en esa burbuja de felicidad, donde todo rodaba tan fácil, en esos tiempos en los que ya destacaba en clase y empezaba a salir los viernes por la noche, fue entonces cuando Pablo me dio un beso.

El beso más hermoso de mi vida, el instante más apoteósico que recuerdo.

Lo que ocurrió es que todo se turbó. Yo era un crío y me excité como un animal. De golpe, había descubierto algo inimaginable, prohibido, mágico, sentí cómo mi cuerpo se puso en ebullición. Pablo me tomó la mano y yo la rechacé. Lo rechacé. De la forma más cruel. Me asusté de una forma tan tremenda que tardé mucho en aceptar que ese beso acababa de dividir mi vida en dos.

Los dos años más que vivimos en Huelva fueron un período sombrío de descubrimiento angustioso de mi sexualidad, de huida de la realidad para construir un personaje que no era yo. Dos años eternos en los que solo pedía volver a Japón, con la estúpida idea en mente de que esa era la solución de todas mis inseguridades.

Una niña dulce, de sentimientos simples, acomplejada por su gordura, me acogió. Entendió mi dolor, consciente de que entre Pablo y yo hubo algo especial, e hizo la labor de cuidadora. Sabía que no obtendría nada de mí, pero el simple hecho de protegerme ya le daba a ella un lugar en el mundo. Yo era un chico apreciado del que ella se ocupó durante ese tiempo.

•

La vuelta a Japón fue la confirmación de que esa era una falsa ilusión. Me llevé mal con un país al que me gustaba viajar en verano, a Okayama, la ciudad de mis padres. Tokio era otra cosa, una prisión de la que quise salir en cuanto me di cuenta de su enormidad. Allí no era nadie. Mi primer año en la universidad fue un enorme choque cultural. Quise estudiar Filología Hispánica porque no quería perder mi castellano, pero al dominarlo tan bien, me aburría enormemente en clase. Yo hablaba mejor que mis profesores.

Por entonces, yo ya me subía por las paredes. Mis hormonas estaban dislocadas, buscaba

miradas por todos lados en los chicos que me gustaban, me hacía a escondidas con revistas pornográficas e iba descubriendo las cuatro calles de Tokio donde había jóvenes gais que se paseaban sin pudor. ¡Yo no quería ser como ellos! No quería andar como ellos, ni vestirme con colores femeninos. Eran mi primer argumento para convencerme de que estaba equivocado, de modo que volvía a las clases, a aceptar cervezas con los amigos, a admitir besos de niñas que me hacían hablar en español entre risas.

Mi primer sexo con un hombre fue un desastre. Tendría diez años más que yo, nos cruzamos en Ginza. Yo me detuve, me giré. Él se detuvo y se giró. Me llevó a un cuartucho por Shinjuku en un trayecto en metro que fue un festival de temblores para mí. Cada vez que se abría la puerta del tren, yo quería salir corriendo. Me preparó un té y se desnudó. A mí no podía tocarme porque moría de miedo y excitación. Me trató con calma hasta que dejó de hacerlo y me puso la polla en la boca. Agresivo, displicente, pervertido, me bajó los pantalones, me metió los dedos en el culo, me revoleó.

Yo entré en pánico.

Desde entonces, renegué del sexo durante años. Masturbarse era el mejor invento. Cuanto antes, siempre, para evitar pensar o hacer cosas que no debía. No me permitía admitir que necesitaba hablar con alguien que me sacara de aquel agujero. Con mis hermanos apenas me entendía, el mayor ya se había casado y Haru estaba siempre con su novia. Mi madre era una mujer estricta y a mi padre no quería decepcionarlo. Pensé en alguna compañera de facultad, pero todas malinterpretaban mis intenciones cuando yo buscaba su confianza. Así que construí un argumento para escapar de allí.

Quería estudiar Filosofía en Perú.

Estudiar Filosofía en Perú no era por la Filosofía ni por el Perú, era por no suicidarme como tantos otros jóvenes japoneses inadaptados. Yo estaba entrando en una espiral regresiva en la que todas las puertas se me iban cerrando y temía volverme loco. Podría haberle sugerido a mis padres estudiar cualquier cosa en el extranjero, pero eso no les habría convencido. De modo que preparé un discurso sólido. En Perú había una importante población de ascendencia japonesa, por lo que mi integración sería más sencilla, además de que no tendría la barrera del idioma. Investigando la universidad de Lima, comprobé que era reconocida por sus estudios de Filosofía, así que la estrategia estaba más que elaborada.

Para mi sorpresa, fue mi madre la que puso más pegas. Todo el cariño que no me había dado nunca se convirtió, de pronto, en necesidad de tenerme a su lado. Era el niño bueno que nunca se había separado de ella. Tanto insistió en su negativa que estuve no muy lejos de confesarle mi inmensa infelicidad.

•

En Lima pasé unos años maravillosos. A pesar de que mis rasgos no eran del todo exóticos, llegué en el período más hermoso de mi juventud. Llevaba tiempo musculándome en Tokio para atacar mis complejos, con los modelos porno de las revistas como aliciente. Así que, cuando me instalé en esa ciudad de tardes húmedas y me quedaba en camiseta en clase, me sentí, por primera vez en mi vida, un tipo atractivo, pura carne de deseo. Sí, me miraban sobre todo las chicas, pero supe filtrar lo que me convenía hasta camelarme a uno de los hombres más atractivos, e insanos, que jamás he conocido. Tan brutal fue nuestra historia que aún, a día de hoy, si nos buscamos, nos encontramos.

Arturo no me puso nunca las cosas fáciles, lo que me desarmaba y excitaba por igual.

Cuatro años menor que yo, tenía más tiros dados de los que yo tengo hoy con más del doble de edad. Guarro, golfo, drogadicto, apasionado, me llevó por donde quiso y me hizo mucho bien, porque yo necesitaba a alguien así para hacer añicos la coraza de mi infelicidad.

Si saqué el primer año de carrera fue por respeto a mis padres, pero no hice nada más que memorizar dos días antes de los exámenes todos los apuntes de clases a las que no había ido.

De familia bien de Arequipa, Arturo tenía un departamento chiquito junto a la Plaza de Armas, en el que viví y dejé de vivir conforme retomábamos y dejábamos nuestra relación. Celoso hasta la enfermedad, hacía conmigo lo que le venía en gana.

Yo, bien imbuido en las corrientes filosóficas griegas, me dejaba llevar. Cada vez más metido en la carrera, fui descubriendo una vocación que no conocía. Toda mi vida consistía en leer ensayos y follar con él, sin que Arturo se apercibiese de estar convirtiéndose para mí en un conejillo de Indias. Iba de hombrecito protector, chulo a ratos, mientras yo practicaba con él todas las ruletas del existir. Empecé a ver nuestra relación desde fuera de nosotros, cada vez más despegado de sus celos, menos afectado por sus numeritos, más incrédulo con sus promesas.

Mi ilusión era dar clases en el aula magna de esa facultad. Tenía que conseguirlo. Postergaba mis viajes a Japón, rechazaba fiestas de fines de semana, dejaba trabajos de camarero que me daban ingresos extra solo por leer a Schopenhauer.

Arturo, consciente de que me iba perdiendo, empezó a flaquear. Habló con su familia para que me dieran trabajo en unos almacenes de Arequipa. Quería sacarme de allí.

•

Cuanto más me alejaba de Arturo, más me obsesionaba por Pablo. ¿Qué sería de él? Fue entonces, al leer a autores contemporáneos, cuando aprecié lo mucho que ese niño había supuesto para mí.

En mi mente se fraguó entonces un plan ambicioso en el que el azar tendría que jugar a mi favor. Yo debía triunfar en la vida para enamorarlo. Todo tendría sentido si conseguía devolverle el beso, si me daba la oportunidad de cuidar de él como Pablo lo hizo de mí.

El tema del beso empezó a alimentar una teoría que no mucho tiempo después comenzó a darme un sitio entre las estanterías de las librerías especializadas, titulares en periódicos peruanos y un cierto reconocimiento en mi país natal. El filósofo coreano Byung-Chul Han se convirtió en mi sabio de cabecera. Viajé varias veces a Alemania, donde estaba instalado, solo por asistir a sus conferencias magistrales. Lo idealicé, hice por conocerlo, conseguí que leyera ensayos míos sin publicar, le pedí consejo, me integró en su vida.

Gracias a él, su editorial se prestó a lanzar *El regalo de las deudas*, una publicación que pasó sin pena ni gloria en Europa pero que se hizo superventas en Perú, un país donde la Filosofía era cosa de cuatro locos. Tal vez triunfó porque yo hablaba su mismo lenguaje, porque había mucha calle, mucho golferío, mucho Arturo tras cada una de mis teorías acerca de cómo los conflictos con nuestro pasado son la mejor escuela para crecer.

•

Tras años sin vernos, una tarde apareció Arturo en mi departamento de Miraflores. Tan guapo como demacrado, venía a confesarme su emoción por la lectura de mi primer libro. Por entonces, ya llevaba tres ediciones y había firmado con una gran editorial japonesa la publicación en mi país. Arrebatador, como siempre, me cameló de nuevo. Pasamos unos días sin salir de casa en los

que dejé todo de lado y volví a creer en él.

Entonces me hizo hablar del libro. Se reconoció en cada ejemplo, me riñó por confidencias contadas, me preguntó quién era el coreano y cómo se llamaba mi corriente de pensamiento. Hasta que llegó al beso de Pablo.

—¿Qué sabes de él? —me preguntó.

Yo, bajo de defensas, le expliqué en qué consistía mi teoría del beso, por qué volvemos a escenarios pasados, qué supone vivir con una deuda; pero él no quería divagaciones filosóficas, sino al Pablo de carne y hueso por el que moría de celos. Él se vio como un personaje ridículo en mi libro, sin que yo lo nombrara en ningún momento, mientras aparecía luminoso como un sol ese chico español al que rechacé tras un beso de amor.

Fue lo peor que hice. Hablarle de él. Porque Arturo tenía dinero, inteligencia y maldad.

•

No mucho tiempo después, a pocas semanas de lanzar mi libro en Tokio, recibí una llamada angustiosa de mi padre.

—Tu madre se está muriendo.

Ese día integré que mi período peruano había tocado a su fin. Adelanté mi vuelta a Japón, compré un pequeño estudio en Shibuya, con el aval de mi padre, y dejé todo de lado por estar junto a ella.

Fueron días preciosos.

Todo lo que no supimos acercarnos en vida fue una fiesta de reencuentro entre los dos. Ella, aterrorizada con su futuro inmediato, no tardó en preguntarme por Arturo. Yo anduve con rodeos hasta que mi madre me confesó haber hablado con él años atrás.

—No sabía cómo pedirte perdón —me suplicó—. Tantos años sufriendo y yo nunca te ayudé.

Yo le refrescaba la frente sudorosa, yo le sacaba las pastillas de cada día, yo le limpiaba con agua y jabón las tardes al caer la noche.

Yo leí un texto tremebundo de dolor en su funeral.

•

El tiempo se paró durante unos años, mi vida social se anuló en el gran enjambre tokiota. Cada vez más reconocido, todo mi tiempo lo distribuía en dar conferencias y escribir la trilogía acerca del deseo que me encumbró en Japón.

No dejaba de ser un hombre exótico en mi propio país. Me ofrecieron un puesto de profesor en la universidad de Osaka, que no acepté, y la televisión pública japonesa me propuso un programa de entrevistas en hora de máxima audiencia, a lo que accedí.

El director de la cadena, un hombre delgadísimo a punto de la jubilación, alabó mi valentía al hablar de mí y me animó a remover las tripas de una sociedad tan conservadora como la nipona.

—Yo he sido un muerto en vida por esta homofobia instalada en nuestro país.

Sí, no podía rechazar la oferta, aunque solo fuera por él, o como regalo a mi madre muerta, o como homenaje al coraje de Pablo al darme ese beso.

Sin nombrarlo a él ni a Huelva, ese beso se convirtió, para mi audiencia, en un símbolo más fuerte que la magdalena de Proust. Recibía correos electrónicos, por miles, de chavales que

se reconocían en mi historia. Siempre había quien me esperaba a las puertas del estudio de televisión, averiguaron cuál era mi casa, me seguían, me consultaban, me proponían. Me sentía tan querido como abrumado, mientras mi vida sentimental era un secarral.

•

Me forcé a levantar el pie del acelerador. Acordé con la cadena un año sabático para escribir mi último ensayo y me trasladé a una casa grande a las afueras de Okayama.

Tomé la decisión de enamorarme y tenía el elixir mágico.

Necesitaba dejar de estar solo y no estaba dispuesto a irme a lugares de ambiente, donde se me lanzaran a los brazos al ver al famoso de la tele.

Mi elixir era la bandeja de entrada de mi correo. Recibía mensajes tan llenos de amor, de gente intelectualmente potente, de tipos que se desnudaban por completo, de hombres dispuestos a todo por conocerme, que decidí realizar un experimento social exclusivo para mí, no sin antes calibrar la posibilidad de reflejar todas las conclusiones en un futuro ensayo. Bastaba con que los participantes fueran anónimos.

El caso es que establecí una estrategia. Elaboré una carpeta con todos los candidatos, filtrada por condicionantes muy exigentes, y empecé a responderles a los elegidos con un tono abierto al encuentro personal. Algunos, asustados, metidos en su armario, no respondieron. Otros se delataban con mentiras. Todo venía bien para el experimento. Así que por Okayama comenzó a pasar, de forma organizada, un elenco de lo más florido de la fauna homosexual japonesa. Los citaba de uno en uno, los viernes, siempre en el mismo local de la ciudad. El Kitsuné. Un café pequeño, con piedras irregulares como asientos, que me servía para calibrar la calidad de la mercancía. Sí, la mercancía. Tras tantos años con Arturo, me había vuelto muy exigente en lo físico. Había tres posibilidades; que el chico no me gustara en absoluto, entonces le proponía un paseo por los jardines cercanos de Karakuen; que el tipo me engatusara con la conversación, pero no hubiese atracción física, con lo que confirmaba la reserva previa para cenar en el Ikiya, o que quisiera tener sexo con él, entonces llamaba al Hikobei para que nos llevasen la comida a casa.

Abundaban los segundos, porque mi criba inicial conseguía evitar a los peñazos. Conforme cenaba con ellos en el Ikiya, me daba cuenta de lo solo que me sentía y así bastaba un par de Sapporos para arrepentirme de no haber llamado al Hikobei para organizar la cena en casa. Me podían más las ganas de abrazar, eso sí, que las de un sexo salvaje.

Mi actitud era cruel. Yo jugaba con ventaja y todas mis víctimas estaban a merced de mis caprichos. Les imponía tanto que era consciente de que si nadie rechazó cenar en casa no fue por ganas de acostarse conmigo, sino por no saber decir que no al presentador estrella de los jueves.

Así que el 80% pasaba por el Ikiya y solo un 10% venía directamente a casa. Tenía que anotarme los datos porque los olvidaba. Lo que para ellos era una cita inolvidable a la que venían con la información precisa de cada detalle de mi famoso pasado, para mí se convertía en una prueba de memoria, porque a todos les hacía ver que eran únicos para mí.

Me enganché tremendamente de Katachi, que jugó con ese poder durante un par de años, mientras que Kimura se convirtió en un amigo imprescindible. Katachi era de Nagoya, un recorrido de dos horas en tren bala que nos podíamos permitir, pero Kimura venía de Sapporo y nuestra relación se consolidó a pesar de la distancia.

Fue a Kimura a quien le confesé todo el juego y reaccionó mal, pero me perdonó. A fin de cuentas, el juego había resultado divertido. Descentrado por completo de mis lecturas, dejé de dar conferencias y conseguí que mi año sabático pasara en un suspiro.

Katachi era mi Arturo japonés. Quizá todos tendamos a un prototipo de personas que tienen la cerradura de tu corazón para hacer lo que quieran de ti. Follé mucho, sí. Me reí bastante, también. Tuve conversaciones interesantes, paseos por Karakuen que me hacían dudar de mis decisiones, momentos muy emotivos de hombres necesitados de hablar. Pero el producto final era un amante poco de fiar, Katachi, y mi querido Kimura.

Tal vez poca recompensa.

Escribí el libro con los resultados del experimento y escandalicé a todo Japón. Es quizá de la publicación que más orgulloso me siento, un tratado vanguardista acerca de la homosexualidad en un país donde no hay sitio para los gais. Estaba todo retratado con tan buen gusto que la temida reacción de los protagonistas apenas quedó en un par de gritos por teléfono. No había nombres ni datos que pudieran fundamentar una denuncia en los juzgados, más bien se sentían agradecidos por formar parte de ese superventas. No podía quitarme de la cabeza, yo y mi ego, que estaba haciendo mucho bien a mi comunidad.

•

Volví a la tele, me quité el caparazón de protección y, entonces sí, me lancé a emborracharme de Tokio. Tiempos muy disfrutados en la capital. Mi año encerrado en Okayama, rodeado de amantes, me sirvió para romper todas mis barreras. Había escuchado tantas tragedias, tanto dolor, me habían hecho partícipe de tantos complejos y frustraciones, que yo solo quería vivir. A lo grande. No había nada que ocultar, me veía guapo con mis cuarenta años. Guapísimo. Aceptaba invitaciones para cualquier evento, no había fiesta que se preciara en la ciudad que no contara conmigo.

Con disciplina mental, a pesar de que mi producción editorial se resintió y disminuí la frecuencia de mis conferencias, mantuve un importante grado de contención. No volví a probar las drogas, no me embarqué en historias paralelas, rechacé proposiciones de orgías, no introduje a nadie en casa que no fuera para follar y despedirlo en el desayuno.

Los días más dulces se daban cuando Kimura bajaba de Sapporo. Qué pena que no hubiese ninguna atracción sexual.

Un par de reportajes en revistas especializadas hicieron que mi nombre comenzase a sonar en Europa, al rebufo de Byung-Chul Han, que seguía apostando por mí, y en Estados Unidos, sobre todo, cuando se tradujo mi ensayo sobre el experimento social de Okayama en un país amante de las estadísticas. En mis correos, el inglés ya era más habitual que el japonés y se colaba mucho hispanohablante a sabiendas de mi dominio del idioma.

Fue así como apareció Alejandro.

•

Ya en el encabezado supe que sería alguien importante para mí. Era listo.

Acabo de estar en HUELVA.

Así se titulaba el *email*. Caí rendido.

El chaval, al que yo sacaba veinte años, se mostró como un tipo encantador. Lejos de la adulación y el discurso fácil, empezó por contarme que esa mañana había estado en el instituto La Rábida, donde yo estudié. Había conseguido no solo ver la orla donde yo aparecía, sino descubrir quién era el autor del BESO. Así lo escribía. El BESO.

Yo sabía, creía saber, que no era verdad. Nunca jamás nombré a Pablo en los veinticinco

años que transcurrieron desde ese beso. Hasta que llegué al final del correo y vi un retrato de él. El tal Alejandro había hecho una foto al Pablo de la orla. El corazón me dio un vuelco. Tuve que cerrar el ordenador, anular mi presencia en un cóctel, ducharme y volver al *email*. Fue un vuelco de felicidad. El azar, por el que suspiraba, mi proyecto de vida, se había cumplido.

Entonces leí el *email* completo. Era un joven filósofo sevillano de veinticuatro años, de familia bien, así decía él mismo, que trabajaba en una librería del centro de la ciudad. Homosexual, con novio, viajero, lector empedernido y deportista, decía haberse bebido toda mi obra en apenas un mes. Consiguió por Amazon mis primeras publicaciones en castellano y en inglés, mis últimos ensayos psicosociales.

No me pedía nada, no me ofrecía nada.

Se despedía con un BESO. Otra vez en mayúsculas.

Yo me dejé de estrategias trasnochadas y le escribí esa misma tarde. Quería saber todo de él. Quería saber, en realidad, todo de Pablo. Cómo sabía que era el niño del beso, qué relación tenían, si la tenían, cómo podía dar yo con él.

No quise parecer demasiado arrollador, así que le hice un resumen conciso de mi vida, a la manera en la que lo había hecho él. Le hablé de Arturo, de Katachi, de Kimura. De mis angustias juveniles a cuenta de mi condición sexual, de mi felicísima, así lo escribí, vida tokiota actual.

Quería que viese lo importante que para mí había sido su *email*, así que lo envié bien rápido con una hermosa foto que Katachi me hizo en el castillo de Nagoya.

•

Él tardó varios días en responder. Me dijo que para controlar la ansiedad que le había provocado mi pronta respuesta, y le creí. No respondía con claridad a mis preguntas acerca de Pablo, por qué supo que era él, cómo dio con esa orla, qué le llevó a leerme a mí. Se limitaba a decirme que por sus manos pasaba cualquier publicación filosófica que se preciara y que no sabía muy bien dónde había leído que yo estudié en Huelva. Podría ser. No había más que tirar de la biografía de mi padre, reconocido en los círculos económicos de Tokio, para descubrir que pasó un tiempo destinado en la ciudad andaluza.

Lo cierto es que los primeros días los viví con miedo. Se tambaleaban muchas de mis bases. ¿Cómo había dado tan fácil con Pablo? ¿Por qué no lo había hecho yo? ¿Quería realmente hacerlo, o prefería guardarlo en la vitrina de mis mejores recuerdos? La espera entre correo y correo se me hacía eterna, con la duda continua de si volvería a aparecer.

Recordé entonces que, de entre mis más fieles seguidores españoles, había un sevillano obsesionado con el Manga y los festivales de Anime al que podía recurrir. Tenía más el perfil de Arturo que el mío, pero quizá por eso sería más sencillo que aceptara mi propuesta, que no era otra sino la de dar con Alejandro, tenerlo ubicado por si dejase de escribirme. Mi espíritu controlador, propio de mis inseguridades, llevaba mal lo de estar al albur de los caprichos de nadie. El chaval, Martín, tardó apenas un día en dar con él.

«Sobre todo, no le digas nada de mí», le pedí. E incluso le reté, a sabiendas de que Alejandro se había quedado soltero. «Enamóralo».

El chaval, simpático como pocos, morboso con una propuesta que no entendía, me divirtió durante días con sus andanzas desde que dio con Alejandro. Me describía su físico, espectacular según sus palabras, sus costumbres e incluso sus lecturas. Aprovechaba, eso sí, para hablarme de sí mismo, me enviaba bocetos más que correctos de historias animadas japonesas,

me explicaba cómo gestionaba la distribución de revistas Manga en su facultad, me pidió que le enviara mi último ensayo dedicado. Tenía encanto, poca vergüenza y ganas de enredar. Me encandiló. Tanto que, para mantenerlo como espía personal a mi servicio, le ofrecí financiarle un comic ilustrado, a lo que él reaccionó con una explosión de gritos que inundaron mi WhatsApp.

Con las semanas, sin embargo, mis correos con Alejandro se convirtieron en una rutina hermosa. A mí me producían tanta paz y yo estaba tan bien en lo emocional que no había ninguna prisa por dar pasos de más. Lo que me tuviera que contar ya me lo contaría, porque los dos teníamos claro que había algo por aclarar, por su parte, en toda esa historia.

Y si un día desaparecía, tenía a Martín para encontrarlo.

•

Un viernes, como en mi año sabático, Alejandro me propuso que lo llevase al Kitsuné.

Aunque sea por videoconferencia.

Yo conseguí una foto de la cafetería, que coloqué como fondo de pantalla tras de mí, y lo cité allí para tomar un café. Me conmovió su belleza. Mi inseguridad de hombre mayor me había hecho enviarle varias fotos, pero nunca tuve el valor, ni la ansiedad, de pedirle alguna a cambio. Me agarraba a la descripción que me hizo Martín de él.

Tenía unos rasgos simétricos de estatua griega, una sonrisa que me desarmaba, sus ojos atravesaban la pantalla para inmovilizar los míos.

—¿Me llevas al parque, al Ikiya o pides cena para tu casa?

Todo estaba preparado. El fondo de pantalla cambió a mi propio salón, al de Tokio, y tuve que levantarme para calmar mi excitación.

Fue entonces, en esa noche de pura seducción, cuando me hizo prometer que le guardaría un secreto de por vida. Yo le pregunté si era necesario firmarlo con sangre, Alejandro me dijo que sí. Desapareció unos segundos y volvió con una pequeña aguja, que se pinchó en el dedo gordo hasta sacar una gota bien roja que estrelló contra su cámara. Yo rebusqué entre los cubiertos de la cocina hasta dar con un cuchillo con punta, e hice lo mismo.

Le pedí que limpiase su objetivo antes de escuchar lo que me tuviera que decir.

—El dueño de mi librería es tu Pablo.

•

Tardé un tiempo en asimilar la información. Le pedí una tregua. Necesitaba apagar todas las luces de casa, cerrar el ordenador, bajar persianas, tumbarme en el futón. Las preguntas aparecían en tropel y la situación me desbordaba.

Pasamos unas semanas raras. Lo nuestro, entre Alejandro y yo, era una comunicación tan estrecha como lejanísima, tan de verdad como manipulada, por los dos, nos buscábamos con angustia para no saber qué decirnos. Éramos inteligentes, siempre, para reconducir, para no romper. Necesitaba sus wasaps, las confidencias con el café, sus vídeos de la librería, que me contase perversiones sexuales, que me enviara fotos de sus fines de semana. Yo hacía lo propio.

Pero no me atrevía a preguntar por Pablo, no quería fotos suyas, me daba miedo verlo, saber de él. Alejandro, bien consciente, apenas daba pinceladas, lo nombraba como a un personaje terciario cuando los dos sabíamos que era el verdadero protagonista de nuestra fortísima conexión.

Entre Alejandro y yo no había amistad, ni amor, ni sexo.

Había Pablo.

Así que un día le hice partícipe de una propuesta particular. Cuando ya me había confirmado, tras meses de charla, que Pablo estaba libre en lo emocional, que la librería funcionaba bien, cuando Alejandro obtenía de él, a través de conversaciones de desayuno, que estaba deseando una historia de amor, cuando ya todo eso se convirtió en certeza, con toda la sensibilidad de la que me pude hacer, pedí a Alejandro su complicidad.

—Quiero regalarle un viaje a Japón. Una ruta organizada al santuario de Izumo Taisha.

Alejandro lo recibió con entusiasmo. Tanto que me descompuse. Mostró una emoción tan desmedida que me asustó. Me pareció extraña. Sospeché lo peor. Que fuese una trampa, que todo estuviese organizado por Pablo realmente, que Alejandro fuera un desequilibrado. Que lo fuera yo.

Tanto fue así que Alejandro se percató de mi sorpresa. Me pidió un café en el Kitsuné y volvimos a conectarnos días después.

•

Radiante en su aflicción, me miró a los ojos a través de su pantalla. Yo le dije que algo se había roto. No me cuadraba su reacción, no me cuadraba que hubiera llegado a mí, que hubiera reconocido a Pablo en la orla, que pudiera estar tan feliz. Tal vez era un desgarro por creer que Alejandro estaba loco por mí. Quizá fue mi ego el que quedó destrozado por la euforia provocada en él al decirle que quería hacerle el más bonito regalo de amor a Pablo. Me costaba admitir que pudiera ser así de noble.

—Busca el cuchillo —me dijo—. Yo voy a por mi aguja.

Temí que me confiase algo desgarrador, pero fue incluso peor. Alejandro cerró los ojos, cruzó los dedos de las manos en señal de súplica y lo soltó.

—Ha sido Arturo quien me ha llevado a ti.

•

¡¡¡Arturo siempre!!!

Consternado, mientras limpiaba y limpiaba la sangre de mi ordenador, Alejandro me explicó cómo un día Arturo apareció en la librería. Lo engatusó preguntándole por libros de filosofía, se entusiasmó cuando supo que era licenciado, le habló de sus estudios en Lima, lo animó a que se hiciera con un listado de autores.

—Esa noche me invitó a una cerveza y ya me habló de ti.

Enrabietado, subí el tono de voz. Nada casaba. Arturo no sabía cómo llegar a Pablo. Llevábamos años sin vernos. Qué podía querer.

Entonces Alejandro me confesó, señalando la sangre fresca aún en su dedo, que Arturo había obtenido de mi madre toda la información acerca de mi adolescencia en Huelva. En esas noches limeñas en las que paseábamos por Miraflores con mis padres, en las que yo simulaba que Arturo no era sino un antiguo compañero de habitación, en esas caminatas le estaba diciendo a mi madre que él era mi amante y que quería saber todo de mí.

—Quizá también le pidió un juramento de sangre a ella.

Yo, envenenado, tiré de todos mis recursos, que eran muchos y no siempre amables. Mi terrible incertidumbre con mi futuro ya me hizo en el pasado acudir a quienes mueven los hilos negros. En España los había, existían los operarios de esa red perversa que siempre se puede

mover con un dinero que a mí me sobraba. Japón es un país amable, sí, pero también lanza sus tentáculos allá donde tenga intereses, y mis intereses estaban en España. Tenía dinero y rabia, justo lo preciso. Quería acabar con la posibilidad de que Arturo lo estropeara todo.

•

Nos llevamos tiempo sin hablar, Alejandro y yo. Él me enviaba corazones, artículos de prensa, audios de buenos días a los que yo no contestaba. Hasta que se derrumbó. Hubo un día en el que me llamó más de veinte veces, hasta que caí. Me confesó su sinvivir, la confusión de sus sentimientos hacia mí, hacia Pablo, las dudas acerca de Arturo, las medias verdades, el miedo a perderlo todo.

A mí su contrición me llegó al corazón.

Así que decidimos retomarlo de nuevo por donde lo dejamos. Liberado Pablo de toda culpa, me suplicó por que volviera a la idea del regalo. Él sería mi gran cómplice. Me ofrecía la sangre de cada dedo, pero yo no quise jugar más.

—Confío en ti.

•

No mucho más tarde de ese día, cuando ya planteaba parar todas las operaciones en marcha para alejar a Arturo de ese escenario, me llegó un álbum de fotos con su cara destrozada. Confieso que el horror inundó todo mi cuerpo.

Arrepentido de haber llegado hasta allí, a esa cueva de lo negro donde todo vale por dinero, acepté mi propia maldad. Por conseguir un sueño era capaz de arrasar con todo, incluido el que fue mi amor durante años inolvidables.

Todo ya estaba maldito, tocaba retirada. No quise decir nada a Alejandro por no asustarlo aún más con mis paranoias. Quise dar con Arturo, pero me retuve.

Llamé, eso sí, a la organización. Para que parasen todo. Me pidieron un ingreso inmediato para cerrar el trato, que hice sin regatear. Me dijeron que sabían que era el presentador estrella de los jueves, con el tufillo a amenaza que provoca el que te digan que lo saben todo de ti.

Les agradecí el trabajo y les colgué.

•

Alejandro, ajeno a mis tejemanejes, seguía organizando la entrega del regalo como si nada hubiese pasado. Yo, pasivo, me dejaba llevar por él.

Pasé una semana en cama, sin fiebre, sin tos, sin ningún otro síntoma que la falta de fuerzas para levantarme. Los perfeccionistas tenemos ese problema, que llevamos mal ser tan imperfectos. Mi ruta hacia Pablo, de tan paradisíaca, se había convertido en una carrera de obstáculos que yo mismo me iba poniendo, atosigado por mis miedos. Cuanto más cerca veía el encuentro, más grande eran mis meteduras de pata. Quería mover todos los hilos desde Tokio y acabé enredado entre ellos de forma ridícula, incapaz de controlar la inercia de los acontecimientos.

Tras confirmar, Alejandro, el calendario de la librería y asegurar que él podría tirar de una amiga para cubrir la baja forzada de Pablo en sus quince días japoneses, compré los billetes,

las noches de hotel y de los albergues de la ruta camino del monasterio.

Solo quedaba que Pablo dijera que sí.

•

Ese día no hice sino mirar el reloj, a la espera de que amaneciese en España. Alejandro introdujo el sobre por la puerta con los billetes y las reservas, sin ningún remite ni información que pudiera delatarme.

La angustia llegó con la llamada de Alejandro, porque no me hablaba de la felicidad de Pablo al recibir el regalo.

—¡Han incendiado la librería! —me gritó, con voz de terror.

Yo no entendí nada, pero supe que había sido Arturo. Colgué a Alejandro y entré en un túnel oscuro.

Siempre fue más inteligente que yo.

Azuzado por la paliza, había conseguido acrecentar el rencor en él. Mi estrategia se había revuelto contra mí. ¿Cómo podría haber sabido lo del regalo? ¿Quién estaba jugando con quién? ¿De qué lado estaba Alejandro?

Fue pasado unos días cuando Alejandro se confesó.

—Habíamos bebido unas cervezas, Arturo y yo. Y se lo conté.

•

Mi historia con Pablo estaba maldita. Mi rechazo de entonces destrozó para siempre mi capacidad de amar. Supliqué al destino que el azar me llevara de nuevo a Pablo, como primer, casi único, objetivo vital. Lo que no aclaré en mi súplica es que no fuera a través de Arturo como yo diese con él.

Sin Arturo no habría llegado, con Arturo hubiera sido mejor no llegar.

Alejandro, desquiciado, prometió ocuparse de todo, con un fuerte sentimiento de culpabilidad por haber alertado a Arturo de la llegada del regalo. Mal, muy mal por su parte, aunque tampoco supe yo ponerle al tanto de la naturaleza perversa del peruano, quizá porque había un resquicio en mí que me hacía pensar que era una persona desquiciada por mí, por mis rechazos, por el ninguneo al que lo sometí cuando decidí abandonarlo, por escribir de él con tanta ligereza libros que leyeron millones de personas, por aceptarlo alegremente cada vez que venía a mí, para decirle con mis actos que no me provocaba ni frío ni calor, que la vida no me cambiaba ni con él ni sin tenerlo.

Pasé días para olvidar. Intenté retomar mis escritos, que no sabía hacia dónde me llevaban. Me hacía bien, en todo caso, escribir. Solía ocurrirme que, cuando bajaba hondo, una manera de agarrarme a la realidad era tomar pluma y papel. Empecé a escribir estos folios, no con un objetivo preciso, a pesar de que pensaba que podría ayudarme en un futuro a componer el tercer libro de *El regalo de las deudas*. ¿Por qué no? Si en el primero hablaba de mi rechazo al beso de quien me volvía loco, si en el segundo analizaba los miedos de la sociedad que me rodeaba, podría completar el tríptico de mi estudio de la homosexualidad a partir de la aceptación.

¿Qué no era sino aceptación el proceso que estaba viviendo? Decirle a quien rechacé, aunque fuese siglos después, que ya mi puerta estaba abierta. Incluso si rechazaba entrar, el hecho de abrirme a él era la mejor forma de sanar.

•

Días después, hablé con Alejandro, al caer la noche en Tokio. Pablo estaba afectado, excitadísimo. Con el regalo, con el incendio. Lo dejé hablar para no influir en su relato. La principal conclusión fue que el fuego había quemado al viaje. Una sentencia de gran simbolismo. Alejandro ya me aclaró al poco de ocurrir lo del fuego, él tampoco lo sabía, que Pablo vivía con lo puesto, sin ahorros, por lo que dejar de ingresar de su negocio implicaba tener que parar su vida.

Me sentía culpable. Era culpable. Otra cosa eran las intenciones, lo que estaba claro es que ese incendio no se hubiese producido de no haber sido por mí. No existen casualidades tan intensas. De haber transcurrido semanas entre los dos eventos podría materializarse la duda, pero que la misma noche del sobre bajo la puerta hubieran prendido fuego al negocio determinaba un origen único.

Por momentos, fantaseé con la posibilidad de que hubiera sido Alejandro, en un toque de esquizofrenia, quien hubiese quemado el negocio tras entregar el sobre. Sabedor de su enganche a mí, a Pablo, de su visión ascética de las relaciones humanas. ¿No estaría él diseñando su propia teoría sobre el ser humano?

Maldije a la Yakuza, a ellos había recurrido para alejar a Arturo de Pablo y no habían conseguido nada. Les pedí que asustaran a Arturo, y fue Arturo el que me destrozó a mí, al destrozar a Pablo.

Me quité pronto tantas quejas inservibles de la cabeza y tomé una decisión. Iba a por todas. Si yo había provocado la ruina, yo provocaría la reparación. Pasé un par de horas asomado a internet para ver cuál era la mejor forma de conseguir realizar una transferencia anónima. Cincuenta mil dólares, pensé, era una buena cifra. Era lo que cobraba mi productora por un episodio de mi programa. A mí me sobraba el dinero, a Pablo le salvaba de una situación crítica. Yo no sabía cómo eran sus redes personales como para solicitar apoyo. De la familia imaginaba que no, de los amigos seguramente sí, por lo que pude deducir de mis conversaciones con Alejandro.

Utilicé una banca lituana como puente para la transferencia. Ya la había usado en otras ocasiones para recibir royalties de mis editoriales en Europa y siempre me aseguraron que garantizaba la confidencialidad. Hice la operación con rapidez, no quería dejarla para el día siguiente y arrepentirme. Poner en la balanza la dignidad de Pablo y otras sandeces. En esos cincuenta mil dólares, que al final fueron euros, había mucho amor. Amor del bueno. Ya me lo devolvería si quisiera.

Yo quería cuidar de él.

•

Los días pasaron y, esa vez sí, sugerí a Alejandro que me retransmitiera cada capítulo. Pedí que localizase a Arturo, que no respondía a sus llamadas, «ni siquiera da señal el teléfono», lo que confirmaba su culpabilidad. Pedí que estuviera al lado de Pablo. Que lo mimara por mí.

Lo sentí muy afectado. Tanto que había roto con su novio, incapaz de aguantar sus celos. Incluso llegó a transmitirme sus dudas acerca de él.

—Conocía a Arturo —me dijo.

Me fue tranquilizando conforme pasaban los días. Pablo utilizó ese tiempo para apoyarse

en cada una de las personas que más quería. Así fui conociendo, de boca de Alejandro, a Lara, la dueña del hotel vecino a la librería, a su pareja, el lituano Andrius, un arquitecto *freelance* venido de Londres por amor; a Reyes, una mujer explosiva, referente para Pablo; a Leo, un empresario ansioso por replegar velas; a Virginia, viuda de su amante; a Vicen, su amigo fiel a quien recurría a cualquier hora; a los compañeros de la revista cultural que editaban.

—Se ha ido a Bruselas.

—¿Con quién?

—Con su hermana Elena.

Recordaba con dificultad su figura, de pelo rubio con coleta y vaqueros apretados. Mucho mayor que Pablo, seca, moderna. Me alegraba saber que mantenía al menos un lazo familiar. Ya Alejandro me aclaró que su madre estaba muerta y su padre ingresado con demencia en una residencia de Huelva.

Me impacientaba sobremanera saber de Pablo por Bruselas. No tenía a mi guardaespaldas al tanto del relato, un Alejandro descolgado del negocio y del día a día de su jefe. Le pedí que insistiera en localizar a Arturo, que se pasara por la casa de Pablo para vigilarla, que hiciera por hablar con él de vez en cuando. Yo, cada vez más convencido de la fuerza de lo ocurrido, comencé a componer la estructura del tercer volumen de *El regalo de las deudas*.

El uso respetuoso del anonimato en mis obras me daba cancha suficiente para conformar un ensayo donde cada protagonista pudiera sentirse tan presentes como a salvo.

Lo que más me incomodaba era pensar qué hacer con Arturo, colocarlo de nuevo en el papel de siempre sería convertirlo en hazmerreír de mi vida, aunque solo lo supiésemos él y yo. Pensé, esos días, si no hubiera sido elegante por mi parte el haberlo buscado tiempo atrás para hacerle ese mismo regalo, un viaje conmigo a ese monasterio del que tantas veces le hablé. Podría reprocharle mil cosas, pero no el haberme amado. Mal, torpe, violento, pero entregado a mí.

•

Una mañana de lunes, amanecí con un mensaje de audio de Alejandro. Alterado, me contaba que habían invadido la casa de Pablo, sin robar nada y dejando todos los cuadros al revés. Nunca imaginé a Arturo en una secta satánica, por lo que vislumbré una esperanza negra de que no hubiera sido él el causante de tanto daño.

—¿No llegaste a hablar con Arturo? —pregunté a Alejandro.

—No volvió a dar señal el teléfono nunca más.

—¿Estará vivo?

La pregunta resonó hueca entre Tokio y Sevilla, y por primera vez pensé, seriamente, que Alejandro me había vuelto a engañar. Una vez más.

Tomé ese mismo día un billete de ida hacia España. Pablo había vuelto con urgencia desde Bruselas y era mi oportunidad. Entonces o nunca. No respondí a los mensajes de Alejandro durante todo el trayecto porque no me fiaba de él. Tenía todo lo necesario para dar con Pablo sin que nadie me ayudase. Conocía de memoria el plano de las calles entre la librería y su casa. Me atiborré de pastillas en Nikita para no pensar.

El terror vino ya en el aeropuerto de Sevilla, cuando me monté en el taxi. Me temblaba todo el cuerpo. Traje a mi mente esa tarde en el muelle de Riotinto, esas piedras que tirábamos a la ría, ese beso que me dio.

Todo fue sencillo. El portal estaba abierto. Había luz bajo la puerta. Llamé con los

nudillos.

Abrió.

Su cara era el reflejo de lo que había sido la vida de los dos, por cómo me miró él, por todo lo que vio en mí.

—¡Yoisho!

PABLO

CAÍ EN SUS BRAZOS como quien acaba de llegar exhausto a la orilla. No supe llorar. Un ligerísimo aroma a sudor lo delataba. Todo en Yoisho me gustó desde ese instante, cómo me agarró, cómo olía, cómo incluso mantuvo con fortaleza los pies sobre el suelo, como una columna romana, mientras yo me derrumbaba en él.

Me producía un pudor inmenso mirarlo a los ojos, esos mismos de entonces, de esa tarde en el muelle de Riotinto. Los que nunca me volvieron a mirar así. Pero los busqué. Él los mantuvo fijos en los míos. Un amasijo de emociones atravesadas nos hipnotizaba.

—Perdóname —me dijo.

Yo no supe responder, tan solo le agarré de la mano para que entrara en casa. Le quité la chaqueta, le pedí que se sentara, me senté frente a él, que insistió.

—Siento todo el daño que te hice, Pablo.

Había en la frase, en su forma de pronunciarla, en su mensaje en sí, tanto de memorizado como de visceral.

—Gracias. —No podía no aceptar esa verdad.

—Toda mi vida he soñado con este momento. —Le temblaban los labios—. Con volver a verte y pedirte perdón.

Metió en ese momento la cara entre las palmas de sus manos y sollozó.

Entonces sí empecé a llorar. Lloré porque merecía ese perdón venido de mi prehistoria. No fui consciente hasta no escucharlo de cuánto necesitaba que se reconociera mi dolor, el de aquel niño que murió esa tarde para convertirse en otra cosa, en un chaval más introvertido, desconfiado, confuso, desprotegido. Él lo sabía. Yoisho, aquel niño que fue, el chaval cruel que no quiso hablarme de nuevo, el que me condenó de por vida, venía a devolverme el beso.

•

Tras ofrecerle un descanso que no aceptó, me pidió que le acompañara al hotel.

—Quiero ducharme y organizar un poco mis cosas —me dijo, nervioso—. Necesito calmarme un poco también, Pablo. Estoy muy nervioso.

—Claro…

—No he estado más nervioso en mi vida —sonrió, con ojos entornados, y me dieron ganas de achucharlo entre mis brazos.

No insistí en ofrecerle mi casa por no querer violentar una escena ya en sí cargada de emoción. Entendía la distancia y el juego lento. Había venido desde el otro lado del mundo para verme, no había reproche que hacer.

Se alojaba en el Colón, donde ya habían llevado sus maletas.

Le propuse una cerveza a medio camino, algo que aceptó. Un ligero asomo de inseguridad me hacía pensar que pudiera no volver a verlo. Incapaz de calcular hasta qué punto

había colmado sus expectativas al verme, no podía meterme en su piel. Que me hubiera idealizado durante media vida jugaba en mi contra. Todo lo que hiciera estaba filtrado por el tamiz de esa ilusión. Así que me arrepentía de haberme derrumbado en sus brazos, tanto como que me alegraba de haberlo hecho. ¿Qué Pablo venía a buscar? ¿Al decidido que le declaró su amor con un beso? ¿Al niño herido por su rechazo? ¿Al imaginario hombre de sus sueños?

—Aquí ponen las cañas heladas.

—¿Las cañas?

—Cervezas —le expliqué, haciendo el gesto de llenar una a presión.

—Perdona, mi español está contaminado de vocablos peruanos y me pierdo con algunas expresiones.

—¿Cómo se le dice a la cerveza en Perú? —pregunté, ya en la barra del bar.

—¡Cerveza! —Por fin, se rio—. Pero la gente le llama chela. Aunque no me hagas mucho caso, hace años que no paso por allí.

Moría por saber de esa relación con el Perú. No hizo falta preguntar. Tomó su cerveza helada y se sentó frente a mí. Si algún día tengo que describir la felicidad, será esa chela helada frente a Yoisho. Un hombre maduro, de rasgos afilados, con una mandíbula huesuda que no recordaba, la dentadura perfecta de entonces, las cejas finas y cortas, una bizquera invisible para quien no hubiera buceado antes en esos ojos.

—No soporté vivir en Tokio cuando volví de España —me confesó—. No conocía a nadie y todas las conversaciones en la facultad eran de sexo. ¡Yo no quería saber nada del sexo! —gritó, sin hacer ruido, con la sonrisa de entonces—. Convencí a mi padre para que me enviaran a estudiar a un país donde se hablara español. Así que busqué y encontré la Facultad de Filosofía de la universidad de Lima. ¡Allí me fui a vivir! —Tenía ganas de tomarle las manos, no me atrevía—. Fue una época feliz. Incluso muy feliz.

Calculaba por dónde andaría yo por entonces. Si ya habría dejado Puerto Banús atrás o dormía en cuartuchos congelados con baños compartidos por el barrio chino de París.

—Cuéntame tú. —Mantenía un español perfecto, con un ligero toque sudamericano.

—Yo no tuve que convencer a mis padres para irme de casa —ironicé—. A mí me echaron en cuanto les dije que era homosexual. —La frase le llegó—. ¿Tú no les dijiste nada antes de irte a Perú? —Negó con la cabeza y los ojos cerrados. Me entró la duda—. ¿Eres homosexual, Yoisho?

—¡Sí! —Soltó una carcajada bien sonora—. Sí. Mucho. Ja, ja, ja. Totalmente.

—Por un momento, me despistaste —sonreí, aliviado.

Cambió de nuevo el semblante.

—¿Te echaron físicamente de tu casa? —preguntó.

—Sí. —Me hacía daño recordarlo—. Tomé apenas una mochila y me fui. Llegué a Marbella con dieciocho años y apenas unos billetes en la cartera.

No quise hablarle de lo sucio, de esa calle trasera llena de putas y chaperos, pero tampoco quería construir un pasado que no existió.

—Estuve un tiempo largo allí. Trabajé para una tienda de ropa.

—Eras buen estudiante.

—Sí —me dio una tabla a la que agarrarme—. Con el tiempo conseguí ir a vivir a París y estudiar Filología francesa. La vida se enderezó.

No tenía por qué saber, esa dulce tarde de cervezas, por cuantas manos pasé antes de encontrar a quien me sacase de allí.

•

Lo acompañé hasta el vestíbulo del hotel tras pasearnos, con dos cervezas encima, las calles de Sevilla. Sin hablarlo, no quisimos profundizar más en nuestro presente. Me ocupé de contarle historias de la ciudad y, a través de ellas, hacerle ver mis sitios preferidos, mis rutinas diarias, mis proyectos.

—¿Cuándo me enseñarás la librería? —me preguntó, ya en la recepción del Colón.

—Mañana, si quieres.

No quise decirle que estaba desmantelada tras el incendio. Ya encontraría una forma de explicarle lo que había pasado.

—Míster Roteda —le comentó una encargada del hotel, que se acercó con discreción—. Esos señores de azul llevan un rato esperándole.

No quise girarme para mirar, aunque creí ver sorpresa en la expresión de Yoisho. A no ser que hubiera concertado una cita, parecía raro que alguien en Sevilla quisiera verle.

Le di un abrazo, nos dimos un abrazo, y me fui. No quería forzar las cosas. Me apetecía dejarlo allí, que descansase, poner la distancia justa hasta el día siguiente.

Fue justo al salir, al cerrarse las puertas de cristal del hotel tras de mí, cuando vi cómo esos dos señores, bien trajeados, de mediana edad, le indicaban la dirección del restaurante.

•

Con la incertidumbre que provocan los acontecimientos que ocurren una vez en la vida, decidí poner rumbo a casa de Lara. Mi corazón iba a estallar y no quería que me ocurriera a solas en mi habitación. Todo era confuso.

Que treinta años después apareciera en mi casa Yoisho era inimaginable, que lo hubiera dejado en la puerta de su hotel como si nos viésemos a diario era extraño. Sí, la cultura japonesa y la barrera cultural, todo lo que se quiera, pero yo pasaba de la euforia al desconsuelo en cuestión de segundos. Toda mi madurez la ponía en duda por no saber manejar la situación.

Calle Rioja arriba me planté. Me propuse dejar a un lado mi recién descubierta neurosis para disfrutar de las cervezas con Lara, por mucho que se apareciesen fantasmas que sabía que estaban ahí, acechando. No nací ayer para obviar que ocurrían cosas raras. Esos dos hombres enchaquetados, las fotos desde la ventana frente a mi casa, las llantas de mi coche reventadas, los cincuenta mil euros, ¡el incendio de la librería!

—Alguien le ha dado un chivatazo y se ha plantado aquí —dije a Lara y Andrius, en cuanto asimilaron la noticia.

—La misma persona que metió el sobre por debajo de la puerta —comentó ella.

Cierto. Olvidaba lo básico. Yoisho tenía necesariamente un cómplice en Sevilla.

—No serás tú, hija de puta… —Por momentos la vi a ella como guinda del pastel. Lara, muerta de risa, gesticulaba con los brazos abiertos su negativa, con tal fuerza que le tiró la copa de manzanilla a Andrius—. ¡¡¡Eres tú!!!

—¡Que no, Pablo! ¿Cómo voy a ser yo? Andrius —se dirigió a él—, ¡dile algo!

—Así que eres tú la cabrona de los cincuenta mil euros.

Se hizo un silencio.

—¿De qué cincuenta mil euros, petardo?

—Nada…

—¿De qué estás hablando?

Ya dudaba de todo. Que Andrius estuviera a su bola me escamaba.

—¿Vosotros no tenéis una cuenta bancaria lituana?

Los dos se miraron y respondieron al unísono.

—¡¡¡Nooo!!!

•

Me obligaron a sentarme en la silla de Merche. Estaba muy nervioso. Tanto que los mismos nervios me asustaban y se expandían.

—Andrius, trae tus pastillas mágicas.

Lara me hizo bajar la cabeza. Con un trapo de cocina mojado me refrescó el cuello. Estaba entrando en pánico, no me sabía controlar. Tragué de un buche las dos pastillas que Andrius me puso en la boca. Algo tendrían que ver con sus problemas de corazón. No quise preguntar. Insistieron en que me fuera al salón y allí me tumbaron, pusieron almohadas bajo mis pies y acercaron dos sillas. El lituano me quitó los zapatos, trajo una toalla húmeda y comenzó a masajearme los pies. Era todo surrealista. Ninguno hablaba. De vez en cuando Lara hacía sonidos con la boca, como un tintineo para amansar a un animal. Apagaron luces.

Entonces me dio por reírme.

Una risa venida desde las tripas. Mi cuerpo había pasado a tener vida propia, no sabía manejar las noticias, las emociones, lo que era verdad y mentira, quién era quién, quién era yo.

—Me dice la Reyes que os habéis mosqueado… —Lara utilizó la táctica de cambiar de tema. No esperó a que yo respondiera. Quería, tan solo, que yo dejara de pensar—. Ella es muy burra, ya lo sabes. Y muy noble la cabrona. No me ha querido decir qué coño os ha pasado.

—Mírame los pies —le dije a Andrius—. Entre los dedos, mira entre los dedos.

El lituano, que ya los tenía en sus manos, tomó la linterna del móvil para iluminarlos. No tardó en detectar los pinchazos, postillas que yo me quitaba una y otra vez, moratones que no desaparecían.

—¿Droga? —preguntó.

Asentí. Se miraron entre ellos. Quizá la táctica de cambiar de conversación se les estaba viniendo en contra.

—¿Qué droga, Pablo?

—Qué más da…

—Tú sabes que el hermano de Reyes murió de sobredosis, ¿no? —Asentí—. ¿Qué necesidad tienes tú de meterte mierda en el cuerpo?

—Fue apenas un *chill*.

—¿Qué coño es un *chill*?

—Un *chill*, una orgía gay con droga, con química, sexo y química, ¡*chemsex*! —Me daba una vergüenza infantil reconocerlo—. Yo me dejé llevar y se nos fue de las manos.

Lara me dio un beso en la frente. Largo. Yo no necesitaba otra cosa.

—Nos habían contado que era una anfetamina con efectos de larga duración, que íbamos a pasar una noche divertidísima. Yo llevaba unos días muy bajo de ánimos…

—¿Os habían contado? ¿En plural? ¿A quiénes os habían contado eso?

—A Mauro… —dudé—. ¡A Arturo y a mí! —recordé su verdadero nombre, visualicé cómo escapé de allí y la imagen del peruano desnudo sobre la mesa…

—¿Quién coño es Arturo?

ARTURO

YO TIENDO A PENSAR que mi familia siempre supo todo de mí, pero que no le dio la real gana de hacérmelo saber.

Yo me manejé bien desde pequeñito, me apoyé en ellos lo mínimo necesario para salir con suficiente alegría de mi adolescencia, y los numeritos los dejé para circunstancias futuras. Sabía que en cuanto tuviera los dieciocho, me iría al departamento de Lima que acababa de dejar mi hermano libre y allí haría de mi vida un mundo en el que no tendrían cabida mis padres, gente rica, divertida con sus amigos, egoísta en lo social y obsesionada en aparentar. Nada que objetar hacia ellos desde el momento en el que yo supe vivir una infancia y pubertad bien feliz, sabedor, además, de que me esperaba un futuro cómodo a medio plazo con el apoyo financiero de ellos. Por eso convenía no hablar. No poner cartas encima de la mesa que pudiera llevarse el viento de su cerrazón moral.

Lo tuve fácil en esa primera etapa de mi vida ya que, aunque siempre tuve clara mi sexualidad, casi diría que, desde antes de nacer, no era el prototipo esperado de lo que venía a ser un boyardo, en una sociedad conservadora como la arequipeña. Ni jugaba con muñecas, ni era amanerado en mis formas, ni me juntaba con niñas. Yo era un gamberro de armas tomar. A mí nadie me amedrentaba, más bien era yo el que ponía las normas.

Así que no se me hizo difícil tomar todo lo bueno que esos años de puro sol me ofrecieron.

•

Mi falta de vocación por todo lo que no fuera leer me hizo matricularme en la facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Lima. Vivía el presente sin preocuparme por un futuro que siempre tenía el plan B de la fábrica de mi padre. Saberlo, mirar hacia abajo y ver esa red me reconfortaba sobremanera, incluso teniendo la absoluta seguridad de que nunca utilizaría ese comodín.

Yo era guapo, pero, sobre todo, era carne. Carne desbocada. Había probado el sexo en el liceo con una chica que era casi tan guarra como yo. No nos soportábamos, tan solo nos utilizábamos. Yo tiraba de aquí, ella me mordía por allí. Me gustaba poseer. Sé que a veces le hice daño, por eso me dejaba hacer, salvado por mi alto umbral para el dolor.

En Lima me olvidé de todo lo que no fuera un hombre. Me gustaban mayores que yo, culones, incluso un poco afeminados, así que me pasaba por las aulas de los últimos cursos a ver la mercancía, que había, y buena.

El primer curso lo saqué bien porque me entusiasmó la carrera, aunque me cueste reconocerlo. Las lecciones magistrales de Don Romualdo eran puro erotismo intelectual. Acostumbrado a memorizar todo en la escuela, descubrí por vez primera que estudiar era aprender. Integrar. Razonar. Construir una estructura en mi cabeza llena de archivos a los que

recurrir a partir de cuatro claves.

Ese primer año fue un transitar por colegios mayores con chavales de todo el país. Eludía a mis paisanos arequipeños porque no quería el mínimo enlace con mi tierra. De hecho, mi perdición eran los gringos. Cuanto más rubio, más alto y más torpe con el español, más cachondo me ponía.

Debió correrse la voz del tamaño de mi pichula o de mi poca vergüenza, pero no había chimbombo en toda Lima que no hubiese llamado a mi puerta. Lo que no sabían es que a mí me interesaba el mundo mucho más que un buen trasero. Así que mi pinga era mi boleto de entrada a circuitos de intelecto que sacaban lo mejor de mí. Ahí no era brillante, ni erudito, pero sí un magnífico escuchador, y eso está tremendamente apreciado entre los gallitos sabelotodo. Yo me los cachaba, y ellos me enseñaban la amplitud del alma humana.

Así apareció el japonesito en mi vida.

•

Fue producto del azar, lo que da aún más valor a mi conquista, porque si me quedé en esa juerga fue porque me torcí el tobillo al caérseme la bicimoto del Marcelo encima. Yo tenía planes por donde la residencia y me tuve que quedar tirado entre borrachos que se lo bailaban todo. Exageré el dolor para que no me calentaran la cabeza, me tumbaron en un sofá bien chingón entre cojines y trajeron una cubitera para tener siempre hielo con el que enfriar la hinchazón.

—¿Te duele mucho?

Yo me empalmé nada más sentir las manos del Yoisho acariciando mi pie.

Con el tiempo, confesó que ya me había echado el ojo tiempo atrás, en fiestones donde yo montaba el pollo y me sacaba la pichula para calentar al personal. Siempre fui muy golfo, nunca tuve pudores. Él, en cambio, se me había escapado a mí, y no supe cómo, porque fue ver sus ojillos bizcos, el cuello largo, su pecho sin pelo, la nuez subiendo y bajando y ya quise que se parase el mundo. Se me olvidó el tobillo inflamado y la puta universidad, sobre todo, cuando me comentó, mientras me pasaba el paño con hielo derretido, que era su último año de carrera.

—Me aterra volver a Tokio.

Su español era perfecto, con un toque que no era de aquí pero que no lo hacía menos auténtico. Luego me confesó que se medio crio en España y ahí creí morir, porque cuanto más enrevesada era la vida de uno, más excitación, física, me producía.

—Llévame contigo a Tokio —me atreví a decirle esa misma noche.

Y es que la noche fue larga. Insistió en llevarme a un ambulatorio, yo le convencí, en cambio, para que se viniera a cuidarme a mi departamento, donde nos olvidamos de tobillos inflamados y retornos a Japón.

Yoisho era un tipo bueno que buscaba desbarrar, pero no sabía. Yo era un tipo malo que no sabía hacer otra cosa que desbarrar. A él le gustaba mi pinga, a mí sus ojos bizcos y su manera de pensar. Lo quería para mí de forma enfermiza, lo hubiera encerrado con llave para traerle a su cuarto todos los tesoros del Perú.

•

Ese año fue un desastre para mí en lo académico, el más feliz de los posibles en lo emocional. Todo mi mundo era Yoisho, yo era todo para él. Lo traje a mi departamento, le enseñaba las recetas peruanas de mi tata, lo camelaba para visitar todo el país sin más compañía que la mía.

Para él, fue un curso brillante. Debía defender su tesis, que ensayaba conmigo en tardes preciosas de primavera, mientras empezaba a escribir sus primeros ensayos.

No supe ver por entonces que en esos escritos suyos se estaba gestando el final dramático de nuestra relación.

Convencido de su amor por mí, desechó el retorno a Japón con la condición de que yo me centrase en mis estudios. Sin darme cuenta, fue tomando las riendas de la relación, sorprendido por mi capacidad apenas estrenada de dejarme llevar por alguien.

Encandiló a mi madre la primera vez que me acompañó a Arequipa. Encandiló a la ciudad entera, me atrevería a decir, pero solo la jefa de la casa supo ver algo que me confesaría con el tiempo, que entre el japonés y yo había una relación bien caliente.

Los años pasaron ligeros, Yoisho en su mundo de los libros, yo en mis paseos por la facultad. Me engolfé varias veces, lo engañé por derecha y por izquierda con tipos que no me decían nada, probé todo tipo de drogas solo por provocar que me regañara, nos peleamos varias veces más por demostrarnos amor que por motivos que no existían.

Muy a mi pesar, él empezó a trabajar en bares de Miraflores. No tenía la menor destreza para llevar una bandeja con *whiskies*, pero tenía la planta y el exotismo que vendían en una sociedad como la peruana, donde lo japonés es sinónimo de éxito. Yo le insistía en que no nos faltaba el dinero, pero me llevaba las horas estudiando en el bar para vigilarlo, dejándome la vista en la oscuridad, y le montaba tremendos números de celos en cuanto lo veía charlar con algún gringo.

Hablé con mi padre para que lo contratase de lo que fuera en los almacenes químicos de allá, a lo que cedió tras intervenir la jefa, pero Yoisho lo rechazó.

—Te lo agradezco, huevón, pero no voy a trabajar de almacenero.

•

Hasta que un día me asusté. Me sentó dramático en el gabinete para decirme que se iba a Europa. Ya había sobrepasado los treinta y quería conocer a un puto filósofo coreano que impartía cursos en Alemania, y a mí me destrozó el corazón.

Todo lo hice mal.

Le recordé todo el tiempo que le había dedicado, los exámenes perdidos por cuidar de él, el dinero invertido, los celos que había tenido que soportar, cuando aquí el único que engañaba era yo. Le amenacé con dejarlo, le declaré mi amor arrebatado, le prometí suicidarme, le rogué para que me llevara con él.

Cada acción mía era una piedra más entre él y yo, hasta que llegué una tarde al departamento con el pollo frito que le entusiasmaba de Casa Pilón y me encontré el cuarto vacío.

En un papelito de amor me decía adiós con la fría crueldad que lo hace quien ya no es de ti.

•

Me volví a Arequipa encendido por lo que ya para siempre consideré una traición. Mi dolor era tan grande que no cabía en toda Lima, a la que viajaba cada semana solo por comprobar que seguía sin recibir correspondencia desde Europa.

Mi hermana Graciela, ausente de mi vida hasta entonces, comenzó a acercarse a mí. Huidiza de convenciones sociales, estricta en sus horarios de trabajo con mi padre, ennoviada

desde los dieciséis, me hizo un hueco en su casa del cerro para evitarme la soledad, visto que me negaba a volver al nido familiar. Al verme en el espejo de ella, comprendí mi mala naturaleza. Todo en mí era resentimiento y odio, tanto que a veces la Graciela se ponía de parte de Yoisho sin apenas conocerlo.

—¡Lo asustaste, Arturo!

Incapaz de tener hijos, Graciela había terminado un año atrás su matrimonio con un tipo gris que no soportaba el estigma de no ser padre. Fue lo mejor que le pudo pasar, para no sentirse achicada, y a mí, por tener en ella al amigo que no supe cosechar en mis años en la facultad.

Acordó con una conocida limeña que se pasara por nuestro departamento cada viernes, para evitarme el trasiego semanal de ir para descubrir que no había correo. Me animó a postular a un programa de una cadena de radio que subvencionaba nuestro padre, e incluso me intentó buscar una doña con la que juntarme.

—Soy un boyardo, Graciela, ¿cómo quieres que te lo explique?

Pero la doña llegó, y yo caí. De tanto jugar a olvidar a Yoisho, me metí sin buscarlo en una relación enfermiza con una mujer preciosa que me adoraba. No me pedía sexo, que yo sí le daba, ni me pedía matrimonio, que yo hubiera aceptado. Se limitaba a hacerme reír.

Consciente de que le cerraba todas las puertas a un futuro mejor, la enredé en mi juego, y lo que empezó como un compincheo entre Graciela y Elizabeth, terminó por convertirse en veneración por un tipo como yo, que seguía guarreando en los parques de la ciudad.

Mi hermana me hizo una jugada que me arrastró a tomar, junto con Elizabeth, un alquiler junto a la catedral. De allí a la emisora apenas había unos pasos. Fue una temporada feliz en la que creí, por una vez, que mi vida podía ser por fin normal.

Un teletipo, años después, me llevó a la puta realidad.

•

Hablaban del éxito editorial de un ensayo escrito por un filósofo peruano-japonés. *El regalo de las deudas*. No solo me daba de bruces con Yoisho en todo su esplendor, sino que leyendo su biografía comprobaba que nunca dejó de vivir en Lima todos estos años. Lo decía claramente en la contracubierta. «Un reconocido licenciado de la universidad de Lima, residente en la capital peruana, que viaja frecuentemente a universidades europeas».

Siempre estuvo acá, nunca me buscó.

Esa misma tarde me hice con un ejemplar de su *best seller*. Lo oculté a Elizabeth como si estuviera escondiendo a un amante tras la cortina.

El libro era todo él. Su desarraigo, el temor a sus hermanos, la frialdad de su madre, sus andanzas limeñas, el sexo salvaje conmigo… y un beso de amor.

Un beso de amor a los dieciséis.

Un beso de amor del que nunca me había hablado y que se convertía en el tema central de todo el ensayo. *El regalo de las deudas*. «Esas deudas que acumulamos en el subconsciente y que nos hacen seguir hacia delante sin saber que todo nuestro camino no es sino una penitencia por saldarlas. Mi deuda no es sino un beso que no supe agradecer».

Todo el libro lo llenaba esa frase, aunque yo apareciera en cada rincón. Yo lo había cuidado, me lo había comido a besos, lo había chingado con el alma y apenas era sino una anécdota en su relato.

Esa noche le dije a Elizabeth que no podía seguir con ella. Dejé mis cosas en casa de mis padres y me fui con un petate a recorrer las calles de Lima para dar con él.

•

Supe conectar cuatro informaciones básicas para localizarlo no lejos de nuestra calle de entonces. Solo por la fachada del edificio adiviné que le iba muy bien, lo que no sabía si me alegraba, porque desconocía lo que yo quería sentir por él.

Me recibió con un entusiasmo que aprecié como sincero.

Aturdido, me dejé llevar por él. No hubo disculpas, ni mencionó daños pasados. Me desnudó, me comió a besos, excitadísimo, y me invitó a colocar mis cosas en el armario.

—Quédate el tiempo que haga falta.

Tal vez me vio desarmado. Mi imagen con el petate a cuestas, mi cara de cordero degollado, mi forma de volver a besarle, fueron argumentos suficientes para acogerme como si no hubieran pasado años desde el día de ayer.

Semanas después, recibí un telegrama de Graciela en mi departamento. Elizabeth se había estrellado con su coche en las carreteras empinadas de Puno.

Fue ese momento, en el que no lloré su muerte, cuando descubrí que siempre iba a ser un cabrón.

•

Las preguntas a Yoisho vinieron lentas, pero en tropel. Acerca de esos años, de sus viajes, del filósofo coreano y de las conferencias en Alemania. En sus respuestas veía cariño hacia mí, mucho, tanto como una distancia imposible de salvar entre él y yo.

Sus padres vinieron al poco y me los presentó. Como un amigo de estudios, como un filósofo reconocido, cosa que era mentira, como una persona que le ayudó en sus tiempos de universidad, algo que era la pura realidad. Nunca como su novio.

Una tarde de paseo, con Yoisho agarrado a la cintura de su padre, le pregunté a ella por el niño del beso, sin hablar de sexualidad.

—Se llamaba Pablo —me dijo ella, en un rudimentario español—. Era su mejor amigo.

No quise preguntarle más, pero entendí que quería hablar.

—¿Eres su pareja?

—No —le respondí, sincero.

—¿Nunca?

Esa mujer necesitaba una respuesta, pero no podía ser yo quien sacara a Yoisho del clóset. Me sentí violentado.

Le dije nunca, con la boca, y le respondí que siempre, con los ojos.

•

Cuando se volvieron sus padres a Japón, yo lancé toda mi artillería, convencido de que habíamos vuelto a empezar, de que su casa iba a ser la mía. Tenía que arriesgar. Así que todos los misiles salieron en la misma dirección, pedía explicaciones por no haber escuchado lo del beso. Al pedirlas, los dos lo sabíamos, estaba protestando por no ser más que un personaje secundario en su ensayo.

—No he supuesto nada para ti —le echaba en cara, con tono dramático.

Sus reacciones, calculadas, no venían sino a confirmar que sí, que no había supuesto nada

esencial para él. Su carácter, lento, de sangre fría, habría incluso podido integrar a un tipo como yo en su vida. Salvo cuando le montaba numeritos, yo le hacía la vida cómoda. El problema estaba en mí, en mi incapacidad de asumir no ser amado con desgarro.

Esas semanas fueron un encierro para corregir la traducción al japonés de *El regalo de las deudas*. Apenas me dejaba entrar en su habitación para traerle o retirarle la comida e intentar comerle la pinga. Poco más.

Una de las escasas noches en las que lo retuve en el sofá para ver el programa de María Emilia, sonó la llamada menos esperada. Su madre se estaba muriendo.

Ahí supe que se acababa todo. Quise acompañarle a Tokio, pero me rechazó, una nueva confirmación de lo que yo representaba para él. Le pedí quedarme con el alquiler del piso, para hacerme ahí fuerte cuando volviera, pero no lo resistí.

•

Llegué a un acuerdo con mi padre y me ofreció integrarme en el departamento de comunicación de sus oficinas en Madrid. Graciela se vino conmigo. El negocio paterno en Europa era pura distribución. Los hangares españoles no eran sino enormes naves vacías y en las oficinas éramos cuatro gatos. Había mucho de compasión en ese puesto de jefe de prensa, porque había poco que vender que ya no estuviera vendido.

Me daba igual. Yo había escapado a Madrid por no poder escapar a la luna. Maldecía a cada despertar el desprecio de un Yoisho que me dejó de llamar en cuanto vio mis reacciones enfurecidas cada dos por tres. No quise hablarle de mi nueva experiencia en España, ni de mi vida junto a Graciela, ni siquiera le comuniqué que la casa que habíamos compartido ya no existía.

Madrid se me ofreció como el regalo perfecto para mi perversión. Me desaté de todo para entregarme a la ciudad, de la que pronto me hice con cada antro, en la que comencé a descubrir tipos que me volvían loco, donde descubrí que olvidar al japonés era una posibilidad real.

Graciela se me hizo cómplice. Iba, venía, cambiaba de peinados, se compraba vestidos imposibles, incluso transformó su acento al español en menos de seis meses. Yo le contaba cada chingada, ella se reía con todo y de todos. Aún austera en sus sentimientos, sabía que tenía más de un rollo con chavales a los que doblaba en edad. Estábamos pervertidos como comadrejas.

•

Conseguí entrar en un programa de radio de una emisora latina, me matriculé de varias asignaturas en la Complutense y convencí a mi padre para montar una pista de patinaje en uno de los hangares abandonados de la empresa.

Todo rulaba sincronizado, hasta que, una tarde, en La Casa del Libro, encontré la segunda edición de *El regalo de las deudas* en la sección de ensayos. Guapísimo en la foto de contraportada, Yoisho volvió a mordisquearme el corazón. Comprobé en su web que vendría a Madrid y me negué a memorizar la fecha, a lo que no pude resistirme fue a hacerme con un ejemplar.

Graciela quiso tirarlo nada más verme tumbado en el sofá con el libro entre las manos.

—Vuelve a sacar al chingón del beso.

—¿Y a ti? —preguntó ella.

—A mí ni una ínfima mención.

—Desagradecido —rumió mi hermana.

Ese «desagradecido» se me clavó en el corazón, era el acicate que necesitaba, sin saberlo, para creer en mi injusticia. ¡Lo decía mi bendita hermana! Era suficiente argumento para la venganza. El japonés por el que hubiera dado la vida me ninguneaba, despreciaba mis años de entrega absoluta para alabar al mismo tiempo a un jovencito español que lo único que hizo fue darle un beso cuando él estaba dentro del clóset.

No sabía organizar toda una estructura de batalla, pero con esa sentencia de Graciela, «desagradecido», comprendí que el primer paso innegociable era encontrar a ese huevón. Luego ya vería qué hacer con él, qué armas utilizar para destruir el mito, cómo conseguir que se cayera a los ojos de Yoisho. Lo fundamental, desde ese día, fue encontrarlo.

Para ello, contaba con una información preciosa, mi paseo con la señora japonesa, ya difunta, por los parques de Lima. De allí retuve el nombre de Pablo y una madre notaria, ¡la única de la ciudad! La ciudad era Huelva, así que no tendría mayor problema en dar con su dirección. Por mis cálculos era casi seguro que estaría jubilada, pero bastaba con investigar un rato más o menos grande por Internet para dar con ella.

•

No fue fácil, pero mi acento meloso hizo el resto, hasta dar con su dirección. Me informaron que ya no ejercía y, tras insistir en uno y otro lado, me confirmaron que padecía una enfermedad terminal. Tomé camino a Huelva esa misma noche en un carro de alquiler.

Resultaba fundamental mirar el buzón de correos, ya que ahí estaba la clave de la investigación, dar con los dos apellidos de Pablo. Recé para que no fuera López ni González, sino un algo enrevesado que facilitara la búsqueda.

Pablo Roca Gutiérrez, pude componer, a partir de los nombres de los padres.

¡No estaba mal!

Ya en la casa, dudé si subir. Encontrarme a una señora medio moribunda no era plato de buen gusto, y mi prioridad era buscar en redes sociales la forma de dar con el puto niño del beso. Sin embargo, fui fiel a mi arrojo y golpeé la puerta con los nudillos. Me abrió un señor bien maqueado con cara de malas pulgas. Forcé mi acento castellano.

—Buenos días, caballero —temí que pensara que viniese a venderle algo—. Soy amigo de la familia. Fui compañero de su hijo Pablo en el liceo y llevaba tiempo sin venir por Huelva.

—¿Qué liceo?

Apareció por detrás una señora delgadísima con un pañuelo cubriendo una cabeza sin pelo. La notaria terminal.

—Perdone. —Apartó a su marido, lento y torpe en su reacción—. ¿Qué quiere de mi hijo?

—Tan solo localizarlo, señora. Hace veinte años que no nos vemos.

—¿Para qué?

—Para abrazarlo.

Los dos viejitos se miraron. Él, con la mirada perdida, se delató.

—Otro maricón —le dijo a ella, sin preocuparse en disimular el tono.

Un ramalazo de simpatía por Pablo me invadió en ese momento y comprendí que la tarea de destruirlo podría no ser sencilla. ¿Y si empezaba a descubrir la potencia del beso de ese chaval?

—Tiene una librería en Sevilla —afirmó la mujer, mientras hacía por cerrar la puerta—.

Con un letrero en francés, de una obra de Maupassant —comprendí que la señora era culta, tanto como que era un matrimonio bien conservador—. Aquí hace siglos que no viene.

—¿Por qué? —No tenía nada que perder.

La señora cerró la puerta y desde dentro, ronco, sonó un grito demoledor.

—¡¡¡Por maricón!!!

•

De repente, me vi imbuido por el niño del beso; de golpe, me olvidaba de Yoisho y solo quería saber de él. Por él y no por otro que me llevase a querer conocerlo. Imaginé entonces, por primera vez sin espanto, a ese chaval de dieciséis años dando un beso no correspondido, en un ambiente tan huraño como el que acababa de darme con la puerta en las narices. Lo compadecí; entendí de un fogonazo el tremendo peso que arrastraba mi japonesito desde entonces.

Busqué un hotel en Huelva. Necesitaba dormir.

A la mañana siguiente, me acerqué al muelle de Riotinto, ese que Yoisho explicaba sin nombrar, esa imponente estructura metálica a cuyos pies se les paró el mundo a esos dos chavales. Busqué por internet, sentado en piedras bajo el muelle, las librerías de Sevilla. Hasta dar con una, Pierre & Jean, que me hizo sospechar. Consulté la bibliografía de Guy de Maupassant y, efectivamente, era una de sus novelas cortas. ¿Por qué Pierre & Jean? Decidí leerla. Quería saber todo de Pablo, el niño del beso.

•

Esa misma tarde comí al sol en una terraza del centro de Sevilla. Me entretuve con un café para dar tiempo a que el negocio abriera, y allí me planté, con toda la pureza de quien sabe que nadie me conocía en esa primera vez. Nervioso como no lo estuve nunca, fui tomando libros con el pulso descontrolado. No veía a nadie que pudiera corresponder con la edad de Yoisho, ni había en la caja quien pudiera darme una pista.

Un joven churrísimo, como salido de una revista de modelos de surf, se me acercó.

—¿Busca algo en concreto de filosofía?

Azorado, entendí que lo mejor era decir que sí, si lo que quería era saber más de lo que allí ocurría.

—Busco *El regalo de las deudas*. —El joven puso cara de no saber—. De Yoi K.

—¿Yoi K.? ¿Oriental?

—Japonés. —La curiosidad en él era una oportunidad en mí—. Es muy famoso en América Latina.

—Se lo puedo encargar —propuso—. Soy licenciado en Filosofía y el jefe me ha dado la responsabilidad de esta sección, así que no se me puede escapar algo así.

—Yo también estudié Filosofía. Para mí, es un libro imprescindible. En la estela de Byung-Chul Han.

—¿El coreano?

—¡Sí! Yoi K. es su protegido. Vivió muchos años en el Perú. —No sabía si me estaba delatando demasiado, pero sí sabía que me convenía establecer un hilo fuerte con ese chaval. Mi cuerpo era adrenalina incontrolable—. Ahora es toda una estrella mediática en Japón. —No sabía si dar el salto, pero lo di—. Yo fui su amante durante toda su juventud.

El chaval no salía de su asombro. A mí me excitaba sobremanera su piel blanca, los

mofletes colorados, sus ganas de saber.

—Me llamo Arturo.

—Yo soy Alejandro.

Rechazó mi mano y me dio un par de besos, una forma sutil de confiarme su homosexualidad. Me pidió que me acercase a la caja para anotar los datos del libro de Yoisho. Yo le pregunté, interesado por saber de Pablo, si no tendría que consultarlo con el jefe.

—Esta tarde no viene.

Lo que, en principio, parecía mala noticia, no era sino la mejor forma de preparar el terreno. Quería a toda costa que Alejandro se acercara a Yoisho, que de alguna manera estableciera algún hilo que llevase a Pablo a mi japonés. Tenía que mostrarle al objeto de su deseo, antes de destrozárselo. El juego me excitaba a más no poder.

—A Yoi K. lo puedes ver en sus vídeos de YouTube —lo envenené de curiosidad—. Una vez que lo escuchas, no puedes dejar de buscarlo una y otra vez.

—¿Qué pasó entre vosotros? —Se tocaba, literalmente, el corazón.

—Murió su madre, volvió a Japón y la distancia hizo el resto.

Tan potente fue la escena que Alejandro aceptó mi invitación a cenar. Él me propuso el sitio, y allí aparecí yo recién duchado. Estaba entrando en un camino complejo que podría llevar a muchos lados, por lo que tenía la cabeza a cien. Decidí hacerle una sola pregunta acerca de Pablo con idea de organizar mi estrategia antes de volver a Madrid. Los siguientes pasos con el niño del beso quería darlos exclusivamente yo.

—¿Tu jefe sabe que eres marica?

Alejandro explotó en todos los colores. Usé esa palabra a conciencia, por la carga siniestra que albergaba.

—No —respondió, para mi alivio.

Haberle hablado de Yoi K., insistirle en que viera sus vídeos, incitarle a leerle, era un hilo fino en mi estrategia que se podría romper, pero tener contacto directo con Alejandro era una garantía de no perder de vista a Pablo desde Madrid.

—Él lo puede imaginar, ¿sabes? Mi jefe también es gay —me confesó, inocente—. No he tenido nunca problemas con mi sexualidad, pero aún no tengo la confianza con él como para contarle historias de mi vida personal.

—Pero él sí te las cuenta a ti, por lo que veo. —No quería alargar la conversación acerca de Pablo, pero me tentaba saber más de él.

—Me lo dijo el día que me contrató. Me hizo un resumen de su vida, y yo no aproveché la ocasión para abrirme a él. Estaba buscando un trabajo, no un amante.

Corté por lo sano la conversación, cada vez más prendado de la figura del niño del beso. Le propuse una botella de vino, a la que él dijo que sí con un nuevo acaloramiento de mejillas, pero me equivoqué al pensar que iba a cachar con él.

—Me van los tipos de mi edad —me dijo, apurado, cuando le propuse venirse al hotel.

•

Me mantuve en guardia varios días, refugiado en mis rutinas madrileñas. Me vi los vídeos de Yoisho con los ojos de Alejandro y mantuve con este un mensajeo distante pero afectivo. Él estaba por mis huesos, pese a no querer sexo conmigo, lo propio de un chaval embaucado por un señor apuesto bien machote con treinta vidas vividas más que él; yo, en cambio, estaba por los huesos de Pablo. Necesitaba verlo, analizarlo, cachármelo, saber todo de él.

Luego ya decidiría qué hacer con toda esa experiencia, pero primero habría que generarla. Si en Pablo encontraba a un hombre medianamente interesante, no me molestaría siquiera en saber más de él. Había, sin embargo, dos posibilidades bien grandotas. Que el tío fuera una bomba, de bondad o de maldad, englobando en lo primero todo lo grande que puede hacer de una persona un ser particular. Si fuera lo segundo, ya me encargaría de hacérselo llegar a Yoisho. Mi miedo, en cambio, es que tras ese beso de entonces hubiese un tipo brillante, ese que marcó de por vida a mi japonesito, ese que se vislumbraba tras el grito de su padre tras la puerta, el que llenaba de chiribitas los ojos de Alejandro.

¿Qué haría con él?

La mayor venganza sería enamorarlo y que esa historia de amor llegara a oídos del gran filósofo japonés que me despreció.

•

Cuando volví a Sevilla, ya tenía un plan establecido. Me hice pasar por repartidor de Amazon para conseguir la dirección de Pablo, tras llamadas insistentes a la librería. Comprobé a través de Google dónde se situaba y busqué alquileres cercanos desde donde controlarlo. Si no cerré ninguna operación fue porque quería asegurarme bien la jugada. Me informé de todos los garitos de Sevilla, los mejores restaurantes, las saunas y cafeterías donde se moviese la fauna homosexual.

Así que, el día que llegué, ya estaba casi todo hecho. No quise decirle nada a Alejandro, que ya había aflojado el ritmo de mensajes, para evitar compromisos que no deseaba. Lo que sí tenía por seguro es que ya estaba enganchado a sus vídeos de YouTube, tanto que pensaba apuntarse a una academia de japonés. Le animé a escribir a Yoisho, me constaba que leía todos los correos, y uno procedente de España podría llegarle al corazón.

Lo primero que hice al llegar a la ciudad fue acercarme a la inmobiliaria con la que tenía concertadas varias visitas. Había un piso, destartalado, que se había convertido en mi primera opción. La casa de Pablo era inmensa, de grandes ventanales, y desde ese departamento podría controlar sus movimientos.

La visita fue mejor de lo esperado. Aún jugaba con mi anonimato, así que entré y salí del edificio varias veces hasta asegurar que lo que tenía frente a mi ventana, a algo más de altura, era el salón del niño del beso. La chica de la agencia se extrañaba con mi obsesión por mirar por la ventana y las preguntas propias las hacía más ella que yo. Sobre la llave de paso, los meses de fianza, la calefacción y los útiles de cocinar.

Me instalé ese mismo día.

Ya solo quedaba esperar. Tras una larga siesta, al ver las luces de enfrente apagadas, me acerqué a la librería, sin entrar. Allí vi a Alejandro asomado a la puerta, con sus vaqueros bien apretados y el móvil en las manos. No mucho después apareció Pablo desde el interior.

Caí rendido.

Esperé apostado en un café con vistas al local, en esos momentos de plenitud vital en los que me regocijo. Necesitaba con urgencia estar con él, mirarle a los ojos, pedirle que me contara, de cómo se hizo mayor, de qué fue de su vida, de qué recordaba de Yoisho, del terror del grito de su padre, de qué le gustaba que le hicieran en la cama.

Lo seguí hasta su casa, lo observé desde mi ventana, a oscuras, mientras picaba de la nevera, se arreglaba, bailaba al son de una música que no conseguía escuchar. Lo seguí cuando salió, dirección de nuevo a la librería. Se dirigió a un hotel, volvió a salir, se fue al portal de al

lado y entró.

Me convencí de la realidad de mi presente. No tenía prisa. Así que me aposté en el escalón de una puerta el tiempo necesario hasta que saliese.

Yo iba guapo como nunca.

El tiempo pasó y yo dudé mil veces. Hasta que apareció.

Iba contento, se reía él solo, caminaba rápido. Lo seguí por calles estrechas, creí perderlo un par de veces, hasta que llegó a su destino. Un local en la calle Perafán de Ribera.

Esperé unos segundos y entré. Era una sauna. Una sauna gay. Pagué, me desnudé, tomé mi albornoz y pedí un mojito. La suerte estaba echada. Él estaba solo, y yo ataqué.

—¿Eres de aquí?

Sé que le gusté. A mí me revoleó. Lo miré con mis ojos, con los de Yoisho, con los del mundo entero, y entendí que estaba ante alguien muy especial.

Me aceptó una copa, me habló de la sauna, se rio con mis historias. Mucho. Pero supe que yo no era para él. Que podríamos tener el mejor sexo, las mayores risas, que era un candidato perfecto para ser un gran amigo. Había algo en él, sin embargo, que me resultaba inalcanzable, que me provocaba la inseguridad suficiente para no dar el gran salto.

En sus ojos había bondad.

De las dos posibilidades, me encontré con la bomba buena.

Rechacé, sin saber por qué, la posibilidad de enamorarlo. Le dije que solía venir por Sevilla, nos intercambiamos el teléfono y él se largó con un tipo al que no era la primera vez que veía.

Fue tal la impresión que rápido me arrepentí de haber alquilado el departamento, al que volví con el rabo entre las piernas. Desde allí, me asomé a la ventana, vi luces encendidas y a Pablo apoyado contra el cristal. Saqué mi cámara en mi habitación a oscuras y lo fotografié. Él me saludó, sin verme. Qué diantres. ¡Tenía que acabar con él!

•

La siguiente vez que bajé a Sevilla lo hice por ver a Alejandro. Madrid sacaba lo peor de mí, lo que provocaba que la ola del vacío se hiciera cada vez más grande. Ese chaval, en cambio, me acercaba a Yoisho, a Pablo, al precipicio.

Me dijo que lo recogiera en la librería, pero inventé horarios de tren para citarlo por la Alameda. Tras hacerme mucha fiesta al verme, ponerme al tanto de sus últimos días y explicarme qué sitios de ambiente eran los que no podía perderme de esa gran plaza, pasó al tema Yoisho.

—Me tiene entusiasmado.

Entonces yo fui al grano, quería romperlo todo. Y le conté. Sin nombrarle a Pablo, le conté.

—Sé cómo puedes hacer para encontrar al niño del beso —le dije. Él abrió los ojos como platos—. Solo tienes que ir a un liceo de Huelva e interesarte por la orla de su promoción.

Él me pidió más información, yo, con una sonrisa malévola, le dije que no se la podía dar. No quería darle el nombre de Pablo, debía encontrarlo él.

—Nadie nunca supo descubrir a ese adolescente que le cambió la vida. Te lo estoy regalando yo. Cuando lo tengas, díselo. Entonces tendrás en la palma de tu mano al filósofo superventas, porque toda su vida es una búsqueda de ese chaval.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque me muero de los celos. —Nunca fui más sincero.

Alejandro fue al Rábida, habló con la jefa de Estudios, le mostraron la orla y se topó con la foto de Pablo. Yo esperaba su llamada.

—Lo peor que harías sería contárselo a tu jefe —le dije, con tono épico—. Da la oportunidad de que Yoisho haga realidad sus sueños. ¡Escríbele! ¡Dile que tienes a su niño!

•

Una tarde, tomaba un café con Graciela en Gran Vía, Pablo me llamó. El corazón me dio un vuelco. Mi hermana se interesó por saber qué pasaba, yo le quité importancia. Había visto unas imágenes del golpe de estado en Perú y se acordó de mí. Agradecí su llamada, le propuse una copa, sin decirle que estaba en Madrid. Él aceptó a la primera. Tomé el AVE. Esa noche, divertidísima, cayó en mis brazos.

Despojado de toda intensidad, pasé el fin de semana con él. Sin besos forzados ni caricias, con mucha sonrisa, nos pusimos al día, yo con mis mentiras, él con su verdad. Me embaucó con el relato de su angustiosa adolescencia, en la que en ningún momento introdujo a Yoisho, la expulsión de su casa al grito de maricón, su llegada a Marbella, el sexo por dinero, las noches al raso en París, el rescate de su hermana, la conquista de su amante millonario, su muerte, el negocio, la vida.

Lo mío fueron medias verdades, porque todo debía de medirlo por si alguna vez me descubriese, de forma que no fuese tan grande el abismo entonces entre mis dos yos.

Fueron semanas en las que Yoisho me bombardeaba por todos lados. En las llamadas de Alejandro estaba él, perdido en la emoción de volver a ver a Pablo; en los encuentros con Pablo estaba él; en lo más recóndito de mis remordimientos estaba él.

Más nos veíamos Pablo y yo, más me ardía la conciencia. Más se acercaba a mí, más me contradecía, menos coherente era, más asustado estaba.

Y así no se puede enamorar a nadie, menos a un tipo inteligente y sensible que hubiera estado por la labor. De forma que mi Pablo se desdobló en dos, el amante al que veía, el amor con el que soñaba. La persona a la que admiraba, el personaje al que quería destruir.

Cada feo que Pablo me hacía lo multiplicaba por cien, cada sonrisa que me sacaba la guardaba en el cajón de los reproches. Lo bonito que había en él lo ensuciaba con argumentos inventados, previendo que un día me repudiaría.

•

Realquilé mi piso a precio de saldo con la condición de mantener las llaves y el anonimato. Mi anuncio lo contestaron en tropel nada más publicarse y ya ese mismo día se trasladó un señor mayor casado con una joven peruana. Tiró la patria. Les expliqué que yo viajaba mucho y apenas pasaría varios días al mes. Les dije que trabajaba para el servicio secreto peruano y nadie podía saber nunca nada de mí. ¡Debí haberme dedicado a la interpretación en mis años en la universidad de Lima!

Empecé entonces a construir el dosier que destrozaría al niño del beso. Que lo utilizase sería otra cosa; tenerlo, lo quería tener.

Había que diseñar a un monstruo. Un monstruo promiscuo, perverso, drogadicto, narcotraficante, poco fiable, inmaduro, mentiroso. Un Pablo a la carta para servirlo frío.

Así que lo fotografié desnudo en la ventana, le grabé sus perversiones con jóvenes en las

saunas, transcribí sus relatos con su amante, los tejemanejes de éste con el narco, lo llevé a orgías con cámaras preparadas, le hice repetir frases que no sentía.

—Muero contigo, Mauro. —Yo era Mauro para él.

—Me encanta ese acento, Pablito, dímelo otra vez, aunque sea mentira.

•

Llegó entonces el día en el que Alejandro me anticipó que Yoisho entraba en acción. Ansiaba el momento en que aterrizase en Sevilla, en que yo pudiese meterme en escena, mostrarle lo que había, plantarle cara. Sin embargo, Yoisho propuso regalarle un viaje a Japón, lo que me desarmó.

—Ha reaccionado mal con mi entusiasmo —me confesó el chaval—. De pronto, sospecha que hay algo sucio en todo esto. Se echa atrás. No quiere saber nada de mí. No me cree.

Mi excitación no podía con tanto salto hacia uno y otro lado. Esto tenía que acabar.

—Háblale de mí. Rompe tu promesa conmigo —insistí a Alejandro—, y explícale por dónde ha empezado este despropósito.

Eso haría que todo cuadrase, que la historia ganase en credibilidad, que Yoisho no se echara hacia atrás, que el bólido tomase carrera de nuevo hasta reventarse contra la pared.

•

Por mi lado, tenía a Pablo en la palma de mi mano, sin él saberlo. Inocente, vivía su vida sin estridencias, tal vez sin ser consciente de lo feliz que le hacía su librería, de lo protegido que estaba por sus amigos, ¡esas cervezas diarias en casa de Lara! ¡Qué no hubiera dado yo por ellas! De la satisfacción intelectual que le reportaba dirigir una revista cultural. Sus viajes, sus cenas, su sexo. Sin embargo, había un desajuste en Pablo complejo de analizar, consecuencia de profundas heridas sin cerrar que limitaban su capacidad de darse, pero, sobre todo, de creer a los demás. No era algo forzado por él, que ni tan siquiera podría verlo, aunque se lo explicasen, se trataba de un sutil velo de acero transparente que lo constreñía. El daño provocado por sus padres me parecía irreversible en él, un tipo que me atraía con una fuerza devastadora y que, al mismo tiempo, me aterrorizaba. Había algo inhumano en Pablo, una especie de anticuerpo que había creado su organismo y le hacía inmune al cariño real. Ese anticuerpo le prevenía, con armadura y espada, de todo lo que fuera amor.

Pablo era todo corazón sin saber que su corazón se lo quitaron el día en el que lo repudiaron.

Ahí tuvieron mucha culpa sus padres, sí, pero Yoisho también.

•

Cada vez bajaba más a Sevilla, refugiado en mi búnker de ventanas cerradas desde el que espiaba a Pablo.

Apenas quedaba con él, de hecho, hacía más vida con Alejandro, a pesar del riesgo de que un día me descubriese Pablo con él. Supuse que el chaval lo podría sospechar, pero yo me limitaba a reírme cuando me preguntaba si no iba a dar el paso de conocer al niño del beso.

A quien sí conocí, y me abrió las puertas definitivas al vicio de la ciudad, fue al novio de Alejandro. Avispado, era un tipo muy despierto que pronto percibió que yo era alguien

importante para su chico y se agarró a mí. Estudiante de Bellas Artes, hijo de madre soltera alcohólica, Martín se dedicaba a trapichear con drogas para vivir mejor de lo que se le suponía. Me recordaba a mi versión más canalla de mi época universitaria. Gamberro, cómplice, simpático, me suministraba material para mis días tristes.

Me asustaba lo mucho que me gustaba la tina, esos días enteros de placer que dejaban a la coca como un enganche de tontos. Presenté a Martín a mis inquilinos, le di unas llaves del piso. Me divertía con él. Yo creo que no nos metimos mano, sin haberlo hablado, por no perder nuestra complicidad por un mal polvo. El chaval se ofreció a mí. Que Alejandro estuviese tan enganchado de Pablo lo atormentaba, por mucho que no lo reconociera, así que me dijo que contara con él.

—Tengo línea directa con los protagonistas de tu pesadilla —se atrevió a decirme.

Yo lo llamaba a menudo, lo invitaba a comer, le preguntaba, mucho, por Alejandro, por Pablo, por lo que pudiese llegar a sus oídos de Yoisho. Era Martín un tipo que no me gustaba, un perro callejero sin manada en la que camuflarse, un jovencito que no podía imaginar las tormentas que se desataban en mi cabeza al pensar en cómo podía reaccionar mi japonés cuando supiera que yo estaba en el centro de toda esta historia sevillana de venganza.

•

Una de esas noches de espera, atento a cada sonido del móvil por ver si Alejandro me daba noticias frescas, por malas que fueran, me fui a la sauna. Había noches, como esa, en que me sentía viejo. Ni un mínimo guiño de ojos, ni una maldita conversación. ¡Era transparente entre tanto niño musculado! Al salir del local, bien entrada la madrugada, un tipo me paró para pedirme fuego, alguien me dio una patada en la espalda, noté un puñetazo en la cabeza y vi sangre en el suelo. El dolor era intensísimo.

—¡Asco de maricón! —gritó uno de ellos.

Me refugié como pude en un portal al ver entrar a un chaval, que se apiadó de mí al ver mis heridas. Cuando conseguí tranquilizarme, salí a la carrera hacia mi departamento. Tuve la mala suerte de cruzarme en el pasillo con mi inquilino, que se asustó.

Aterrorizado, no tenía a quién llamar, apareció Martín en mi cabeza. Eran las tres de la mañana y allí se presentó, solícito. Sé que bajó a la farmacia, que me inyectó algo fuerte para calmar el dolor, que estuvo varios días a mi lado, durmiendo conmigo, haciendo vigilia.

—¡Cómo puede haber tanto odio! —me quejaba.

En cuanto, días después, bajó la hinchazón de los tobillos, con los que se habían cebado a patadas, pedí a Martín que me llevara a Santa Justa. Quería desaparecer de esta maldita ciudad. Mi hermana me recibió en Madrid con aires de terror. Preparó todo, decidida, para volver al Perú.

—Al Perú o donde sea, Arturito. Aquí no nos quedamos ni un día más. No sé qué negocios te traes por Sevilla, pero esta fiesta venenosa se acabó.

No le permití que comprara los billetes ni le di mayor explicación de mis heridas, que sané colocándome al sol de la terraza de nuestro departamento de la calle Ibiza.

•

Sin imaginar de la misa la media, no tardó Alejandro, apenas unos días, en relatarme acerca del horror del japonés al oír hablar de nuevo de mí.

Siguiendo mis instrucciones, le había confesado a Yoisho, una semana atrás, que era yo quien estaba en el origen de todo, que un día aparecí en la librería para decirle que iba tras la pista del niño del beso. Que fui yo quien le habló a Alejandro de él, de su ensayo, de su vida junto a mí.

Me daba miedo preguntarle qué barbaridades podría narrarle Yoisho sobre nuestro pasado, aun con la esperanza de que hubiera un poquito de amor guardado. Alejandro apenas se abría a tratar el tema, sino que se centraba en hablar de lo excitado que estaba por volver a encontrar a Pablo, del miedo que tenía a su rechazo.

—Ya me ha enviado los billetes. En tres días lo introduciré por debajo de su puerta.

—¿Por qué en tres días? —pregunté.

—Porque antes quiere ir al templo de Izumo Taisha a pedir por él.

•

La noticia me encendió. En unos días habría cambiado el mundo de los dos. De Yoisho y de su niño del beso. ¿Qué iba a ser yo desde entonces para ellos?

De no querer volver a pisar Sevilla por el resto de mi vida, pasé a la agonizante necesidad de bajar. Me agarré a la insistencia de Martín en que fuera a un *chill* que iba a ser la caña, con gente guapa y nuevas drogas de diseño. Esa tarde llamé a Pablo, nos pusimos de acuerdo en vernos, y bajé a Sevilla.

Pablo me recibió desganado, pero yo saqué lo mejor de mí para engatusarlo. Moví Roma con Santiago para conseguir reserva en el Cañabota, donde fuimos a comer, pasamos por su casa, nos fuimos a la sauna y empezamos a beber.

—¿Y esos moratones por medio cuerpo?

—Prácticas sexuales de riesgo —bromeé, pero conseguí callarlo.

Tras varios vodkas limón, nos plantamos en la casa de Airbnb donde Martín había localizado el mejor *chemsex* del año. Entonces comenzó la orgía de inyecciones entre los dedos de los pies. Yo quería que dejaran fuera de juego a Pablo, que tuviera que buscarlo la policía, que cuando Alejandro metiera el sobre bajo la puerta, no hubiera nadie para agacharse a recogerlo. Tuve la tentación de golpear a Pablo, de escupirle, de decirle que lo odiaba, al puto niño del beso. Me fui hacia él, lo abracé, me caí al suelo, me reí entre empujones. Pensé en grabar cómo pinchaban a Pablo, para enviar el vídeo a Japón, me toqué el corazón, acelerado. Pedí agua. Pregunté dónde estaba. No contemplé la posibilidad de que me dejaran descolocado a mí. Me metieron una dosis en el límite de ser mortal y me desvalijaron hasta las orejas.

Desperté dos días después, desnudo, con los manotazos de un policía en mi cara.

—¿Qué ha tomado usted?

Yo solo supe preguntar qué día era. Había una ambulancia en la puerta, y el sobre ya debía estar en manos de Pablo.

•

Los días en el hospital fueron eternos. Mis problemas pulmonares se habían complicado tras haber pasado varios días tirado como un perro, el azúcar lo tenía por las nubes y andaba deshidratado. Al ir indocumentado, tuvieron que esperar a que yo entrara en razón para interrogarme. En cuanto me dieron el móvil, llamé a mi hermana para que bajase a por mí.

Pensé en denunciar a Martín, pero no tenía seguridad de nada. No recordaba si él estaba

allí en el momento de los pinchazos, no tenía claro cuánto pude hablar con él. Temía por Pablo, a quien imaginaba en una habitación cercana del hospital.

—¿Qué te ha pasado, mi vida? —Graciela apareció como una exhalación, confundida, asustada.

—¡Sácame de aquí!

•

Me dieron el alta al día siguiente y aprovechamos la noche, con la cama contigua vacía, para sincerarnos. Me dio miedo que me ocurriese algo y mi hermana no supiese otra vez de mí. Me avergonzaba reconocer de nuevo mi perdición por Yoisho, ese rol de espía apaleado que tan poco casaba con mi carácter fuerte. Le narré el viaje a Huelva, la visita a la librería, mi complicidad con Alejandro, la seducción a Pablo, el mercadeo con Martín.

—¿El japonés no sabe nada?

—Sí —confesé, ridículo—. Le di permiso a Alejandro para que le hablase de mí.

Con el rabo entre las piernas, volví a mi piso de Madrid. Graciela tenía razón al decirme que había sido la lección definitiva. Ella siempre creyó en mí, no veía maldad en mis obsesiones, sino a un tipo rudo en su forma de procesar las emociones. Me gustaba escucharla porque sacaba la mejor versión de lo que yo en realidad no era.

Martirizarme servía de poco, esperar una llamada hubiera sido frustrante, de modo que pedí a mi hermana que me consiguiera un número nuevo para enterrar en el anterior teléfono toda la basura que me había provocado el odio a un tipo que representaba todo lo que yo no supe conseguir.

Tenía Madrid a mis pies, aún me llevaba de calle a algunos veinteañeros y no faltaba dinero con el que golfear.

Una noche de luces apagadas en que veíamos el tercer episodio de *The last of us* por quinta vez, Pablo llamó a mi hermana.

—Arturo, es para ti.

PABLO

ARTURO SE PUSO AL TELÉFONO.

—¿Dónde te metes, mamarracho? —le pregunté, camino de casa.

—Ando por Madrid.

Lara había insistido en que me quedara a dormir en su casa, incluso Andrius puso las sábanas en la habitación de invitados. Me insistieron en que la medicación que me habían dado era fuerte y temían que me pudiera dar una lipotimia estando a solas. A cambio de mi libertad, les prometí dormir con el teléfono al lado.

Mi ataque de pánico provocó tal revuelo entre nosotros tres que no llegué a contarles nada sustancial de lo ocurrido en los últimos días desde mi llegada de Bruselas. Ellos entendían, como yo también, que todo venía dado por la fuerte impresión que me había causado abrirle la puerta al japonés treinta años después.

—Me tenías preocupado, Arturo. Bajó tu hermana desde Madrid a buscarte. —Él respondía con monosílabos—. ¿Qué te ocurrió?

Escuchar su voz me relajó. No quise hacer bromas con su nombre de guerra, Mauro, porque comprendí que no había estado muy atento a él tras esa noche aciaga en la que se nos fue la cabeza. Aparecían imágenes de luces azules apagadas y el peruano desnudo encima de una suerte de mesa de quirófano en medio de una pista de discoteca.

—No sé la cantidad de tina que me pusieron —confesó.

—¿De tina?

—Metanfetamina —aclaró—. Un estimulante de la madre, con efectos de doce horas. Tú debiste olerte el pescado y saliste de allí como alma que lleva el diablo, pero se cebaron conmigo.

Recién llegado a casa, atontado aún por las pastillas mágicas lituanas, me tiré en el sofá, consternado por el relato de Arturo.

—Lo siento. —Es todo lo que sabía decir.

—Me debieron mantener varios días a base de jeringazos de tina y me dejaron allí como un perro. —Al otro lado de la línea, noté cómo bajaba el tono de voz, seguramente por no asustar a su hermana—. Me encontró el dueño del apartamento, cuando se acabaron los días que habían alquilado. De pronto me vi con un policía dándome combos con la palma bien abierta. Creían que estaba en coma. Qué rico estaba el guardia con su uniformito bien pegado al cuerpo. —Quiso bajar el tono de dramatismo con golferías de las suyas—. Perdí el conocimiento de nuevo en el hospital, estaba deshidratado y con el azúcar por las nubes. Si llegan a tardar un día más en encontrarme, no lo cuento…

—Lo siento —insistí.

—¡Deja de sentirlo, chamba! Soy mayorcito para saber dónde me metí. —Se hizo un silencio, que yo no supe rellenar—. Me he hecho todo tipo de pruebas para asegurarme que no he

agarrado ninguna infección de esas de putero.

—No podía imaginar que…

—¿Tú cómo estás?

—Estoy bien, Arturito, estoy bien. Vengo de pasar unos días en Bruselas con mi hermana. Llego a saber lo tuyo y hubiera aterrizado en Madrid. ¿Por qué no me llamaste?

—Porque no quiero saber nada de ti ni de tu puta ciudad —se rio, para tranquilizarme—. Me he asustado mucho con toda esta historia, mi librero. Graciela está platicándome para irnos de vuelta a Arequipa. Ya el negocio de mi padre va encarrilado y nos estamos haciendo viejitos.

Volvió el silencio. Me apenaba admitir que se fuera. Era un tipo pasión, culto, puro enredo, al que no supe darle la oportunidad de ser alguien más importante en mi vida. Quizá porque me asustaba esa vena suya tan fiestera, ¡tan gay! Me agotaba pensar en el ritmo de salidas que él llevaba, los líos en los que se metía. Era un niño gamberro de cuarenta años que no sabía qué hacer con tanto dinero como el que tenía. Se me vinieron a la cabeza de nuevo los cincuenta mil euros. Yo ya no sabía razonar. Mi cabeza era una lavadora que no distinguía qué había contado a quién, así que utilicé mi frase clave antes de que me colgase.

—¿Tú tienes una cuenta bancaria en Lituania, Arturo?

Arturo soltó una carcajada de incomprensión.

—¿Eso qué es, chamba? ¿Un código secreto para que lance la bomba nuclear?

Insistió en preguntar por mí, pero me dio pereza incluso contarle que la librería se me incendió. A fin de cuentas, Arturo apenas sabía de mí más que las pamplinas que me daba por contarle cuando me sacaba a desfogar.

•

Antes de medianoche, acongojado por el mal rollo de la posible lipotimia, llamé a Vicen para que cuidara de mí. Refunfuñó, pero no tardó ni media hora en llegar.

Él era el que me bronqueaba cuando yo hablaba de mi orfandad. Lo hace poco, porque no soy quejica. Lo que ocurre es que me conoce demasiado bien, sabe que tengo un medio vizconde negro dentro de mí que se pasea por ahí dando cornadas. Esa era una de las noches en las que se hacía fuerte, el vizconde, así que tiré de mi Vicen para protegerme.

—¿Es día de hablar, o solo de mimos? —me preguntó, tras darme dos besos y olisquear el salón—. Aquí ha estado alguien, maricón.

Me daba miedo su perspicacia, tanto como me divertía. Se me llenaba el pecho de emoción al pensar en contarle lo de Yoisho, sin embargo, quería calmar el juego para no pasar la noche en blanco.

—Lara me ha dado dos pastillas tremebundas que me pueden producir una lipotimia, ¿sabes?

—¿La mosquita muerta? ¿Qué coño te ha dado? ¿Un éxtasis?

La carcajada no me salía de puro agotamiento.

—No, cabrito. Creo que es una medicación que se toma su novio Andrius para su corazón.

—¿Qué le ha pasado al lituano en el corazón? —Se tocó el suyo, hipocondríaco al cuadrado.

—Nada. ¡Siéntate! —Se lanzó sobre el sofá de enfrente—. Le operaron hace muchos años. Está bien. Yo no he querido ni preguntar lo que me han dado, pero debe ser algo que te baja la tensión. Llegué a casa de Lara muy alterado…

—¿Te han vuelto a quemar la librería?

—¡No!

—Marychocho, ¡dime qué coño te pasa!

—Eso que has olido es…

—¡El japonés!

Asentí.

—¡La madre que parió a tu abuela! ¿Se ha presentado aquí? —Dio palmetazos de alegría tras saltar del sofá—. ¡Ay, maricón! ¿Y cómo es? ¿Te gusta? ¿Está calvo? ¿Viste así de chaqueta negra, o de cuero? ¿Qué te ha dicho? Hijo de la gran puta, ¡cuéntame!

—¿Me vas a dejar hablar?

—¿No tienes más pastillas lituanas de esas, jodido? Pero ¿dónde está el japo?

—En el Colón.

—¿En un hotel? Tú eres la desgracia del colectivo homosexual. ¿Cómo es que no está aquí? —Volvió a sentarse—. No te gusta nada, ¿verdad?

—¡Me encanta!

—Pues si te encanta, ¿cómo se te ocurre dejar que…?

—¡¡¡Cállate!!!

Di un salto y me puse también de pie.

—Te he llamado para que me tranquilices, no para que me pongas más atacado de lo que estoy, Vicen. ¡Cállate!

—¿De verdad que no te ha dado el Andrius este más pastillas?

•

Conseguimos dormir sin entrar en más profundidades, la sensatez pudo con la excitación. Lo que sí obtuve de Vicen, además de sus mimos en la cama, fue la capacidad de transformar todo lo ocurrido en lo que era, una alegría. Alegría de estar vivo, de sentirme recompensado, de saber que ese punzón clavado en mi pecho desde la adolescencia había venido a sacármelo el mismo que lo incrustó. Su forma de ver las cosas, de Vicen, era un compendio de sentido común empaquetado, siempre presto a utilizarse. Sabía quitar lo accesorio a las cuestiones fundamentales para quedarse con aquello que tenía valor.

Si pudimos descansar fue porque se lo supliqué.

—Mañana va a ser un día clave —le recordé—, y no puedo estar dormido como una marmota.

Bajó a por *croissants* mientras me duchaba. Me ayudó a elegir la ropa, la colonia, el peinado. Me exigió que me afeitara, al menos con el cortapelos, me apuntó tres posibles restaurantes donde llevarlo y me recordó lo poco atractiva que era la ansiedad.

—Con las videollamadas de WhatsApp tampoco se hará tan dura la distancia cuando te vayas —me dijo, con sorna, pero me lo dijo—. Ya me invitarás a tu casita de allí. ¿Tiene pinta de tener dinero?

—Vicen…

No quiso irse de casa hasta que Yoisho diera señales de vida, cosa que ocurrió a una hora prudente, serían las diez de la mañana. El japonés me propuso que le llevara a algún sitio a desayunar. Vicen decidió que fuera en el café de Fidel.

—Te conviene estar en terreno conocido.

Tuve que cambiarme de camisa antes de salir, tan solo con la llamada ya me había

empapado de sudor.

—Ponte algo blanco.

Antes de irme, le pedí a Vicen un abrazo.

—No sé por qué estoy tan nervioso.

Él no dijo nada, se limitó a agarrarme, fuerte, a darme besos en el cuello. Cuando nos separamos, tenía los ojos húmedos.

—Te quiero mucho, Pablo. —Se limpió con una servilleta del desayuno—. Recuerda, nadie vale más que tú.

•

Llegué cinco minutos antes de la hora acordada, para poner a Fidel en situación. Más que por inseguridad mía era por deferencia hacia él, un tipo íntegro con el que había tenido la gran suerte de compartir charlas de mucho empaque acerca de nuestros mundos. Sabíamos todo de nosotros, así que quería hacerle partícipe de la grandeza del encuentro que iba a producirse allí.

—Os preparo la mesa del fondo, Pablo. Tengo confianza de sobra con esas dos señoras para decirles que se vengan aquí, junto a este ventanal. ¿Muy nervioso? —Asentí—. ¿Una tila?

—Vale.

Con puntualidad británica, Yoisho apareció en el café. Menos maqueado que el día anterior, con el pelo desordenado parecía más joven. El tipillo desgarbado, tan japonés, me erotizaba como a un adolescente. Le presenté a Fidel, que salió de la barra.

—Nos conocemos de desayunar aquí, pero se ha convertido en un gran amigo —le expliqué—. Sabe todo de mí.

Yoisho sonrió. Yo podía ver la vida a través de esa sonrisa, calcada a la de entonces.

—¿Incluso sabe quién soy yo? —preguntó, provocador, y en su pregunta me regodeé, porque me apetecía encontrar a un hombre potente en lo intelectual.

—Sé que fuiste el primer amor de Pablo —respondió Fidel, lo que provocó que Yoisho enrojeciera—. Y sé que no os veíais desde hace casi treinta años.

—Veintisiete —aclaró.

—¿Qué quieres desayunar? —le preguntó, para no acaparar un tiempo que se antojaba precioso.

—Como de todo. Todo me gusta. Lo que tú consideres que va a sorprender más a un japonés. Y si tiene jamón de Huelva, ¡mejor! —Sonrió, señalando la pata de Jabugo que colgaba en la pared.

No sé si fue el efecto de la tila o mi disposición, el caso es que me sentí enorme, calmado, con los pulmones llenos cuando me senté frente a él. No quería asustarlo con mi mirada de tortolito, ni parecer demasiado dramático.

—Echo de menos esto en Tokio, ¿sabes? —Le dejé hablar—. El poder ir a una cafetería y decir que el camarero es mi amigo. —Me miraba a los ojos, me gustaba—. Eso no lo hay allí.

—Pensé que vivías donde tus padres.

—A Okayama voy los veranos. Me compré una casa allí, en la montaña.

—¿Cómo están ellos?

—Mi madre murió —se atropelló al afirmarlo—. De hecho, fue su muerte la que me hizo volver a Japón. —«¿Volver? ¿De dónde?», pensé—. Ya te dije que he vivido media vida en Perú. —Había olvidado todo lo que me contó el día anterior—. No podía perder el español que había aprendido en Huelva, ¿no?

—Media vida en Perú… —Se me pasó Arturo por la cabeza, como una ráfaga, su vuelta a casa con su hermana, y me entraron ganas de decirle que la vida estaba llena de casualidades.

—Sí. Allí estudié Filosofía, allí salí del clóset, allí me enamoré, allí me hice la persona que soy hoy.

Era demasiada información para mí, me daba miedo que el tiempo pasara rápido. Fidel le acercó un zumo natural de manzana, una tostada de ibérico con tomate y un café.

—¿Qué persona eres hoy?

—Este japonesito que tienes delante de ti. Esa persona soy.

—Siento mucho lo de tu madre. Sé lo importante que era para ti. —Él bajó la cabeza, en un gesto oriental de profundo agradecimiento—. Mi madre también murió, pero ya sabes que yo con ellos no me llevaba bien. —Me miraba fuerte a los ojos—. No me trataron con respeto.

—Yo tampoco.

La frase, corta, resonó en mi cabeza como si el mundo se hubiera parado.

—Tú eras un crío, Yoisho. Éramos dos críos. —Necesitaba cambiar de tema, la emoción no me permitía seguir por ahí—. Pero mis padres, mis padres… Me echaron de mi casa cuando les confesé que era homosexual.

—¿Con cuántos años?

—Con dieciocho.

Yoisho se tapó la cara con sus manos huesudas, yo sentí un escalofrío recorriendo mi piel.

•

Le propuse pasear hacia la catedral, tras explicarle que estaba reformando mi librería, que quiso visitar.

—Tan solo se puede ver por fuera —insistí.

—Me da igual.

Entusiasmado con mi negocio, no supo ver los rastros del incendio. Era cierto que ya habían rascado las paredes y retirado todo el material quemado, aun así, yo entendía que esa obra no tenía pinta de remodelación, sino de reparación de un desastre.

Se interesó por mis estudios de Filología en París, para lo que le hice un resumen conciso de cómo conseguí salir de las noches de Puerto Banús gracias a un señor francés que cayó rendido ante la belleza de mi juventud.

—No era un mal hombre Olivier. —Nunca quise hablar de él con palabras gruesas—. Pero es cierto que, a las semanas de vivir en París, la relación se estropeó. Él trabajaba doce horas diarias, cenaba a diario con su mujer y sus niñas. Todo era clandestino. Yo parecía más un delincuente que un amante, así que desaparecí de su vida. —Yoisho se detuvo, para mirarme—. Tampoco era el amor de mi vida —sonreí—. No quise que me ayudase, porque pensé que sería más fácil buscarme la vida allí, sin imaginar el invierno terrible de frío que pasé ese año. No tuve más remedio que pedir auxilio a mi hermana, a pesar de que no se preocupase de mí en todo el tiempo que transcurrió desde que me echaran mis padres de casa.

—Es duro.

—Lo es.

Fue entonces cuando Yoisho me sorprendió.

—Sé mucho de lo que me cuentas, Pablo. —Nuestro caminar por la Alfalfa era lento, delicioso—. Yo he publicado un estudio muy detallado sobre la terrible situación de la

comunidad homosexual en Japón, a partir de una muestra de cincuenta hombres bien seleccionada. —Me aparecían mil preguntas, no lo quise interrumpir—. Mi país es un estado medieval al lado de España en cuestiones LGTB. La tasa de suicidios entre homosexuales en Japón es de las más altas del mundo. Los chimbolos gais no tienen referentes en los que apoyarse. Si aparece un personaje homosexual en una serie es para ridiculizarlo. Hay políticos, como Sugita Mio, que se ríen cuando les preguntan por los suicidios de jóvenes LGTB. Y esa parlamentaria no es de cualquier partido extremo, es del PLD, ¡el que gobierna Japón!

Se detuvo, excitado, para ver mi reacción.

—Yo me he convertido en un referente para ellos —afirmó, sin atisbo de duda—, aunque pueda parecer vanidoso.

—¿Tú?

—Es una larga historia, Pablo. No te quiero cansar.

•

No podía cansarme.

El relato de la vida de Yoisho me resultó apasionante, narrado con un español perfecto cargado de expresiones peruanas, que en algunos momentos me hicieron recordar a Arturo, una imagen que me pinchaba cada vez que circulaba por mi cabeza.

—Yo tengo un amigo peruano —le comenté.

Tomábamos un helado para hacer tiempo antes de entrar en el Alcázar. Durante el paseo, compré las entradas. No vi mejor lugar, fuera de toda referencia temporal, para continuar nuestra charla.

—De Perú, ¿de dónde?

—De Arequipa —le contesté. Poco más sabía yo de Arturo. Que tenía una hermana con la que vivía en Madrid, donde llevaban un centro logístico de las empresas de su padre.

—¿Cómo se llama el tipo? —insistió Yoisho con las preguntas.

—Arturo. Es un personaje. Homosexual, gamberro, divertidísimo. Debe de ser como cinco años más pequeño que nosotros.

—Son calientes los peruanos —afirmó.

Yo me limité a reírme, no me apetecía entrar a hablar de temas sexuales con mi japonesito, si era por ahí por donde quería tirar. Lo noté tenso, tal vez cansado. Le propuse dejar la visita al Alcázar para otro día, aun teniendo miedo de que me dijera que pronto se tendría que ir.

—No, por favor. Estoy deseando pasear por esos palacios árabes de los que me hablas.

Incómodo, supuse, por acaparar la conversación tras hablarme de sus éxitos editoriales, del programa de televisión, que estaba deseando ver, de la preparación del tercer volumen de su trilogía, le hablé de mí. Quería dejar atrás la narración con la que me había introducido, esa adolescencia sórdida de hijo repudiado que se busca la vida como puede, para narrarle mis años gloriosos junto a Víctor en París. Necesitaba hablarle de él, porque era lo más parecido al enamoramiento que yo había conocido. En mi fuero interno, yo era una persona capada para el amor.

—¿Estás bien? —Lo noté raro, no incómodo, sino ausente.

—Sí, sí… Trato de digerir tanta información —se rio—. Ya sabes cómo somos los orientales, que estamos en nuestro mundo particular.

—Si fueras psicólogo en vez de filósofo, me habría gustado hablar contigo de Víctor.

—Este filósofo escribe ensayos sociológicos, luego algo de psicólogo debo de tener.

Yo flipaba con su velocidad argumental, más que con su impecable castellano.

—¿Quién es Víctor?

—Quién fue —le corregí.

Leyeron el código QR de nuestro billete y aproveché para explicarle la grandeza del Patio de la Montería que se abría ante nosotros.

—Víctor era de aquí, sevillano. —Yoisho tocaba los azulejos de las paredes con sus dedos largos. Me apetecía de una forma enfermiza acostarme con él—. De hecho, estoy en Sevilla por él, ¿sabes?

—¿Fue tu pareja? —me preguntó, ya sí concentrado en mi relato, pasada ya la pájara del helado.

—Fue mi amante. Bueno, mejor, su amante fui yo. Él estaba casado con una mujer, también sevillana, Virginia.

—Es normal que todos sean sevillanos, ¿no?

Me reí con su agudeza.

—Te estoy hablando de mi época parisina. Los tres vivíamos allí. —Por momentos, me arrepentía de hablarle de él y quise cortar por lo sano, sin más explicaciones—. Él se suicidó. A mí me dejó un piso en Sevilla, el que tú conoces, y a Virginia un casoplón no muy lejos de donde yo vivo.

—Lo siento mucho, Pablo. ¿Se suicidó por problemas con su sexualidad?

Era lógico que quisiera ejercer de psicólogo.

—No, más bien por problemas con el narcotráfico. Era un tipo vividor, divertido, muy activo, con mucho dinero. Era generoso, eso sí. Tenía pocos complejos con su sexualidad, creo yo. De hecho, Virginia sabía que yo existía y mantenía su relación con él.

—¿Dónde entra aquí el psicólogo que necesitas?

—No sé. Como tú dices, necesitamos digerir todo lo que estamos hablando. Quería decirte que tuve una larga historia de amor, pero, en el fondo, no sé hasta qué punto mi relación con Víctor fue amor del bueno. —Me detuve ahí—. Me supone una emoción demasiado grande estar aquí contigo. Ayer, incluso, tuve un ataque de pánico tras acompañarte al hotel.

Yoisho me pidió que me sentara a su lado. Teníamos los jardines del Alcázar frente a nosotros.

—Yo estoy más nervioso que tú, Pablo, pero sé manejar mejor estas situaciones por mi trato con el público.

Se escuchaban pájaros. Era surrealista. Él tocó mi dedo meñique con su dedo meñique. Apenas lo rozó.

—Mi teoría es que nunca me he puesto en valor —hablaba con sinceridad—. Hay algo en mí que me hace pensar que no merezco ser amado, ¿sabes? Con Víctor jugué a ser segundo plato. Sé que me amó, que puso el mundo a mis pies, pero, mientras, ponía otro mundo paralelo a los pies de Virginia.

—¿Os veis Virginia y tú?

—Sí.

—¿Os queréis?

—Y nos odiamos.

•

Fue en los jardines donde nos perdimos, para darnos la oportunidad de resituarnos en nuestros cuerpos. Nerviosos como los críos que fuimos, nos podía la ansiedad.

Tal vez más a mí que a él, a fin de cuentas, Yoisho partía con la ventaja de saber que ese encuentro se iba a producir. Yo, desentrenado de aventuras de ese porte, me encontré desbordado, no sabía cómo actuar y cada pregunta que hacía me parecía más estúpida. A él, en cambio, incluso viéndolo alterado, se le notaban las tablas, razonaba bien, controlaba los tiempos.

Me subyugaba su vida, la asertividad con la que narraba sus triunfos profesionales e incluso el hecho de ser una figura de referencia para el colectivo gay japonés. Me apetecía leer sus ensayos.

Todo lo desbordaba, en cambio, ese dedo meñique rozando el mío.

Levanté la cabeza por verlo, allí arriba, subido a la galería de los grutescos. Me saludó a lo lejos y hacia allá me dirigí. Tomé aire, me miré las axilas, carraspeé, me miré las manos, que ya no temblaban.

Me sonrió de nuevo.

—¿Más tranquilo?

—Sí —le contesté.

—Estos jardines son espectaculares, no podía imaginar tanta belleza en el centro de esta ciudad.

—Yoisho.

—¿Qué?

—¿Quién introdujo el sobre con los billetes por debajo de mi puerta?

Sonrió de nuevo, acorralado.

—Lo hizo alguien que te quiere mucho. —Yo estaba perdido—. Un jovencito rubio filósofo que me lee y que trabaja para ti.

ALEJANDRO

DE NO HABER HECHO CASO a un anuncio en una pizarra por la calle Rialto, no tendría mucho que contar de mí. El caso es que lo hice, me presenté y convencí a Pablo para que me diera su confianza.

Fui a pecho descubierto en esa entrevista, pero no tanto, ya que en ningún momento le hablé de mi orientación sexual, algo que sí contó él de sí mismo de forma explícita al presentarse. Quizá, y esta es la clave de toda esta historia, porque yo no tengo muchos de sus fantasmas en mi cabeza.

•

Por alegría del destino, nací en una familia sevillana de mucho dinero y poca caspa. Un abuelo materno currante y ahorrador dejó el camino expedito para que mi madre se hiciera con su negocio, un laboratorio de análisis clínicos, a lo que unía el colchón de un parque inmobiliario repartido por la ciudad.

Ella, vividora en el sentido más plausible del término, supo tomar la herencia mucho más pronto de lo deseado por el infortunio de un ictus que hoy en día quizá no habría matado al abuelo. Terminó con calma sus estudios de Químicas, con un ojo puesto en el laboratorio, y cedió a mi padre, recién licenciado en Derecho, la gestión de los apartamentos, locales y garajes, para lo que creó una sociedad que, a día de hoy, marcha por sí sola.

Tardaron en casarse y tardaron en tenerme. A veces pienso que estoy aquí por el empecinamiento de mi padre, mucho más niñero que ella. Tenían todo para vivir bien, se querían, se quieren, con locura, y se organizaban a la perfección para combinar temporadas en Londres, donde se compraron un apartamento en Marylebone, la vida social en nuestra ciudad, siempre a contracorriente de lo que se supone un sevillano de pro, y una permanente búsqueda de nuevos retos, muy asociados a la investigación, de la que mi madre nunca se ha querido alejar, y a las ayudas sociales.

Yo era la guinda del pastel. Eso sí, uno y no más, Santo Tomás.

El acuerdo fue que mi padre se hiciera la vasectomía en cuanto los médicos bendijeran mi salud a la salida del vientre de la leona, protestona según mi padre de todo lo que tuviera que ver con mi crianza. Fui un coñazo.

Eso lo supe después, porque mi infancia no pudo ser más feliz. Pese a que en la distancia sí puedo confirmar que mi madre era seca, mi padre compensaba con ternura sus desplantes. A mí, en todo caso, me gustaba ella. Siempre me ha gustado. Nunca me ha hablado con voz de niña, ni me ha apretujado los mofletes, no le salía. Ella me ha tratado con la valentía de pensar en mí en grande, sin tonterías, palabrerías ni poses autoritarias. La he sentido a mi lado en todo momento, aunque no me diese la mano al salir de paseo.

Quizá ha sido obsesión en los dos, el no darme nada masticado. Podrían tener la duda de qué habría sido de mí de haberme criado sabiéndome el hijo único de un mini imperio. No. Mi infancia no fue austera, no voy a engañar, pero tampoco más alegre en lo económico que la de mis amigos de clase. Había excepciones, sí, que se resumen en una sola frase. Los viajes a Londres. Podríamos ir allí como quien va a pasar el fin de semana a Matalascañas, por apenas pasar unas horas y darle una vuelta al piso.

•

Mi visión del mundo difería de la habitual de un niño sevillano de mi edad. Al ser mis padres hijos únicos, carecía de primos. Al ser yo hijo único, carecía de hermanos, de ahí que mi infancia estuvo plagada de mayores que se ocupaban, lo justo, de mí. Yo notaba que era a mi padre al que más le preocupaba esta situación; empezó, ya desde pequeño, a apuntarme a todo tipo de actividades que me permitieran socializar con niños de mi edad.

Yo era fácil. Hacía amigos que luego deshacía porque pasaba de ir a natación en verano a tocar el piano en invierno. Lo que sí comprobé desde bien pronto fue que me resultaba más fácil hacer amistad entre las niñas, no porque me gustara jugar a cosas de crías, sino por pura afinidad. Siempre fui un crío muy sensible, con un punto de introversión, lo que ahora llamarían PAS. Los niños eran más simples, se preguntaban menos cosas.

Entiendo que no tenía que ver con mi sexualidad, tardé en entrar en ese terreno.

Buen estudiante, buen hijo, arropado sin exceso por mis padres, cuando con catorce años comprendí que me gustaba mucho Toni, un compañero de natación, y al comprobar que me excitaba ver a hombres ya hechos cambiándose en el vestuario de la piscina, cogí a mi padre y se lo dije.

—Papá, si yo fuera gay, ¿tú me querrías?

Es una pregunta sencilla que me alivió cualquier trauma en mi juventud. Él fue cercano, me dio una respuesta clara, con abrazo largo incluido, que no olvidaré. Sé que el mayor tesoro que me deja mi padre es ese. No las empresas que heredaré ni la educación que recibí, sino ese abrazo, ese día, ante esa pregunta.

•

No fui consciente hasta tiempo después, cuando mis amiguetes se iban ennoviando y la vida abría sus puertas, enormes, para mí. Tuve un tiempo de desolación asociado a las hormonas, no puedo negarlo. Mis amigos reaccionaban bien, más o menos, aunque no aparecía el cómplice que yo supuse fácil de encontrar. ¿No había ningún otro gay en el mundo? Me sentía estafado, triste, solo. Todos los juegos empezaban a tener una connotación sexual, los chavales solo querían meter mano a las niñas y estas no hacían más que señalar quién de entre ellos les gustaba. Por épocas, me arrepentí de haber sido así de transparente, con toda la impotencia que implicaba saber que no había marcha atrás.

Fue por entonces cuando intervino mi madre, sabia espía de los mundos interiores de su hijo. Con ella no tuve la conversación con la que confesarme, ni de ella vino el abrazo reparador de mi padre. Mi madre era más de retaguardia, de proteger desde lejos. Así que comenzó a preocuparse cuando vio, en mis últimos años de instituto, que no quedaba con nadie los viernes por la noche.

—Alejandro, ¿no sales porque no quieres salir?

Me costaba admitir mi duelo. Comprendí que la homosexualidad era un estigma, aunque no la ocultases. El mundo estaba hecho para los demás.

Sé que mi madre se asustó. Tiempo después me confesó que veía cómo mi sonrisa se apagaba, cómo me metía más hacia dentro. No era fácil su rol.

Valiente, me llevó a una asociación LGTB que había en la calle Trajano. Yo no dije que no, porque tenía miedo a convertirme en alguien desgraciado. Allí nos atendieron con un cariño sincero, pero el mundo que me mostraron no me gustó. Había demasiados colores, mucha pancarta, mensajes politizados. La gente era excesiva en la vestimenta, en anillos en las narices, en tatuajes en los brazos.

La chica que nos recibió, estudiante de Psicología, nos soltó el discurso previsible, al tiempo que se daba cuenta de que podía estar haciéndome más mal que bien todo ese intento de normalizar mi situación. Mi madre se interesaba, con sus preguntas, por las infecciones, el VIH, la educación sexual, cuando yo lo que necesitaba era algo mucho más tierno que todo lo que esas dos mujeres trataban de hacer por mí.

—¿Qué es lo que quieres saber tú, Alejandro? —preguntó, por fin, la estudiante.

A mí se me saltaron las lágrimas al contestar.

—Yo solo quiero encontrar a un chaval como yo. —Me señalé a mí mismo, para decirle que lo quería así, como yo, asustado, vestido de Lacoste, con el pelo repeinado y mucho miedo a estar solo.

Se esforzaron en presentarme a gente, pero había pocos críos de mi edad, así que esa vía no funcionó. Fue el período de mi vida en el que más cerca estuve de mi madre.

•

Haber sido educado en una libertad tan amplia me permitió elegir sin tutelas qué hacer con mis estudios. Dudé hasta el último momento si entrar en Medicina, para decantarme al final por Filosofía, animado por la pasión con la que don Antonio Sanz me la transmitió en el instituto.

—Me parece la mejor elección —celebró mi padre, sin el más mínimo reproche hacia las pocas salidas o inutilidad con que se suelen adjetivar estas carreras.

La universidad fue mi salvación. Más que la universidad, la facultad de Filosofía y Letras. De haber entrado en Ingenieros, como hizo mi amigo Toni, hubiese continuado mi aislamiento social. Lo digo porque lo vi. En cambio, en mis clases, el ambiente era abierto a lo humano, a tocar, a tomar cafés y arreglar el mundo, a transgredir. No pasó una semana y ya me acerqué a los laboratorios en busca de mi madre, que salió asustada de su despacho al verme llegar a media mañana.

—¿Qué ha pasado, Alejandro?

—Nada. —Saqué mi mejor sonrisa—. Venía a decirte que ahora sé que voy a ser feliz.

Fue la frase más cursi que se pueda imaginar, pero la memoricé el tiempo en el que atravesé los Jardines de Murillo camino del trabajo de mi madre. Era mi homenaje a su esfuerzo por estar a mi lado esos años negros en los que creía que el mundo no estaba hecho para mí.

•

Mi entrada en la universidad coincidió, además, con mi mutación de piel. Como una serpiente, dejé atrás al niño retraído con acné y bracitos enclenques para convertirme en un tipo atractivo que se sabía observado a cada paso. Más alto que la media, la cabellera rubia heredada de mi

padre y unos ojos azules que no sé de dónde salieron hicieron el resto. Fui consciente desde ese momento del poder perverso de la belleza, en un tránsito rapidísimo entre la irrelevancia de mis fines de semana encerrado en casa y la veneración por mi cuerpo en ese primer año pletórico de facultad. Observado por chicos y chicas, aprendí a utilizar mi sonrisa para ganar el cielo que me propusiera.

Fiel a mis principios, mi reducida clase, no más de veinte, supo ya la primera semana que yo era homosexual. Era una necesidad en mí el comunicarlo. Con el tiempo entendí que debía ser más precavido en desnudarme con esa facilidad. Entonces me vino bien, para evitar equívocos y quitar pájaros de la cabeza.

•

Si la homosexualidad fue una experiencia de supervivencia, la belleza sigue siendo hoy en día un tratado de humildad. Es un tema al que la filosofía ha acudido en muchas ocasiones y que me apasiona, como tantos otros, por lo que tiene de aprendizaje sobre uno mismo. Las personas con formas simétricas como las mías acaban por poner en duda, antes o después, la calidad de sus relaciones, ya que muchos de quienes llegan a ti lo hacen narcotizados por el aroma de la hermosura. No es cuestión de sexualidad, es más parecido a la física, al magnetismo. Nos fiamos menos de una persona con un rostro destartalado. Eso hace que uno, cuando se sabe atractivo, tenga que andar con tiento. Mucho tiento. Para desbrozar lo auténtico de lo interesado, para saber diferenciar cuánto buscan de ti como persona, y no como carne.

•

Tuve mucho sexo ese año y aprobé todo. Era el hombre más afortunado de la tierra. Me gustaba lo que estudiaba, mantenía una relación estrechísima con mis padres y no paraba en casa. A un bombardeo me apuntaba. Y a dos. Me enamoraba con facilidad, me desenamoraba con más facilidad aún. Había tipos que me gustaban mucho, pero no me gustaba todo de nadie. Me volví selectivo, ponía mi libertad por encima de cualquier compromiso. Asustaba.

Un chaval majísimo de Zafra me lo vino a resumir:

—Eres un tío maravilloso con un corazón de hielo.

•

No fue hasta el tercer año, con la Filosofía del Lenguaje, cuando me di cuenta de lo apasionante que eran mis estudios. Quería leerlo todo, asistir a conferencias de ensayistas que pasaban por Sevilla, disfrutar de fines de semana en nuestro piso de Londres recopilando bibliografía, elaborar esquemas infinitos de futuros estudios de investigación. Por pura transgresión, me hice un listado de filósofos contemporáneos solo por el placer peliculero de saber que algún día podría llegar a conocerlos. Me ofrecí como voluntario en varias cátedras para organizar ciclos formativos con alumnos extranjeros, lo que me abrió las puertas a conocer gentes rarísimas venidas de todo el mundo por las que moría de admiración.

—Solo te gustan los guiris —me reprochaba, entre risas, mi madre.

•

La primera vez que llevé un chico a casa fue toda una fiesta de amor. Deseosos de verme feliz, estaban mis padres mucho más nerviosos que yo, incluso cuando les advertí que no iba a ser el hombre de mi vida. Era un tipo complicado ese Bastián. Medio francés, medio español, pasaba del mundo. Eso me atraía, porque también pasaba de mí. Acostumbrado a ser el centro de atención, cuando alguien me arrebataba ese lugar, yo me derretía de inmediato.

La cena fue divertidísima, tanto que me prometí hacer lo imposible por mantener una relación con él solo por ver a mis padres tan entregados. Fue ese día el primero, que yo sea consciente, en el que los vi mayores. Recuerdo ese latigazo de pánico que me produjo sentir algo así. Que se marcharían algún día, que se irían yendo poco a poco. Que ya habíamos atravesado la frontera, quizá justo ese día, en la que me pasaban el testigo. Ya cuidaron todo lo que tenían que cuidar de mí. Ahora era mi turno.

Lo de Bastián duró lo que dos broncas. Encantado de haberse conocido, su bondad natural se enfrentaba demasiado a menudo con su ego, y de ahí no podía salir nada bueno.

Tuve varias relaciones más, cortas todas ellas. Ninguna me marcó lo suficiente si obviamos a Bastián. Eso sí, no me preocupaba, no veía la necesidad de sentirme amado.

•

Mis padres me propusieron un máster en la universidad Northeastern de Londres. Yo les dije que necesitaba salir de la burbuja. Así, con esas palabras. De la burbuja de la protección, de la falta de responsabilidades, de lo cómodo. Quería encontrar un trabajo y ahorrar para, por qué no, hacer un máster en la Northeastern.

Me apunté al tablón de la facultad, puse currículums en InfoJobs, di un curso por Internet acerca de LinkedIn, pero tuvo que ser en un paseo de vuelta a casa cuando encontré mi primer trabajo.

Vi la pizarra, entré en la librería, con una barra que ofrecía cafés, una sala minúscula de lectura, corchos con propuestas de intercambios, literatura en varios idiomas y un espacio dedicado a la Filosofía. ¡Era mi trabajo!

No quise enviar un *email* ni llamar por teléfono. Quería ofrecerme ya, por entero.

Tuve la suerte de que Pablo estaba allí, que no había mucha clientela y que todo salió rodado, por su disposición, por la mía. Me sentí, por vez primera, una persona interesante, con recursos, porque no entré por lo fácil de decir quiero este empleo, sino preguntando quién le aconsejaba para el catálogo de ensayos de filosofía. Él, largo, me confesó días después que ya me había visto parado frente a la pizarra con la oferta de empleo. Establecimos una conversación tranquila, en la que él me hizo un repaso conciso por su trayectoria vital, desde su infancia en Huelva a buscarse la vida en París, pasando por un período oscuro entre putas y chaperos en Puerto Banús.

—He conocido lo mejor y peor del ser humano —me dijo.

Yo, achicado pero sereno, le resumí en cuatro frases mi vida. No había mucho que contar. Me reservé lo más personal para mí, porque en ningún momento quise que viera la mínima utilización de mi físico para facilitar mi acceso a él. Ya por entonces tenía bien elaborada, y experimentada, mi teoría acerca del elixir pernicioso de la belleza.

•

Pablo es un tío tremendamente atractivo. Si hiciera deporte y cuidara más su vestimenta, sería de

los que provocan accidentes por la calle. Un atractivo que se puede hacer insoportable cuando lo escuchas hablar, y habla poco. Es un tipo de los de escuchar, algo que es muy de agradecer en estos tiempos en que todo el mundo quiere hablar de sí.

Llegamos al acuerdo al caer la tarde. Le ayudé a cerrar la librería y me pidió un par de días para arreglar bien los papeles antes de entrar a trabajar.

¡Qué afortunado me sentía! Qué afortunado me siento.

Ya me había explicado que el éxito del negocio consistía en fidelizar, para lo que había que leer mucho, estar al tanto de las novedades editoriales, saber aconsejar, organizar clubs de lectura, recordar los nombres de los clientes, para lo que teníamos una libreta oculta tras la máquina de café donde apuntábamos cada compra, cada charla, cada consejo.

—Si puedes hacer que se tomen un café, ya los tienes camelados, Alejandro, porque la gente necesita que tú te pares un rato a atenderla, sin prisas.

Sin prisas. Ese era su lema. Aunque había algo en él de desasosiego, muy profundo, muy de psicoanalizar, muy conscientemente oculto. Yo tenía la sensación, siempre la he tenido, de que en ese Pablo afable había una persona que sufría, inquieta, atormentada. No lo mostraba, no daba pistas, eran silencios en los que yo veía que se iba, una suerte de negrura contra la que luchaba.

•

Quizá por haber nacido diferente, siempre he odiado las preguntas directas acerca de mí. A lo mejor no es sino que soy un tío controlador, lo que sí es cierto es que me gusta ser yo quien lleve la manija de lo que quiero, o no, contar de mí. Pablo no me preguntó nada, nunca, que me comprometiera. Me dio mi espacio para abrirme al ritmo y a la profundidad que yo quisiera. Si me veía llegar resacoso, se reía. Si me veía triste, me daba palmadas en la espalda. Si le pedía consejo, me lo daba.

Así que, poco a poco, le fui abriendo mi corazón. Tras hacerle ver, con uno de mis fiascos amorosos, que era homosexual, poco a poco le fui contando cosas. En frases rebuscadas, pensadas durante mucho tiempo para decirlas bien, le aclaré que me gustaban los tíos de mi edad. No quería que nada empañase mi relación con él, compleja, de jefe-empleado, de maduro-joven, de amigos en ciernes.

Se convirtió en mi ídolo. Lo imito tan bien en el rol de escuchante que hay veces que nos tomamos un café durante quince minutos, en silencio, sin decirnos nada. Apenas un par de sonrisas. Y qué bien sientan esos cafés. Lo escucho explicar las novelas, me apunto a sus clubs de lectura como un participante más, me ocupo de recordarle sus compromisos, despistado como él solo con su vida personal.

Nunca dimos el paso de salir juntos de copas, pero pocos son los días en que no compartimos desayuno, antes de abrir, en el café de Fidel.

•

Fue dándome confianza conforme pasaron los meses. Más dotado él en francés, me dejó que me ocupara de la sección de literatura inglesa. Mis frecuentes viajes a Londres me servían para empaparme de las últimas novedades en la librería Daunt, cercana al piso de mis padres. Conseguí convencerlo para ampliar los estantes de no-ficción, para así promocionar con más facilidad la librería en el tablón de anuncios de la facultad. Mis contactos en la universidad me

alertaban de todo lo imprescindible que se iba publicando, un grupo de intelectuales sevillanos reunidos en torno a una sociedad me propuso un carné de asociado, y conferenciantes que pasaban por la ciudad comprometían sus entrevistas con la prensa en el local.

—Estoy encantado contigo, Alejandro —me confesó, una noche helada, al echar la reja.

•

Hubo una tarde, cuando ya llevaba más de un año contratado, en la que me produjo cierto escalofrío un cliente que pasó un buen rato en la sección de Filosofía. Lo observé desde los ángulos muertos que solo controlábamos Pablo y yo. Inquieto, miraba a todos lados, abría todos los libros, los colocaba y los volvía a sacar. Pablo no estaba.

—¿Busca algo en concreto de esta sección?

Sorprendido por mi entrada en escena, me respondió.

—Busco *El regalo de las deudas*. De Yoi K.

—¿Yoi K.? ¿Oriental?

—Japonés. —No conocía nada de filosofía japonesa—. Es muy famoso en América Latina. Estaba buscando la edición española en tapa dura.

—Se lo puedo encargar —propuse—. Soy licenciado en Filosofía, y el jefe me ha dado la responsabilidad de esta sección, así que no se me puede escapar algo así.

—Yo también estudié Filosofía. —El hombre, con una presencia exquisita, mandíbula potente y barba de tres días, guapo sin estridencias, tenía ganas de charla—. Para mí, es un libro imprescindible. En la estela de Byung-Chul Han.

—¿El coreano?

—¡Sí! Yoi K. es su protegido. Es un tipo algo mayor que yo. —Tendría cuarenta años—. Vivió muchos años en el Perú. Ahora es toda una estrella mediática en Japón. —Me sorprendió que un filósofo pudiera ser un personaje rutilante en ese país, ni en ninguno—. Yo fui su amante durante toda su juventud.

Asombrado por la narración, percibí su interés en seducirme. A mí, en este caso, me apetecía dejarme seducir.

—Me llamo Arturo.

—Yo soy Alejandro.

Me ofreció la mano, pero preferí darle un par de besos para insinuarle mi sexualidad.

•

Con Arturo entró Yoisho en mi vida. Hubo un antes y un después.

Me fui con el peruano de cena. Con recursos de persona de vuelta de todo, me hizo reír con sus movidas. Teníamos en común venir de familias adineradas, lo que facilitaba la comprensión mutua y ahorraba juicios de valor. Me puso en apuros al preguntarme si en mi empresa estaban al tanto de mi homosexualidad, aunque escapé con la mejor de mis sonrisas. Llegó el momento en el que, tras no dejarme pagar la cuenta, me ofreció acompañarle al hotel. Fui, tal vez, un poco brusco.

—Me van los tíos de mi edad.

Podría habérmelo montado con él. Me gustaba. Me gustaba, sobre todo, la situación. ¡Tan esnob! Podía más, sin embargo, la retención. A veces soy perspicaz para saber cuándo mejor no. Esa era una de esas ocasiones.

Llegué esa noche a casa con el nombre de Yoi K. en la cabeza. Tan insistente en que lo leyera, en que viera sus conferencias en YouTube, que me dediqué a buscar todo de él en cuanto apagué las luces de mi habitación.

Quedé prendado.

El japonés era un sabio en toda la potencia del término. Sus charlas, en un perfecto inglés, se encadenaban sin necesidad de moderador, ni de preguntas del público. Establecía una premisa de la que partir hasta desenredar la madeja con una claridad mental soberbia. Me tragué una conferencia de hora y media sobre la herencia vital de los padres, en la que, por momentos, pensé que estaba hablando de mí, tan certeras eran sus apreciaciones.

Si al dormir decidí compartir el descubrimiento con Pablo, al despertar consideré que no. Saber que Arturo volvería a aparecer, para recoger su encargo, era razón suficiente para no adelantar acontecimientos. En Arturo veía una pareja ideal para Pablo. Edades similares, dos bombas intelectuales, atractivos, vividos, gamberros. Fue una de las principales razones para mantener un contacto fluido con el peruano. Yo llevaba, sin excesos, la iniciativa, hasta conseguir modular la frecuencia justa de nuestros chateos. Que viviese en Madrid facilitaba que no hubiese equívocos ni se tuviesen que forzar citas que podían estropearlo todo. Sé que yo le resultaba atractivo, tanto como que no moría por mí. Sé, incluso, que se sentía muy cómodo sabiendo de mí.

•

Para cuando bajó a Sevilla con idea de recoger su encargo, ya me había bebido los dos primeros ensayos de su trilogía *El regalo de las deudas*, me sabía casi de memoria sus conferencias, y las preguntas acerca de su pasado en Perú se me acumulaban. Había mucho de Arturo en sus novelas, ese novio perverso que le transportaba al mundo real, el que le permitía quitarle peso a sus traumas, el que le hacía sentirse amado.

Liante, se escudó en horarios de trenes para no aparecer por la librería, lo que impidió que le presentase a Pablo, objetivo número uno de mi estrategia. No había prisa, en todo caso. Tendría así más tiempo para confirmar si era, en realidad, buen pretendiente de mi jefe o no. Me citó para cenar en el Tribeca, donde fui con mis mejores galas y el ensayo entre mis manos.

—¿Conociste al niño del beso? —le pregunté, intrigadísimo, cuando ya habíamos tomado media botella de un tinto carísimo.

—No —respondió, rotundo.

Se hizo un silencio hosco que no supe interpretar.

—Pero sé dónde puedes encontrarlo —dijo, por fin.

En ese chaval al que Yoisho rechazó, piedra angular del ensayo, estaba la clave del primer tomo de su trilogía. Una carga que arrastraba el filósofo desde entonces, ese adolescente que con ese gesto destapó, como una caja de pandora, su sexualidad, sus hormonas, su necesidad de afecto, sus emociones. Su destino, a fin de cuentas.

Arturo me incitó a viajar a Huelva, la misteriosa ciudad costera española que Yoi K. no desvelaba en su libro y yo siempre coloqué por el norte. Me dio la dirección de un instituto y el año de su promoción.

—Intenta averiguar quién es, yo no tengo valor para acercarme —sentenció, melodramático.

—¿Cómo voy a averiguarlo? —pregunté, excitado con la propuesta.

—En el ensayo lo dice, vivían en la misma calle. No hará falta estudios de detective para

dar con él.

•

Me pedí la mañana del viernes de permiso para plantarme en el instituto de Huelva, con la sospecha de a quién iba a encontrar en la orla junto a Yoi K. No sé por qué no me lo dijo Arturo ni por qué no se lo confirmé yo, pero ya en esa rutilante cena supe que Pablo era el niño del beso. En sus nervios, las miradas cruzadas, la forma de beber, los movimientos torpes de sus manos, impropios de un desvergonzado como él, entendí la jugada de Arturo, y me empoderé. Había recorrido medio mundo por dar con ese chaval, lo había localizado treinta años después de aquella escena y, buscando por fin a Pablo una tarde de primavera, en los últimos metros de su kilométrica aventura, me crucé sin querer en su camino. Aparecí yo y Arturo se ahogó en la orilla. Comprendí sus nervios de esa tarde en la librería, tenso como un felino al dar por fin con la persona que sí enamoró un tiempo atrás a su japonés. Al verme, exhausto tras su odisea, perdió el valor de enfrentar a Pablo y me dio el testigo a mí para cerrar el círculo. Ya por fin se lanzó la cuerda que volvía a unir a los dos niños. Y esa cuerda pasaba por mí, a mí me tocaba recorrer los últimos metros, de mí dependía el que Yoisho y Pablo se volvieran a ver. Mi corazón bombeaba una emoción desbordante. Como nunca.

•

Dar con Yoisho ya sí era tan necesario para mí como para Arturo era dar con Pablo. Entendía sus celos. Dos ensayos donde todo giraba en torno a ese niño español que un día le declaró su amor, mientras él quedaba retratado como un personaje secundario. Importante, pero no decisivo.

Así que me bajé los programas de los jueves de Yoisho y les pasé el traductor. Era una producción extraña, muy japo, en la que se alternaba lo más *kitsch*, en música y decorados, con un desarrollo lento, íntimo, erótico diría, de las entrevistas y reflexiones de mi admirado filósofo. Una especie de Loco de la Colina joven, de sonrisa perfecta y planta más que apetecible. Moría por él. Hice, entonces, lo que llevaba semanas tramando. Si a mí me correspondía entregar los dos extremos de la cuerda, tenía que lanzar el primer cabo. Confirmé su *email*, que él rotulaba sin pudor en su programa, y le escribí.

Acabo de estar en HUELVA.

Así titulé mi correo, para que no hubiera posibilidad de que se perdiera en su bandeja de entrada. Nombrarle su ciudad fetiche, su paraíso infantil, era zamarrearlo. Le expliqué quién era yo, con toda transparencia. Tan respetuoso fui que no le pedí nada, que no le ofrecí nada.

Entonces, solté la bomba.

Conozco al niño del beso.

Eso sí, como sabía que desconfiaría del hecho de que yo supiera quién fue el chaval que le declaró su amor, al final del correo anexé una foto de la orla donde aparecía Pablo a su lado. Dos críos.

La reacción fue tremebunda, apoteósica. El gran filósofo oriental, superventas y famoso presentador en el *prime time* de los jueves en la televisión japonesa, se lanzaba a mis pies. Entregado, se interesó por mí, con la sutileza precisa para no ser directo en preguntar cómo había descubierto su historia con Pablo.

Es lo más parecido al enamoramiento que he conocido. Me gustaba todo de él. Esos ojillos bizcos, sus dientes alineadísimos, de un blanco irreal. Buscaba fotos de él por Internet y

me decía cómo no había dado nunca Pablo con una pista suya. Si acaso lo había intentado. Quizá porque Pablo, en su conexión con la vida, no se mostraba como un tipo cómodo con las redes, con el mundo internáutico. Pablo era de papel leído, de cervezas bebidas, de mirar a los ojos, mucho más terrenal, diría que mucho más humano, que el ciudadano medio de nuestra generación.

•

Tardé en responder al *email* del filósofo, por serenar el juego. Mi comunicación con él era una fruta tan prohibida que quería degustarla con tiempo. Temía que, en cuanto descubriera cómo llegar a Pablo, se olvidara pronto de mí. Total, si llevaban más de media vida sin verse, qué importaba unos días más. Quería que, cuando ya no fuese necesario en esa relación, que podría ser majestuosa o reventar a las primeras de cambio, que, para entonces, yo ya contase para él. Sí, sabía que el amor era una quimera a miles de kilómetros de distancia, lo que no quitaba mi interés en seducir a Yoisho. Había caído en sus redes, no podía dejar de pensar en él.

Cuando le respondí, fue para decirle que al fin me había leído la edición digital, en inglés, de su segundo tomo de *El regalo de las deudas*.

En él, rozando los límites de la ética, Yoisho literaturizaba un experimento social en el que se implicaba hasta la médula. Durante un año, se reunió, de uno en uno, con admiradores que le resultaban atractivos, con idea de buscar quien le enamorase. A todos los citaba en el mismo café de Okayama, con la ventaja de haber podido hacer un filtrado exhaustivo, de forma que de entre las decenas de miles de correos que recibía de homosexuales de todo Japón, seleccionó con calma quiénes podrían gustarle y les hacía creer que ellos eran su única elección, cuando en realidad el listado llegaba a los cincuenta.

Divertido, ácido, a ratos esperpéntico, el retrato que Yoisho componía era una denuncia brutal a la homofobia de una sociedad anclada en prejuicios medievales. Respetando el anonimato de todos los tipos que pasaron por ese café, el filósofo se enfrentó a múltiples traumas, miedos, desesperación, soledades que acaban por marcar el relato.

•

Cuando ya nos enviábamos mensajes por teléfono y los *emails* se hacían cotidianos, le pedí una cita virtual en ese café. Tenía la ventaja de saberlo todo de él. Sabía, entre otras cosas, cuáles eran sus gustos sexuales, sus manías, las conversaciones que le aburrían, los detalles que hacían de un hombre, para él, alguien irresistible. Sabedor de que yo cumplía muchos de los requisitos, sobre todo en lo físico, así como de todo lo que debía guardarme para mí, llegamos a ese viernes de nuestra cita.

Yoisho, ingenuo como un crío, colocó tras de sí un pantallazo del café Kitsuné. Hubo dos segundos de emoción desbordada en los que no supimos decirnos nada. Si lo hubiera cogido en ese instante, no habría salido vivo, me lo habría comido a besos. Excitado sexualmente como un perro callejero, me apetecía desnudarlo, tomarlo entero, quitarle las gafas, tirarle del pelo, darle mordiscos en la nariz.

—¿Me llevas al parque, al Ikiya o pides cena para tu casa? —le pregunté.

En su ensayo solo existían esas tres posibilidades. Ir al parque era el premio de los perdedores, a cenar en el Ikiya solo llegaban aquellos que le provocaban, mucho, el intelecto. La cena en casa la dejaba solo para los amantes.

Él me sorprendió quitando el fondo de pantalla. Los dos sabíamos a qué jugábamos.

—Ya estás en mi casa.

Había velas encendidas, e incluso la vajilla estaba puesta. La emoción era desbordante, así que la quise combatir con un golpe de realidad, no porque lo deseara, sino por no encontrar otra salida. La situación se me estaba yendo de las manos y era consciente de que, antes o después, Yoisho daría con Pablo. No quería pensar que en algún momento futuro mi querido jefe tuviera argumentos para echarme en la cara una traición. Compungido, le pedí un juramento de sangre, que cumplimentamos frente a nuestras cámaras.

Yo me clavé una aguja en el dedo, él buscó un cuchillo.

—El dueño de mi librería es tu Pablo.

•

Yoisho reaccionó mal. No conmigo, sino con la información. Tembloroso, me pidió una tregua. Desconectó la cámara y me dejó ahí, un rato eterno, hasta que por fin volvió para disculparse.

—¿Te importa si lo dejamos para otro día?

No recuerdo una noche más triste. A fin de cuentas, mi historial sentimental era como un campo de trigo sin cultivar. Sentí la crudeza extrema del desamor. Hubiera matado a Pablo para tomar un avión hacia Tokio.

•

Decidí que los siguientes pasos correspondían a Yoisho. Me metí en Grinder a saco para buscar sexo fácil, charla, compañía. Conocí a uno o dos chicos al día y no podía abstraerme de los experimentos del japonés, aunque mis víctimas eran más prosaicas, carnales, insustanciales. El día en el que Yoisho me volvió a escribir, sin embargo, conocí a un chaval chuletilla que me puso como una moto en lo sexual. Estudiante de Bellas Artes venido de Jerez, Martín me cameló ya desde el momento en el que vi su foto en el móvil. Esa noche dormí en su piso de estudiantes. Me revoleó, me hizo fumar maría y se carcajeó de mí a boca llena. De pronto, veía a Arturo en él, y yo era Yoisho. No podía quitármelo de la cabeza. En todo veía paralelos.

¿Cómo está mi rubio?, me escribió Yoisho al móvil mientras Martín se duchaba.

Le hablé de él. De Martín. De lo mucho que me hacía reír. Le dije que estaba entusiasmado con el jerezano, por no decirle que estaba deseoso de él. Le comenté lo radiante de esos días de primavera, cuando quería confesarle que lamentaba en el corazón el daño provocado. Con detalles pornográficos, le describía mi sexo con Martín, excitado pensando en sus ojos rasgados.

Siento mi reacción durante la videoconferencia.

¡Se disculpaba él! Era yo quien le había vuelto loco con juegos sucios en los que marqué tiempos, analicé jugadas y solté la información, delicadísima para él, conforme me entraban ganas.

No quise hacer leña del árbol caído e hice por recuperar al Yoisho de antes.

No imaginas lo orgulloso que estoy de ser tu amigo, me atreví a decirle entonces.

•

Me calmó recuperar la mejor versión de Yoisho. Él, mil veces más vivido, impuso un ritmo

generoso, en el que me permitía llevar la iniciativa sin añadir ansiedad. Yo modulaba mis vídeos de la librería, mis confidencias acerca de Martín o mis audios de WhatsApp a sus reacciones, que siempre venían acompañadas de trazos de su vida, transparentes, reales, confidenciales en cuanto a su trabajo, emocionales en lo que tenía que ver con sus sentimientos, hacia mí, hacia Pablo.

Sí, era Pablo quien nos unía y los dos lo sabíamos. Yo soltaba apenas pinceladas porque él me pidió contención. Se confesó débil para recibir información de él, así que yo me limitaba a hacerle ver que por allí andaba. A mí se me hacía divertido a veces, angustioso otras, el mantener ese pacto de sangre con él.

Había mañanas de desayuno con Pablo, en el café de Fidel, en las que yo quería enlazar mis relatos de la noche anterior con Martín con las largas charlas con Yoisho, pero a esas alturas ya le había asegurado al japonés que no le hablaría a Pablo de él.

Un Pablo que esos meses estuvo raro. Más de una vez a la semana, me pedía que me ocupara de abrir, de hacer la caja, de atender pedidos, de llevar alguno de sus clubs de lectura. A mí me gustaban los retos, leía aceleradamente novelas que no conocía para poder moderar charlas de alto voltaje, arriesgaba a la hora de tomar decisiones con propuestas editoriales. Me daba responsabilidades y me evitaba reproches, por mucho que yo supiese que a veces comprometía pagos por ensayos que no se vendían.

•

Las llamadas con Arturo se espaciaban, aunque nunca rechazaba una cerveza con él, eterno seductor de discursos bellísimos. Él sabía que yo intuía que se estaba viendo con Pablo. El simple hecho de evitar pasar por la librería era la mejor prueba. Lo que él desconocía era que yo no tenía ni idea de cuál era el juego entre los dos. Me inquietaba que las desapariciones de Pablo tuvieran que ver con él, sus mañanas tristes, las resacosas, los olvidos, las charlas vacías de contenido cuando meses atrás eran un compendio de anécdotas en las que se cruzaban historias fascinantes de puro sexo, de las que no omitía detalle, con cenas pasionales en lo intelectual con escritores venidos de cualquier lugar del mundo.

Si admiraba al Pablo jefe, empecé a encariñarme con el Pablo por el que suspiraba Yoisho. Aprendí a verlo con sus ojos, lo que me aturdía. Al dueño de la librería lo tenía en un pedestal, al niño del beso, en cambio, lo quería acurrucar. Más cuanto más se alejaba de mí con sus silencios.

•

Un día, Pablo me confesó que deseaba, con todas sus fuerzas, una historia de amor.

Impaciente, sin transmitir ansiedad, organicé una videoconferencia con el japonés. Fue la vez en la que más le hablé de Pablo. Lo hice con disimulo hasta que toda la pantalla se llenó de él. Quería que supiese que era el momento preciso. Que Pablo me hubiera confesado su necesidad de tener amor era la confirmación de que Arturo no había dejado de ser una anécdota en estos meses. Fue entonces, nervioso, cuando Yoisho me confesó sus planes inmediatos.

—Quiero regalarle un viaje a Japón. Una ruta organizada al santuario de Izumo Taisha.

Me entusiasmó. ¡Me entusiasmé! Había mucho de dolor también, pero más de alegría sincera por los dos. Podía la emoción por imaginar la escena, ese abrazo en el aeropuerto de Hiroshima al que yo no podría asistir; podía el saberme cómplice necesario de una historia de amor de las de novela.

Yo solo podía salir ganando.

Mi reacción, algo que no esperaba, desconcertó a Yoisho. Mi inmensa alegría se volvió contra mí como un bumerán. No entendía por qué. No entendía que él no entendiese mi felicidad por él, por Pablo. Deduje, en un primer momento, que él jugaba a ofenderse por esperar tristeza en mí, al confirmar con ese regalo que hacia mí no sentía sino una sana amistad. Como su cabreo se prolongaba, temí que en realidad estuviese loco por mis huesos, o pensara que yo lo estaba. Intenté hacerle entrar en razón, pero el gran filósofo con millones de lectores en todo el mundo se retorcía en sus inseguridades. Dudaba de mí, de que Pablo no estuviera detrás de todo, que mi acercamiento a él fuese un montaje, que nos hubiésemos reído de él.

—Yoisho…

Yoisho desapareció como un niño al que le quitas el helado. Furioso, más consigo mismo que con el mundo.

Yo le llamé, le envié mensajes cada mañana, corazones por WhatsApp, vídeos de japoneses tirándose por toboganes para sacarle, al menos, una sonrisa. Decidí que solo requería tiempo, reflexión. Me ponía en su piel. Había querido dar un giro rotundo a su vida y ahora dudaba hasta del suelo por donde pisaba. Pensé en hablar con Pablo, pero supondría romper el globo del mejor regalo que podrían hacerle en vida. Se me ocurrió comentarlo con Arturo, sin embargo, no terminaba de fiarme de él, no tanto por que fuera mala persona, sino por lo desquiciado que se volvía cuando sonaba la palabra Yoisho en mi boca.

Me apoyé en Martín, al que no le conté nada porque nada había que contar si quería mantener una relación sana con él. La gente celosa no sabe interpretar sus celos.

Me venía bien, eso sí, tenerlo a mi lado, a Martín. Incluso con sus conversaciones previsibles y sus horas jugando a la Play. Era un tipo del que no quería saber mucho más. Su nivel de vida, la ropa que se compraba, los cenorrios a los que me invitaba. Tras de él había un mundo extraño que yo hacía por no ver. La mejor prueba fue el día en que se lo presenté a Arturo, la forma en la que se entendieron. Sé que esa noche le pasó maría, no me caigo de un guindo, pero puede que incluso se pasaran el teléfono, hasta cabe pensar que se acostaran. El caso es que yo no sentía nada enfermizo respecto a él, casi que me hacía un favor si se lo montaba con Arturo, porque lo que yo quería de él, sexo, risas y compañía, lo tenía. No podía obviar que eso era lo que decía sentir Yoisho por Arturo, sin nombrarlo, en su primer ensayo de *El regalo de las deudas*.

•

Llegó una noche en la que ya no pude dormir. Lo llamé cuando pensé que ya había amanecido en Tokio, insistí cuando calculé que desayunaba, volví a hacerlo a la hora en la que siempre tomaba el tren, cuando lo imaginé en el metro, en el gimnasio, en el Seven Eleven bajo su casa comprando su bollo relleno de chocolate, sentado en su escritorio en su hora y media de escritura matinal, lo imaginé en la sauna, haciendo sentadillas en el parque, cocinando algas al vapor. ¡Respóndeme!

Cuando lo hizo, no quise hablar, tan solo quería que me aceptara un café en el Kitsuné.

Me encontré a un Yoisho tan guapo como vulnerable frente a la cámara. Le sonreí, busqué sus ojos en mi ordenador, que entendiera mi afecto hasta sentirme cerca. Necesitaba que supiera que no había mentiras, para lo que era necesario dar una vuelta de tuerca más, entrenada durante los últimos días. Debía encontrar una frase desprovista de dolor. Por buscar complicidad, le pedí que repitiésemos el ritual de la sangre.

—Ha sido Arturo quien me ha llevado a ti —le confesé.

•

Él, consternado, se dedicó a limpiar con calma la sangre de su propio dedo en la cámara del ordenador, concentrado en ello como si su librero rubio no estuviera a miles de kilómetros explicándole que un día apareció allí ese peruano para bichear por entre los libros de ensayo. Tenía que explicárselo, además, porque así me lo había exigido, sin atacar la figura de Arturo, por mucho que supusiera que Yoisho no quisiera saber de él.

—Esa misma noche, me llevó de cervezas y ya me empezó a hablar de ti. —Yoisho me miró mal—. ¡Te adora!

Mentía, porque si le adoraba, yo no lo sabía, la relación de Arturo con él era tan apasionada como nociva. Se me acumulaban las ideas que quería compartir con él, inquieto al otro lado de mi ordenador.

—Nunca me puso la mano encima. —Me miró con cara de no entender—. No nos hemos acostado, Yoisho. Todo fue muy natural.

—No hay nada natural con Arturo.

Tenía razón. Era imposible, porque hubiese sido mentira, convencerle de que llegó allí por azar. No. Llegó buscando a Pablo, a ese niño que un día besó al amor de su vida y lo dejó marcado para siempre, incapacitándolo para amarlo a él, que sí había estado a su lado largos años, cuidándolo, haciéndole el amor, dejándole piso, dinero, familia.

—Él no podía saber quién era Pablo —protestó Yoisho, desconfiado, para matar la conversación.

Ahí yo me crecí, porque sabía más que él y de una fuente que ya Yoisho no podría contradecir.

—Tu madre, en sus paseos por Lima con Arturo, le habló de Pablo. Le dio cuatro datos suficientes para llegar a él. —Me apenaba sentir a Yoisho tan traicionado—. Su madre era la única notaria de Huelva —sentencié.

Se hizo un silencio allá, cuando todo lo comprendió.

Sinceramente, creí que todo acababa ahí, por la forma en que me dijo adiós, por el tono en el que lo hizo. Me sentía sucio, perdido, triste. Entendía que mi rol concluía. Me apenaba hasta decir basta el pensar en esa historia inconclusa, en ese beso de amor que ya nunca sería correspondido, por mi torpeza, por querer retrasarlo todo para ganar mi espacio. Con nadie jugué limpio, me envenené de medias verdades al sentirme tan dichoso.

•

Al día siguiente, en el café de Fidel, me derrumbé frente a Pablo. Él apenas me preguntó qué tal me iban las cosas con Martín, pero fue suficiente para encender la mecha. Sin admitir que no fuese Martín, me desmoroné, tanto que tuvieron que ponerme una tila doble.

—Qué duro es el desamor —me decía.

Me pidió que me fuera a casa, que me tomara la semana libre, que llorase mi dolor. Sí, era mal de amores lo que yo tenía. Un mal desordenado, tramposo, pero mal, a fin de cuentas. Me dio un abrazo antes de dejarme marchar, y en ese abrazo llegó aquel de mi padre, ese abrazo inmenso de amor para decirme que siempre estaría ahí. Yo me quedé enganchado a Pablo, comprendí su dolor de entonces, la incapacidad de amar tras ese rechazo siendo un adolescente.

¡No podía decirle nada! Entonces me besó una lágrima, y yo sucumbí a él.

•

Los días pasaron lentos cuando me incorporé al trabajo. Yoisho no daba señales de vida, Pablo parecía más animado, la vida volvía a su cauce. Convencido de que la historia había llegado a su fin, consideré la posibilidad de ayudar a mi jefe con alguna pista. Sería sencillo, era suficiente con sacar *El regalo de las deudas* de la estantería y explicarle que lo escribió un japonés de su edad que vivió su infancia en España. Así estaba escrito en la contraportada. Si no lo había visto él fue porque nunca se interesó por los ensayos filosóficos.

Pero ahí volvían mis miedos. ¿Y si daba con él y caía rendido? ¿Era eso lo que le convenía a él, dejarlo todo y marcharse a Japón? ¿Jugarse la vida de nuevo? ¿Dónde quedaba yo?

Una tarde de tertulias, sonó mi móvil con un mensaje desde Japón. Yoisho proponía café.

Entonces decidí que pasara lo que tuviese que pasar. Él estuvo distante al principio, aunque su discurso estaba repleto de disculpas que yo no merecía. Todos mis pasos los di con la idea de volver a los días en los que nos conocimos, recuperar la química, la confianza.

—¿Sigues pensando en Pablo? —le pregunté, con miedo. Él afirmó, sin decir palabra—. ¿Vas a hacerle el regalo? —Yoisho se atusó el cabello, yo decidí insistir—. Os merecéis esa oportunidad.

Tras desviar el tema hacia sus últimos programas de televisión, que confesé no haber visto para desintoxicarme de él, me confirmó que sí, que volvía a la idea inicial.

—¿Cuento contigo, Alejandro?

Asentí con un entusiasmo comedido, al tiempo que una explosión de escalofríos me inundaba. Estábamos escribiendo, sin Yoisho saberlo, el tercer ensayo de la trilogía. Si el primero era la negación de la homosexualidad, escenificada por el niño del beso, y el segundo consistía en investigar la homofobia de su propia sociedad, este tercero era el de la reivindicación de la propia naturaleza.

—Te has quedado callado —me dijo.

—De la pura emoción, Yoisho.

•

Fueron días tremendos. Organicé todo para encontrar la fecha perfecta en la que Pablo pudiera escaparse, para lo que contacté con Marisa, una compañera de Carmona que siempre estaba dispuesta a echarme un cable con los clubs de lectura. Yoisho, eufórico, no paraba de preguntarme acerca de los horarios, las manías, las costumbres de Pablo. Diseñó una ruta detallada para visitar el santuario de Izumo Taisha, dejó varios días para estar en Tokio, e incluso planeó visitar un día a su padre en Okayama. *Seguro que se acuerda de él.*

Por mi parte, comencé a escribir la estructura del ensayo a espaldas del ensayista. Lo aprobase o no, el hecho en sí de montar toda la estructura de la obra me serviría a mí como lección magistral para foguearme como investigador. Así que comencé a anotar datos de todo lo que sabía, memorizaba o había escuchado de la vida de los tres. El japonés, el peruano y el español. Parecía uno de esos chistes tontos.

•

El día de la entrega se acercaba y, para complicarlo todo, me llamó Arturo. Las últimas veces que habíamos quedado no estuve del todo cómodo con él. Demasiado metido en el mundo del ambiente, no hablaba de otra cosa que de sesiones y de *chills*.

—¿Cómo está mi librero?

Era cierto que tenía curiosidad por saber de él, tirarle de la lengua, escucharle por fin una confesión acerca de su relación con Pablo. Tras hacerme un recorrido por sus últimas semanas de golfeo, se interesó por mí.

—Estoy bien, Arturo.

—¿Y el golfo de Martín?

—Tan golfo como siempre —le confirmé, sin querer extenderme en nada más, porque los numeritos de celos se hacían rutinarios, las llegadas a casa con la mandíbula desencajada empezaban a enfadarme y las risas de antes apenas aparecían—. Estoy pensando en dejarlo.

—Lo siento, huevón…

Me preguntó por los últimos programas de Yoisho, que confesé no haber visto, debido a lo raro que lo había encontrado en pantalla. Trató de sonsacarme algo acerca de él, de por qué sus ojeras, de si yo había soltado algo. Me insistió, me cameló, me sedujo una vez más, hasta que acabé narrándole toda la movida del viaje.

—Siempre quise hacer esta ruta con él, al monasterio al que le llevaba su madre cuando era pequeño.

A mí se me descompuso el corazón. Le hablé del cierre del círculo. De llevar al niño del beso al origen de todo. Allí donde el otro niño nació a la vida. Arturo, compungido, reaccionó con frialdad.

—Otro desprecio más —concluyó.

Y me colgó.

•

Tres días después, llegó la noche señalada en el calendario.

Puse tres alarmas consecutivas a las dos de la mañana por el miedo a quedarme dormido. La noche, fría, me abría sus puertas con luz de luna y ruido de barrenderos. Tomé mi abrigo con capucha por si hubiese que esconder la cabeza cerca de casa de Pablo, adonde llegué en un suspiro. Había tomado las llaves de seguridad que tenía junto a la máquina de café, por lo que no fue difícil entrar en la casa. Me aseguré en los buzones de correos de su número de puerta, antes de deslizar el sobre.

La suerte estaba echada.

Me coloqué la capucha y salí.

Todo el camino de vuelta lo hice con la imagen de Arturo en mi cabeza. Mi victoria era su derrota. Yo acababa de recoser un cordón que se había roto muchísimos años atrás, cuando yo apenas era un recién nacido y no podía imaginar qué iba a ser de mí. Para Arturo, en cambio, ese sobre culminaba su fracaso. Enamorado hasta las trancas de un hombre que no estaba por él, que Yoisho encontrase a Pablo era la mejor forma de matar toda esperanza.

Yo era consciente de que si Arturo vivía en Madrid era por su amante japonés y que su vida no era sino la frustración de haber entregado los mejores años a alguien que no vivía en su planeta. En cierta forma, Arturo me recordaba a mí, especialista en idolatrar.

Llegué a casa aún con el miedo en el cuerpo. Volví a programar alarmas y dormí,

excitadísimo, imaginando la escena del día siguiente. Pablo, recién despierto, con el café en la mano, desnudo, tomando el sobre en sus manos, oliéndolo. Me quité el pijama pensando en él, me toqué imaginando el abrazo de días atrás, ese beso suyo chupando mi lágrima. Ya se acabó, ya no sería nunca de él. Ni de Yoisho.

Ya sería solo yo por siempre.

•

Lo que no pude imaginar fue que la gran noticia del día siguiente no fuera ese sobre bajo la puerta, sino que me encontrase la librería incendiada y a Pablo, a medio vestir, hablando con la policía en la puerta. Todas las posibilidades se me pasaron por la cabeza, y algunas incluían a Yoisho en un complot. ¿Qué tipo de experimento era ese?

Pablo se me abrazó casi sin saber quién era yo, como se abrazaba a Lara. Desconsolado, excitadísimo, se perdía en sus maldiciones.

—¡¿Quién está jugando conmigo?! —gritaba.

Lara, la dueña del hotel, no alcanzaba a comprender la globalidad de su lamento. Yo sí, pero necesitaba que él me confesara lo del regalo para hacerle ver que entendía su perplejidad. Así que decidí no separarme de él, con idea de que me contase. Él no estaba a esas y yo suspiraba por su confesión. Yoisho estaba al otro lado del mundo esperando una comunicación de mi parte. Él, buen japonés, habría ya calculado que el negocio estaba abierto. Mi compromiso era llamarle para narrarle cómo lo encontraba, qué ánimo desprendía, qué pistas daba, cómo era su cara.

—Su cara es de espanto —le dije, en un audio, en cuanto pude apartarme de allí—. Alguien ha incendiado la librería.

•

Yoisho se volvió loco, y en su locura me arrastró a mí. La culpabilidad me gangrenaba. Esa charla telefónica con Arturo de días atrás había apuñalado toda mi inocencia, no podría salir vivo de allí. La presión del japonés, por la impotencia de la distancia, se volvió insoportable. Yo le pasaba informaciones sesgadas, porque incluso no sabía de boca de Pablo que hubiese recibido el sobre con el regalo.

—No creo que vaya a ir a visitarte, Yoisho —le aclaré, por fin—. No tiene nada de ahorros, apenas una tarjeta de crédito con tres mil euros.

Ahí ya mataba toda esperanza. Le confirmé que no era una suposición, que me lo había hecho saber él personalmente. Traté de tranquilizarlo con las noticias del seguro. Se harían cargo de la reparación completa.

Yoisho se vino abajo, y yo me vi en la obligación de hacerme el harakiri.

Confesarle que días antes le había hablado a Arturo del regalo no tenía perdón de Dios. Podía aducir mi inocencia, poner el peso de la traición en el peruano, decir que había tomado demasiadas cervezas. No había salida buena.

•

Desarbolado, busqué a Pablo para abrirme en canal.

Conseguí sentarlo, frente a mí, en el café de Fidel, aún sin tener la certeza de qué quería

contarle de mí.

Empecé por ser sincero, por confesarle la reacción chunga que había tenido Martín al derrumbarme ante él por lo vivido los últimos días. Dislocado en sus celos, tiró por la ventana del patio las tres cosas que me quedaban en su baño. No quería volver a saber de mí.

—Pablo…

—No me asustes.

Solté una carcajada de terror.

—Solo quería decirte que eres muy importante para mí. Que me da mucho miedo que te plantees cerrar la librería, ¿sabes?

Pablo, con calma, me explicó sus planes inmediatos para tranquilizarme. Incluso me dijo haber hablado con Lara para darme trabajo por unos meses en el hotel, mientras se solucionaba lo de la librería.

—Estoy loco por ti. —Se me fue la olla.

Se hizo un silencio sepulcral, en el que Pablo mantuvo la mirada y la sonrisa. Yo terminé de derrumbarme, me justifiqué en mi ruptura con Martín. Más hablaba, más me contradecía, aunque los dos sabíamos que el sentimiento de fondo no podía ser más sincero. Pablo era mi referente, mi modelo, mi abrazo, mi apoyo. En él estaban todas mis vidas futuras, el sexo bonito, la verdad de las cosas.

Pidió otro Cola Cao para mí hasta conseguir tranquilizarme, y se fue a Huelva, tras hacerme prometerle que ya me encontraba bien.

A fin de cuentas, tuve la suerte de que Pablo reaccionara con una fría emoción a mi declaración de amor, porque no sé qué hubiera sido de haber caído en mis brazos, con un japonés dislocado al otro lado del planeta.

Mis meteduras de pata no hacían más que empujar, una tras otra, todas las fichas del dominó.

•

Lo más generoso que hizo el japonés fue no cortar del todo la comunicación conmigo. Yo, lo quisiera o no, le era necesario; le iba informando de cada paso que daba Pablo. El día que empezaron la obra en la librería, las charlas que tenía con él, sus idas y venidas.

De lo que no le hablé es de esa mañana en la que le confesé a mi jefe, con total sinceridad, aunque fuese mentira, mi amor por él, porque no sabía cómo definir esa enorme atracción que Pablo ejercía sobre mí.

Comprendí, esos días, hasta qué punto uno puede convertirse en un personaje retorcido a partir de buenas intenciones. Mis sentimientos hacia ellos dos no podían ser más potentes, cargados de amor, de admiración. Sin embargo, todo lo que tocaba lo ensuciaba, cada paso que daba era peor que el anterior.

•

Tuve la suerte de dar físicamente con Pablo una mañana en la que se me quería escabullir. Me dijo que estaba liado, pero lo tenía a diez metros de mí.

Entendí que no quería dar pie a nuevas situaciones embarazosas en las que yo reafirmara mi atracción por él.

Yo, por mi lado, quería demostrarle que eso no fue sino el calentón emocional de un día.

Nos fuimos al café de Fidel, quería sonsacarle por dónde iban los tiros de su investigación. No pude preguntar por Arturo, porque para mí no debía existir ningún personaje con ese nombre, así que le provoqué.

—Creo que sé quién te incendió la librería.

Construí una historia de celos en la que Martín, loco tras confesarle mi amor por Pablo, decidía incendiar la librería. La historia podría tener un punto de verdad, porque Martín lo maldecía desde el día en el que le confesé mis sentimientos hacia Pablo, pero no se sostenía por un motivo fundamental, nada justificaba que la incendiase el mismo día del sobre bajo la puerta, fecha que solo conocía yo.

Lo importante es que a Pablo le creé la duda.

Entonces me preguntó si Martín tenía tatuajes, le dije que sí. Insistió. Yo me perdía en sus pesquisas. Me preguntó si los tatuajes eran en el brazo, si eran de tinta negra, si se trataba de un círculo alrededor del codo derecho.

Entré en pánico.

—Un círculo aquí —se señalaba el codo—, con mucha tinta negra —me miraba, histérico.

Yo le contesté que no cuando, en realidad, era que sí.

PABLO

—IMAGINO QUE QUERRÁS ver a Alejandro —insinué, aún en *shock*.

—No hay prisa, Pablo. Ya habrá ocasión.

Hacerme el ofendido o agradecer todo el montaje que ideó con Alejandro para llegar hasta mí era una duda justa. No estaba cómodo Yoisho al contarme cómo un día recibió un *email* en el que mi filósofo-librero le manifestaba su admiración. Su rostro lo delataba.

—Me parece lógico —afirmé—, si eres tan famoso en el mundo de los ensayos sociológicos. Lo que no entiendo es cómo llegas hasta mí a partir de ese *email* de Alejandro.

—Porque tú eres el tema central del primer volumen de mi trilogía.

—¿Yo?

—Sí. El niño del beso.

—¿El niño del beso? Ya te vale…

Volví a sentarme en el banco de azulejos. Resulta que existía un ensayo que se había convertido en superventas del que yo era protagonista, que, además, Alejandro lo había leído y había escrito a Yoisho…

—¿Das mi nombre en el ensayo? —Sudaba.

—No.

—¿Cómo sabe entonces Alejandro que yo soy el niño del beso?

—Leyó todas mis biografías, averiguó que viví en Huelva, contrastó edades, fue al instituto La Rábida, vio la orla donde los dos aparecemos y me la envió.

Volvió a helárseme la espalda. ¡Era Alejandro! El tipo del que me hablaba la directora del instituto, ¡era Alejandro! ¿Cómo pudo no decirme nada?

—Fui yo quien le pedí mantener el secreto. —Pareció haber leído mis pensamientos—. Pensé que era una oportunidad única para reconciliarme contigo, Pablo.

—¿Qué se supone que te tengo que decir ahora? ¿Tengo que agradecerte algo?

—Me gustaría que leyeses el ensayo.

No salía de mi asombro. ¿Qué quería decirme con eso? ¿Había ahí implícita una declaración de amor?

—Lo tienes en tu librería. Alejandro lo encargó.

—Allí queda poca cosa, Yoisho. Alguien la incendió el mismo día que tu querido Alejandro metía el sobre por debajo de mi puerta… —Me estaba acelerando y no me convenía.

—Lo sé.

A esas alturas de la película no me sorprendía lo que pudiera saber o dejar de saber Yoisho.

—Acabamos de pasar por la librería y no me has dicho nada.

—Son muchas cosas las que tenemos que contarnos, Pablo.

—Por ejemplo, decirme quién incendió mi negocio.

—Eso no lo sé.

—Yoisho. —Decidí enfrentarle la mirada, era el momento—. Yo no nací ayer. Reconozco que toda esta historia del regalo y tu aparición me ha emocionado mucho. Que hayas venido te honra. Te felicito por tu vida de éxito. Te lo digo de corazón. Mi vida es más simple, ya lo ves. Tengo gente que me quiere, una casa donde vivir y un negocio que va a remontar de nuevo. Yo no he ido a buscarte, ni te he pedido nada. Así que dime, por favor, ¿qué está pasando aquí? —Yoisho me mantuvo la mirada, desencajada, sin responder—. ¿Quién quemó la librería?

—No lo sé.

Noté que su estado de ansiedad trepaba por las buganvillas de los jardines y paré.

—Deja que llame a Alejandro. —Tomé el teléfono y me levanté—. Imagino que querrás verlo.

•

No resultó difícil dar con Alejandro. Por el entusiasmo con el que aceptó mi invitación a un tapeo por el centro, supe que no sabía nada de la llegada de Yoisho. Hay emociones que no se pueden disimular.

Como un cordero degollado, el japonés me siguió hasta salir del Alcázar. Éramos los dos conscientes de que nuestra relación estaba en el punto crítico en el que podría romperse para siempre. Había demasiadas respuestas sin responder por su parte, que se condensaban en una. ¿Quién había incendiado mi negocio?

Sabedor de todo ello, de su posición de fragilidad, Yoisho me tomó por el brazo y me detuvo.

—¿A qué hora has quedado con Alejandro?

—En media hora.

—¿Puedes retrasarlo un poco? Me encuentro mal.

Me giré hacia él, tenía la cara blanca, descompuesta. En un gesto instintivo, le toqué la frente. La recorría un sudor frío. Le pedí que se sentara en un banco de la plaza de la Inmaculada.

—Espera aquí, Yoisho. Voy a por agua a un bar.

Salí corriendo, con el miedo de no volver a encontrarlo al volver allí. Llamé a Alejandro, le pedí si podíamos atrasar el encuentro a por la noche. Él, sorprendido, me preguntó por qué. Le dije que estaba con un amigo que se había sentido indispuesto. Se ofreció a ayudarme, le aseguré que no era nada grave.

Conseguí una botella de agua en un bar de la calle Santo Tomás y salí corriendo donde Yoisho, que seguía allí, con la cabeza entre las rodillas. Me senté a su lado y le di de beber. Tras dar un sorbo, tomó con delicadeza la botella y se la arrojó por la cabeza.

—Pablo, quiero contarte una historia.

•

—Yo escribí mi primer ensayo porque tenía un dolor muy grande que sanar.

Habíamos conseguido una mesa, apartada, en el Milonguitas, un restaurante argentino por el Postigo. Le pedí a Félix que me reservara el rincón de las ocasiones especiales. En el trayecto hacia allí, Yoisho fue agarrado de mi brazo, a paso lento, tal vez digiriendo lo que me quería contar.

—Ese dolor tenía que ver mucho contigo. —Me miró, para afirmar con el gesto la rotundidad de su afirmación—. Éramos dos niños, Pablo. Yo nunca he vuelto a sentir por nadie

lo que sentí por ti. —A mí, de golpe, se me cayeron dos lágrimas que aparecieron de la nada, del principio de los tiempos, dos lágrimas del niño que fui—. Mi ensayo iba a versar sobre el aprendizaje vital que nos supone tener deudas por saldar. Cuando la vida va rodada, eso no ocurre, pero a quienes hemos cometido un error garrafal, como el que yo cometí contigo, todos nuestros objetivos vitales van dirigidos, si somos buenas personas, y yo lo soy, a arreglar ese destrozo. Yo supe, desde el primer segundo en el que te rechacé, del inmenso dolor que te había provocado, pero entré en parálisis. Una parálisis de años. Necesité volver a Japón, escapar de casa, irme a un país extranjero, tener mucho sexo, emborracharme a diario para llegar al punto de aceptar que todo lo que me movería en la vida debía ser deshacer ese dolor. No era pedir perdón. Eso es fácil. Era trabajar en mí todo lo que había provocado tu sufrimiento. Si conseguía eso, me arreglaría por dentro.

—Yoisho…

—A mi favor hay solo una circunstancia. Cuando tú me diste ese beso, yo no estaba preparado. Tú eras más sano, o más maduro, o menos acomplejado, no sé, pero yo no me había planteado ni siquiera una relación contigo, ni sexual, ni amorosa, yo solo sabía que todo mi mundo eras tú. No entendí el beso, me desbordó, me excité, me avergonzó excitarme. De pronto, todo se volvió borroso. Yo no necesitaba ese beso, ¡yo quería que todo fuera igual! Que tú siguieras cuidando de mí…

Había tanta emoción en el relato, tanto corazón, que al camarero le dio apuro acercarnos las dos cervezas. Yo no podía hablar. Mi vida pasaba por delante de mí, me bloqueaba para poder decirle nada. Solo sé que me hacía mucho bien escucharle, comprender, por vez primera, que yo no me volví loco de dolor ese día por nada.

—Cuando escribí *El regalo de las deudas*, lo hice por ti. Tenía asumido que no te volvería a ver, que tú no lo leerías, pero si yo arreglaba las cuentas con mi pasado y lo ponía negro sobre blanco, de alguna manera, estaría conjurando el dolor de todos los niños del beso futuros.

—*El regalo de las deudas*…

—De mi deuda contigo.

Me limpié los ojos con una servilleta mientras Yoisho, con un temblor en las manos que no podía disimular, dio un sorbo largo a su cerveza, sin dejar de mirarme.

•

Para calmar la atmósfera, le pregunté por la trayectoria de ese ensayo, por su recorrido editorial, saqué de la manga todo el arsenal propio de mi oficio de librero.

Entonces, Yoisho me habló del padrinazgo de un conocido filósofo coreano que imparte clases en Heidelberg, del éxito que tuvo en Latinoamérica, de su entrada en el mercado japonés, tan homófobo según él.

—Imagino el éxito de un ensayo filosófico en la sesuda Alemania —comenté—, pero en países sudamericanos, me cuesta más creerlo.

—Dicen que retraté con acierto la hipocresía de la sociedad limeña, que hablé de tabúes nunca expuestos en una ciudad tan católica. Ya sabes, la visión de alguien educado en la tradición animista dio mucho juego. Y había un personaje, divertidísimo, que hacía de hilo conductor de toda la historia. Alguien que había supuesto mucho en mi vida.

—¿Quién?

Dio un sorbo largo a la cerveza y me asusté, por su mirada.

—Que yo esté aquí no es fruto de la casualidad, Pablo. Sí, es verdad que Alejandro me escribió un *email*, que te encontró en las fotos del instituto junto a mí. Todo eso es cierto.

—¿Entonces?

—El personaje enredalotodo del que te hablo fue mi pareja durante muchos años. Lo que en principio supuso para él una fiesta, ¡un orgullo!, que yo le sacase en mi ensayo como el prototipo de joven peruano, intelectual, divertido, golfo, canalla…, se convirtió en una cruz en cuanto los intelectuales más incisivos lo definían en las reseñas del libro como el tonto útil de toda esa historia, como contrapunto del niño del beso, el paradigma del verdadero amor.

—Vaya. —Me sorprendía la clarividencia con la que analizaba todo—. Eso provocaría una crisis entre vosotros.

—Lo nuestro era una puritita crisis continua, pero la llevábamos bien. Yo le quería, podía vivir sin él, con él. Ése era el problema. Que no lo necesitaba en exceso.

—¿Qué es de él?

—Todo terminó cuando yo me fui a Japón a cuidar de mi madre moribunda. ¡Yo creí que todo terminó ahí! Pero no contaba con su testarudez. Fue él quien buscó y rebuscó, hasta dar con tu familia.

—¿Mi familia? —Yoisho asintió—. ¿Qué familia?

—Mi Arturo estuvo en Huelva justo antes de que tu madre muriese.

—¡Arturo!

Se me heló la sangre.

—Averiguó dónde trabajabas, fue a buscarte y dio con Alejandro. Le calentó la cabeza a tu empleado hablándole, a un recién licenciado de Filosofía, del gran fenómeno de masas japonés Yoi K.

Me tapé la cabeza para intentar enlazarlo todo. El día en el que me buscó en la librería, la invitación a un *pisco sour* en el Nazca, su tremenda capacidad de seducción.

—Es él el responsable de que estemos hoy aquí, los dos, nerviosos, torpes, perdidos.

—¿Qué quería él de mí?

—Tú eras el niño del beso, su gran rival, el que lo ridiculizó…

—No entiendo nada. Todo esto me desborda, Yoisho.

—Estamos en manos de un desequilibrado, Pablo. Te quiso conocer, se quiso vengar y se le fue de las manos. Alejandro le habló del regalo bajo la puerta y esa misma noche se desbordó su ira acumulada de tanta frustración.

—No es verdad. Ese Arturo no es así. Esa historia no puede ser así.

—Lo siento mucho.

—Aquí debe de haber algo más…

—Te ingresé los cincuenta mil euros por tratar de resolver un poco…

—¿Fuiste tú quien…?

—Alejandro me dijo que…

—¿Qué te dijo Alejandro?

—Que no podrías ir a Japón porque no andabas bien de dinero…

Me levanté de la mesa. La presión podía más que la sensatez.

—Yoisho, ¡no nací ayer! ¡El niño del beso no existe! Soy un hombre grande, independiente, feliz, fuerte. —Cerré los ojos—. Me tengo que ir de aquí.

Lo dejé allí sentado y tiré para casa.

•

Tuve la suerte, mala o buena, de encontrar un mensaje de Reyes en mi móvil.

Me contó Lara tu crisis de anoche, ¿estás bien?

La llamé.

Me propuso una sesión larga de masaje y aromaterapia, a lo que no quise decir que no, a pesar de mi necesidad de aislarme del mundo y reflexionar.

Llevaba días ansiando la aparición de Reyes tras la bronca merecida de días atrás, aunque no sabía si era ese el mejor momento para volver a meter los dedos en mis contradicciones.

Lista, vivida, supo reconocer al Pablo que se acababa de encontrar. Me recibió con achuchones de oso y besos en el cuello.

—¿Me vas a enseñar el culo?

Yo me bajé el pantalón en cuanto entré en el gabinete, un paraíso de fragancias en el que me apetecía sumergirme. Ella me dio dos cachetazos y me subió los calzoncillos.

—Qué rico estás, hijo mío.

Puso música flojita, me calentó los pies con sus manos, tras limpiarlos con una toalla, y colocó sus palmas, un largo rato, encima de mis lumbares.

—Duérmete si quieres, guapo —susurró.

—Te he echado mucho de menos estos días, Reyes.

—Shhh… Relájate.

—Eres más importante de lo que imaginas para mí.

—No pienses ahora, Pablo. Déjate llevar. Vamos a intentar entre los dos vaciar toda tu ansiedad, ¿vale?

—Estoy asustado.

—Shhh…

No quiso dejarme hablar, lo que unido a una noche en la que apenas pude dormir, me llevó a un estado de duermevelas durante el que me sumergí en la parte más bonita de mí. La del hombre hecho a sí mismo. En mi cabeza resonaban esas palabras de Yoisho en las que se fustigaba por el dolor causado. Sabía que me venían bien, que ese dolor no fue inventado, que tuve razones para sufrir. Fue todo un misil lanzado en la cabeza de mi vizconde negro, que ahora corría desangrado por praderas donde olía tan bien como en esa sala.

Quedé dormido, profundamente, hasta que Reyes vino a despertarme cuando ya el local estaba vacío. Agachó la cabeza y me limpió la baba con una toalla blanca.

—¿Estás mejor?

Asentí.

—Voy con prisa —le dije, apurado—, he quedado con Alejandro.

Me esperó a que me vistiera, en la puerta, con la reja a medio echar.

—¿Tienes dos minutos?

Le dije que sí.

—Pablo —me tomó por los antebrazos, era una mujer de ir de frente—. Sé quién eres. No lo dudes. No puedo imaginar el daño que te hicieron echándote de casa siendo un adolescente. ¡Es inmoral! Ese desgarro lo tendrás para siempre. Y que te echasen por lo que te echaron, por ser valiente, por ser tú, por decirles «vosotros me habéis traído al mundo y yo soy así». El desgarro es el doble, imagino —cerré los ojos y asentí—. Todo eso lo sé, Pablete. Si el otro día me salió la arrabalera que llevo dentro es porque te quiero mucho más de lo que te imaginas. Mi desgarro fue ver a mi hermanito hecho un fiambre con una jeringuilla en el brazo. ¿Imaginas la impotencia que sentí?

—Sí.

—Dame un abrazo. —Me entregué a sus brazos—. Siento haber sido tan burra. —Aún olía a aromas del paraíso—. Ahora te toca pensar nada más que en ti. Si te vas a Japón, todos los que te queremos te vamos a apoyar.

•

Llamé a Yoisho camino de la Alameda.

Aturdido por la conversación con Reyes, decidí que todo me venía bien. Tanto si quería volver a verme como si no. Tardó varios tonos en responder, lo noté medio dormido al otro lado, me pidió media hora más para acudir a la cita con Alejandro, que ya estaba allí cuando llegué al Disparate.

—¡Jefe! —Me recibió con su sonrisa de ángel.

Nos sentaron bien visibles en el exterior, para facilitar a Yoisho el que nos viera.

Tras pedir una botella de Garum, hice preguntas de tanteo para posicionarme. Pronto comprendí que no tenía idea de lo que había pasado estas últimas horas en Sevilla.

—Yo me hubiera ido a Londres una temporada, Alejandro, mientras ponen en pie de nuevo la librería.

—A ver cómo te lo explico, Pablo. Mis padres tienen un piso en Londres, pero yo tengo el dinero que tengo. Podría encerrarme allí y dedicarme a comer sándwiches.

—Tienes edad para eso, joder. Lo que yo daría por levantarme cada mañana sin obligaciones y recorrerme la ciudad sin rumbo. Cada día un lugar, el British, la National, la Wallace… Además, la mayoría son gratis.

—¿Conoces la Wallace?

—Flipo con esa galería. *La dama del abanico*, *El columpio*… Es una delicia.

—¡Puedo dejarte las llaves! Mis padres no tienen previsto volver hasta el verano.

—Nos vamos los dos.

Él me miró con tanta ilusión como desconfianza.

—No me pongas los dientes largos, jefe…

—Qué tonto eres.

—Yo contigo me iría al fin del mundo.

—¡Alejandro!

Solté una carcajada que él no celebró, sin enfados, con gestos infantiles.

—¿Volviste con tu novio? —quería saber.

—¡No! —gritó—. Está la cosa calentita.

—¿Y eso?

—Le hablé de ti, de mis sentimientos, de lo que me cansan sus celos… Ya te comenté. El incendio de la librería me hizo darme cuenta de que no estaba para nada por él. Y con veinticuatro años no está uno para apostar por causas imposibles…

—Nunca me lo llegaste a presentar.

—No te pierdes nada.

—¿Cómo se llamaba?

—Martín.

—¡Martín! —exclamé—. Ese nombre. ¿Quién me ha hablado hace poco de un Martín? —Me rasqué la cabeza tratando de recordar, pero estaba en blanco—. Bonito nombre. —Quería tirarle de la lengua, que una cosa llevase a la otra y terminase por confesar toda la trama que

tenía trabajada con Yoisho. Yo miraba disimuladamente la hora en el reloj, pendiente de que él apareciese en cualquier momento—. Háblame de Martín.

MARTÍN

DICEN QUE EL PRIMER HIJO VARÓN es la versión masculina de la madre.

No me podían haber retratado mejor, porque tengo su poca vergüenza, me aburre la gente dramática, como a ella, y no necesito a nadie para buscarme la vida. Un calco suyo.

Ya pasó el tiempo en el que me obsesionaba saber quién era mi padre. Ni ella me lo va a decir, ni malditas las ganas que tengo de saberlo, porque, de los cuatro cabos que he atado, tengo la seguridad de que hoy en día le partiría la cara si me lo cruzase.

A mí lo de nacer homosexual me jodió la vida, no por otra cosa sino por tener que dar explicaciones para decir que yo no tengo nada que ver con ellos, salvo que me gusta follármelos. Me cansa el discurso llorica de lo marginados que estamos. No, yo no estoy en esa liga. Yo estoy en la de los buscavidas.

Ni siquiera hablaría de eso para explicarme a mí, pero sé que este es el tema principal del ensayo, ¿verdad, Yoisho? Así que, qué menos que pronunciarme. Sí, soy de los tocapelotas que destrozan la estrategia del equipo, y si me has invitado a participar en el tercer volumen de *El regalo de las deudas* no es sino por ampliar el abanico de la fauna marica con un tipo como yo, vergüenza del colectivo.

•

Lo cierto es que sé de la potencia de todo lo que editas y no te niego que, a pesar de que nos publiques como personajes anónimos, olé por ti, yo voy a dar pistas suficientes en este escrito para luego poder vender mis láminas, que es lo que realmente me apasiona. Crear en colores. Provocar. Me pasaré por las galerías con tu vigesimonovena edición de la trilogía y señalaré al marchante, mira, ese soy yo, el hijo de la gran puta que se encargó de joderlo todo.

Tiene su mérito, debo reconocerlo, que te expongas de esta forma a través de mí. Dejando al lado al niño del beso, pura reencarnación de San Sebastián, con flechas atravesando su cuerpo, es cierto que Arturo tiene un punto canalla que me erotiza. Su pena fue cruzarse contigo, que lo despreciaras del modo en el que lo hiciste, sin estruendos, que es como más duele, metiéndolo en todos tus escritos sin nombrarlo, sin pena ni gloria, gris. Siempre te has cebado con él; sin decirlo, lo has mostrado como carnaza para aclarar que eso justo es en lo que no querías convertirte tú. El maricón promiscuo, neurótico, desquiciado, que da su vida por un polvo. Nunca quisiste ver que en Arturo está la vida sin complejos, la vida en mayúsculas, no en la teoría de filósofos ensimismados.

Alejandro también se ha convertido en un gran fichaje. ¡Esa cara de dios griego! Yo lo pondría como cubierta del libro. Así, sacando morritos, el rubio que va de intelectual y está más

caliente que el palo de un churrero, la mosquita muerta que malmete por aquí y por allá queriendo pescar en río revuelto. Es de esas personas que, si pudieran, andaría prometiendo amor eterno a todos los cornudos del planeta. Pero folla bien, ¿eh? Todo hay que decirlo, menudo culo, menuda boca, menudo aguante.

•

A mi madre le dije que me iba de Jerez en cuanto encontré curro en Sevilla. Somos tan parecidos que nos vino bien la distancia. A fin de cuentas, estamos a menos de una hora de camino y siempre ha tenido un hueco en mi cama. Qué divertida es la jodida cuando no vives con ella.

Lo que no quise decirle es que me vine con la mitad de la cartera de clientes del Berenjena. El chaval ya no está en condiciones de repartir material por Sevilla con dos ictus en el cuerpo. A mí, en cambio, me viene de puta madre el llevar recados de un punto a otro de la ciudad. Con no superar los siete gramos y medio de coca, ya tengo el culo salvado. Me gano mis pelas sin meterme mierda y me permite escapar de Jerez para hacer lo que siempre quise. Aprender a pintar.

Yo llegué al manga por los grafitis. No hay muro de las vías del tren de Jerez que no tenga mi sello. No sé de dónde vino, pero don Google sabe perfectamente que muero con lo japo. No hay página de internet en la que entre, desde hace años, en la que no haya mundo manga en la pantalla.

•

Ahí se me apareció Yoisho, en una revista alternativa que llegaba a Bellas Artes. Desde que empecé en la facultad, me hice un hueco entre los más frikis, y los más frikis heredaban de generación en generación una publicación de tendencias. A mí me dieron el universo del cómic japonés. No sabían dónde se metían. A base de telefonazos, di con varios proveedores de cuadernos manga, a los que les comí la cabeza explicándoles el mercado potencial que tenían en una facultad abarrotada de gente alternativa.

Yoisho era un personaje de una revista gay. Ese homenaje no lo recibe cualquiera en Japón, así que me puse a investigarlo. Me meaba de risa con sus vídeos. No porque fueran graciosos, que muchas veces lo eran, sino por la estética, esa combinación ingenua de modernidad y catetismo en la que son expertos.

El caso es que me enganché. Había un *hippy* en el DF que lo subtitulaba al español, y yo me tragaba sus programas de los jueves en cuanto el tipo este los traducía.

¡Cómo me pone una buena cabeza!

Y eso que no lo escuchaba en su idioma. Era ponerse a hablar y me hipnotizaba. Me ponía. No sé cuántas veces me la habré cascado mientras lo observaba. ¿Qué me atraía de él? Era ese punto infantil con el que abordaba las relaciones humanas, tan profundo al mismo tiempo. Esa forma de explicar con palabras sencillas los traumas que adquirimos de pequeños. El ponerse como ejemplo personal de sus propias contradicciones lo hacía accesible y, al mismo tiempo, celestial. Su dentadura alineada, las gafas de pasta, la forma de jugar con su pelo negro azabache.

•

En su programa, animaba a su público a escribirle, a compartir con él sus conflictos, los triunfos

conseguidos a pesar de las mochilas, incitaba a rebuscar dentro de uno hasta dar con esa piedra en el estómago.

Cuando supe que hablaba castellano, le escribí. Al imaginar que no lo leería, fantaseé. Exageré mi sensación de orfandad, renegué de mi homosexualidad como si fuera peste, sacralicé determinados pasajes de su ensayo, me ofrecí a ilustrarle un cómic con la historia del beso.

¡Ese mismo día me respondió!

No recuerdo qué es lo que me explicó, pero tenía un método para filtrar los *emails* por idiomas y le daba preferencia a los que venían escritos en español, casi todos del Perú, donde pasó media vida. Sin conocerme de nada, se expuso mucho. Me habló de ilusiones de vida, del segundo tomo de la trilogía a punto de publicarse en inglés, del objetivo último de encontrar al niño del beso para cerrar el círculo.

Yo le creí, sacaba algo bonito de mí que yo no imaginaba tener. Desde siempre, yo había sido un chaval descreído, con cierto punto de arrogancia, que no me aguantaba ni a mí mismo. Escucharlo, sin embargo, era una pócima sonora que derribaba, como en una bolera, cada uno de mis prejuicios, construidos en legítima defensa por no asumir que escapé de una madre soltera alcohólica, de una sexualidad maldita, de una miseria que no quería aceptar. *El regalo de las deudas* estaba escrito para mí, portador obligado de condenas desde bien pequeño.

Aceptó mi ofrecimiento para ilustrar el relato del niño del beso, para lo que me adelantó un dinero que me permitió cambiarme a un piso menos lúgubre del que tenía en los Carteros desde el día en el que me instalé en Sevilla.

Ese relato nunca llegó a ver la luz, quizá porque él no se llegó a ver reflejado en la visión que yo tenía de él, lo que no fue óbice para que mantuviésemos nuestro correo semanal o para que siguiese viendo su programa de los jueves. Se fue convirtiendo en una figura paternal para mí.

A las pocas semanas de nuestro primer correo, recibí en casa el segundo tomo de *El regalo de las deudas*, que me bebí. Ya entonces me habló de otro sevillanito que se había interesado por él. No puedo negar los celos que me provocó, aunque no tanto como pura curiosidad. Lo acosé a preguntas, era gay, qué estudiaba, qué edad tenía, cada cuánto se escribían, qué le había pedido, qué le gustaba de él.

Fue por entonces cuando me invitó a vernos, con una prisa inusual en él. Organizamos una conferencia por Zoom y me pidió un favor.

—Quiero que enamores a Alejandro.

Le pregunté si era otro de sus experimentos sociológicos. Ufano, me dijo que sí.

A mí me entró la risa y acepté. Sé que no volví loco físicamente a mi filósofo japonés esa primera vez que nos vimos, no nací ayer. A mí él me flipó, pero ya me encantaba de mucho antes; yo jugaba con ventaja. Sabía, además, que no le iba a atraer. Haber leído con atención extrema las cincuenta citas que tuvo con sus pretendientes en Okayama me dejaba claro que no le gustarían mis rasgos moros, mi nariz porrona, las cejas pobladas que volvían loco a medio Grinder.

•

El tal Alejandro tenía la piedra filosofal. Le había escrito para decirle que conocía al niño del beso, lo que demostraba anexando una foto de la orla del instituto de Huelva donde estudiaron. La historia me pareció la caña.

Tras ese correo de presentación, Alejandro ya no había vuelto a escribirle, y Yoisho,

impaciente niño malcriado, pensó que podía perderlo para siempre.

¡Ahí entraba yo!

Mi valor era el de puro pinche de la investigación, por mucho que me lo adornara pidiéndome que lo enamorase. Lo que quería era atarlo corto, en Alejandro había descubierto línea directa hacia ese chaval al que rechazó tras un beso, ese tipo que se había convertido en una obsesión vital para él.

Me dio dos pistas que fueron suficientes para dar con Alejandro. Estudió Filosofía y trabajaba en un café-librería. Sevilla no era Tokio, así que era cuestión de echar un rato en Google para anotar unos cuantos sitios donde ir. Me dijo que en la librería tenían *El regalo de las deudas* en un rincón dedicado a ensayos filosóficos. Eso reducía aún más las posibilidades.

Llegué a Pierre & Jean esa misma tarde, me pedí un café y pregunté si tenían el ensayo.

—¿Me dices que es una trilogía?

—Será una trilogía —aclaré—. De momento, solo están publicados los dos primeros volúmenes en España.

Quien me atendía no podía ser Alejandro, primero por edad, segundo por desconocimiento, puesto que Alejandro era fan de Yoi K., nombre artístico de mi ídolo japonés.

•

Con el tiempo, descubrí que ese librero que me atendió era el niño del beso. De haberlo sabido, me hubiera trastabillado. Aun así, quedé tocado tras los cinco minutos que me dedicó a buscar el libro. Sereno, con un punto despistado, buen escuchador, a Pablo, un tipo que llevaba muy bien sus cuarenta y tantos, le conté lo mucho que me gustaba la cultura japonesa. Él, pasando de la filosofía, me invitó a navegar por Murakami o Mishima.

—¿Has leído Kitchen? —Recuerdo que me preguntó. Yo negué con la cabeza, dispuesto a leer lo que hiciera falta si me lo ofreciese él. Fue a buscarlo—. Es una novela corta de Banana Yoshimoto.

—¿Banana se llama el nota?

—Es una tía. La pera limonera.

Compré la novela, me tomé el café, que me volvió a preparar, y le pregunté por Alejandro.

—Hoy libra, se ha ido con sus padres unos días a Londres.

«¡Toma!», pensé. Un niño pijo. Con lo que me ponen a mí los chavales así. Son los que más juego dan en la cama. Luego tres avemarías y si te he visto no me acuerdo.

Al salir de allí, dudé de la sexualidad del tipo de la librería. Pertenecía a una generación en el límite de las oscuridades y los armarios, así que podía ser un gay reprimido tanto como un padre de familia numerosa. Me despistó.

•

Tener el Pierre & Jean tan cerca de la facultad me permitía pasarme por allí una tarde sí y otra también, sin entrar, observando desde la otra acera. Alejandro estaba para mojar pan. Vi cómo se organizaban, las veces que tenían club de lectura, lo mucho que leían en los tiempos muertos. Conecté el Grinder cada vez, hasta asegurarme de que Yellow Head era su perfil. La foto que tenía era la de un mimo en Picadilly Circus y su descripción, apretada y pretenciosa, correspondía con la de un licenciado en Filosofía y Letras.

Yo quité mi careto de la aplicación cuando estuve seguro y comencé a flirtear con él, sin prisas, hasta que una tarde tonta él se puso insistente y quedamos en la Alameda.

Me reventó el corazón.

•

Era tan lento, tan para adentro, tan en su mundo, que yo me lo quise comer. De hecho, me lo comí esa noche, literalmente, desde la punta de los dedos de los pies hasta la coronilla. Qué cosa más guapa. Qué cosa más rica. La primera semana a su lado fue un éxtasis que yo no conocía. Olvidé a Yoisho, el manga y hasta dónde estaba Jerez.

Pasados los días de gloria, fui comprendiendo que Alejandro estaba en una situación complicada que no me quería explicar. Yo no sabía hasta qué punto tenía que ver con Yoisho, ni podía decirle todo lo que yo sabía de él. Desde Tokio, el filósofo nada más que pedía y pedía. Me pasaba dinero para callarme. Sólo quería saber. Era un *voyeur* que me utilizaba a mí como un hombre-prismático.

Entendí, entonces, que había mar de fondo. Que algo gordo ocurría y yo quería averiguar el qué. Me puse en modo escucha y conseguí, con mis silencios, ir sabiendo todo del rubio. Saqué lo mejor de mí. Un día le mostraba mis dibujos manga, otro día le preguntaba por sus autores preferidos, él me hablaba de su jefe, yo le dejaba que me contase. Algo había que lo entrelazaba todo, pero no conseguía descubrir qué. Si interrogaba a Yoisho, perdía puntos. Quería que el filósofo pensase que yo era más ingenuo que un oso panda, por lo que pudiese ocurrir. Pero pronto descubrí que cada vez que los nervios del japonés se desquiciaban, Alejandro se metía en su burbuja. ¿Qué había entre ellos dos?

•

Hasta que un día, cogido a traición, Alejandro se dio de bruces con un tal Arturo mientras tomábamos unos chupitos por la Alameda. Por la forma en la que reaccionó, me di cuenta de que algo ocurría con el peruano, así que hice por alargar la fiesta, invitarlo a cervezas, pasarle maría, decirle dónde podía conseguir coca, reírle las gracias. Pude con las pocas fuerzas que le quedaban a Alejandro, que se marchó a dormir, y me quedé a solas con él.

Golfo como yo, nos entendimos rápido.

—¿Conoces la historia del niño del beso? —me preguntó, cuando aún Alejandro no había girado la calle Peris Mencheta camino de mi apartamento.

—Claro que sí —contesté, raudo—. Pero él —susurré, refiriéndome a Alejandro—, él no sabe que yo lo sé. Alejandro no tiene idea de que yo soy seguidor acérrimo de Yoi K.

No podía uno ser fan del Yoi K. sin conocer la historia del niño del beso.

Arturo me lo contó todo, y su narración me provocó un éxtasis de felicidad. Me hacía cómplice de una historia explosiva de la que yo era protagonista. Bueno, al menos, un actor secundario. Que Pablo fuera ese chaval al que rechazó el filósofo me provocó un orgasmo, porque, aunque con el librero solo había compartido cinco minutos de charla el día en el que lo conocí, todo me cuadraba. Estaba tan en el centro de toda su obra, que cualquier seguidor de Yoisho hubiera dado la vida por estar en mi lugar.

—Lo que el Yoisho no sabe —me dijo Arturo— es que su niño es más pervertido que una zorra.

Le reí la gracia al peruano y me santigüé por dentro. En ese comentario había más

retranca que en todas las historias tremebundas que me contaron de mi padre.

Entonces, excitado, sabiendo que ya había amanecido en Tokio, con más frío en el cuerpo que un perro chico, cuando ya Arturo se había ido a terminar de quemar la mierda que se había metido en la sauna, me senté en el escalón de mi portal y llamé a Yoisho.

•

Borracho, le conté lo que había averiguado y en un par de minutos eché por tierra las semanas que llevaba haciéndome valer. Me dijo, a las claras, que ya no me necesitaba más. Que me enviaría una transferencia. Que muchas gracias.

Yo, ofendido, lo amenacé.

Le grité que me follaría al niño del beso, que lo arruinaría, que le hablaría, a Pablo, pestes de él, del filósofo millonario que jugaba con los maricones como fichas de parchís para escribir ensayos morbosos con los que forrarse. Su silencio me mató y a los dos minutos le estaba suplicando perdón, jurándole que nunca lo traicionaría, que entendía su amor por él, que siguiera contando conmigo.

Patético, ¿verdad, Yoisho?

Ya no volví a hablar con él hasta que nos encontramos en Sevilla.

•

Mi duda es si Alejandro escuchó mis gritos esa madrugada, desde su habitación, o si fue Yoisho quien le habló de mí, pero no tardó en decirme que ya no sentía cosquillas en el estómago al estar conmigo. ¿Se podía ser más cursi para mandarme a la mierda?

Yo estaba enfadado con el mundo, y el mundo empezaba en mí. Me veía rastrero, rencoroso, desquiciado. Me había introducido en una serie de Netflix, en la que me había ganado un papel, y de golpe me expulsaban. Por soplapollas, por bocazas, ¡por torpe!

Me fui un par de días al Palmar, a la casa de madera del Berenjena, y le pedí más curro. Más material. Más clientes. Ya no me bastaba con cocaína, le propuse suministrar metanfetamina, mefredona, pastillas, MDMA, lo que hiciera falta. Quería marcha. Dejé el curso por la mitad y me decidí, sin decidirlo, a vivir de noche. Las cosas se dieron así.

•

La frase del peruano martilleaba en mi cabeza. Ese querer destruir a Yoisho destruyendo al niño del beso. Era una amenaza de puro desamor.

Llamé a Arturo y me puse a sus pies.

El peruano, sabedor de lo útil que yo podría llegar a ser, me exigió calma. No solo eso, me convenció para que retomara la relación con Alejandro, que volviera a camelarlo. Esos eran mis poderes. Tener hilo directo con el rubio y vivir en Sevilla. Eso me pidió el japo y eso me pedía el peruano. Los dos examantes me querían por Alejandro, por controlarlo, por saber de él, por lo cercano que estaba a Pablo.

Así que me esforcé en volver a recuperar todo aquello que enamoró a mi joven librero de barrio. Me lo llevé un día entero a Carmona en el coche prestado del Berenjena y me afané en que volviera a desearme. Sabía cuál era mi atractivo para él, que no estaba en mi intelecto sino en mi carne, en mi poca vergüenza, en mi labia deslenguada. Eso volvía loco a Alejandro porque

era lo que más lejos quedaba de él. Sin querer darme cuenta, estaba repitiendo el mismo patrón que el de Arturo con Yoisho, solo que en mi caso la persona a la que me entregaba no era un filósofo con millones de seguidores por todo el mundo. El mío, más facilón, era un chaval mileurista de familia bien, que se dejó llevar por mis palabras y, por qué no decirlo, por mi arte para revolearlo en la cama y dejarlo seco.

•

Cuando ya me había ganado a Arturo, lo que facilitaba el saberme capaz de conseguirle lo que me pedía, este me llevó una tarde, con mucho misterio, a un piso céntrico que tenía más allá de la Alfalfa. Allí vivía un viejo y su asistenta peruana.

—Este es Martín —me presentó—. Considérenlo como mi hijo. Le voy a dejar unas llaves para que pueda descansar en mi habitación cada vez que lo necesite. —Asintieron, serviles.

Arturo me explicó, con socarronería, lo que no era sino perversión.

—Para qué te voy a engañar, huevón, si somos de la misma naturaleza.

Me confesó que no tenía ese piso para otra cosa que para espiar a Pablo. Me enseñó los prismáticos con los que le observaba y el trípode donde colocaba el móvil para hacerle fotos por entre las tablas de madera de un estor que siempre estaba cerrado.

—Yo no he venido a esta maldita ciudad infernal sino para joderle la vida al niño del beso.

Ante mi cara de pasmo, me aclaró que no tenía nada contra él, y que si algo le movía era abrirle los ojos a Yoisho, tirarle por tierra sus teorías infantiles, hacerle ver que el mundo se entendía con otros parámetros más complejos. Que el verdadero amor estaba muy cerca del odio. Que el daño que le había hecho al retratarlo como un hombre plano movido por lo sexual estaba lejos de la realidad.

—A mí me destrozó la vida su ensayo —reconoció.

—Lo sé.

—No me veas como un psicópata —me insistía Arturo—. Yo solo pretendo que Yoisho descubra que Pablo no es ese ángel de la guarda que él se ha montado en la cabeza. Cuando compruebe que es un maricón tan pendenciero como cualquier otro, se le caerán los palos del sombrajo.

Volvía al centro del huracán, al vendaval de emociones. Empatizaba con su furia. Admirador de las teorías de Yoi K, enloquecía con las teorías opuestas de Arturo. El ying y el yang. Me veía lejano a entender dónde estaba la verdad de las cosas. Arturo quería su venganza, estaba en su derecho. Si tenía que posicionarme, eso sí, yo estaba entre los suyos, entre los apretados, los carnales, los rechazados. Podíamos hacer buen equipo. En su rebelión contra el desprecio estaba mi rebelión también.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté al fin.

—Buscar pruebas de que el niño del beso no es más que el niño guarro, el niño infame, el niño cruel. Para refregarlo bien clarito a nuestro filósofo. Toda la vida hablando de este bugarrón, ganando plata a espuertas, para darte de bruces con un hombre mediocre que solo quiere meterse mierda en las venas y chupar pollas en las saunas.

Tardé en digerir el reto, sin manifestar debilidad alguna cara al peruano. Él tenía la plata, él tenía el poder.

•

Respondía a cada una de sus llamadas desde Madrid, obedecía sus instrucciones, perseguía a Pablo cuando me lo pedía, insinuaba ideas a Alejandro cuando a él se le ocurrían, para así saber por dónde respiraba Yoisho. Arturo era un manipulador de libro con una enorme capacidad de seducción.

Nunca hubo sexo entre nosotros, tal vez por ser demasiado iguales. Meternos mano hubiera sido perturbador, casi incesto.

No tardé en averiguar que Pablo y él se veían, lo que en principio me jodió. Mucho. Tardé algo más en comprender que por parte del niño del beso no había más interés en Arturo que el de divertirse. Toda esa amalgama contribuía a alimentar sus ganas de destrozarlo. Los dos protagonistas del primer ensayo de *El regalo de las deudas* salen del libro para conocerse en la vida real. El encuentro confirma la teoría del autor. El niño del beso desdeña, con elegancia, al hombre pasión.

•

Mis días junto a Alejandro fueron, esas semanas, de los más dulces. Tener cubierto mi lado salvaje con las ocurrencias de Arturo, con el mercadeo de anfetaminas en fiestas gay, facilitaba el ocupar las horas tontas de la cena en estar junto al rubio.

Me apetecía que Yoisho supiera que yo estaba a su lado, pero entendía que no era conveniente. El japonés recibiría de mí lo que Alejandro quisiera compartir con él. Me apetecía, también, irme de cervezas con Pablo, algo prohibido si quería mantener la confianza de Arturo. Así que veía la vida de Alejandro sin preguntar. A lo que él me contara. Yo lo provocaba hablándole de mis andanzas nocturnas, porque sabía que a él le gustaba saberse junto a un golfo sin principios.

•

Una noche de borrachera, con Alejandro dormido en mi pecho, el móvil comenzó a vibrar. Era Arturo. Al ser las tres de la mañana, supe que se trataba de algo grave, así que me desembaracé del rubio y me metí con el teléfono en el baño.

—Estoy en el departamento. ¡Ayúdame!

Corrí como alma que lleva el diablo, con la duda de si llamar a una ambulancia. Imaginé una sobredosis, un ataque cardíaco, una psicosis provocada por la metanfetamina a la que se estaba acostumbrando, pero cuando llegué a la habitación de Conde de Ybarra, me encontré a un Arturo con la cabeza ensangrentada.

La chica peruana lo calmaba con un paño de agua caliente. El anciano me suplicó que no llamara a la policía y me ofrecía, con manos temblorosas, diez euros para que lo llevara en taxi a un hospital.

No hizo falta.

Vi una oportunidad de hacerme fuerte y la tomé. Hice un par de llamadas a mi amigo Diego, enfermero de Urgencias, y conseguí cuatro cosas en la farmacia con las que tratar las heridas. Tras guiñarle el ojo, le inyecté media dosis de mefredona para que se evadiera el tiempo suficiente para que el dolor bajase.

Hice una compra de básicos en un desavío por Santa María la Blanca, compré un bloc

grande, rotuladores de varios grosores y me instalé allí un par de días, hasta que Arturo fue reaccionando. Fue lo más cerca que estuve de acostarme con él. Por las noches me echaba a su lado y él, perdido en sus dolores, me metía mano sin saber quién era yo.

•

—¿Quién me ha hecho esto? —me preguntó el primer día en que se incorporó a comer algo.

—No lo sé —le dije, porque no tenía idea de quién podía haber sido—. Pero te vas a tener que gastar una fortuna en arreglarte la boca.

Alejandro estuvo insistente esos días. Sabía que pasaba algo, y temía por mí. Que yo viviera en los límites de lo legal le hizo pensar, seguro, que la policía o algún narco me habían dado algún susto. A los tres días me pasé por casa para hacerle ver que estaba en plena forma. Ese misterio contribuyó a potenciar el morbo de su atracción por mí.

En menos de una semana, ya Arturo volvió a Madrid.

—Mi hermana está asustada.

Fueron días de confidencias entre los dos, más de él hacia mí, como correspondía a dos personas con un balance vital desequilibrado a consecuencia de la diferencia de edad. Yo puse todas las cartas sobre la mesa, le hablé de mi madre alcohólica, de mi obsesión con el manga, de mis coqueteos con el trapicheo de droga. Nunca le confesé, eso sí, que fue el japonés quien me acercó a Alejandro. Esa baza quedaba para mí.

Él me habló de su historia de amor con Yoisho. Lo hizo como quien narra una historia muy bien estructurada en su interior. Todo lo que contaba de él mismo tenía su paralelo en el japonés. Cada vez que me hablaba de un cambio en su vida, desde que conociese a Yoisho en la universidad de Lima, lo acompañaba de una explicación acerca de las circunstancias del filósofo, lo que en cierta forma explicaba sus frustraciones, ya que él, de familia bien arequipeña, recorrió el camino de la juventud a la madurez sin grandes hitos, mientras que su amante de por entonces no era sino un tipo brillante que pasó de escapar de la homofobia de Tokio a las más reputadas estanterías de las universidades europeas en los mismos veinte años en los que él no hizo nada destacable.

—En el fondo, eso es lo que retrata su primer ensayo —admitía—. Me dijiste que lo leíste, ¿no? —Asentí—. Toda esa larga época de sus estudios en Lima la acompaña de un tipo llamado Julio. Ese Julio soy yo. —No quise asentir, aunque lo imaginara—. Soy yo porque todo lo que le ocurre con Julio le ocurrió conmigo. Los mismos bares, las mismas calles, las mismas frases. Él se escuda en el nombre inventado. «Nadie puede reconocerte», me decía. «Pero me reconozco yo, amor». Aún le decía amor, porque yo era tan tonto que valoraba más el que me introdujese en su *best seller* que el hecho de que me usara como arquetipo del hombre inútil.

—No es tanto así. Es un personaje golfo, divertido, ¡el puto Julio! —quise quitarle hierro, a sabiendas de que entendía su congoja.

—¡Un carajo, Martín!

Vi a un hombre cansado, pero no derrotado. No supe quién pudo darle esa paliza, aunque Arturo estaba metido en todos los pasteles, por lo que no era del todo extraño. Si él sabía algo, no me lo iba a decir. Yo tenía en la cabeza a Pablo, incluso siendo difícil imaginarlo en semejantes ajustes de cuentas. Era la única persona que podía haber organizado esa paliza, para quitárselo de encima, por haberle descubierto. No veía otra posibilidad.

•

No mucho más de una semana más tarde, recibí un encargo potente desde el hotel Alfonso XIII. Me pedían tal cantidad de mierda que no quise cargar con todo en un solo viaje. Me vestí con ropa cara de Alejandro, esos días en Londres, y me planté allí. Me hicieron esperar en la recepción un rato inmenso, en el que vi pasar mi vida por delante. Algo había que no cuadraba. Apostados un par de policías nacionales en la puerta y un silencio escandaloso que no presagiaba nada bueno. En todo caso, yo tenía cocaína por debajo del límite permitido por ley para consumo propio, así que aguanté el tipo.

Dos treintañeros enchaquetados bajaron al poco y me invitaron a tomar una copa en el restaurante del exterior. Me senté entre cojines, pedí un vodka limón y esperé a que me contasen.

—Le vimos acompañar a Arturo Zumárraga a la estación de Santa Justa.

Asentí.

—¿Es consciente usted de la calaña del tipo con el que se junta?

—Es un buen cliente —respondí, sereno por fuera, cagado por dentro.

—La próxima vez no podrá curarle las heridas con apósitos y agua oxigenada —remarcó el otro—. Y lo mismo usted acaba también perjudicado.

Yo no quise preguntar por qué. Saqué la bolsita de coca y la mostré con disimulo. Quería que me pagasen, escapar de allí.

—Nos asquean los maricones. ¡Mucho! —Los dos se rieron—. Si por mí fuera, os cortaba los huevos de raíz, malditos pervertidos. —Jamás sentí un pánico parecido—. Sabemos que tu querida parejita está en Londres y no queremos hacerle daño, así que tendrás que colaborar. ¿A qué hora aterriza mañana? —preguntó al otro.

—A las 12:35.

Estaba absolutamente perdido. Deseaba salir de esa película de la que tanto me resistí a renunciar. De serie de Netflix se estaba transformando en un thriller. ¿Qué podían querer de mí?

—Este próximo fin de semana vamos a organizar una sesión de *chemsex* para maricones en un apartamento de la calle Boteros. A ti te corresponde traer a Arturo, y que Arturo traiga a Pablo. Ya verás cómo haces para conseguirlo. De no hacerlo, primero iremos a por Alejandro.

—No conozco a Pablo —mentí.

—Conoces hasta cómo se la menea frente al cristal, no vuelvas a contarnos milongas.

Sacaron el dinero para pagarme la coca y una llave USB.

—Toma este aparatito —lo cogí—. Lo vas a conectar al ordenador de tu novio, descargar la aplicación que hay dentro y colocar el código que hay en el fichero Word. ¿OK? —No supe contestar—. Hay dos ficheros. La aplicación, que descargas, y el Word, con el código. Muy facilito.

—No puedo meterme en…

—Si mañana antes de las 12:35 no está descargado, tu querido Alejandro lo pasará muy requetemal.

No dije nada.

—Ah, si el peruano se entera de algo o no viene a la fiesta del finde…, aquí va a haber sangre.

•

Me quedé allí clavado, con mi vodka con limón sin probar, mientras los dos tipos tomaban un taxi en la avenida de Roma. Deseé salir de allí. Pillar mis pocos ahorros y coger un vuelo hacia

Brasil o Tailandia, cuanto más lejos, mejor. Lo que ocurría es que no hacer nada implicaba que a Alejandro le diesen un susto al volver de Londres. No me lo podría perdonar.

Apoyado en la idea de que no hicieran daño a mi rubio, en cuanto llegué a casa, con más miedo que siete viejas, sin querer pensar, introduje el pincho en el ordenador y seguí las instrucciones. Luego me tomé dos Myolastan y me eché a dormir.

•

Quise dar la sorpresa a Alejandro de ir a recogerlo al aeropuerto. No sé cuánto había de miedo a que le hicieran algo o de remordimiento por lo que ya había hecho, lo que sé es que le hizo mucha fiesta al hecho de verme allí. Se agarraba a mí entre el gentío, se apretaba y me decía:

—Mira cómo me has puesto, cabrón.

Disfrutaba escuchándolo hablar de las novedades literarias que encontraba en la librería Daunt, de sus paseos por la Galería Wallace haciendo fotos a hurtadillas, del ambiente del Soho por su parte más canalla. Los dos sabíamos que no había una fidelidad acordada, los dos habíamos tenido nuestros rolletes en esos meses de relación intermitente. Nos iba bien así.

Los instantes en los que me venía el pincho USB a la mente, hacía por darle conversación. Él, en su mundo, no podía imaginar cómo de cargado estaba el asunto en mi cabeza. Consideré que era el momento de confesar lo que quizá él ya sabía que yo conocía.

—Qué bien te trata el niño del beso —me lancé—. Te da días de vacaciones todos los meses.

Yo iba conduciendo de vuelta a casa y nos cruzamos la mirada en un semáforo de la Resolana.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde la noche aquella en la que me presentaste a Arturo.

—Cabrón…

No quise decirle que yo llegué a él mismo a través de Yoisho. Hubiera sido la traca final en la que se hubiesen destrozado todas las costuras.

—¿Qué más sabes de Arturo? —me preguntó, con calma, pero alterado.

—Que es el Julio de *El regalo de las deudas*.

—¿Y qué piensas de él?

—Que vale más de lo que refleja el libro. —Se hizo un silencio, que él no aprovechó para darme su versión de qué significaba para él el peruano—. ¿Fue justo Yoi K. con él?

—Supongo que no.

Me tranquilizaba pensar que Alejandro desautorizaba esa imagen proyectada por el japonés en su ensayo, en el que parecía decir que todo lo que rechazaba de la homosexualidad se concentraba en Julio… En Arturo.

•

Follamos como animales esa noche, y su furia, la de Alejandro, al comerme los labios, al morderme el cuello, al pellizcarme los pezones, me hizo pensar que algo fuerte circulaba por su cabeza.

Ya al amanecer, le pregunté.

—Va todo bien, Martín —me aseguró.

Alejandro era tan inocente que no tenía claves en su ordenador, así que yo pasé las

mañanas enganchado, para tratar de encontrar qué podían haber provocado los matones de turno con esa aplicación que ayudé a descargar.

Salvo alguna página porno y de suplementos proteicos, todas sus búsquedas tenían que ver con libros, revistas culturales o biografías de filósofos clásicos. Me tentaba abrir su Zoom, pero me daba pánico que al otro lado estuviese Yoisho y me cazara.

•

Ya ese mismo día hablé con Arturo para animarle a bajar a Sevilla para la fiesta *chill*.

—Voy a llevarme una temporada sin bajar por ahí —me dijo, para mi terror.

Tenía, a toda costa, que conseguir que bajara. Temía por mí, por Alejandro, por todos. Esos tíos iban en serio. Le dije que era la sesión más canalla que se había organizado en mucho tiempo en Sevilla, que iba a venir gente interesantísima, que me habían pasado nuevas drogas de diseño sin efectos raros… No fue hasta que nombré a Pablo cuando empezó a escucharme.

—Me han dicho que va a ir —solté.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Uno tiene sus fuentes…

•

Tocaba convencer a Pablo, para lo que maquiné una estrategia insana. Convencí a un coleguita que se las ganaba bien como chapero, un máquina de metro noventa con ojos de pura miel, y le pedí que me ayudara. Vicioso como él solo, le atraía yo más por lo que pudiera suministrarle que por ningún otro motivo.

El primer día fue un desastre, Pablo salió de la librería con las orejeras puestas y ni siquiera se apercibió de las pintas con las que este tipo se paseó delante de él. El segundo, ya más relajado, Pablo entró en el café de Fidel y allí se plantó mi amigo. En media hora, iban camino de su casa; en hora y media, ya tenía yo fotos suyas al otro lado del cristal. Al terminar la noche, el putero me enviaba un mensaje confirmándome la presencia del librero en el *chemsex* de la calle Boteros.

•

Cuando ya lo tenía claro, pedí a Arturo que llamase a Pablo.

—Tiráis los dos juntos para allá. Os lo vais a pasar en grande.

Fue varios días después cuando me enteré de que a Arturo lo encontraron deshidratado y con el azúcar por las nubes en un piso de alquiler de Boteros.

Ya antes se había complicado todo.

Alejandro me llamó destrozado para decirme que habían incendiado la librería. Preso de los nervios, cuando por fin di con él, no hizo sino lanzar improperios contra Arturo.

—¡Hijo de la gran puta!

Yo le dije que no había podido ser él.

—Alejandro, ¡cálmate! Yo estoy al tanto de la calle, rubio. Y Arturo está ingresado en un hospital por una sobredosis de anfetas. Una sobredosis provocada durante días a base de inyectables. —Me miró con cara de terror—. Fue con Pablo a una sesión de *chill* y les hicieron una encerrona.

—¡Eres una maricona mala!

—Alejandro, no me metas a mí en estos líos…

—Eres de la misma calaña que el peruano, eres pura mierda. Qué razón tenía Yoisho retratando a ese Julio. Sois los que destrozáis a todo un colectivo…

—¡Cállate!

—Me das asco.

•

No supe reaccionar, lo dejé ir, porque yo a mí me daba asco. Con todas las letras. Me quedé en la plaza del Pelícano durante horas, fumando maría, hasta que lo llamé para pedirle perdón por no sabía qué. Entonces me dijo que no sentía nada por mí, que toda su vida era Pablo.

¡El puto niño del beso!

Enloquecido, me fui a la casa del librero. Me metí en su garaje, le reventé las ruedas, me subí a su piso y comencé a romper cada uno de los putos cristalitos de colores de su verja. Hasta que apareció él y salí corriendo de allí.

PABLO

¿RECUERDAS QUE ME PREGUNTASTE acerca de los tatuajes de Martín? —me preguntó Alejandro.

Justo me lo dijo cuando ya vi a Yoisho aparecer desde el otro lado de la Alameda. Alejandro, de espaldas a él, no imaginaba el sorpresón. Ese sorpresón, razoné en décimas de segundo, podría deshacer las ganas en él de confesarme ese algo que le transformaba la expresión, así que le animé, ansioso, a que me contase.

—Sí. —Lo recordaba perfectamente.

Yoisho estaba apenas a cincuenta metros, aún no nos había visto.

—Te mentí —confesó—. Te mentí por miedo —se lanzó—. Martín tiene exactamente el tatuaje en el brazo que tú describiste. —Se señaló el codo—. Justo con un círculo aquí, en tinta negra.

Mi cara debía de ser un poema, pero no tenía tiempo de profundizar. En cierto sentido, me resultaba un alivio. Imaginar que el peruano hubiese incendiado adrede mi negocio me hacía dudar de la naturaleza del alma humana.

—¿Se lo has dicho a él? —le pregunté.

—No… No me he atrevido hasta ahora.

Ya estaba Yoisho detrás de él, guapo como nunca.

—Mira quién hay ahí —le dije.

Alejandro se giró y no pude ver su cara, pero sí la de Yoisho. Todo un manojo de nervios. Alejandro se volvió hacia mí, colorado como un tomate, desorientado.

—Estoy al tanto de todo, petardo —le dije—. Anda, ¡dale un abrazo a tu ídolo Yoi K.!

Tras hacerlo, con fuerza, Alejandro me buscó. Lloraba como una magdalena. Como solo se llora en los dibujos animados.

Hice un gesto a Yoisho para que se sentara. Alejandro, de pie, no sabía qué hacer.

—Yo lo hice por amor —me decía, trastabillado—. Yoisho lo sabe, ¿verdad? —El japonés asintió—. Reconozco que he sido su espía aquí para conseguir que os vieseis después de tantos años.

—Alejandro, siéntate. —Su emoción nos descontrolaba—. Tranquilízate. No tengo nada que reprocharte, todo lo contrario. Ha sido de las cosas más bonitas que me han pasado.

Ellos se miraron por fin. Se sonrieron. Se tomaron la mano.

—¿Un vinito?

Gritaron al unísono que sí.

•

La cena fue un festín en medio de la convulsión.

Que no hubiera espacio para la reflexión vino bien, permitía airear nuestros cariños y reírnos de Yoisho, al narrar la jugada que nos había llevado a estar donde estábamos. Yo me sentía, con justicia, el rey de las atenciones. Sus miradas se posaban en mí, sus relatos se detenían en cuanto yo abría la boca, se interrumpían por explicarse en cuanto preguntaba qué esperaban de mí, cómo me vigilaba Alejandro, qué pedía saber Yoisho desde Japón.

—El día en el que me dijiste que necesitabas enamorarte de alguien fue el momento definitivo —comentó el rubio—. Tuvimos una videoconferencia ese mismo día, Yoisho se emocionó. —El japonés asintió—. Y compartió conmigo la idea que se traía entre manos.

—¿Recuerdas que yo te hablaba cuando pequeños del monasterio de Izumo Taisha?

—¡Cómo no me voy a acordar! Incluso me parece que estuve allí.

—¿Nunca pensaste en buscar a Yoisho? —me preguntó Alejandro.

—No —respondí, sin dudas—. Este señorito estuvo viviendo dos años más en Huelva después del beso. —Él asentía, con la cabeza gacha—. Y no me volvió a dirigir la palabra. Yo deseaba que se volviera a su país cuanto antes.

—Lo siento, Pablo.

—Tranquilo. Ya todo pasó. ¿Un brindis por el reencuentro? —Hice señales para que nos trajeran otra botella de tinto—. Ya todo pasó. Aquí estamos, dos hombres maduros y con una vida interesante a nuestras espaldas, ¿verdad, Alejandro? Una más interesante que la otra, sí, pero quién sabe, aún tengo tiempo de montar franquicias del Pierre & Jean y hacerme el rey de las librerías. —Sonrieron—. Agradezco de corazón lo que habéis hecho por mí. Estoy tan emocionado que tardaré en digerir todo lo que ha pasado estos días, pero quiero que sepáis que me manejo bien solo desde que tengo dieciocho años. Que sé salir vivo de todas las movidas. Que sé cuidarme.

—Lo sabemos —afirmó Yoisho, con su copa a medio beber y el mismo temblor de manos del mediodía.

—El niño del beso es fuerte —insistí.

Fue en ese momento cuando un balón de fútbol se estalló contra la mesa. Se rompieron los cristales, nos pusimos perdidos de vino. No nos habíamos repuesto del susto cuando cayó otro, más fuerte, que dio en la cara de Yoisho.

—¡¡¡Maricones!!! —gritó uno de los tipos que los arrojó, al tiempo que salían corriendo.

—Yoisho, quédate aquí. Alejandro, ¡¡¡corre!!!

Como una exhalación, salimos a la carrera tras los dos tipos, que se bifurcaron hacia lados opuestos tras salir por Arias Montano. Se conocían la ciudad.

—¡Sigue a ese! —le ordené.

En cuanto llegamos a Conde de Barajas, el joven se montó en una moto de alquiler en la que alguien le esperaba. De nada servía coger la matrícula, que, aun así, no pude ver. Sin resuello, me apoyé en un coche, al tiempo que sonó el móvil con llamada de Alejandro.

—Alguien le esperaba en una moto —me dijo, acalorado.

—¿Alguno de ellos era Martín?

—Creo que no…

—¡¿Era o no era Martín alguno de ellos?!

—¡¡¡No!!!

•

Aún había revuelo en el Disparate cuando llegamos Alejandro y yo. Yoisho había pagado, se

limpiaba con unas servilletas y hablaba por teléfono, excitado, con alguien. Me acerqué a él, que colgó.

—¿Era Arturo? —pregunté, sin miramientos.

—¡No!

—Déjame verte la cara. —Tenía enrojecido el pómulo derecho. Se quejó de dolor al tocarle—. ¿Vamos al hospital?

—No, Pablo, no te preocupes. Me he mordido la lengua y tengo algo de sangre, pero ya iré al dentista en Tokio cuando vuelva. Ya sabes lo presumido que soy con mis dientes.

No sabía que lo fuese. A esas edades uno no se fijaba en esas cosas. Se fijaba en los dientes, sin más. Los de Yoisho parecían de mentira, de tan alineados. Algo raro en su país. Siempre tuve esa obsesión, la de mirar los dientes a los orientales. Era un juego que me servía para decirme que Yoisho era de mentira. Que no existió.

—Nunca me ha pasado algo así en Sevilla —le dije. Miré a Alejandro—. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Es una ciudad amigable con nosotros, más en esta zona de la Alameda. ¿Quién piensas que ha podido ser? —Miré a Yoisho, que hizo gesto de no saber—. ¿Puede tener algo que ver con Arturo?

—No lo sé, Pablo.

—¿Puede ser la misma gente que me incendió el negocio?

—¡No lo sé!

Los dos me miraban como si en mi cabeza estuviera la solución. Lo cierto es que yo tenía el miedo en el cuerpo.

—Vais a coger un taxi cada uno, ¿vale? —Asintieron—. No sé si nos esperan tras alguna esquina para darnos otro susto. Yoisho, directo a tu hotel, por favor. Alejandro, vete a casa de tus padres. Cualquiera sabe si conocen tu dirección.

—¿Qué haces tú? —se interesó Alejandro.

—Hago una llamada, a ver quién se hace cargo de mí esta noche. Estoy cagado de miedo.

—Vente al hotel —sugirió Yoisho.

—No —meneé la cabeza—. Hoy no es día de ir a tu hotel.

Pensé en Lara, pero ya le había dado la noche el día anterior, pensé en Leo, pero no quería asustarlo, deseché a Virginia, no me apetecía aguantarle una noche de farlopa. Me acordé entonces de la última vez que la vi. Las cervezas, sus dedos de uñas rojas enredando en mi móvil, buscando el nombre de… ¡Martín! ¡Su camello era Martín! El que me reconoció en las fotos, el que le advirtió que iba a meterme en líos, ¡el puto Martín!

Empecé a escribir un mensaje a Alejandro, pero decidí llamarlo. Aún estaría en el taxi.

—Alejandro, escuché hablar de un tal Martín hace unos días y acabo de acordarme.

—Ah, ¿sí?

—Quiero que me digas sí o no, simplemente. Ya mañana hablamos largo y tendido. ¿Martín trapichea con cocaína?

—Me temo que sí.

•

—Anda, pasa —me dio un beso largo.

—¿No te corto ningún rollo?

—Ojalá me lo cortases, pero no. —Reyes se asomó al rellano antes de cerrar la puerta—.

¿Seguro que no te han seguido?

—No. He venido por calles raras y no había un alma detrás.

El piso de Reyes era como ella, de una vitalidad tremebunda. No había nada que desentonara, pero desentonaba todo. Excesivo en los colores, minimalista en los detalles, había sillones y cojines, todos distintos, en cada rincón. Sonaba Ana Mena.

—Es un lujo que me hayas escogido a mí en vez de a nuestra Lara. —Le sonreí y me tumbé a su lado—. ¿Te preparo una tila doble o quieres hablar?

—¿Sabes lo que me apetecería?

—¡Soy toda tuya! —Hizo el gesto de desnudarse.

—Ja, ja, ja… Qué guasa tienes.

—¿Qué te apetecería? —susurró.

—Que me suplantases. Dejarte a ti el control de mi vida por unos días y que pusieses orden. Eres tela de larga, a mí se me escapa todo.

—Piensa en la de gente que no daría la mitad de sus ahorros por vivir una experiencia como la que estás viviendo.

—Cuéntame en qué consiste esa experiencia, a ver qué entiendes tú que me está ocurriendo. Lo mismo me sirve para aclararme.

—A ver… Tú te enamoraste hasta las trancas de un japonesito siendo un adolescente. —Asentí—. Como estabas convencido de que el cuelgue era mutuo, le diste un beso en los morros, y el chaval se acojonó. ¿Voy bien?

—Más que acojonarse, lo que yo sentí es que me rechazó.

—Bueno, no voy mal orientada. Ese niño nunca te vuelve a hablar, hasta que se va a Japón. Tú decides, al terminar COU, decir a tus padres que eres gay. Y ellos te echan de casa. Dos cabrones de cuidado a los que maldigo una y otra vez desde que me enteré. ¿Sigo?

—Por favor…

—Pasa media vida, tú consigues reinventarte por ti solo, te metes en ambientes muy chungos, hasta que un tipo de mucho dinero te rescata y te lleva a París. Allí te das cuenta de que estás metido en una encerrona y vuelves a empezar de nuevo. Sin un duro. ¡Sin un franco! ¿O había ya euro?

—Fue el último año del franco. Soy más viejo que las pesetas.

—¿Viejo con ese culo de atleta? —Abrió los ojos bien grandes—. Bueno. En París, gracias a un cable que te echa tu hermana, consigues estudiar Filología y un trabajo de documentalista. ¿Se dice así? —Asentí—. En la UNESCO. Conoces a un pijo sevillano casado y guapísimo entonces, del que te haces amante. De forma voluntaria. Nada de tragedias. —Me veía sonreír—. El niño pijo te pone un piso en Sevilla, antes de que tú te enteres de que es un narco indeseable. ¡Indeseable! Ya sabes cómo soy yo con el tema de las drogas. Esa fue la suerte que tuvimos, que te hiciste con un piso aquí que te permitió montar un negocio y que un día mi querida Lara te conociera. ¿Todo bien?

—Impecable.

—En estos años, nos has enamorado. A Lara, a mí, al Andrius, al niño de Lara, al de la cafetería, a la ex de tu amante, a media Sevilla. Pero yo no te he conocido nadie que te dure más de dos días.

—La que fue a hablar.

—Tienes razón. Aquí estamos los dos de psiquiatra. Bueno, el caso, tras tantos años de sequía y de haberte hinchado de follar en las saunas, un día te llega un sobre bajo la puerta con un regalo del japonesito. No había dudas de que es él porque el regalo era un viaje a su ciudad,

que está en mitad da la nada japonesa. Y ese mismo día te incendian el negocio. ¿OK?

—OK.

—Luego no hay que ser muy inteligente para saber que todo está relacionado. Antes te toca el Gordo. Bien. Después del incendio, para más guasa, te revientan las ruedas del coche, te intentan destrozar la verja del patio, te asaltan la casa y te ponen los cuadros del revés…

—¿Cómo sabes eso?

—Lara es mucha Lara, Pablete. A lo que vamos… Hay alguien que quiere hacerte daño. Que no debe ser el japonés, porque entonces el del psiquiátrico sería él. ¿Hay algo que me haya perdido?

—Algo gordo. —Reyes, cómica, se echó las manos a la cabeza—. Días después del incendio, alguien me ingresa cincuenta mil euros en la cuenta.

—¡¡¡El japo!!! —Asentí—. Dios, ¿a cuento de qué?

—Se había enterado de que yo no tenía un duro.

—¿Tenía acceso a tu cuenta?

—Alejandro le pasaba información.

—¿Quién coño es Alejandro?

—Mi empleado de la librería.

—¿El guapito rubio ese que tiene cuerpo de revista porno?

—¡Ese! Que, por cierto, me pone cardíaco. No se puede ser más bello.

—Pablo, creo que la tila doble me la tengo que preparar para mí.

•

Reyes hizo las preguntas oportunas para comprender la estrategia montada por Yoisho, lo que requirió que yo le hablara de Arturo, un personaje al que ya quiso conocer desde el momento en el que le narré su historia personal.

—Niño, hay que leerse *El regalo de las deudas*. Es muy fuerte que tú seas el protagonista de un *best seller* sin saberlo. Pero ¡no te digo yo que mucha gente pagaría lo más grande por vivir lo que estás viviendo!

Me estaba divirtiendo.

—Hay alguien de quien no te he hablado aún.

En un gesto espontáneo, Reyes se santiguó.

—¡Martín!

—Tachán —redobló tambores—. ¿De dónde sale Martín?

—Es el ex de Alejandro.

—Seguro que está buenorro también. Dios los cría y ellos se juntan.

—No lo sé. Nunca lo he visto.

—¿Por qué es tan importante ese niño en esta historia?

—Porque el día que vi a un tipo destrozando los cristales de mi verja, salí detrás de él. No conseguí pillarlo, pero logré verle un tatuaje muy específico en el codo.

—Un amor de madre.

—Un círculo. El mismo tatuaje que tiene el tal Martín.

—¿Tú te has tirado a Alejandro?

—¡No!

—Ese Martín lo que tiene son unos celos que se le suben por las piernas.

—¿Tanto como para quemar el negocio donde trabaja su novio?

—Otro para el psiquiátrico. —afirmó Reyes—. Aquí no se libra ni uno.

—Hay que dar con ese capullo.

—Podías haber empezado por hablarme del mamarracho este. Parece claro que se habría enterado de lo del regalo por debajo de la puerta y aprovechó para quemarte el negocio.

—No me cuadra, Reyes. Lo que metió por debajo de mi puerta Alejandro era un regalo de amor de Yoisho hacia mí. ¡De Yoisho hacia mí! ¿Qué daño podía hacerle a él? Más bien, todo lo contrario. Mi historia con Yoisho me quitaba a mí como enemigo, si es que el tal Martín tenía realmente celos.

—Me estás volviendo loca, maricón.

•

Me despertó una llamada de Alejandro.

Inquieto por el episodio del día anterior, quería a toda costa hablar conmigo. Lo tranquilicé con un tono calmado de voz, que forcé para que sonara bien pausado, en el que le aclaré que no tenía ninguna duda de su cariño hacia mí.

—¿Café en lo de Fidel?

Reyes, ya en su curro, me había dejado una nota explicando dónde encontrar todo lo necesario para el desayuno.

¡Me había hecho tanto bien esa noche a su lado!

Mi vida no era sino una sucesión de terrenos vedados a los demás, en los que se movía a sus anchas mi medio vizconde negro. Estaba tardando en darme cuenta de que, cuanto más restringido fuera ese espacio acotado, menos cancha daba a esa parte insana de mí. Haber hablado a las claras con Reyes de Arturo, de los cincuenta mil euros, de mi vida sexual, de mis teorías sobre Martín, de mi atracción por Alejandro, por la belleza en mayúsculas, fue una terapia brutal que me hacía crecer y expandir así el terreno por donde dejar vagabundear a mi medio vizconde blanco.

—¿Mollete con tomate triturado y jamón?

Dije que sí a Alejandro por no hacerle el feo, aunque venía bien comido de una cocina donde incluso Reyes había colocado unos *croissants* de chocolate recién salidos del horno del Santa Gloria.

—¿Cómo estás? —Yo quería llevar la iniciativa.

—En *shock*, aún.

Como intuía que Yoisho no tardaría en dar señales de vida, quise ir al grano.

—Quiero conocer a Martín.

—Lógico —reaccionó él.

—Como no pongo en duda lo que me dijiste ayer, entiendo que no querrá verme. —Él afirmó con la cabeza—. Así que tendremos que prepararle una encerrona.

—No creas, que tampoco querrá verme a mí.

—Eso, Alejandro, y te lo digo con todo mi cariño, me da igual. —Se hizo un silencio, en el que él no supo sino agachar la testa—. Era tu ex, tú dices que puede ser quien incendió la librería y yo tengo todo el derecho a interrogarle, salvo que quieras que metamos a la policía por medio.

—Yo solo te dije que tiene un tatuaje como el que tú me explicaste.

Fidel nos sirvió los desayunos, me dio un pellizco en el cuello y se fue a la barra, consciente de que se cocía algo gordo entre nosotros.

—Vamos a ver, Alejandro. Aquí hay dos posibilidades. Que tú sepas quién incendió nuestro negocio —gesticulé con fuerza el «nuestro»— y no me lo hayas querido decir, algo que estaría muy feo, o que no lo sepas y lo quieras descubrir. ¿Estamos de acuerdo?

—Nunca te haría lo primero.

—Lo sé. Por eso hay que aclarar, antes de volver a ir a comisaría y que me tomen por imbécil, quién se ha permitido el lujo de destrozarnos ese local que nos da a los dos de comer. A mí incluso un poco más que a ti, porque no tengo una familia detrás que me respalde, ¿OK? —Asintió—. Yo vi a un tío asaltando mi casa con un tatuaje que coincide con el de tu ex, y eso ocurrió poco después del incendio. Luego Martín tiene muchas papeletas, ¿verdad?

Di un sorbo al café para que no se me enfriara, también por calmar los ánimos. El rictus de Alejandro me hacía pensar que no jugaba sucio.

—Hay un argumento muy fuerte, sin embargo, que me hace pensar que Martín no fue.

—¿Cuál?

—El incendio se produjo el mismo día en el que tú metes el sobre bajo la puerta, luego quien lo hizo sabía de la existencia de ese regalo. Ahí entran dos personas. Martín y Arturo. ¿Me sigues?

—Sí.

—Si Martín sabía lo que había en el sobre, que lo que se estaba preparando era un encuentro entre Yoisho y yo, luego si lo que le movía a incendiar la librería eran los celos, pocos celos podía haber cuando tú estás acercándome al filósofo.

Sonó el móvil. Era el japonés. Como si nos hubiera estado escuchando.

—Sí, Yoisho. En el mismo café de ayer. Ven cuando quieras, estoy con Alejandro, pero ven en taxi, por favor. —Colgué, impaciente, y volví a mi argumentario—. Además, si no tengo mala memoria, tú no le hablaste de que sentías algo por mí hasta después del incendio, o eso me dijiste al menos. Luego no tenía motivos muy fuertes, antes de que quemaran la librería, para atacarme.

—Podía querer hacerme daño a mí, por cortar con él.

—Alejandro, quiero creer que en esas cosas tienes memoria. Tú cortaste con él tras el incendio. ¡Son palabras tuyas! —Él bajó la cabeza—. Y si decide arrasar con un negocio por simple intuición de lo que podías sentir en el futuro, estamos ante un psicópata y hay que llamar ahora mismo a la policía. Además, según tú, trapichea con cocaína y todo ese tipo de mierda, con lo que se lo pondríamos aún más fácil a la pasma. —No quiso preguntarme cómo llegué a saber que mercadeaba droga, lo tenía desarbolado.

—Y está Arturo —introdujo él, para quitarme de la cabeza la idea de llamar a comisaría.

—Arturo sí tendría razones. Ahí sí hay una historia de peso. Un tío que se viene desde Perú para encontrar al puto niño del beso, que, para más inri, sin comerlo ni beberlo, soy yo. Ese tío sí podía querer hacerme daño. A mí, a Yoisho y a quien se pusiera por medio. ¿No lo ves así?

Se encogió de hombros.

—Voy rápido, que nuestro filósofo tiene que estar al llegar.

—Siento que todo se haya jodido así, cuando lo que queríamos…

—Vamos a dejarnos de lamentos, Alejandro, que ya tenemos muchos pelos… en las piernas. Volvamos a Arturo. Aquí el problema lo pongo yo, porque a ese tío lo he tratado, me lo he follado, me he ido de copas con él, y no veo detrás de Arturo a alguien capaz de meterle fuego a mi negocio. Pero voy a más. He hablado con él hace dos días. Estuvo conmigo en una fiesta *chill* de estas que tú conoces, donde nos ponemos hasta arriba de todo para no tener escrúpulos en meterle mano a quien se nos ponga por delante. De allí salí yo por patas cuando vi la mierda

que nos inyectaban entre los dedos de los pies, pero yo dejé a Arturo ahí tirado y lo tuvo que salvar la policía cuando se lo encontró deshidratado y con el azúcar por las nubes el propietario del piso. ¡Eso ocurrió tras el incendio! Luego Arturo tampoco pudo ser.

—Lo mismo se ha inventado esa historia.

—Yo tengo amigos hasta en el infierno, Alejandro. No tuve más que enviar un wasap a un amante policía para confirmar lo que me contó Arturo. De la A a la Z.

—Pues si no es ni Martín ni Arturo, ¿quién nos queda?

—Nos queda tu filósofo favorito.

—¡Eso es absurdo!

Yoisho, como en una mala película de serie B, entró en ese momento en el café.

—Absurdo, ¿por qué? —quise saber.

—Porque él te quiere de verdad.

—Él quiere a un niño de Huelva —Yoisho se acercaba—. Se quedó pillado allí —susurré.

—Buenos días.

Me levanté a darle dos besos.

—Ya casi son buenas tardes, Yoi K.

•

Con la cara desencajada, Alejandro quiso dejarnos a solas. Nos comprometimos con él, eso sí, a tomar un taxi. El incidente del día anterior con los balones nos había metido el miedo en el cuerpo a los tres.

Propuse a Yoisho visitar el Bellas Artes. Los grandes patios interiores nos darían cancha para charlar largo y tendido, a solas, en voz baja. Sevilla ofrecía esos espacios entre el bullicio de la ciudad, oasis de tranquilidad donde buscarse. A mí me calmaba visitar la sala V, la de los grandes Murillos, pero, sobre todo, el San Jerónimo de Torrigiano. Peliculero, me apetecía tener la conversación final con él alrededor del santo, dando vueltas bajo su mirada.

Mi amigo venía con la lección aprendida del día anterior, para bajar el pulso; su actitud no podía ser más positiva. No había sino sonrisas hacia mí, me daba la iniciativa, se mostraba generoso. Ningún reproche, ninguna disculpa. Había dado *reset* a dos días de vértigo y se entregaba a mí.

—Hay salas en este museo que me apasionan. Hay días que vengo solo a visitar las de pintura flamenca, con estos rojos y dorados que son la leche. —Me hacían gracias sus gestos al escuchar mis expresiones—. Me siento muy orgulloso de tener esa capacidad de introspección para venir aquí a olvidarme del mundo.

—Gracias por traerme hoy contigo, Pablo.

Le expliqué, en susurros, todo lo que sabía del período en el que pintores venidos de Flandes llegaron a Sevilla a pintar para la catedral.

—Comenzó por entonces una época resplandeciente, que duró hasta un par de siglos después. La ciudad debió de ser la caña en esos siglos. ¿Te apetece ver mi escultura favorita?

—Claro.

—Es de un escultor italiano que vivió aquí. Para mí es una obra descomunal, que puedes ver sin cansarte, desde todos los ángulos que quieras. Es perfecta.

Dimos vueltas alrededor del San Jerónimo, de vez en cuando cruzábamos las miradas. A veces nos sonreíamos, otras nos quedábamos callados. Estábamos suficientemente maleados

como para saber retener el gesto, en el más alto modo de comunicación, el silencio. Solos San Jerónimo, Yoisho y yo. Era una hora tonta en la que casi todos los guiris estaban comiendo. El museo para los dos.

—Te voy a enseñar los patios.

Pasamos de uno a otro sin preguntarnos, cada uno en lo suyo, con sus incertidumbres. Aproveché que se apoyó en un muro de azulejos y me coloqué al otro lado.

—No me va a asustar lo que me cuentes, Yoisho.

Él empezó a llorar.

•

—Soy un producto del miedo, Pablo. A veces pienso que, si he tenido tanto éxito, con mis libros, con mis programas de televisión, ha sido por mi vulnerabilidad, que se huele a leguas. Mis ensayos se leen porque hay mucha verdad dentro, revestida de inocencia. Pienso que la gente se ve reflejada en mis narraciones porque hablo desde la inseguridad, porque busco encontrarme, escapar del dolor que me hice a mí mismo desde pequeño. Mi denuncia de la homofobia es potentísima, porque la elaboro desde el ejemplo concreto de mi experiencia personal. Al denunciar la homofobia, en el fondo, estoy lanzando un grito contra toda discriminación. Y el origen de ese grito está en el niño del beso. Iba a decir en ti, pero no, tú ya eres un desconocido para mí.

Cerré los ojos, me emocionaba hasta el alma su relato.

—Me rebelo contra la homofobia con argumentos que hacen mi lucha creíble, porque el primer homófobo fui yo y tú mi primera víctima. De ahí mi obsesión por ponerte en el centro de todo, a ese niño al que le rompí la inocencia en dos.

Tenía razón, yo tenía integrada esa rotura dentro de mí.

—El día en el que recibí el *email* de Alejandro, me volví loco. Lo creas o no, mi objetivo en la vida no era otro sino el de obtener tu perdón, ya te lo dije el otro día. Pero buscarte me provocaba terror, porque no sabía lo que me podía encontrar, ni quería saberlo. Suficiente cruz llevaba yo ya encima. Te tenía idealizado, me daba pánico dar con una persona fea, incluso con una persona mediocre. Que Alejandro me narrase tu vida en dos frases para decirme que te iba bien era la mejor de las noticias.

—Gracias…

—Él se llevó un tiempo sin escribirme tras el primer *email*, y yo entré en pánico. Conocía a un lector muy simpático de aquí de Sevilla, un dibujante de manga que me recordaba mucho a Arturo, ¡un joven Arturito! —Se rio—. Y le pedí que buscase a Alejandro. No era difícil. Un café-librería, un filósofo rubio de su edad… Le animé a enamorarlo, para así no perder el contacto con él y, a través de él, saber de ti. —Se frenó, con una sonrisa tímida.

—¿Ese dibujante de manga se llama Martín?

—Sí —me respondió, con ojos entornados. Empezábamos a entendernos—. Muy de persona insegura, ¿verdad? Quiero tenerlo todo controlado, porque me da miedo que la vida se me vuelva del revés. Mis bases emocionales son muy frágiles, Pablo.

Le dejé hablar.

—Tras consolidar mi relación con Alejandro y ver cosas que no me gustaban, le dije a Martín que ya no necesitaba de él. Entró en furia, me amenazó, me pidió más dinero.

—¿Le pagabas por estar con Alejandro?

—Le financié un cuento manga que no se llegó a publicar. Era mi forma de

agradecimiento. Ya ves. Un desequilibrado obseso con la inseguridad que todo lo compra. Tengo más dinero del que puedo gastar y lo uso equivocadamente como un arma de seducción. —Se detuvo—. ¿Te asusta lo que te cuento?

—Un poco —confesé.

—Me siento ridículo contándote esto, Pablo.

—Nadie nos ve… —Rodeé el murete y me abracé a él—. Somos dos niños inseguros, Yoisho, qué se le va a hacer.

•

Pedí un Uber desde dentro del Museo para no dejarnos ver. Yoisho me propuso invitarme a almorzar y llamé al hotel Unuk para reservar una mesa en su azotea, un lugar a salvo de balonazos. Camino del restaurante, comprobé que tenía la bandeja del teléfono llena de mensajes. De Reyes, de Lara, de Leo, de Vicen, como si todo mi mundo se hubiera puesto de acuerdo para cuidarme.

—Aquí ponen un *chateaubriand* que te mueres.

Yoisho se rio, por fin.

—Vaya tela el viajecito.

—¿Vaya tela el viajecito? —repitió, sin entender del todo la frase.

—Tu viaje, tu visita. Demasiada emoción, Yoisho. No sé si estás arrepentido de haber venido. —Él meneó la cabeza—. ¿Seguro que no?

—No. Estoy feliz de haberte visto de nuevo.

—A mí me ha hecho mucho bien. Por encima de todo. Van a ser de los días más importantes de mi vida. Que alguien venga desde tan lejos por mí.

—Te lo mereces.

—Sí —afirmé—. Supongo que sí. Pero una cosa es merecerlo y otra es encontrar alguien con tu calidad humana para venir.

Nos sirvieron las cervezas, que casi nos bebimos en dos sorbos por el calor y la ansiedad. Pedimos dos más.

—Yo soy una persona muy feliz, Yoisho. Con todas mis carencias afectivas, pero feliz. Estos últimos meses han sido raros. Se murió mi madre, y aunque mi relación con ella era muy mala, siempre es una madre… Te das cuenta de que uno tiene los días contados. Ya sabes lo que es… El caso es que me cuentas todo lo que me has contado y me emociono hasta la médula. Mucho. Desde aquel día del beso estuve durante años renegando de mí. Mi estrategia no era otra sino provocarme asco por el sexo con los hombres. Había días en los que terminaba en el Parque Moret buscando a algún señor cuando las hormonas se me revolucionaban, y de inmediato me fustigaba con el arrepentimiento, con el asco. Para mí en el sexo hay todavía un componente importante de repulsión. ¡Es jodido! —Él me miraba, serio—. Yo no sé si soy una persona incapaz de amar, Yoisho. Te lo digo como lo siento. La única pareja que he tenido ha sido un tío casado que follaba conmigo con la luz apagada de puro pudor. Un sexo escaso, torpe y rápido. Ese es el monstruo en el que me transformé yo mismo, a conciencia.

—Has debido sufrir mucho, Pablo.

—Sí… —Me asaltaba una lágrima espesa venida del estómago, que no quería sacar—. Imagino que igual que tú. Igual que tantos. Tantísima gente que ha tenido que vivir de espaldas a su verdadera naturaleza por culpa de miserables amargados, como lo fueron mis padres.

Trajeron dos nuevas cañas. Se presentía borrachera. Nuestra fragilidad lo facilitaba.

—Yoisho, ¿quién incendió mi librería?

Él apretó las mandíbulas.

—¿Fuiste tú para forzar el que yo me fuera a Japón?

—¡¡¡No!!! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—¿Quiénes son las personas que te esperaban en el hotel la primera noche? ¿Quiénes son los que fueron a golpearte expresamente a ti con el balón?

—¿Conoces a la Yakuza?

—No.

—Es una mafia japonesa, muy extendida por mi país, con mucha fuerza.

—No me asustes, Yoisho.

—Cuando Alejandro me dijo que Arturo estaba en el origen de todo, recurrí a ellos. Ya sabes, mi inseguridad. Estaba indignado con él y contraté un servicio muy concreto, para que le dieran un susto. —Se frenó, midiendo lo que podía contar y cómo narrármelo—. Arturo me envió fotos de ti, desnudo, restregándote contra las ventanas de tu salón. —Un enorme calor me subió por todo el cuerpo—. Me envió fotos de ti en la sauna, teniendo sexo con otros. Quería demostrarme que mi niño del beso era el niño del sexo, de la droga, de lo sucio.

—Hijo de puta tu Arturo… —Yoisho me acarició el cabello, para tranquilizarme—. Tal vez tenga razón, en que soy el niño del sexo, de la droga, ¡el niño pervertido!

—¿Quién no es pervertido, Pablo? A mí me asustaría haber encontrado en ti a un tío plano, encerrado en su casa, sin vida. ¿Voy a asustarme con unas fotos tuyas? Me encanta verte desnudo, que seas desinhibido…

—Maldito Arturo. —Yo no salía de mi bucle de indignación.

—La Yakuza hizo su trabajo. Dieron una paliza a Arturo y lo aterrorizaron.

—¿Fueron ellos los de los pinchazos en los pies? —Yoisho asintió.

—Los que le pegaron esa paliza días antes.

—Qué horror.

—Pero cuando comprendieron quién era yo y qué había detrás, salió toda la homofobia de esa red mafiosa. Amenazaron con matar a Arturo si yo no subía la apuesta. Cuando cobraron ese dinero, me pidieron que dejara el programa de los jueves, «el programa de los maricones». Les dije que no. Consiguieron meterse en el ordenador de Alejandro, grabar nuestras charlas, saberlo todo de mí. Saber, incluso, cuándo Alejandro iba a meter el sobre bajo tu puerta.

Me toqué el corazón. Estaba a mil.

—¿Cómo sabes todo eso, Yoisho? Me cuesta trabajo creer que…

—Tú viste a los dos tipos con chaqueta que me esperaban en el hotel.

Bajé la cabeza.

—Ya he renunciado a mi trabajo.

—¡Nooo!

—Ayer escribí a la cadena de televisión, tal como me pidieron. Seguí sus instrucciones. Ya no habrá más debate en la televisión pública japonesa acerca del colectivo homosexual.

—Yoisho…

—Mi apuesta salió mal.

—Pero si abandonas…, seguirán amenazándote, te pedirán más.

—¿Con qué me van a amenazar, Pablo? ¿Con decirle a todos mis seguidores que soy maricón? Eso ya lo saben.

—Lo siento…

—He pensado en volver a Perú. Llevan tiempo ofreciéndome impartir clases en la

universidad de Lima. Es una ciudad que amo.

Yo no podía decirle que se quedara, no quería esa responsabilidad para mí.

•

Fue salir del hotel y sentir una mirada. Simulé con Yoisho un olvido, así que entré de nuevo. Cuando tuve un ángulo suficiente para observar al motorista, con el casco cubriendo su cabeza, grité a Yoisho que entrase de nuevo. Efectivamente, lo seguía con la mirada. Expliqué a Yoisho mis miedos.

—No tiene sentido —me decía—. ¿Qué más pueden querer de mí?

—¿Te importa subir de nuevo y pedirte un café? —Asintió—. ¡Ten el teléfono encima!

Jugaba con la opacidad de los cristales desde el exterior para entrar en el restaurante de la planta baja y buscar los movimientos de ese tipo, que seguía sin descubrir la cabeza. No sabía hasta qué punto podría estar montándome una película, pero veía al hombre nervioso. Miraba la hora, se subía y bajaba la cremallera de su chaqueta de cuero. Era un día soleado. Chocaba la escena.

Se abrieron de nuevo las puertas de cristal, con mi presencia. Salí a la calle. Firme, fijé la mirada en él, inmóvil. Me asomé a la plaza, medité hasta qué punto él podría seguirme por la calle Mercedes de Velilla, estrechísima, peatonal. Cerré los ojos y me lancé, a la carrera, como si no hubiera un mañana. A la altura de Palo Cortado, escuché el ruido de la moto al arrancar. Tomé velocidad. Atravesé la calle Imagen en plan suicida y corrí bajo los soportales hasta las Setas. Sin resuello, me senté en sus escaleras para tener una buena visión. Lo había perdido de vista. Llamé a Yoisho.

—¿Estás bien?

Me confirmó que sí. Le pedí cinco minutos. Había demasiada gente en la plaza.

—Hola.

Me giré. El tipo de la chaqueta de cuero estaba sentado a mis espaldas, escalones arriba. Más joven de lo que hubiera imaginado, su cara me decía algo.

—¿Quién eres? —pregunté.

Se quitó con parsimonia, pero con nervios, la chaqueta. Sudaba, tenía la camiseta empapada. Vanidoso, giró el brazo para mostrarme su tatuaje en el codo.

—Martín —afirmé, sereno. El corazón batía dislocado.

—El mismo… Por fin nos conocemos.

—Tú y yo nos hemos visto antes. —Estaba seguro.

—Estaba chulo el libro del Banana Yoshimoto.

—Era una escritora.

—¡Eso! La Banana Yoshimoto. Un poco tonta la historia, ¿no?

—Ahora que te conozco, la veo más que apropiada. También a ti te habría venido bien una casa de acogida, una familia que te cuidara…

—Con mi madre me sobra y me basta. —Subía la tensión.

—Cuando está sobria, ¿no?

—Vengo en son de paz, Pablo.

—Menos mal. Al menos aquí, con tanta gente, no te atreverás a meterme un cerillo y quemarme.

—No fui yo… —Estaba perdiendo los nervios, y no sabía si me convenía.

—Te vi asaltando mi casa.

—¡Fue un ataque de celos!

—¿Las ruedas también?

Giré la cara de nuevo hacia la plaza. Por momentos, pensé que podría comenzar a darme golpetazos en la cabeza con el casco. Traté de reordenar todo lo que sabía de él, los comentarios ambiguos de Alejandro, la misión de espía que le había encomendado Yoisho. Al joven Arturito.

Martín se sentó a mi lado.

—¿Puedo pagarte las gomas del coche? —me preguntó.

—Supongo que sí —susurré.

Colocó el casco a nuestros pies.

—¿Has leído *El regalo de las deudas*?

—No.

—Ese sí que es un libro tremendo. —Lo dejé hablar—. Es muy emocionante para mí estar aquí, hablando con el niño del beso. —Hizo un silencio que yo no aproveché—. Yo soy una copia mala de Arturo, ¿sabes? En el ensayo no lo llama Arturo, lo llama Julio… ¿Has oído hablar de las profecías autocumplidas? —Sabía que yo no iba a contestar. Él no me miraba. Envié una ubicación a Yoisho sin que él se diese cuenta—. Algo así me ha pasado a mí. Me gustó tanto el libro, y me he metido tanto en esta historia que he acabado actuando como un calco del puto Julio. —Se estaba desnudando ante mí—. Hay quienes nacemos con mala naturaleza. Yo he sido un cabrón desde chico. Nuestro filósofo diría que hay que buscar en ese pasado maldito el objetivo de nuestra vida y todo eso. Pero no es lo mismo meter la pata, como hizo él contigo, que nacer con la condena de una madre borracha y sin un duro. Te maleas. Uno se malea. Yo soy un hijo de la gran puta, ¿sabes?

—No digas eso.

—Creí que me iba a redimir con eso de Bellas Artes y tal. Era el mejor grafitero de Jerez, ¿te lo ha dicho Alejandro? —Negué con la cabeza, sin mirarlo—. ¡Sabía hacer algo! No sé si me vine a Sevilla para que mi madre estuviera orgullosa de mí, o si era una excusa para quitarme de estar con ella. Qué jodido es todo, ¿verdad? ¡Cuántas interpretaciones!

Ahí se paró. Creí sentir emoción en sus últimas palabras. Tal vez no sabía siquiera controlar sus emociones y le asustaba que se le notara. Mostrar fragilidad. Me dio miedo que se fuera. Me recordaba a mi Pablo descarriado, al de las copas en Puerto Banús y los tiritos con la Porrona.

—Que Yoisho me escribiera para decirme que enamorase a Alejandro… —Ya tenía la voz tomada—. Eso es lo más bonito que me ha pasado nunca, joder. —Estaba a punto de reventar—. Yo quería hacerlo todo bien. ¡Por fin era alguien en el mundo! ¡Alguien que no era transparente! Yo creo que es por eso por lo que Alejandro se quedó colgado conmigo, porque yo empecé a creer en mí. Estaba pletórico. Hubiera enamorado a Jesús Vázquez…

—¿A Jesús Vázquez?

—Siempre me ha puesto mucho ese cabrón. Tú sabes, mi madre nada más que veía programas de estos de las islas y los supervivientes…

—Qué arte tienes.

—Vengo a disculparme, Pablo. —No supo mirarme a la cara, metió la cabeza entre sus rodillas—. Todo lo he hecho mal.

Le pasé la palma de mi mano por la nuca y él se agarró a mí, como un crío. Me dejé llevar por la emoción, evité hacerle preguntas que me salían al paso, de cómo conoció a Arturo, de por qué se jodió todo con Alejandro, quería saber qué dijo a Yoisho para que perdiera la confianza en él.

Vi llegar a Yoisho por la calle Imagen, despacio. Nos había visto. Subió los escalones y se sentó a mi otro lado, tras obtener mi complicidad en un guiño.

—¿Os conocéis?

Martín, con los ojos rojos y lleno de mocos, levantó la cabeza. Yoisho alargó el brazo, por encima de mis piernas, y le acarició los muslos, saltándose todas las tradiciones del Japón.

—¿Cómo estás, Martín?

El chaval le cogió la mano, mientras se limpiaba la cara con la izquierda. Estaba desbordado por la situación.

—Os he estado siguiendo todo el día —confesó—. Sé, por Alejandro, que habías venido a España. —No se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Vine a buscar al niño del beso, Martín.

—¿Y cómo lo has encontrado? —le preguntó, como si yo no estuviera delante.

—Muy guapo para su edad. —Le di un puñetazo sin fuerzas en el muslo al japonés—. No imaginé que se pudiera haber convertido en un hombre tan interesante —continuó—. Podría habérseme chafado toda mi teoría.

—Yo lo he buscado para decirle que no incendié la librería.

—Lo sabemos —afirmó Yoisho.

—Ayer tuve una bronca gorda con Alejandro. Le aseguré que yo no había sido y le prometí que vendría a decírtelo, Pablo.

—Gracias —le dije.

—Yoisho, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Quiénes son esos salvajes que le abrieron la cabeza a Arturo?

La pregunta sonó rotunda entre los tres. Yoisho retiró su brazo de mis rodillas. Yo sentía el sudor de Martín.

—Son los mismos que incendiaron la librería, Martín.

—¿Por qué? —preguntó, inocente, lo que hubiera querido preguntar yo.

—Porque los contraté para darle un susto a Arturo y acabaron amenazándome a mí. No sé cómo lograron entrar en el ordenador de Alejandro, pero entraron. Estuvieron viendo nuestras conversaciones y averiguaron el día en el que llegaría el regalo a casa de Pablo. —Entonces sí miró Yoisho a Martín, sin dejar de observarme a mí—. Quisieron romper la fiesta por la mitad.

•

Agotado por la mezcla de todo el alcohol bebido, el sol sobre las escaleras de las Setas y las confesiones a pecho descubierto de Martín, propuse a Yoisho regalarnos un descanso, no sin antes asegurarme de que un taxi lo llevara de vuelta al hotel. Lo noté rendido.

—Déjelo en la puerta del Colón —comenté al taxista, mientras Yoisho me daba la mano por la ventana.

Me asaltaban ataques de vergüenza cuando recordaba esas fotos mías restregándome, desnudo, contra la ventana. El pudor que nunca tuve se volvía un monstruo que me paralizaba.

No quise ir a casa porque sabía que no podría dormir, así que enfilé sin rumbo hacia La Campana hasta que decidí a quién me apetecía ver.

•

Leo me abrió, sorprendido. Yo le pedí salir.

—Me cambio de zapatos.

—Te espero abajo.

No quería dar unas explicaciones a Carmela que serían farragosas, necesitaba a Leo para mí, unos minutos, un rato. Él, solícito, llegó colocándose los cuellos de la camisa.

—¿Un paseo por los Jardines de Murillo? —propuso.

—Por favor.

Era difícil resumir mis últimos días, pero tenía la ventaja de que Leo estaba por la labor. Tanto que me pedía que le ahorrase los detalles para poder entender mi cara desencajada. Tenía que repreguntarme para aclararme incluso yo, porque tanto le decía que Martín conocía a Arturo como que no, mezclaba acontecimientos, desordenaba las fechas, ponía en boca de uno lo que había dicho otro.

Cuando, al fin, llegué al incendio, él aplaudió.

—¡Esto pinta muy bien! —exclamó, para mi sorpresa.

—¿Qué es lo que pinta tan bien?

A él le tranquilizaba, sobre todo, la actitud de Yoisho, su apertura en canal, que hubiese confesado todas las artimañas para mantenerlo localizado una vez que, por azar, lo descubrió. Yo, abogado del diablo con mi futuro, negaba la mayor.

—¡Es un manipulador, Leo!

—¿Quién no, Pablete?

—¡Yo no!

—No te lo crees ni tú, muchachito. Tú has tragado quina en París media vida por mantener un amante.

—Eso es un golpe bajo, cabrón.

—Es lo que pretendo. —Se paró, me tomó por los antebrazos y me zamarreó—. Tú estás colado hasta el dedo gordo del pie por este hombre. —No supe decirle que no—. A ver. Cuéntame de alguien a quien conozcas que le haya pasado algo igual que a ti. Protagonista de un superventas, te ingresa cincuenta mil euros, viene a buscarte desde el otro lado del planeta, contrata a unos matones por no perderte. Yo no sé qué cojones haces aquí conmigo, gilipollas.

—Y ahora encima con una roncha de cincuenta mil euros.

—¿Te los has gastado ya?

—¿Cómo me voy a gastar ese dinero en una semana, joder?

A Leo le entró la risa. De esas risas tontas de niño acelerado con la barriga convulsionando. A mí, más mosqueado que un pavo escuchando una pandereta, se me contagió su flojera.

—Eres un capullo, Leo.

Leo no dejaba de reír. Yo me abracé a él, para calmarlo, pero más bien me descontrolaba de nuevo a mí. Por fin, pudimos respirar.

—¿Sabes lo bueno de todo esto, Pablo?

—¿Qué?

—Que tu filósofo ya no tiene obligaciones en Japón. ¡Le han dejado sin programa de televisión! —Era verdad—. Juega con eso. Ponlo a prueba. Daos una oportunidad. Vete al hotel y te lo follas. O que te folle él. ¿Y si tiene un micropene y estamos aquí perdiendo el tiempo?

—¿Tú irías al hotel?

—De cabeza, Pablo. ¿Recuerdas tu maldita filosofía del fango? Pues yo estoy de fango hasta la cintura. Muy feliz con mi Carmela, pero de fango hasta arriba. Que ese tío ha venido

para comerte con patatas, joder. Que yo no te he visto enamorado en mi vida. Que nunca te he visto así de nervioso.

—Es un hombre complejo, Leo.

—¿Y tú qué eres? ¿Un bulto con ojos? Venga, sal a la calle, coge un taxi. ¡Vete ya!

•

Al taxi le indiqué el hotel Colón.

Me bajé en la puerta y tomé calle Canalejas arriba. Tenía el cuerpo cortado. Rogaba que hubiese hecho la maleta y estuviera ya esperando un vuelo hacia el Perú. Miré mil veces el móvil aguardando un mensaje suyo que no llegaba.

Decidí esperar. Atravesé Marqués de Paradas, hasta el río, que comencé a caminarme en dirección al Alamillo. ¿Cuántos kilómetros podría haber hasta el puente? ¿Tres? ¿Cuatro? Ese fue el plazo que me puse antes de llamarlo. Quería ponerme en valor, esperar una señal de él. Un corazón, aunque fuese. Tenía que leer *El regalo de las deudas*, saber dónde me estaba metiendo, entender qué quería hacer yo de mí.

El corazón, bien rojo, palpitando, llegó a la altura del puente de la Barqueta.

—¿Cómo estás? —le escribí.

—Ven —me contestó—. Tengo algo para ti.

Pensé en pasar por casa, asearme, echarme algo de colonia, ducharme, meterme bajo la cama y desaparecer. Me acordé de Virginia y le escribí.

—Está aquí mi japo —le dije.

—No lo dejes escapar —me contestó.

Ya en el vestíbulo del hotel, lo llamé para que bajara. Una chica de color cantaba por Randy Crawford en el bar. *One day I'll fly away*. Parecía que ella también me invitara a volar.

Yoisho se presentó con una impoluta camisa de seda azul que dejaba adivinar un cuerpo fibrado, de los que a mí me gustaban, unos pantalones seguro que hechos a medida y zapatos brillantísimos. Yo estaba nervioso como nunca.

—¿Has descansado? —le pregunté.

Él, con cara de recién despierto, asintió.

—Demasiadas cervezas para este cuerpo japonés.

—No creas que he olvidado tu dinero, Yoisho. En unos días te devuelvo la transferencia.

—Tómalo como una indemnización, Pablo, por el daño causado. —Negué con la cabeza —. Si no llega a ser por mí, ahora tu negocio te estaría dando dinero.

—Gracias, pero sabré salir. —Mi dignidad tropezaba con mis necesidades.

—¿Qué bebes? —quiso escapar de temas prosaicos.

—Vodka con limón.

Había algo en él de paternal hacia mí. Jugaba con ventaja, sí. Yoisho llevaba planteando meses este encuentro, habría anticipado todos los escenarios posibles, incluso sabía por dónde podría yo atacar. Humilde, se abría por completo para reconocer sus culpas, las inseguridades, el miedo a perder su estatus, su espíritu controlador, la obsesión por no perderme.

—¿Leerás mis publicaciones cuando me vaya de aquí? —me preguntó con cara de no haber roto un plato.

—Claro. Espero que me las dediques personalmente.

—El primer tomo de mi trilogía está hasta arriba de ti, casi que me lo tienes que dedicar tú a mí. —Me gustaba ese tono cómico en él, no creo en la inteligencia de nadie si no se maneja

bien con el humor—. Pero claro que sí…

—¿De qué va la trilogía?

—Bueno, está sin acabar. —Dio un sorbo largo a su *whisky* y se recolocó en el sillón—. El primer volumen parte de mi homofobia y se escenifica en el rechazo al beso que me diste. Todos los homosexuales hemos sido homófobos antes de aceptarnos. Es esa deuda que contraje contigo, al renegar de ti, la que me ha hecho crecer como persona. Renegar de ti era renegar de mí.

Me resultaba impactante cómo esa escena, simple, adolescente, de puro amor, había establecido ese cordón umbilical tan fuerte entre los dos.

—El segundo volumen es mi inmersión en el colectivo gay japonés. Programé un experimento en el que organizaba una cita a ciegas —entrecomillaba con sus manos— con cincuenta de mis seguidores. Bueno, de uno en uno. Cincuenta semanas. Elegí lo más selecto de entre los miles que me escribían, yo ya tenía mi programa de televisión y era famoso en mi país. En el fondo, yo buscaba novio. —Soltó una carcajada de timidez—. Ya ves que soy muy perverso, no hace falta masturbarse en una ventana para serlo. —Me enloquecía su forma de ordenar su discurso—. De ahí salieron conclusiones tremendas acerca del sufrimiento de la comunidad homosexual nipona. ¡Tanto dolor innecesario! —Siguió con su *whisky*, tal vez buscando que yo lo interrumpiera, pero no conocía al Pablo paciente al que le gusta callar. Me tenía embaucado—. Fue un superventas también. Al dar nombres ficticios, nadie me denunció a los tribunales. —Otra carcajada.

—¿Y sacaste algún novio de entre los cincuenta?

—Sí. ¡Un Arturo japonés! —Se reía, el *whisky* y los nervios hacían su efecto—. Ya ves, uno acaba enredándose siempre con los mismos prototipos. Katachi me desbarató todo con su forma de ser, era graciosísimo y muy bueno en la cama. El problema es que a mí los Arturos acaban cansándome. —Ensombreció el semblante—. Eso es muy duro, para ellos y para mí.

—¿Y el tercer volumen? —No quería que siguiera por ahí.

—El tercer volumen lo estamos escribiendo ahora, con esta conversación. —Me miró, provocador, con ojos entornados—. ¿Qué me dices?

—Eres un liante, Yoisho…

—Sería el cierre del círculo. ¡El filósofo japonés se reencuentra en España con el niño del beso! —Me miró, a la espera de mi autorización, de un guiño, de una sonrisa—. He estado pensando estos días dejar que seáis vosotros quienes lo escribáis.

—¿Nosotros?

—Sí.

—Nosotros, ¿quiénes?

—Vosotros… Tú, que eres el principal reclamo, darte toda la libertad para que nos cuentes cómo has vivido esta historia de mi aparición, el regalo, el incendio, ¡el balonazo en el restaurante! Digo vosotros también por Arturo, y así le dejo la oportunidad de dar su versión de la historia, de mí, del daño que le hice, del daño mutuo que nos hicimos… Estaría también Alejandro, mi enlace imprescindible, que nos podría relatar lo que es el gay de familia bien, moderna, que no ha tenido problemas para manifestar de manera natural su sexualidad… Incluso he pensado en Martín. Ese niño representa una homosexualidad oculta, la de los barrios bajos, la más canalla… ¿Qué te parece?

—Me parece grandioso, no puedo decir otra cosa.

—Evidentemente, negociaríamos *royalties* para que os beneficiarais de las ventas. Los cincuenta mil euros podían ser un adelanto.

—Yoisho… —Quería frenarlo.

—Antes me dijiste, en el restaurante, que yo te asustaba un poco. —Parecía leer mis pensamientos.

—Sí.

—Tengo algo para ti que quizá te dé incluso más miedo.

Yoisho sacó del bolsillo de su pantalón un ámbar con una piedra de aluminio en su interior.

—Este es un regalo que me hizo mi madre al morir. Era muy creyente. Soy hijo de padre animista y madre budista, imagínate el cacao que eso supuso para mí. —Se rio, y en su sonrisa estaba todo el sentido de la vida—. Lo que ves aquí. —Me señaló con su dedo huesudo—. Eso es un pelo de aluminio que dicen que salió milagrosamente del Buda que hay en el templo principal de su pueblo, cerca de Okayama. —Me lo entregó, con el cuidado que ponen los orientales en interactuar con el otro, sin poder evitar una minúscula reverencia—. Mi madre murió con él en sus manos. —Ahora lo tenía yo en las mías—. Lo apretó tanto que me costó trabajo hacerme con él. Desde entonces, siempre lo llevo conmigo. Quiero que te lo quedes tú, para que no me olvides nunca.

Apreté la piedra contra mi pecho. No quise jugar a decirle que no, porque sabía cuánto corazón había en esa entrega.

—Yo nunca te voy a olvidar, Yoisho.

—Acéptalo, por favor.

Apreté la piedra en mis manos, emocionado, sin saber qué decirle, qué ofrecerle.

—El mejor regalo que me has hecho es liberarme, ¿sabes? El niño del beso que hay en mí necesitaba saber que su sufrimiento tenía un motivo, que no era inventado.

—Claro que tenías una razón para sufrir. Llevo escribiendo sobre ello media vida.

—Estoy muy nervioso, Yoisho.

Él me tomó la mano.

—Me gustaría que subieras a mi habitación —me propuso.

Lo miré a los ojos y asentí. Nunca había deseado tanto que alguien me propusiera algo así.

Nos miramos, sin hablarnos, en el ascensor. Entramos en la habitación, que olía a él. Cerró la puerta, se descalzó y se colocó frente a mí, frágil, nervioso, desbordado. Yo temía una pregunta para la que no estaba preparado.

—Quiero pedirte algo, Pablo.

Cerré los ojos.

—Déjame devolverte el beso que te rechacé.

Me dejé llevar por él. Saboreé lo que llevaba toda la vida soñando, esa saliva que sí tenía el sabor de lo que me excitaba, ese cuerpo que eliminaba todos los ascos construidos en mí, ese olor a niño bueno que buscaba mi protección, sus ojos bizcos, los dientes alineados. Sentí su lengua, viva y curiosa, como el manjar de dioses que yo siempre merecí. Viajé al niño de entonces, a la ría de Huelva. Los treinta años de por medio no eran sino un suspiro. Yo le lancé un beso, y él, tras un atisbo de pánico, me lo devolvió.

—No te vayas a Perú —le supliqué.

Gracias por darle una oportunidad a esta novela
en la que tanta ilusión he puesto.
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración:

www.salvador-navarro.com